

El aroma de
la rosa del desierto



BEATRIX MANNEL



**EL AROMA
DE LA ROSA
DEL DESIERTO**

Beatrix Mannel

Traducción de Jorge Seca

Título original: *Der Duft der Wüstenrose*

Traducción: Jorge Seca

1ª. edición: diciembre, 2015

© 2012 by Diana Verlag

Una división de Verlagsgruppe Random House GmbH, Múnich, Alemania

www.randomhouse.de

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.U.,

Barcelona

www.uklitag.com

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-231-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mis padres Ilse y Werner Mannel que
me han dado mucho más que abalorios
a lo largo de mi vida...*

Podemos entender la vida hacia atrás, pero tenemos que vivirla hacia delante.

SØREN KIERKEGAARD

Yo te señalé la luna y tú no viste nada más que mi dedo.

Proverbio de los sakumba (Tanzania)

1

Fanny se ató la cinta del sombrero, plantó cara al intenso viento y echó a andar por la cubierta hasta alcanzar la borda a la que tuvo que agarrarse con ambas manos para no perder el equilibrio. Bueno, al menos después de treinta y un días de viaje por mar no se mareaba ya por mucho que se balanceara el barco. Contempló con curiosidad la costa del África del Sudoeste Alemana cuyas dunas despuntaban de las aguas bajo la luz del atardecer en un tono rojizo anaranjado, como llamas petrificadas, y que desataron en su interior una mezcla de ilusión y de familiaridad que ella era incapaz de explicar.

Aspiró el aire entremezclado de brisa marina lo más profundamente que se lo permitía su corsé, y se lamió a continuación la sal de los labios que las fatigas de la travesía habían agrietado.

A primera hora de la mañana alcanzarían la costa donde iba a cambiar toda su vida. Y ese cambio iba a ser, ciertamente, más drástico de lo que se había imaginado al comienzo de su viaje. Ella había dado su palabra. Una promesa que ya no tenía marcha atrás después de la muerte de Charlotte.

El viento se coló por su vestido y le levantó las enaguas, pero Fanny no hizo el menor ademán de bajárselas. Le gustaba hacer ahora todas aquellas cosas que habrían desatado el más puro horror entre las monjas del convento, decir por fin en voz alta lo que pensaba realmente, llevar un corsé y parecer una mujer, ser libre por fin y hacer solo aquello que considerara oportuno.

Con la mirada ausente contempló cómo ondeaban las cintas de encaje de sus «impronunciables» y volvió a dirigir una mirada nostálgica a tierra firme. Probablemente cambiaría todo mañana en Swakopmund, pero eso ya no dependía solamente de ella.

Consumida hasta los huesos, Charlotte se había aferrado a ella y le había suplicado que hiciera todo lo posible para que Ludwig, el prometido de Charlotte, no fuera en vano a buscarla al barco. Y Fanny se lo prometió, pensando, naturalmente, que ese caso no se daría y que Charlotte volvería a ponerse buena, pues Fanny no podía imaginarse por nada del mundo una vida sin la risa contagiosa de Charlotte, ni sin su lúcida inteligencia.

En los dieciocho años que Fanny había pasado en el convento siempre había soñado con tener una amiga de verdad, alguien a quien poder confiar sus pensamientos más secretos sin tener que temer una traición. Sin embargo, tuvo que esperar veinte años hasta conocer a Charlotte, de una manera completamente inesperada, en la Escuela Colonial Femenina de Witzenhausen, donde ellas asistieron a un curso de preparación de economía doméstica para las colonias.

La Sociedad Misionera envió a Fanny a Witzenhausen, mientras que a Charlotte la había enviado allí su madre, que tenía miedo de que una chica de buena familia no pudiera estar a la altura del duro trabajo cotidiano en calidad de esposa de un granjero, en el África del Sudoeste Alemana.

Ya en la primera tarde, durante una conferencia sobre «la educación de los paganos para su conversión en buenos sirvientes y buenos cristianos», Charlotte le guiñó un ojo y tapándose la boca con la mano había bostezado de una manera tan ostentosa que Fanny tuvo que hacer un gran

esfuerzo para reprimir la risa. Desde ese instante quedó claro que iban a ser muy buenas amigas.

No obstante, Fanny se preguntaba ahora en qué demonios andaba pensando cuando le hizo a su hermana del alma una promesa tan difícil de cumplir, una promesa que, ahora que Charlotte estaba muerta, ya no podía romper así como así. A pesar de todo, Fanny no era capaz de imaginarse que se iba a hacer pasar realmente por Charlotte y que se iba a casar con el prometido de ella.

De pronto ardió en llamas aquella costa árida a la luz del atardecer. Incluso el mar destellaba en tonalidades anaranjadas y rosadas. Involuntariamente, Fanny se palpó la pulsera de abalorios que no se quitaba nunca. Era su única propiedad, su bien máspreciado. Mantuvo el brazo en alto y constató que, en efecto, algunas de las cuentas brillaban exactamente igual que la tierra que tenía enfrente a la luz del crepúsculo. Con toda seguridad, aquella era una buena señal. «Conseguiré tomar la decisión correcta», se dijo a sí misma para tranquilizarse.

El viento le tiró el sombrero hacia atrás a pesar de la cinta que lo mantenía atado y Fanny pensó unos instantes si quitárselo y dejarse la melena suelta al viento. Eso solo le habría deparado una alegría en presencia de Charlotte; estando sola le pareció una bobada. Charlotte no la habría imitado, por supuesto, sino que habría hecho un gesto reprobatorio con la cabeza y le habría dicho por enésima vez que se comportaba más como un cachorro de perro loco que como una señora de mundo. Y eso es precisamente lo que le habría gustado escuchar a Fanny. Se pasó la mano por los ojos que se le habían llenado involuntariamente de lágrimas. Echaba muchísimo de menos a Charlotte.

¿Cómo reaccionaría cuando la llamaran por el nombre de ella? A pesar de que Franziska era solo el nombre con el que las monjas habían bautizado hacía veinte años al bebé desconocido hallado a las puertas del convento, ella se había acostumbrado a ese nombre.

De pronto, una gigantesca aleta caudal de color gris azulado surgió de las aguas justo al lado del barco. Fanny contuvo la respiración por la sorpresa y deseó en lo más íntimo ver por fin una ballena entera, pero la aleta volvió a desaparecer en el océano con un imponente estampido. La de veces que Charlotte y ella habían estado en cubierta avizorando el mar en busca de ballenas, y ahora, tan cerca ya de su destino, aparecía una. Eso era también, con toda seguridad, una buena señal.

«¡Estás como una cabra! –se reprendió a sí misma–, ¡tendrías que dejar de ver señales en todas partes como hacen las solteronas supersticiosas!»

Una voz masculina penetró en el oído de Fanny a través del rugido del viento y la arrancó de sus pensamientos. Se apresuró ahora a bajarse las faldas e intentó mantener la compostura, lo cual no era nada fácil por los bamboleos del barco.

–¿Ha visto usted la ballena? –preguntó el oficial que se le acercó respetuosamente con la gorra de visera en la mano–. Esto es inusual, normalmente no nadan nunca tan cerca en esta parte de la costa. Puede resultarles peligroso porque a veces pierden el sentido de la orientación y entonces perecen en la Costa de los Esqueletos. Nadie sabe cómo llegan a ese extremo.

«¡Vaya con los buenos presagios!»», pensó Fanny, e intentó pasar por alto la piel de gallina y el escalofrío que le recorrió la espalda.

–Por suerte no somos ballenas y disponemos de la técnica necesaria que nos permitirá atracar allí mañana a primera hora –dijo señalando la costa con la mano extendida.

–¿Allí enfrente? –preguntó Fanny perpleja. Los colores de la costa al atardecer eran magníficos, sí, pero ella no divisaba puerto alguno ni muelle, ni era capaz de distinguir ninguna

señal de vida humana.

–En efecto, señora. Por esta razón hemos subido a bordo a la tripulación negra en Liberia, en el puerto de Monrovia. Son especialistas en guiar las barcas hasta la playa a través del oleaje.

–¡Pero allá enfrente no hay absolutamente nada! ¿O es que Swakopmund se halla quizás en una depresión del terreno que no puede distinguirse desde aquí?

El oficial sonrió, volvió a ponerse la gorra de visera, se llevó la mano al borde de la gorra y esbozó una reverencia.

–Eso lo verá usted misma, señora mía, mañana temprano.

Fanny quiso seguirle, pero la fuerte marejada la obligó a agarrarse. Era el mismo oficial que pronunció el responso antes de que arrojaran por la borda el cadáver de Charlotte metido en un saco de yute cosido. No encontraron nada más para hacer pesado el saco porque antes que ella ya habían fallecido otros dos pasajeros. Fanny recordó con horror cómo el diminuto saco bailó sobre las olas hasta hundirse finalmente en un remolino. Le pareció incomprensible que su amiga, tan cargada de energía, estuviera muerta de verdad. Por primera vez en su vida alguien había compartido sus secretos con ella y se había preocupado por Fanny y por sus sentimientos.

–Como profesora en la Escuela Misionera de Okahandja te sentirás con la misma falta de libertad que en el convento –le había sermoneado Charlotte una y otra vez tumbada en su litera mientras iba perdiendo cada vez más sus fuerzas–. Y no vayas a pensar que los protestantes son siquiera una pizca mejor que los católicos. Al contrario, te lo digo yo, son mucho más estrictos e intolerantes. Pero si aprovechas esta oportunidad y te casas con mi prometido, entonces él podrá ayudarte en tu búsqueda. Tiene que ser un hombre generoso porque está dispuesto a casarse a pesar de ese escándalo que hubo en mi familia.

Cuanto más iba enfermando Charlotte, tanto más insistentes se fueron volviendo sus conversaciones con Fanny.

–No te casas con el hombre de carne y hueso, sino con la idea que te haces de él. Una vez casada descubres quién es ese hombre en realidad. Prométemelo. Él es un buen hombre y tú eres una buena persona. Te lo ruego. Hazlo por mí.

Murió poco tiempo después, y Fanny se sintió de pronto más sola que nunca antes en el convento, en donde no había tenido ninguna amiga y sí, en cambio, una enemiga acérrima, la priora Seraphina. No tenía familia, ni siquiera una historia, solo su pulsera de abalorios. Por esta razón, el poco tiempo libre de que disponía y las muchas noches en las que se despertaba sobresaltada por las pesadillas, ella se dedicaba a trenzar continuamente historias, una para cada una de las veintiuna cuentas de vidrio de su pulsera, historias que tenían el foco de atención en su origen y en sus padres, de quienes no sabía nada. Eran historias en las que ella tenía hermanos y hermanas y un hogar.

Fanny apenas pudo creerse la suerte que tuvo cuando un día apareció por el convento una persona que pudo contarle también una historia sobre los abalorios. Una historia verdadera que la había acercado a su sueño de tener una familia y que, en definitiva, la había conducido a este barco con destino a África.

–Olvida todas esas fantasías. Lo que necesitas es un compañero con el que poder fundar tu propia familia. Olvídote del pasado como hacen todos los que emigran y comienza completamente de cero en África. – Sí, Charlotte estuvo muy convincente en esa ocasión–. Nadie notará nada, toma mis papeles, mis baúles y todas mis cartas. Él no me ha visto nunca, ¿por qué habría de

dudar de que eres la persona a la que espera?

Tras la muerte de Charlotte, Fanny leyó las cartas de Ludwig y entendió mucho mejor por qué su amiga estaba tan obsesionada en no decepcionarlo. Cada una de las cartas estaba tan llena de cariño y de romanticismo que Fanny, al leerlas, sentía palpitar su corazón y había comenzado a soñar en una boda real con ese desconocido encantador y gentil.

Mientras Fanny daba rienda suelta a sus pensamientos, la costa, el cielo y el mar se habían vuelto grises como el zinc, luego verdosos, y de repente volvió a destellar todo el conjunto un instante en un magnífico color rosa, antes de volverse todo oscuro de golpe.

«Cuando el sol salga de nuevo, comenzará todo», pensó Fanny. Y a la única persona a la que tenía que evitar al día siguiente a toda costa era a la gorda Maria von Imkeller, quien al comienzo del viaje las estuvo importunando continuamente porque era una persona ávida de cotilleos. Por suerte, también Maria estuvo enferma gran parte de la travesía y Fanny confiaba en que no recordara con exactitud quién de las dos había muerto.

Fanny regresó a tuestas por el buque bamboleante hasta su camarote y se aprestó para pasar la noche.

Después de rezar una oración por Charlotte comenzó a imaginar el aspecto que tendría aquel fantástico escritor de cartas. Sus ojos no serían para nada como los de la hermana Seraphina, grises como la nieve sucia, sino acogedores como los de Charlotte, castaños y brillantes. Le importaba poco cómo tuviera el pelo, no le importaba siquiera si era calvo, pero sí era imprescindible que se riera con frecuencia. Y debía ser tan esbelto como los oficiales del barco. De pronto se le coló en la imaginación la visión de un hombre obeso y pegajoso, dejando manchas de grasa por todas partes como un saco de mantequilla goteando al sol. Se estremeció ante aquella visión. «No, me la está jugando el temor que siento. Ludwig es un médico joven que ha servido en el ejército y que, con o sin uniforme, debe de tener un aspecto estupendo, seguro.» Con estos pensamientos tocó sus abalorios como hacía siempre antes de quedarse dormida.

En mitad de la noche se despertó de un extraño sueño, sobresaltada y con el corazón en un puño.

Estaba con Charlotte en un baile de disfraces que se celebraba en una playa muy amplia a la que iban a morir las olas desde todas direcciones. Allí donde debían estar las aberturas de los ojos de las máscaras había unos ojos de cristal que destellaban en una tonalidad naranja y que ensombrecían sus abalorios. La orquesta estaba compuesta por siete hermanas del convento, y Seraphina dirigía los valeses, con monotonía, sin emoción, como un reloj mecánico. Sobre toda la arena húmeda de aquella extensa playa estaban escritas las mismas frases. Frases de una carta de Ludwig.

Y cuando un día estés aquí, no necesitaremos de ninguna palabra más, pues nuestros besos hablarán directamente de corazón a corazón. ¡Amor mío, Charlotte, cómo te anhelan mis manos! Mis labios besan tus cartas y desean la calidez de tu boca, mis ojos se imaginan los tuyos y solo ansían sumergirse para siempre en ellos.

Pero al bailar sobre la arena, los dobladillos de los magníficos vestidos de baile iban borrando las letras. Cada vez que un vestido tocaba la escritura, las letras quedaban ensangrentadas, perdían su forma y comenzaban a descomponerse. El texto se iba difuminando y la

arena se volvía cada vez más sanguinolenta, la sangre ascendía por los dobladillos de los vestidos tiñendo todo de rojo oscuro. El roce de los vestidos en la arena y el vals mecánico se entremezclaron y duraron una eternidad. Fanny quería echarse a correr y escapar, pero no podía, tenía que girar como la bailarina de las cajas de música, y la arena se convertía en sangre que iba ascendiendo cada vez más y hacía que su vestido fuera pesadísimo. Cuando ya le estaba llegando al talle, Charlotte se acercó a ella en compañía de un hombre con una máscara blanca y le susurró al oído: «Fanny, no te casas con un hombre de carne y hueso.» «Mi salvador –pensó Fanny–. Mi salvador.» Cuando iba a darle las gracias a Charlotte, esta había desaparecido ya. El hombre la atrajo hacia él y se quitó la máscara con un gesto grandilocuente, pero debajo había otra máscara terrible, de color negro brillante, que representaba la cabeza de un carnero.

Fanny se despertó bañada en sudor, con el olor de la sangre en la nariz, con el sonido del roce de los vestidos de baile en el oído y con la cabeza de carnero en la mente. Después de sosegar un poco, se devanó los sesos pensando por qué precisamente ahora volvía a tener una de sus pesadillas. Mañana comenzaría una nueva vida para ella, una vida sin esas pesadillas.

Bebió unos sorbos del agua templada que tenía encima de su mesita de noche y echó mano de las cartas de Ludwig para tranquilizarse.

Todo está preparado para mi amada novia, sí, incluso he aumentado el personal doméstico con tres nativos más, para que no te falte de nada.

Tu nuevo hogar bajo el cielo azul africano, el cielo más bello del planeta, está decorado como para una princesa, pues eso es lo que quiero que seas para mí. No solo mi esposa del alma y mi compañera, no, más allá de todo esto quiero ser tu príncipe adorador que jamás se cansará de elogiar tu belleza y tu inteligencia.

Seguro que me reprenderás por todas las palabras que acuden a mi pluma desde el corazón, pero no te preocupes, ningún paciente se resentirá, no, todo lo contrario. Mi optimismo se lo transmito también a ellos, y toda nuestra casa se halla alegremente expectante ante tu llegada.

Sus palabras la encantaron de nuevo, era magnífico que la esperaran con ese anhelo. Era precisamente ese deseo lo que convertía las cartas en una promesa excitante que, a los ojos de ella, era mucho más bonito que todo lo que había oído decir hasta entonces sobre África, más bonito que las cebras, las jirafas, los elefantes y las palmeras.

Sin embargo, no se quedó dormida hasta que fuera ya despuntaban las primeras luces del alba.

Pocas horas después la despertó el agitado trajín a bordo. Cuando, completamente rendida, miró al exterior por la diminuta portilla, constató con decepción que una niebla espesa envolvía el barco. Pero esto no parecía estorbar el trabajo de los hombres porque vociferaban órdenes, tiraban objetos con fuerza por encima de la borda, por todos lados había agitación y ruido.

Fanny decidió olvidar definitivamente su sueño y se apresuró a vestirse. Durante dos años estuvo ahorrando con voluntad férrea para mandar que le cosieran dos vestidos blancos de muselina de algodón para llevarlos en el África del Sudoeste Alemana, así como un vestido para montar a caballo, diferente ropa y un segundo corsé. En el curso de la Escuela Colonial Femenina de Witzenhausen, en donde hacía más de un año había conocido a Charlotte, le habían advertido una y otra vez que si bien en la colonia hacía mucho calor, ese, sin embargo, no era motivo alguno

para que una mujer alemana se dejara ir o corriera por ahí como las hotentotas.

Fanny estaba más que de acuerdo con ese aviso. Durante todos los años en el convento había aborrecido tener que deambular por todas partes embutida en un saco que colgaba suelto, y ella disfrutaba ahora del hecho de parecer finalmente una mujer. Le parecía que aquellas apreturas la llevaban a una a tener conciencia de poseer un cuerpo, y ella adoraba revestir ese cuerpo con telas suaves.

Fanny se alisó la falda de color crema hecha con satén brillante de algodón y amplios ribetes de encaje y pensó en la sonrisa irónica de complicidad que Charlotte le habría dedicado expresándole que estaba dispuesta a cualquier cosa por un vestido bonito.

De pronto volvió a escuchar en su cabeza el sonido del roce de vestidos de baile y la música de vals, y a pesar del calor sintió un escalofrío. «Ya es hora de respirar aire fresco, olvida tu sueño, Fanny.» Se apresuró a cerrar los gemelos de las mangas abombadas y a fijar el sombrero de ala ancha sobre su rebelde cabello negro rizado. Las dos tenían el mismo color de pelo, pero el de Charlotte era liso y reluciente como la seda. Sin embargo, sus figuras eran muy diferentes. Fanny comenzó a hacer su baúl, se detuvo unos instantes y entonces, con una súbita decisión, empezó a apilar sus cosas en el baúl de Charlotte, cuyos herrajes estaban provistos con sus iniciales. Arriba del todo puso la carta a los padres de Charlotte que ella misma le había dictado en sus últimas horas. «A ellos tenemos que decirles la verdad –le susurró Charlotte con sus restantes fuerzas–, se lo debo.» Fanny contempló la carta con gesto meditabundo. Independientemente de si iba a cumplir o no la promesa que le había hecho a Charlotte, tenía que entregar esa carta a uno de los oficiales para que la llevaran de vuelta a Alemania. Agarró la carta y se dirigió a la cubierta. Entretanto, el viento se había llevado la niebla, y el sol caía inmisericorde desde el cielo. No había nadie a la vista, pero el viento fuerte le trajo jirones de risas y gritos desde la cubierta superior de proa. La curiosidad llevó a Fanny hasta allí, y se quedó sorprendida del espectáculo que se le ofrecía a sus ojos.

Habían montado un torno de cable en cuyo extremo colgaba un enorme cesto trenzado de bambú, dentro del cual iba sentada una mujer corpulenta. Fanny reconoció a Maria von Imkeller, «¿quién iba a ser si no?», pensó. Fanny esperaba no volver a encontrársela nunca más en el África del Sudoeste Alemana. Cada vez que el cesto se movía un poco con el viento, Maria chillaba con la estridencia de diez loros, y eso provocaba el griterío y la hilaridad de toda la tripulación.

«Y además parece una gorila disfrazada en una jaula», pensó Fanny, y por primera vez desde la muerte de Charlotte, sintió el deseo de reír a carcajadas. Pero se contuvo. Se sujetó firmemente el sombrero para que no se le escapara volando a pesar de las diversas agujas, y dirigió la vista con atención al cesto, que fue conducido por encima de la borda y luego fue depositado en una pequeña chalupa. Esta difícil empresa se complicó aún más por el fuerte oleaje. Abajo bamboleaba la pequeña embarcación a merced de las olas y, por encima, el cesto con Maria se movía de un lado a otro con tanta fuerza que los negros tuvieron que hacer un tremendo esfuerzo para encajarlo en la barca. Fanny se puso mala nada más ver aquello y se preguntó cómo conseguían aquellos hombres mantener el equilibrio en la operación. Por si aquello fuera poco, el mar rociaba de espuma por todas partes a la chalupa en vaivén constante.

–Las señoras descienden a la embarcación de esta manera. Es más seguro así –dijo el oficial de la noche de ayer que apareció y se quedó muy cerca de ella–. Usted es la siguiente.

«No importa el miedo que tenga –pensó Fanny–, ni lo mal que me encuentre. Yo no voy a dar

un espectáculo como la señora de Imkeller.»

—¿Y nuestros baúles?

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. En primer lugar tenemos que desembarcar a los pasajeros.

Fanny tendió al oficial la carta dirigida a los padres de Charlotte y le rogó que se ocupara de que llegara a sus destinatarios. Él hizo un saludo militar y le aseguró que el deseo de ella era una orden y una cuestión de honor para él. Se guardó la carta en el bolsillo de su chaqueta y se despidió saludando a Fanny con la cabeza.

La jaula con Maria von Imkeller quedó encajada en la chalupa con un sonoro estampido. Los chillidos de ella quedaban ahora amortiguados, pero Fanny pudo ver cómo gritó a los hombres cuando la ayudaron a salir del cesto y cómo repartió bofetadas a diestro y siniestro en señal de agradecimiento. Esa acción encajaba perfectamente con Maria von Imkeller, quien se las daba de futura reina del África del Sudoeste Alemana solo porque, al parecer, su marido era el alcalde de Windhuk.

A Fanny, los bofetones no le parecieron una señal de realeza. Se trataba únicamente de una manera, especialmente infame, de ejercer el poder, y le vino a la memoria el recuerdo de Seraphina, que la había castigado físicamente, sin miramientos, en nombre de Dios. «¡Fuera! ¡Fuera con todo eso! —se reprendió Fanny a sí misma—. Me encuentro ahora en el otro extremo del mundo, de un mundo lleno de sol y de posibilidades excitantes.»

Vino el oficial y la condujo al cesto ya izado de nuevo a cubierta. Fanny se sentó en él y como quería hacerlo de una manera completamente diferente a Maria, saludó a la multitud con la mano y con gesto sosegado, como si fuera la emperadora de camino a la exposición universal. Y todos le devolvieron el saludo.

Sin embargo, su mareo fue en aumento cuanto más alto la izaban. Agarró con fuerza su pulsera de abalorios como si fuera un talismán. Al fin y al cabo eran esas cuentas las que la habían traído aquí. Evitó mirar abajo a través de las finas cañas de bambú, pero no lo consiguió del todo y se estremeció involuntariamente. El mar estaba embravecido con espuma, rugía y se revolvía, y a ella le pareció un dragón hambriento en su vana búsqueda de una virgen. Alzó el rostro al sol y cerró los ojos, pero en esa posición le pareció que el aullido del viento era considerablemente más intenso y además sentía con mayor claridad las oscilaciones y el balanceo del cesto. Para distraerse se concentró en su pulsera y contó las cuentas a pesar de que sabía con exactitud cuántas eran. Siete cuentas rojas de Bohemia, siete cuentas amarillas de África y siete cuentas de ensueño que desprendían destellos irisados que oscilaban entre los colores de una puesta llameante de sol y los de un arcoíris. Todas las cuentas se colaban en sus de por sí extraños sueños, pero estas cuentas mágicas eran las únicas que le susurraban en un tono cantarín extrañamente agudo. La noche pasada habían aparecido en su sueño en forma de ojos de máscara, pero permanecieron en silencio.

El cesto se aproximaba a la chalupa. Esta vez no duró mucho la operación y enseguida estuvo fuera. A los pocos minutos, Fanny se había acostumbrado a los balanceos del bote y comenzó a mirar a los hombres en su trabajo hasta que fue consciente de que tenía la mirada fijada en los nativos. Los ojos de ella estaban atraídos mágicamente por aquellos torsos musculosos, desnudos y sudorosos. Avergonzada, apartó la mirada y se puso a contemplar el mar.

—¡Increíbles las vistas a las que están expuestas aquí las mujeres blancas! —comentó Maria von

Imkeller en un tono avinagrado, y saludó a Fanny con un gesto de la cabeza.

Aunque ella seguía avergonzada por la irreverencia de su anterior mirada, le divirtió que Maria hubiera malinterpretado su gesto, pero reprimió la más leve sonrisa porque no quería arriesgarse de ninguna de las maneras a tener que iniciar una conversación con esa mujer.

Después de que izaran de nuevo el cesto hasta el barco, los nativos comenzaron a bogar en dirección a la playa por entre olas de medio metro de altura, y aunque no había nadie dándoles órdenes, sus movimientos estaban perfectamente sincronizados.

Una gran ola rompió por el lateral de la chalupa y se derramó por encima de Maria y de Fanny. Fanny respiró hondo, Maria profirió un grito. La inesperada agua fría dejó completamente empapada a Maria y transformó su peinado en un nido de cornejas desmoronado. Sus sombreros se fueron revoloteando con el viento.

–¡A estos malditos negros les divierte torturarnos!

Fanny pensó que no había oído bien.

–¡Qué absurdo! –exclamó–. ¿No ve usted lo difícil que es aquí llegar a tierra?

Maria resopló despectivamente.

–Los negros se ganan así la vida. Tendrá usted que aprender muchas cosas todavía, no hay que mostrarse demasiado compasiva.

«Esta persona no tiene remedio y no representa ningún peligro –pensó Fanny–. Maria se habría entendido perfectamente con Seraphina.»

A pesar de que la corriente era muy fuerte, los indígenas remaban con lentitud pero acercándose cada vez más a la orilla. Fanny divisó dos edificios planos que parecían adaptarse a la playa, y también algunas tiendas de campaña. En la playa se había congregado un gentío. Hombres con trajes blancos, negros e indígenas semidesnudos con ropas de colores. Cuanto más se acercaban a la playa, más intensamente latía el corazón de Fanny. Esa playa era la de su sueño, la misma amplitud, la misma desnudez, las mismas olas impetuosas. ¿Cómo era eso posible?

–¡Prepárese, enseguida uno de estos negros la transportará! –Maria von Imkeller señaló con el dedo a los hombres negros que se acercaban a ellas a toda prisa con las camisas y los pantalones arremangados.

Fanny dirigió la vista desde los hombres hasta Maria sin entender.

–Esos de ahí nos van a llevar hasta la playa por entre las aguas –explicó.

Fanny prefería ir ella misma a pie por el agua y no que la transportaran como a un saco de harina. Se preguntó cuántos hombres serían necesarios para llevar a Maria a tierra.

–¡Sí, la de barbaridades que debemos consentir las mujeres! –Maria había vuelto a malinterpretar el silencio de Fanny–. ¡Y que tengamos que dejarnos tocar por esos tales! Mi esposo se ocupará de que construyan un muelle en Swakopmund como es debido.

Los primeros hombres habían llegado a la chalupa. Fanny cedió la preferencia a Maria para observar qué había que hacer. A continuación saltó también ella sobre la espalda de un hombre y se dejó llevar a cuestras por las aguas. Su porteador se inclinó hacia delante y avanzó con lentitud y prudencia por entre las aguas que le cubrían hasta el muslo. En cada paso tenía que afianzarse contra viento y marea. Las olas los rodeaban y lamían el dobladillo del vestido de ella. Fanny habría querido bajarse porque tenía que hacer un gran esfuerzo para sujetarse a aquel hombre, pues llevaba puesto un vestido tan ceñido que tenía que mantener cerradas las piernas como una

sirena.

–Disculpe –comenzó a decir ella cuando se dio cuenta de que no aguantaría así mucho más tiempo. Pero el viento se llevó sus palabras, y el negro no reaccionó–. ¡Disculpe usted! –exclamó entonces con más fuerza.

Su porteador giró la cabeza hacia ella y tropezó justo en ese instante hacia delante, de modo que Fanny se precipitó en las frías aguas junto con él.

Quedó completamente sumergida, tragó agua, se sorprendió del fuerte sabor salado de las aguas, volvió a emerger inmediatamente, respiró con dificultad, pero sintió que sus pies eran arrastrados por una fuerza potente y volvió a caer en el agua. De pronto comprendió por qué los hombres las llevaban a tierra a cuestas. No se trataba de una cuestión de educación o de respeto, sino únicamente a causa del mar de fondo.

Pataleó, emergió, respiró como pudo el aire mezclado con agua, por un segundo percibió el fondo arenoso bajo sus zapatos, y a continuación se vio nuevamente sumergida.

Ya no le quedaba aire en los pulmones. «No, no voy a morir aquí de ninguna de las maneras –pensó–, no aquí, no tan cerca ya de la meta.» Tensó todos sus músculos para lograr salir de nuevo por encima de las aguas. En ese momento, dos manos fuertes la agarraron, la levantaron y la sujetaron. Ella jadeó tratando de respirar y no podía ver nada porque el agua salada le escocía en los ojos y, por si fuera poco, el sol la deslumbraba. Una vez que sus ojos se acostumbraron al sol, distinguió que su salvador era otro hombre de piel oscura ataviado con un traje de color castaño claro, completamente empapado. Cargó con ella en dirección a la orilla como si se tratara de una niña enferma. Sin pensárselo mucho, Fanny le rodeó el cuello con los brazos y se agarró bien fuerte a él. Quería decir «gracias», pero el agua salada se le había atragantado y le impedía hablar.

–¡Bienvenida a Swakopmund! –murmuró el hombre entre jadeos dirigiendo una mirada sonriente a Fanny. Se detuvo con ella en brazos para tomar un respiro. Ella tenía la cabeza de él tan próxima a su cara que no solo podía divisar los cañones negros de los pelos de la barba, sino incluso las gotitas brillantes de agua en las pobladas pestañas. Su piel era de un color castaño oscuro, pero ni de lejos tan negra como la de los demás porteadores. Sus ojos tenían un brillo castaño verdoso y recordaban los troncos de los árboles cubiertos ligeramente de musgo. Tenía la nariz ancha, y sus labios eran voluminosos con el labio superior delicadamente ondulado. Fanny no solo percibía el martilleo de los latidos del corazón de él a través de las ropas mojadas, sino también la dureza de los músculos de sus brazos, y de pronto fue consciente de que su vestido blanco tenía que ser ahora prácticamente transparente.

–Así recibe Swakopmund a sus huéspedes.

El hombre profirió una risa gutural que fue completada por el brillo amistoso de sus ojos oscuros. Involuntariamente, Fanny le devolvió una sonrisa.

–No deja de ser una cordial bienvenida, señorita Von Gehring –dijo sin dejar de avanzar lentamente por las aguas agitadas.

«¿Señorita Von Gehring? ¿Cómo es que me llama por el apellido de Charlotte? Este hombre ¿es acaso Ludwig, el prometido de Charlotte?» Mientras Fanny reflexionaba sobre cómo reaccionar, se dio cuenta de que en todos los lugares en los que sus cuerpos se rozaban se desprendía una sensación completamente agradable que la confundía. Carraspeó porque su garganta seguía escocida por el agua salada.

–¿Cómo sabe usted que soy Charlotte? –preguntó finalmente con la voz ronca.

Él seguía parado en las aguas que cubrían los muslos y respiró hondo. El sudor le goteaba por las robustas cejas.

–La voy a bajar un momentito, pero agárrese bien fuerte a mí.

Fanny asintió con la cabeza. Pero apenas tocaron sus pies la arena, el mar de fondo comenzó a tirar de ellos violentamente. Fanny se pegó por completo a aquel hombre de modo que podía sentir cómo se movía su vientre al respirar. Su olor la confundía tanto como su cercanía, lo cual podía deberse a que nunca había estado tan cerca de un hombre. Se conminó a mantener la cabeza fría y a no cometer ningún error.

–Bien, ¿cómo sabe quién soy? –gritó contra el clamor del oleaje.

–Estaba acordado que la señorita Von Gehring sería la segunda en desembarcar y además de ella y de las mujeres casadas solo quedaba a bordo la maestra, digna de lástima.

A Fanny le disgustó ese desprecio.

–¿Por qué la llama «digna de lástima»? ¿Acaso porque trabaja por dinero?

–No. –La voz de él sonó de pronto dura–. Porque a Okahandja, la misión a la que deberíamos llevarla, le prendieron fuego hace tres días y han asesinado a todos los misioneros y a las maestras.

Fanny tragó saliva, se le hizo un nudo en la garganta, le costó respirar. Asesinadas. Charlotte tenía razón. Era mucho más peligroso trabajar en la misión de lo que ella se había pensado.

–Pero ¿por qué? ¿Cómo fue posible que ocurriera?

Los ojos de él se oscurecieron, y alrededor de su boca se formaron de repente unas líneas de expresión triste.

–Nadie sabe exactamente lo que sucedió. Lo único seguro es que están todos muertos. Creo que... –Titubeó unos instantes, luego se encogió de hombros, carraspeó y prosiguió–. Es un crimen abominable. Estas tierras tardarán mucho en encontrar la paz. Pero sigamos. La están esperando a usted. –Volvió a rodearla con sus brazos, la levantó y se fue abriendo camino con prudencia a través de las olas que azotaban la costa desde todas direcciones.

Fanny pensó con un estremecimiento en el padre Gregor, el misionero convencido que había aparecido hacía tres años por el convento de Reutberg y que le había dado la idea de ir a África. Rezó para que no le ocurriera nunca nada tan cruel.

–Por eso es digna de lástima esa maestra, porque nadie sabe qué será de ella ahora –le interrumpió el hombre sus pensamientos–. Para una mujer blanca no existen demasiadas opciones para ganar dinero.

–He oído que hay una gran carencia de mujeres blancas en las colonias.

–¡Bah, qué dice! Las guapas o las que tienen dinero quizá puedan casarse, pero las demás terminan en el burdel. ¿Sabe usted cuántos inútiles andan por aquí holgazaneando? Solo están esperando la oportunidad de echar a perder a una mujer, y después solo les queda el burdel.

–Pero ¿es que no hay otro trabajo además del de maestra o de institutriz?

«¿Qué estoy haciendo aquí? –pensó Fanny acto seguido–. Tengo que hacerme a la idea: solo tengo una posibilidad, y esta me la ha regalado Charlotte. Es como si ella mantuviera su mano por encima de mí. Debería mirar hacia delante y comenzar a pensar como Charlotte.»

–Todavía sigue habiendo muy pocas cosas decentes para las mujeres blancas. Quizá cambien las cosas si crece la colonia. Los blancos solo contratan a negros como sirvientes porque apenas tienen que pagarles nada, y tan pronto como los niños blancos son lo suficientemente mayores para ir a la escuela, los envían a un internado alemán. Con ello pretenden evitar que los niños traben fuertes vínculos de amistad con los indígenas.

–¿Y por qué?

El hombre resopló con un gesto indeterminado.

–Sea lo que sea, señorita Von Gehring, pienso que usted tiene un corazón y se hará cargo de la pobre maestra al menos hasta que quede claro qué va a ser de ella, ¿o no?

Antes de que ella pudiera replicar, él la depositó con todo cuidado sobre la blanda arena y se enjugó la frente sudorosa con la manga.

–Ya estamos.

Fanny se sintió aliviada al percibir la tierra firme bajo los pies. No obstante, seguía afectada por las terribles noticias que acababa de oír, y le habría gustado permanecer todavía unos instantes apoyada en ese desconocido, pero este se alejó ahora y se mantuvo a distancia de ella.

Un hombre alto y rubio se acercó a los dos, contempló a Fanny detenidamente mientras se le iluminaba el rostro, amplio y anguloso. Tenía las cejas hirsutas y de un color cobrizo y se juntaban por encima de la nariz. Un gran bigote retorcido cubría el labio superior y procuraba a su rostro un aspecto jovial.

–Gracias, John –dijo al hombre del traje castaño claro, mojado–, por haber salvado de la marea a mi Charlotte.

–Ha sido un honor y un placer – dijo John esbozando una reverencia ante Fanny.

Fanny, en medio de los dos hombres, miró confusa del uno al otro. El hombre alto y rubio señaló con el dedo a su salvador de piel oscura.

–John Madiba, mi administrador. Yo soy Ludwig Falkenhagen, tu novio.

Fanny lo contempló con más atención tras su gesto de sorpresa. Él le dirigió una sonrisa tan satisfecha que ella le devolvió la sonrisa a pesar de que apenas podía pensar con claridad y de que todo le daba vueltas en la cabeza. Tal vez se trataba del sol o era por la caída entre las fuertes olas, el caso es que las imágenes y los pensamientos le bailaban cada vez más rápidamente por la mente, como una peonza. El bigote de Ludwig, la máscara de la pesadilla, una iglesia en llamas, el cadáver de Charlotte bailando en el mar, Maria von Imkeller en la jaula, los torsos desnudos de los hombres, los ojos de su salvador y la promesa que ella había hecho. Fanny se pellizcó en el brazo para concentrarse. Ahora o nunca. Podía romper su promesa y explicar a Ludwig que ella no era Charlotte, o callar para siempre.

Ludwig le dirigió un gesto comprensivo con la cabeza.

–Cariño, tienes que estar completamente agotada. El sol de enero ya es demasiado fuerte para ti y va a echar a perder tu bonita piel clara. –Dio dos palmadas y acto seguido vino corriendo hacia ellos una mujer negra.

«Ahora, Fanny, tienes que decirle ahora a este hombre que se ha preocupado tan amablemente de ti que tú no eres Charlotte von Gehring, sino solamente una niña huérfana del convento. Y si hago eso –pensó Fanny–, ¿qué será entonces de mí?»

Contempló al hombre rubio que seguía mirándola con gesto compasivo. ¿La odiaría si se enterara de que ella le había engañado?

Era evidente que él no se cansaba de mirarla. Parecía como si Fanny no fuera solo para él una prometida admisible, sino un gran premio. Los ojos de Fanny vagaron en dirección a John, que se había sentado, exhausto, sobre la arena.

–Elli –dijo Ludwig a la mujer negra–, necesitamos una sombrilla y una capa ligera para mi

novia. Y algo de beber.

–Creo que también yo tengo que sentarme –murmuró Fanny, y como no pudo divisar ninguna silla ni nada similar, se dejó caer al lado de John sobre la arena dorada. Agarró fuertemente su pulsera de abalorios, como si ella pudiera ayudarla.

Ludwig se acuclilló a su lado.

–Cariño, lo siento, pero tenemos que esperar todavía a la pobre maestra. He prometido que nos ocuparíamos de ella. –Se levantó y se dirigió a John, pero esta vez con la voz de un hombre acostumbrado a dar órdenes–. John, se necesita tu ayuda en el carro. –John asintió, se levantó y se sacudió la arena del traje húmedo.

»Cuida de que carguen todas las cosas que debemos llevarnos a Keetmanshoop, incluidas las maletas de la maestra.

Fanny estuvo a punto de prorrumpir en una risa histérica, pero se controló. No en vano había aprendido en el convento a ocultar lo que ocurría realmente en su interior.

–No tenemos que esperar mucho más – dijo ella en voz baja–. Franziska Reutberg no va a venir.

–¿Qué dices? –Ludwig volvió a inclinarse de nuevo cerca de ella de modo que ella podía mirar directamente en los ojos inquisitivos de color gris azulado de él.

–Franziska Reutberg ha muerto. –La voz de Fanny era tan solo un susurro y ya no consiguió dominarse; se puso a llorar. «Me he decidido», pensó. «Charlotte, mira, estoy cumpliendo mi promesa a pesar de que con ello me declaro muerta. Tengo que estar loca, pero lo hago. Por ti y por mí, pues solo así podré permanecer aquí y averiguar más cosas sobre mi pasado.»

Ludwig miró a Fanny desde arriba y era evidente que no sabía qué hacer. Se volvió a mirar a las demás personas que estaban en la playa, pero nadie les prestaba atención. Todos estaban ocupados en descargar las chalupas que seguían llegando a la orilla sin interrupción y en transportar las cosas a los carros situados al final de la playa.

–No llores –dijo él finalmente acariciando tímidamente el brazo húmedo de ella–. Haré todo lo posible para que nunca tengas motivo para llorar, te lo prometo. Cariño, una mujer tan guapa como tú no debería llorar jamás. Lo que ocurre es que estás un poco confusa por la travesía agotadora.

Elli regresó y tendió a Ludwig una sombrilla blanca de encaje que él agarró y desplegó sin pronunciar palabra.

Ella llenó un vaso con un líquido procedente de un recipiente de cuero e hizo signos a Fanny para que bebiera.

–Te sentará bien –dijo Ludwig sosteniendo la sombrilla cariñosamente por encima de Fanny y haciendo una señal con la cabeza para infundirle ánimos.

Mientras Fanny sorbía la infusión tibia con un gusto extraño, intentó concentrarse, pero todo en ella temblaba. ¿Había tomado la decisión correcta? Su mirada se dirigió hacia John, que corría a uno de los numerosos carros de bueyes que esperaban al final de la playa a ser cargados.

Como si él hubiera percibido la mirada de ella en la espalda, se volvió brevemente y la saludó con un gesto de la mano. Sin pensárselo, ella le devolvió el saludo y se sintió fortalecida.

–Es un buen administrador –dijo Ludwig–, en realidad sorprendentemente bueno para ser un mestizo bastardo. Hace una eternidad que lo conozco y confío en él –dijo Ludwig dirigiéndole una sonrisa de felicidad–. Estoy tan contento de que estés aquí por fin...

Fanny rehusó la mirada de él, miró en dirección al mar agitado y volvió a palpar sus abalorios. De pronto se sosegó en medio de aquel ruido que producían los trabajadores en la descarga de las chalupas, los estampidos de las olas y los chillidos de las gaviotas. No habría sabido decir si se debía a la fina arena que discurría entre sus dedos o a aquella mezcla inhabitual de olores a polvo y a sal, a bueyes y a miel. Pero de golpe le pareció como si Charlotte estuviera pegada a ella y la abrazara.

La mirada de Fanny vagó desde el horizonte nuevamente hasta Ludwig. Charlotte tenía razón. Él sabía tan pocas cosas sobre su prometida como ella de él. No había ningún engaño, se trataba de un comienzo para los dos. Buscó la mirada de él y le sonrió.

–Ludwig –dijo ella.

–Charlotte, no quiero apremiarte, lo que deseo en primer lugar es que descanses, pero dime, por favor, una cosa antes. –Él agarró la mano de ella y le sacudió la arena–. ¿Por qué no llevas puesto el anillo de compromiso que te envié? ¿Te causó disgusto?

«Porque yace con Charlotte en el fondo del mar. ¡Oh, Dios! ¿Y ahora qué?»

–No, no, era toda una maravilla, de verdad... –susurró Fanny con un hilo de voz.

–Después del escándalo en Berlín pensé que era importante para ti enseñar a la sociedad que estabas prometida. –Unas sombras cruzaron por sus ojos de color gris azulado.

–Eso es cierto, Ludwig, y claro que lo llevé puesto –respondió Fanny mientras buscaba una excusa que sonara convincente y con lógica. ¿Cómo habían podido olvidarse del anillo?

–¿Acaso no era del agrado de tu familia? –La voz de él mendigaba ahora una explicación.

Fanny no era capaz de acordarse siquiera del aspecto que tenía el anillo de Charlotte en su mano, pues era tan sencillo que no se le había quedado grabado en la imaginación, y justo por este motivo se habían olvidado de él cuando concretaron su plan en el barco.

–¡Oh, sí, por supuesto! Era precioso. Siempre lo llevé puesto, pero entonces nos pusimos tanta gente enferma...

–¿Cómo dices? –preguntó Ludwig alzando inquisitivamente las cejas.

–Con ocasión del paso del Ecuador, la compañía naviera Woermann organizó una gran fiesta en la que había también una ensalada de carne de ave con mahonesa. – Fanny notó que se mareaba solo con pensar en ello–. Pero la mahonesa y la carne estaban en mal estado a causa del calor reinante. Y los pasajeros nos pusimos enfermos. Algunos pasajeros llegaron incluso a morir, y eso fue lo que le ocurrió a la pobre Franziska.

Ludwig sacudió la cabeza.

–Eso es una irresponsabilidad. Me cuidaré de que se depuren responsabilidades.

–No es necesario, Ludwig, pues sigo con vida.

Ludwig le acarició la mano.

–Eres tan tierna. Y eso es bueno porque aquí necesitamos a mujeres sanas y fuertes que sepan trabajar. Para damiselas de salón no hay sitio en estas tierras, y yo me siento muy feliz de que a pesar de tu origen no te resulte enojoso prepararte bien para estas tierras de aquí. Pero dime, ¿qué tiene que ver todo eso con mi anillo de compromiso?

–No pude retenerlo conmigo mucho tiempo. Y como a los demás les iba mucho peor que a mí,

ayudé en las tareas de los cuidados y de la manutención, y no me di cuenta de lo delgados que se me habían vuelto los dedos. Y fue entonces cuando sucedió. El anillo se me resbaló del dedo durante el funeral en plena mar por Char... Franziska... –«Me la estoy jugando», pensó Fanny, «¡qué tonterías estoy contando».

–Oh, entiendo –dijo Ludwig con gesto reconfortado–. Te preocupaste por los demás de forma altruista. Eso me gusta, al fin y al cabo te vas a casar con un médico. Es una lástima lo del anillo porque era de mi abuela. Bueno, ahora tendremos que comprar uno nuevo. Lo que sea para ti nunca me resultará demasiado caro. ¿Estás lista para partir?

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse. A pesar del calor estaba seca y fría y era tan grande que la de Fanny desapareció por completo en ella. Una vez levantada, él la tomó del brazo y la condujo por la arena de la playa alejándose del mar en dirección a una senda muy trillada en la que había innumerables carros y bueyes. Fanny tomó el brazo de él, pues le resultaba difícil caminar. Sus enaguas seguían húmedas por el agua de mar y le rozaban y escocían la piel. Además, al dar cada paso se hundía profundamente en aquella arena tórrida. Seguramente, Seraphina habría saludado como un castigo de Dios la transformación de aquella prenda pecaminosa en un hábito de penitencia. A pesar de su estado, Fanny no pudo menos que sonreír. «¿Cuándo dejaré por fin de pensar en lo que habría pensado, hecho y dicho Seraphina? Ya no estoy en el convento de Reutberg.»

Fanny se detuvo y respiró hondo. Había seguido la única pista de que disponía ella para saber algo acerca de su origen: la pista de los abalorios. Había llegado por fin al lugar al que la había llevado su búsqueda de tantos años, a África, a la meta de sus sueños.

2

–¡Arre, Napoleón, Almirante Nelson, Schiller, Goethe, arre, vamos, arre!

El vigilante de los bueyes azotó con el látigo a las yuntas de bueyes que no se ponían en movimiento. A sacudidas lentas y chirriando fuertemente, el carro se puso en marcha con su pesada carga. Todo se balanceó ligeramente, y las ollas, colocadas a los lados de los grandes bidones del agua, tintinearón sin mucho ruido.

«Es verdad –pensó Fanny con asombro–, las bestias responden a sus nombres, exactamente como había afirmado antes Ludwig.» Sus vestidos se habían secado hacía ya rato gracias al tórrido calor. Estaba sentada encima de una de las cajas delanteras, resbalaba una y otra vez sobre las mantas que Ludwig había dispuesto para ella y no quedaba saciada en la contemplación del paisaje. Ante ella se extendía una llanura aparentemente infinita, interrumpida solo ocasionalmente por pedregales y unas formaciones rocosas poco corrientes. Había arbustos, en ocasiones también matorrales y de tanto en tanto algún que otro árbol. Todo estaba recubierto por un polvo fino que el constante viento acarreaba consigo.

Llamaban *pad* a esa senda sobre la que se desplazaban y que se componía únicamente de tierra aplanada por el paso y que no tenía ningún parecido con los caminos reforzados que conocía de su lugar de nacimiento. No obstante, y tal como le había ocurrido en la playa, se apoderó de ella una sensación muy peculiar de familiaridad, sí, era casi como si ya hubiera estado en ese lugar, como si conociera todo aquello, las piedras de tonos dorados y rojizos, la polvorienta hierba de los arbustos a sus pies, los escasos árboles altos con sus troncos grises que daban la impresión de estar resquebrajados y las amplias ramas de las finas coronas de hojas que desde lejos destellaban como charcos en aquel calor.

«Debe de tratarse de mi enorme cansancio», pensó Fanny. Después de todo no había tenido todavía ni un minuto para descansar.

Tras la aventura de su arribo a Swakopmund, Ludwig había insistido en partir de inmediato en dirección a Windhuk.

–Vamos a casarnos cuanto antes, mi amor. ¿O qué? –le preguntó él con una sonrisa–. Puede que lo consigamos incluso antes del 21 de enero, el cumpleaños del emperador.

Fanny, que acababa de beberse una infusión y se estaba recuperando lentamente de la caída al agua, se puso mala con la pregunta. Había estado tan ocupada en llegar y en no cometer ningún error que por unos instantes se había olvidado por completo de la boda. La inquietaba especialmente la idea de que Ludwig pudiera querer una boda por todo lo alto e invitar a todas las autoridades de Windhuk. Solo de pensar en Maria von Imkeller se le contrajo el estómago.

Mientras trataba de encontrar la respuesta adecuada, Fanny fue consciente de que Ludwig solo había querido mostrarse de una manera cortés con ella y que la boda no era de ninguna manera el motivo para aquella partida tan precipitada. Se trataba más bien de que Ludwig y John se habían puesto de acuerdo en que resultaba de provecho para ellos encabezar la marcha con su carro de bueyes en la *pad* y no seguir el rastro polvoriento de los demás. Esta era la razón por la que John había metido prisa a los hombres para que cargaran y apilaran las cajas en el carro hasta formar gigantescas torres. Cuando al final amarraron además un saco de garbanzos delante, sobre el

pértigo, Fanny habría apostado que un carro cargado de aquella manera no podría moverse ni un milímetro.

–¿Por qué ponen ese saco ahí y no con los demás víveres? –Preguntó a Ludwig–. Un peso así sobre el pértigo es más bien una traba, ¿no?

–Ahora vas a verlo –dijo él, y se volvió hacia John–. ¡Tráeme aquí a Hendrik! ¡Nos vamos!

Al cabo de unos pocos minutos, John estaba de vuelta con un joven delicado, con una tonalidad mostaza en la piel.

–Este es Hendrik, nuestro vigilante de los bueyes, dicen que el mejor que hay en Keetmanshoop.

Hendrik se quedó mirando la tierra sin realizar ningún comentario; el látigo le colgaba flácido de la mano. Ludwig se acercó a él, e inmediatamente se apartó Hendrik un poco hacia atrás.

–Hendrik ha enseñado a nuestros bueyes a responder por sus nombres.

–¿Que los bueyes responden a sus nombres? –Pensó que los hombres querían gastarle una broma–. Ya, entiendo, igual que los cerdos y las vacas, y quizá también los rinocerontes y los elefantes de los cuentos, ¿verdad?

–Lo va a ver usted misma –intervino John–. Lástima que tuvimos que alquilar algunos bueyes para juntarlos con los nuestros, y eso falseará la impresión.

–Hendrik ha puesto a estas bestias imponentes justo el nombre más apropiado –le aclaró Ludwig guiñándole un ojo mientras Hendrik se sentaba en el saco para llamar a los bueyes por su nombre.

Y sí, en efecto, para sorpresa mayúscula de Fanny, *Napoleón*, *Almirante Nelson*, *Goethe* y *Schiller* se levantaron al escuchar su nombre.

John iba montado sobre un caballo alazán y trotaba junto a la caravana de bueyes asegurándose de que no se cayera nada ni se aflojaran las cuerdas de sujeción. Además, vigilaba a otros cinco negros que acompañaban a pie la expedición.

Apenas se pusieron en movimiento los doce pares de bueyes se arremolinó un polvo rojizo que el viento repartió delicadamente en el vestido de Fanny, en la cara y en el pelo. Ahora le parecían absolutamente ridículos tanto el corsé como el vestido blanco que, entretanto, estaba muy arrugado y hecho una pena con el agua del mar. Habría querido desabrochárselo y quitárselo porque le rozaba la piel y aumentaba la sudoración. Estaba contenta de tener en su baúl otro sombrero grande porque el sol caía abrasador sobre ella. Envidiaba a los hombres vestidos con sus camisas sueltas y arremangadas. Sí, incluso le envidiaba a Hendrik el pellejo de color castaño claro que llevaba colgando suelto. Cualquier cosa era mejor que andar por allí vestida con prendas de salón. Pensar en el aspecto que tendría ella ataviada con un pellejo como aquella divirtió y la distrajo de los dolores que sentía en todo el cuerpo. Se desabrochó los puños de las mangas, ceñidas en las muñecas y abombadas en los hombros, y se las arremangó.

–¿Por qué sonrías? –preguntó Ludwig, que al parecer llevaba un buen rato observándola.

Ella se giró hacia él y le respondió todavía con aire divertido sin pensárselo un solo instante:

–Me he imaginado –dijo señalando con el dedo a Hendrik lo cómodo que sería llevar un pellejo como ese en lugar de este vestido.

Ludwig enarcó las cejas y sacudió la cabeza con gesto de reprobación.

–¡Queridísima, a mi novia quiero verla vestida únicamente con los mejores vestidos!

Fanny se dio cuenta al instante de que había confundido a Ludwig con Charlotte. Ella se habría reído con ganas de esa ocurrencia.

–Mi querida Charlotte, a la vista del escándalo que se ha suscitado en tu familia, aquí en el África del Sudoeste precisamente, donde la gente cotillea mucho más que en Alemania, tenemos que... –comenzó a decir Ludwig en un tono que Fanny conocía demasiado bien en su pasado. Anunciaba un sermón en toda regla, razón por la cual ella le hizo una seña con la cabeza y luego extendió rápidamente una mano para señalar a uno de los árboles situados a un lado de la *pad*

–¿Qué árboles son esos que se ven por aquí una y otra vez? Preguntó Fanny.

–Son espinas de camello. Pero, mi amor, lo que realmente te encarezco que te tomes en serio, ¿sabes?, es que aquí en...

Fanny volvió a interrumpirle, pero posó su mano con gesto apaciguador en el brazo de él.

–Espina de camello... Qué nombre tan extraño. ¿Qué explicación tiene esa denominación?

–No lo sé –contestó Ludwig con un suspiro, y dio definitivamente por acabado su sermón. Llamó a John y le preguntó.

John se aproximó con su caballo al carro.

–Ese nombre procede del de la jirafa a la que los zoólogos denominan *Giraffa camelopardalis*.

–Pero ¿qué tienen que ver las jirafas con la espina de camello? –insistió Fanny–. No he visto por aquí a ninguna jirafa. –En realidad, hasta ese momento, los únicos animales que había visto eran los bueyes y los caballos de la expedición.

–¿Por qué te interesa eso? –Ludwig parecía estar asombrado.

–Porque quiero aprenderlo todo sobre esta tierra. Va a ser mi nueva casa, ¿o no?

Ludwig asintió con alegría.

–Sí, mi amor, tienes razón.

–De *camelopardalis* –volvió a intervenir John–, se pasó en el idioma afrikáans a «caballo camello». Y justamente este caballo camello adora los brotes, se come las bayas e incluso las hojas de este árbol. –John añadió con un tono de voz algo más bajo–: Mi madre lo llama *omombonde*, y Hendrik lo llamaría *ganab*.

–*Omombonde* –repitió Fanny fascinada por la sonoridad desacostumbrada de esa palabra.

–Más importante que el nombre del árbol me parece a mí el hecho de que saltan chispas cuando se intenta cortar el tronco de un árbol espina de camello con el hacha. –La voz de Ludwig sonó imperiosa, como si deseara cerrar esa conversación de una vez por todas–. Su madera es tan dura que pueden fabricarse ruedas y hasta cojinetes con ella. Y si se engrasan lo suficiente, son más duraderos, en mi opinión, que los que se fabrican con latón. Es la utilidad lo que importa, y no la belleza. ¡Aunque... –dijo ahora con un tono apaciguador y después de besar la mano y el brazo desnudo de Fanny– bien mirado, no es desagradable que las damas sean bellas y útiles!

Fanny estaba ciertamente contenta de que él estuviera dispuesto a olvidar finalmente su comentario estúpido sobre los vestidos y las pieles, pero al mismo tiempo se quedó sorprendida por la reacción de él. En todas sus cartas flotaba permanentemente una sonrisa, y por ello se había imaginado que él era una persona que se reía mucho y con frecuencia. Sin embargo, quizás había cosas sobre las que no se reía bajo ningún concepto. Tampoco debía compararlo con Charlotte. Al fin y al cabo era un hombre.

–Bueno, me parece un milagro que la naturaleza pueda crear un árbol tan bello y útil a pesar del calor y de esta sequía.

–Cosa que no puede afirmarse precisamente de las mujeres que produce esta tierra, ¿verdad, John? –Ludwig guiñó un ojo a su administrador, pero este ni pestañeó siquiera y volvió a dirigirse a Fanny.

–Estarnos pasando ahora por el *rivier* de Swakop.

– ¿*Rivier*? –*Fanny* no había oído nunca esa palabra a pesar de haber aprendido con las monjas inglés y francés además de latín. Conocía la palabra inglesa *river* para río o la francesa *rive* para ribera y la palabra alemana *Revier* para territorio, pero desconocía lo que era un *rivier*.

John asintió con un gesto de amabilidad y comenzó a explicarle el significado.

–*Riviere* son los cauces secos de los ríos. La mayoría solo se llenan de agua durante la época de lluvias. Entonces hay que ser muy prudentes porque a veces llueve a muchos kilómetros de distancia y el agua llega por sorpresa en tromba ahogando a personas y animales. También hay ríos que, por falta de agua, son absorbidos durante la época de lluvias por el desierto de Namibia, como ocurre con el Tsauchab o con el Kuiseb. Pero aproximadamente cada diez años reciben tanta agua durante la época de las grandes lluvias que consiguen atravesar el desierto y llegar al Atlántico. La última vez, creo, en el año que los herero llaman *ojonjose*, el año del cometa, 1883. –John profirió un suspiro–. Pero ya hace exactamente diez años de esas ingentes cantidades de agua caída, ahora necesitaríamos con urgencia una generosa época de lluvias. Y es que después de las lluvias, el agua vuelve a filtrarse en la tierra y hay que cavar un pozo en el cauce del río para llegar hasta el agua, y cuanto menores son las precipitaciones, más profundos tienen que ser los pozos. –John buscó la mirada de ella–. Allí donde hay aguas subterráneas se encuentra también el *omombonde*, porque es un árbol que puede desarrollar unas raíces larguísimas. Es muy extraño que el río Swakop continúe sin agua en esta época del año, ya es el quinto año en el que no ha habido apenas lluvia. –Dirigió la mirada hacia el cielo de un azul radiante y sacudió la cabeza.

–John, me parece que estás cansando a Fanny con tus explicaciones.

Fanny iba a contradecirle cuando le llamó la atención el gesto de disgusto en la cara de Ludwig. Comprendió instantáneamente que Ludwig deseaba la atención de ella enteramente para él. Estaba claro que era una persona celosa.

Una cálida sensación inundó el cuerpo de Fanny: nadie había mostrado hasta entonces un interés tan claro por ella.

Dirigió a John una mirada de disculpa y se puso a pensar en lo que podía decirle a Ludwig para calmarlo. John se encogió de hombros y trotó con su caballo hacia la parte trasera y luego volvió a galopar hasta colocarse delante del vigilante de los bueyes. Entre los dos se desarrolló un intercambio de palabras que fue volviéndose cada vez más alto y en el cual se utilizaban frecuentes sonidos chasqueantes y consonánticos. A continuación, Hendrik espoléó a los bueyes con fuerza.

–¿Utilizas la espina de camello también en la medicina? Preguntó Fanny finalmente con la esperanza de que a Ludwig le gustara hablar sobre su oficio–. ¿Tiene alguna utilidad?

–Los cafres y los mestizos lo utilizan, pero calculo que lo que realmente les hace efecto son sus rituales supersticiosos. No, mi amor, a mis pacientes les administro únicamente medicinas con una eficacia demostrada. –Buscó la mirada de ella–. De lo contrario podría colgarme ahora mismo un amuleto de plumas y ponerme a desangrar gallinas las noches de luna llena.

Pensar en Ludwig ante un grupo de indígenas, con su gran bigote rubio y agarrando por las patas a una gallina que se desangraba, la hizo estallar en unas risas que fue incapaz de reprimir.

–John, necesitamos agua. Mucho me temo que a mi pobre novia le ha dado una insolación. –Ludwig la agarró del brazo y luego mantuvo una mano de ella firmemente entre las suyas–. Mi querida Charlotte, creo que necesitas una buena aclimatación para estas tierras. –Le acarició la mano–. La mía no fue ninguna buena ocurrencia; no debimos partir tan precipitadamente. Lo normal es evitar las horas del mediodía. Así que perdóname.

La ayudó a beber agua de un saco de lino impermeabilizado, ella se atragantó, a continuación notó lo agradable que era el agua fresca, y se sosegó. Eso no debía volver a ocurrirle. Tenía que saber controlarse mejor. Ya era la segunda vez ese día que ella había perdido el dominio de sí misma.

–Ya vuelve a estar bien –constató Ludwig con satisfacción. Devolvió a John la bota de agua y volvió a agarrar la mano de Fanny. Al hacerlo tocó ligeramente la pulsera de abalorios–. Querida Charlotte, ¿qué es este adorno tan poco corriente que llevas puesto? ¿De dónde lo has sacado? –Tocó las cuentas, y a Fanny le pareció como si estas reaccionaran a su roce. Cada cuenta que él tocaba desprendía de pronto calor.

–De... de mi madre. –Fanny esperó que no le siguiera preguntando y que no la obligara a seguir mintiendo.

–¡Qué extraño! Estas cuentas amarillas de aquí me resultan muy conocidas, me parece habérselas visto alguna vez a los cafres o a los hotentotes.

«Sí –pensó Fanny–, en esto tiene razón Ludwig.» Las cuentas amarillas eran perlas *bodom*, eso se lo había dicho el padre Gregor por aquel entonces, cuando realizó su visita al convento. Y ese había sido precisamente el detonante para que ella quisiera viajar a África, pues todas las demás pistas acababan en un callejón sin salida. Sin embargo, no podía decirle apenas nada de todo eso a Ludwig, así que siguió mintiendo.

–Exactamente no sé de dónde tenía mi madre esas cuentas. –«Ni siquiera sé quién fue mi madre», pensó Fanny, y se mordió el labio. Intentó recordar lo que Charlotte le había contado acerca de su madre.

–¡Allí enfrente, señor, mirad: gacelas saltarinas! –exclamó Hendrik señalando a la izquierda, en donde había algunas rocas y árboles a cierta distancia. Fanny dirigió la vista hacia allí y aún pudo ver por unos instantes cómo un grupo de animales con forma de gacela desaparecía por detrás de las rocas.

Ludwig se puso en pie de un salto y echó mano del fusil que tenía a sus pies.

–¡A esos nos los llevamos! –Ludwig dirigió una sonrisa a Fanny e hizo una señal a John para que se acercara. John saltó del caballo y le tendió las riendas a Ludwig. Este montó sin demora y se fue a todo galope.

Todo había sucedido con tanta rapidez que Fanny no se enteró de lo ocurrido hasta que la silueta de él desapareció envuelto en una nube de polvo.

–John, ¿adónde ha ido?

Resonaron varios disparos en la llanura. Fanny se estremeció y buscó a Ludwig con la vista en el horizonte.

–Su prometido ha salido al galope con la esperanza de completar la cena con carne, pero las

gacelas saltarinas son muy rápidas. No sé yo si... –John se interrumpió y miró al cielo; Fanny siguió involuntariamente la dirección de su mirada, pero no pudo descubrir nada. Miró decepcionada al rostro de John, pero este seguía con la vista clavada en el aire y con la mano sobre los ojos a modo de visera para poder ver mejor.

–¡Este perro! –murmuró de repente, y esbozó una sonrisa. Buscó los ojos de Fanny y le dirigió una mirada penetrante–. Ludwig ha dado efectivamente en el blanco. –Con el brazo extendido señaló de nuevo al cielo por encima de las rocas.

Fanny descubrió entonces aquellas aves también. Unas sombras oscuras gigantescas que descendían cada vez más sobrevolando en círculo.

–Aves carroñeras –dijo John echándose a reír–. Si no nos espabilamos, se nos adelantarán. –John dio unas palmadas y se puso de camino con algunos negros en dirección a las rocas sobre las que sobrevolaban cada vez más aves.

Fanny se quedó sola con Hendrik. Cuando se dio cuenta de que Hendrik tenía los ojos clavados en sus brazos desnudos, los cruzó y reposó la cabeza en el regazo. Cerrar los ojos unos minutos nada más... Los hombres tardaron un buen rato en regresar, tanto, que Fanny tuvo tiempo de echar una cabezadita.

La despertaron las voces cantantes de los negros. A Fanny le parecieron unos cánticos similares a los gregorianos. Era incapaz de distinguir las palabras, eran sonidos aislados, «yejeeee» y «ya–eoo», que con aquel sol abrasador parecían tener una extraña tonalidad fúnebre. Dos de los negros llevaban un palo al que estaba atado un animal delgado de cuatro patas, con cuernos en espiral y con forma de lira.

«Qué animal más bonito –pensó Fanny–, con esa cabeza blanca y esa fina raya de color caoba que va desde los ojos hasta la comisura del morro.» Le manaba sangre de una herida en el pecho.

Ludwig saltó del caballo, se sacudió el polvo del traje y se sentó a continuación al lado de ella entre jadeos.

–Hay que salir tras ellos al instante porque de lo contrario desaparecen. Las gacelas saltarinas son casi tan rápidas como los guepardos. Y después de alcanzarlas con un disparo hay que darse mucha prisa para que las aves carroñeras y las hienas no las devoren antes. Pero ese esfuerzo vale la pena porque su carne es tierna. –La piel de Ludwig estaba recubierta por completo de una mezcla pegajosa de polvo y sudor, pero después de limpiarse contempló la mano sucia con una sonrisa satisfecha.

–Me resulta sumamente grato que te guste también cabalgar, Charlotte, así podremos hacer muchas excursiones bonitas.

A pesar del calor, a Fanny se le puso la carne de gallina. Se había hecho coser un vestido para montar, pero no sabía montar a caballo.

–Sí, lo haremos –dijo con voz firme. «Aprenderé a montar, igual que aprenderé todo lo que sea necesario para sobrevivir aquí», pensó.

Hendrik llamó de nuevo a los bueyes por su nombre y restalló el látigo sobre ellos para ponerlos en marcha, y la caravana se puso en movimiento.

Ludwig se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo y volvió a agarrar la mano de Fanny sintiéndose muy animado. Ahora desprendía un olor diferente al de antes, como si la caza lo hubiera convertido en un depredador. Eso producía un efecto de lupa sobre los sentidos de Fanny;

de repente percibió con extrema claridad la piel áspera de las yemas de sus dedos que le hacía cosquillar la palma de la mano. Con una fulminante claridad comprendió que no solo las manos de él tenían derecho a tocar todo su cuerpo, sino que como matrimonio compartirían mucho más que únicamente las manos. Ella lo observaba con el rabillo del ojo. Hasta entonces él se había mostrado muy atento y cariñoso con ella, pero ahora, después de la caza, se había añadido un elemento nuevo, diferente, producía un efecto más viril que antes. El amplio tórax de él se hinchaba y desinflaba con agitación, y le temblaba el bigote enrojecido por el polvo. ¿Qué sensación le daría el bigote al besarle los labios?

Con Charlotte no había tratado nunca tales asuntos. Las conversaciones habían girado siempre en torno a lo decente que se había mostrado frente a Charlotte, a lo poco que le había preocupado el escándalo del hermano de ella, a la inteligencia de su expresión en las cartas y a la plena seguridad que ofrecía como marido en aquella tierra salvaje. «Ese miserable convento –pensó Fanny–. Todo el tiempo ocupándome tanto de la salud de mi alma que he olvidado dónde habita esta, que no es en otro lugar que en este cuerpo mío.»

La áspera mano de Ludwig, a la vez posesiva y sorprendentemente tierna, se deslizó a lo largo del brazo de ella y provocó en Fanny el deseo de acercarse más a él. En ese momento, él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Fanny notó con sorpresa que aquello le gustaba mucho.

–Pronto haremos un alto en el camino y prepararemos todo para la noche.

–¿Y dónde vamos a dormir?

Ludwig la soltó, extendió las manos señalando al paisaje.

–¡Aquí!

–¿Pasaremos la noche al aire libre? ¿No es muy peligroso?

Él negó con la cabeza.

–No, es mucho más peligroso proseguir el viaje en la oscuridad. Los caminos están llenos de baches y de grietas, y eso podría costarnos alguna rueda. Además, hay muchos animales activos por la noche. Resultan muy peligrosos los osos hormigueros, por ejemplo, porque solo se les ve en las noches muy claras con luna y te puedes dar con ellos y caerte del caballo o puede ocurrirte alguna cosa peor. ¡No, ninguna persona en su sano juicio continúa su viaje después de ponerse el sol! El fuego mantiene a distancia a las hienas y a los chacales. Y lo más peligroso sería que se nos extraviaran los bueyes. Pero no temas, mi gente está bien entrenada para evitar precisamente eso.

Una hora más tarde se detuvieron cerca de un árbol espina de camello con un tronco muy nudoso y una copa muy tupida. Hendrik desenganchó los bueyes y los proveyó de agua. Para extraerla tuvo que cavar con otros indígenas un profundo agujero en la arena.

Fanny los estuvo mirando un rato y poco a poco fue sintiendo que estaba de más allí sin hacer nada. Caminó hasta el árbol para sentarse a su sombra. Apenas se había sentado, cuando corrió Ludwig hacia ella con el pellejo de un kudú bajo el brazo. La levantó con un cariñoso movimiento negativo de la cabeza.

–Disculpa, pero en esta sombra hay millares de garrapatas al acecho de sus víctimas. Son bichos que pueden aguantar pacientemente durante años sin alimento.

–Bueno, la verdad es que me gustaría más ayudar que estar sentada aquí sin hacer nada.

Él le hizo un gesto negativo con la mano y le dijo que pronto habría cosas más que suficientes

que ella tendría que hacer. A continuación se dirigió a la gacela saltarina muerta, la despellejó y la destripó para proceder a descuartizada.

Fanny, que en la cocina del convento había tenido que desollar y destripar innumerables conejos, estaba impresionada de verlo actuar con el cuchillo con tal habilidad y sin titubear. Cuando él se dio cuenta de cómo lo observaba, le dirigió un saludo con el cuchillo sanguinolento al aire y le sonrió.

Entretanto, John había extraído de una caja la vajilla esmaltada, vasos, platos y cubiertos, mientras los indígenas montaban dos grandes calderos en trípodes algo alejados uno del otro y encendían un fuego debajo. Como una especie de encendedor, arrancaron matorrales del borde del camino que despedían un olor intenso a trementina y que luego prendían con chispas haciéndolos crepitar. Finalmente, cuando el fuego ya tenía llamas claras, John colocó las piezas cortadas de la gacela sobre el fuego y removió en una de las calderas una papilla de harina. En el otro caldero estaban preparando una infusión.

Como Fanny había estado tan ocupada en mirar cómo trabajaban los demás, no se dio cuenta de que el sol ya se había puesto tras las lejanas rocas del horizonte. Se hizo de noche de una manera fulminante, sin una fase de crepúsculo.

Fanny comenzó a helarse de frío. Su vestido volvía a estar seco, sí, pero debido al agua salada estaba desagradablemente apelmazado y le rozaba. «Lo primero que haré será vestirme con ropas adecuadas –pensó–, qué absurdo llevar corsé y un vestido de encaje con estas temperaturas y todo este polvo. ¡Y dormir con ellas me parece el colmo de la sinrazón!» Entre temblores de frío volvió a bajarse las mangas del vestido.

Ludwig le llevó una infusión de hojas que no conocía y se la bebió con ganas. Además, él le puso una manta de lana sobre los hombros y la condujo hasta el fuego en el que se estaba asando la gacela. Allí se sentó junto con Ludwig y John sobre unas pieles extendidas. Hendrik y los demás indígenas estaban sentados en torno a la otra fogata.

La carne sobre la parrilla desprendía un aroma tentador, y a Fanny se le estaba haciendo la boca agua. Tenía la sensación como si desde el desayuno en el barco no hubieran pasado horas, sino años. No podía recordar haber tenido nunca un hambre tan canina.

John volvió a llenarle el vaso con la infusión. Cuando se dio cuenta de la ávida mirada de ella, se echó a reír.

–La carne tardará todavía un rato en estar hecha. –Dirigió la vista a Ludwig–. Hendrik podría contarnos una historia y así se pasará el tiempo más rápido.

Ludwig asintió con la cabeza.

–Si eso te gusta, Charlotte, por mí no hay ningún problema. Los nama tienen una colección enorme de cuentos muy bonitos.

–¿Qué son los nama? –preguntó Fanny–. No oí hablar de ellos nunca en la Escuela Colonial Femenina.

Ludwig la rodeó con el brazo mientras se disponía a explicárselo.

–Aquí, en el África del Sudoeste Alemana, viven muchas tribus diferentes de indígenas, como por ejemplo los herero y los nama. Ambas son tribus nómadas que pastorean por el país con sus rebaños de vacas. Entre ellas hay continuamente guerras por las vacas y los pastos, y hay que andarse siempre ojo avizor para que no te roben las vacas de los *kraals*. Además, más al norte, en

dirección a Etosha, viven las tribus de los himba y de los ovambo. John, mi administrador, es hijo de una mujer zulú y de un alemán. Los zulúes viven en Sudáfrica y son mucho más guerreros que los herero y los nama.

Fanny intentó memorizar todo aquello.

–¿Y dónde conociste a John? ¿Estuviste anteriormente en Sudáfrica?

Ludwig negó con la cabeza.

–Estuvimos juntos en un internado alemán, pero esa es otra historia. –Carraspeó como si tuviera un nudo en la garganta, llamó a Hendrik y le pidió que se sentara con ellos al fuego y que contara algo.

–¡Pero ni hablar de aquella historia indecente del caníbal y de la mujer que huele tan bien!

John sonrió burlonamente, pero Hendrik se sentó a su lado sin pestañear. Contempló un buen rato a Fanny, como si estuviera pensando qué podía gustarle. Todos esperaban expectantes. Por fin dio una palmada y comenzó a contar.

–Es una historia que los que son muy mayores ya cuentan desde hace una eternidad. La llaman «Las perlas que hablan»...

A Fanny se le retorció dolorosamente el estómago vacío, y se llevó la mano instintivamente a la pulsera. ¿Habría elegido Hendrik este cuento a causa de sus abalorios? Recordó la mirada de él clavada en sus brazos.

–Las perlas que hablan –repitió Hendrik– y el caníbal del caldero lleno de sangre humana.

–¡Nada de caníbales! –protestó Ludwig–. ¡Mi novia es una dama!

–Ludwig, te lo ruego, eso suena a historia muy loca, déjale que siga contando.

Fanny tenía que oír aquella historia a toda costa. Ludwig peroró, pero acabó dirigiendo una señal de asentimiento a Hendrik.

–Érase una vez una mujer que tenía doce hijos. Al primogénito lo casó con una mujer joven y bella cuyo padre era riquísimo porque poseía muchísimas cabras. Y el número de cabras fue aumentando cada vez más y más porque nunca las sacrificaba, ni siquiera a una. Y es que era un caníbal, igual que su hija. Así pues, después de que el hijo primogénito llevara un tiempo viviendo en casa del caníbal, regresó a casa de sus padres y preguntó si el siguiente de sus hermanos podría ayudarlo en el trabajo porque tenía a la esposa muy ocupada con los hijos. La madre no sospechó nada y le dio su segundo hijo inocentemente. De camino hacia la casa del antropófago, el hermano mayor se detuvo de repente y dijo: «Este es el lugar en el que los hermanos pequeños se quitan el taparrabos.» Y su hermano lo hizo. Entonces llegaron hasta un abrevadero, y el hermano mayor bebió abundantemente. Pero cuando el hermano menor se dispuso también a beber, dijo entonces: «¡Alto! Los niños no deben beber de esta agua.» Y el hermano menor volvió a cumplir la orden del mayor. Cuando los dos estuvieron en la casa del caníbal, este los saludó con alegría y dijo al hermano más pequeño que su sitio para dormir no era la cabaña, sino la cuadra. A continuación sacrificaron una cabra para honrar aquella visita. El chico no sospechó nada, todo lo contrario; se hartó de comer y luego se echó a dormir.

»Pero por la noche apareció el caníbal con el caldero en el que conservaba la sangre de todas las personas que había matado anteriormente, y salpicó al chico con esa sangre. Y cuando eso sucedía, entonces estaba uno perdido y tenía que morir por fuerza. Y así fue como murió el chico.

–¡Ya basta! –le interrumpió Ludwig enfadado–. Hendrik, esa historia puede que tenga su

acogida entre las mujeres de tu *kraal*, pero aquí, con mi prometida, está por completo fuera de lugar. Por favor, Charlotte, disculpa. Además, creo que ya es hora de comer la carne.

Hendrik se levantó encogiéndose de hombros y volvió al otro fuego. Fanny se puso de pie de un salto y lo siguió. Le daba lo mismo lo que fuera a pensar Ludwig.

–¿Por qué has elegido esa historia?

Hendrik chasqueó la lengua.

–Por tu estigma y por esas perlas –dijo él señalando con el dedo los abalorios amarillos de la pulsera de ella–. Son perlas protectoras que solo les está permitido llevar a los jefes de tribu y a los hechiceros.

–¡Charlotte, haz el favor de regresar a nuestra hoguera! Esas cosas no se hacen.

Fanny ignoró a Ludwig.

–¿Qué estigma? ¿Te refieres a estos abalorios? ¿Sabes a quién pertenecieron? –preguntó ella. Tenía que saberlo a toda costa.

Hendrik bajó la vista y murmuró algo en un idioma que Fanny no había oído en su vida.

–*Is ge ge luu itliras oms tlinaa Khaisa.*

–¿Qué significa eso? –preguntó Fanny volviendo la cabeza hacia Ludwig, que venía hacia ella.

–Es una frase nama y significa algo así como «Y ella no sabía que había una hiena en la casa» –murmuró Hendrik en voz tan baja que Fanny no estaba segura de haberle entendido correctamente.

–¡Charlotte! –Ludwig le pasó el brazo por los hombros con determinación y la condujo de vuelta a la hoguera con la carne–. No es bueno congeniar con ellos de esa manera. Ya sé que no has pensado en las consecuencias al hacerlo, pero no debemos animarlos.

A Fanny le habría gustado saber cómo continuaba el cuento de las perlas que hablaban, y no podía reconocer qué había de equivocado o de malo en hablar con Hendrik. Pero, en realidad, ¿qué sabía ella de ese país? Ludwig deseaba solamente lo mejor para ella. A pesar de todo se propuso averiguar más detalles del cuento en la primera ocasión que se le presentase.

Sin embargo, cuando estuvo ya junto a la carne, el aroma de la gacela a la parrilla ahuyentó los demás pensamientos, y Fanny ya únicamente era una persona hambrienta.

–Yo misma me convertiré en una caníbal si no recibo por fin un pedazo de carne –dijo esperando hacer reír a todos y restablecer de esta manera el buen humor.

–No hará falta –dijo John tendiéndole un pedazo de carne con una sonrisa y repartiendo a los demás otros pedazos.

Fanny se quemó la boca porque mordió enseguida su pedazo, pero no quedó decepcionada porque la carne de gacela saltarina era tierna y sabía un poco a cabra. De todas formas, la papilla de harina que tomaba de su escudilla con la cuchara barata de metal era más insípida que todo lo que había tenido que comer en el convento. Tomó otro trozo de carne y, como estaba tan hambrienta, se puso otra porción de papilla y siguió comiendo hasta que su panza pareció un tambor tensado.

A continuación permaneció sentada con Ludwig y John en torno al fuego, mientras los negros se apiñaban pegados unos a otros en torno a la otra hoguera. Como Fanny, pese al fuego, estaba sintiendo cada vez más el frío en su cuerpo, comenzó casi a envidiarlos un poco. Cada vez que miraba a Hendrik se preguntaba si sabría algo que pudiera ayudarla. Podía ocurrir que hubiera

centenares de historias de los nama en las que aparecieran perlas. O quizá sí se hallaba sobre la pista correcta. Tocó sus abalorios y respiró hondo. «Lo averiguaré –pensó–, estoy completamente segura de ello.»

Fue entonces cuando Fanny se dio cuenta de que nadie hablaba ya y de que todos estaban sentados en silencio, como si estuvieran hechizados con la mirada clavada en el fuego crepitante y de llamas claras que desprendía una fragancia aromática.

Fanny bostezó. Atiborrada de comida y cansada, solo sentía deseos de dormir. Cerró los ojos y fue cayendo hacia atrás a pesar de que con cada centímetro que su cuerpo se separaba del fuego, iba sintiendo cada vez más frío. El suelo le perforó la espalda con su dureza y su gelidez, y a pesar de ello estaba segura de que en esa cama dormiría mejor que en cualquier otro momento de su vida.

Le extendieron una manta por encima, y al abrir los ojos para ver quién se ocupaba tan amablemente de ella, reconoció a Ludwig, que la miraba con gesto inquisitivo.

–Gracias, es todo un detalle.

–Hará mucho más frío a lo largo de la noche –explicó él–. Deberías acercarte más al fuego.

La ayudó a situarse más cerca de la hoguera. Ella dirigió entonces la vista al cielo y contuvo el aliento ante la sorpresa de ver por encima de ella aquel cielo estrellado que destellaba como en un cuento de hadas. Esa vista era tan tremenda que empequeñeció todo lo demás, incluida la historia del caníbal. Se frotó los ojos, se irguió por completo y echó la cabeza hacia atrás para poder ver mejor aquel espectáculo. «Si extendiera ahora las manos, podría recolectadas del cielo», pensó. Una luminosa senda, compuesta por adoquines centelleantes, atravesaba de lado a lado el firmamento, y muy abajo reconoció la brillante Cruz del Sur que Charlotte le había mostrado por las noches en el barco. Rendida, Fanny volvió a echarse hacia atrás sin quitar los ojos de las estrellas. En medio de todo aquel centelleo continuo brillaban inesperadamente una y otra vez algunas estrellas solitarias, y aquel brillo lo interpretó como un augurio, como un saludo de bienvenida muy especial.

3

–¡Missi, Missi!

Fanny reprimió un bostezo y se restregó los ojos. Se asustó cuando se le pasó por la cabeza el día que era. El de su boda. La víspera había realizado los últimos retoques en el vestido de novia de Charlotte, y ahora le venía como si estuviera hecho a medida.

Junto a la cama de Fanny esperaba una joven negra con una palangana esmaltada y desportillada, llena de agua.

–Por favor, usted venir. Los jefes están sentados con pipa y tienen café.

–Gracias, Betty, está bien, voy a apresurarme.

Betty depositó el recipiente del agua sobre el lavabo junto a la ventana y desapareció para alivio de Fanny. No estaba acostumbrada a tener espectadores durante su aseo personal, y había luchado duramente para conseguir que la dejaran sola en esos menesteres.

Desde hacía tres días estaban alojados en la casa de Oswald Ehrenfels, el juez de Windhuk. Después de los diez días de su viaje con la caravana de los bueyes, a Fanny le pareció un lujo indescriptible aquella cama exenta de arena; sin embargo, echaba de menos las estrellas y dormía mal. Ello no se debía a Ludwig ni al hecho de que Fanny tenía que dar hoy su sí. Ni tampoco a que se había pasado todas las noches cosiendo su vestido de novia mientras soñaba en los caníbales. Su desvelo se debía a la insistencia de Maria von Imkeller, que quería organizarles a toda costa el banquete de bodas. Luise, la esposa del juez, había muerto hacía un año por la mordedura de una serpiente, y Maria opinaba que el juez debía aparecer por fin otra vez en actos sociales entre personas.

Ehrenfels, a quien no le parecía bien en absoluto aparecer en actos sociales, dio a entender, sin embargo, que en Windhuk la gente aprovechaba cualquier ocasión, por insignificante que fuera, para organizar una fiesta y que se lo tomarían muy a mal si ellos se negaban a hacerla.

Desde ese momento, Fanny no había dejado de pensar ni un momento en cómo haría para disipar toda sombra de duda que Maria pudiera albergar sobre su identidad. Charlotte y ella estaban seguras de que ninguno de los pasajeros se había percatado del verdadero nombre de cada una de ellas. No en vano, muchos de ellos habían padecido mareos ya al comienzo de la travesía y, posteriormente, la mayoría enfermó durante la intoxicación alimentaria. Y después de que se produjeran las primeras muertes, el capitán tomó la decisión de no celebrar ninguna otra gran fiesta a bordo.

No obstante, Fanny tenía miedo de que Maria conociera a alguien de la familia de Charlotte von Gehring o de que le hubieran llegado rumores sobre el hermano de Charlotte. Todas las veces que tuvo ocasión de hablar con Maria von Imkeller, esta había dejado entrever que estaba emparentada con la flor y nata de todo el imperio. Y Fanny no conocía ni siquiera a uno de los nombrados. Además, era consciente de las grandes diferencias que había entre la educación de Charlotte y la suya. En el convento, a ella no le enseñaron ni a bailar ni a montar a caballo. En cambio, sabía hablar y enseñar en tres idiomas, matar animales, curar heridas y coser vestidos. De

bordados o de canto tenía tan poca idea como de música. Y hoy era el día de su boda, el día en que iba a tener lugar la terrible fiesta.

Se lavó a toda prisa porque a Ludwig no le gustaba que se levantara tan tarde. No sabía que a ella le resultaba tan difícil levantarse porque no podía compartir sus penas con él sin delatarse.

Durante el viaje pasaron junto a las ruinas de la misión de Okahandja. Unos postes negros de madera apilados, el único muro de una casa, calcinado y todavía en pie, la tierra pisoteada, arbustos muertos y finalmente una sencilla cruz de madera para tres muertos. Con un escalofrío que le recorrió el cuerpo fue completamente consciente de que ella había estado a punto de ir a parar a ese lugar. Quiso bajarse del carro y pronunciar una oración por los difuntos, pero Ludwig y John la conminaron a proseguir el viaje. Afirmaron que los animales y los indígenas se ponían nerviosos porque ese lugar estaba maldito. No fue hasta más tarde que Fanny averiguó que Ludwig y John no estaban en absoluto de acuerdo con las razones de por qué aquel lugar estaba maldito.

Para Ludwig, la maldición se debía al hecho de que se había destruido la misión de aquella forma tan brutal; para John, la maldición se debía a que para la construcción de la misión se había talado un árbol antiquísimo, de milenios de antigüedad y del que siempre habían hablado los antepasados. Se trataba de un *omumborombonga*. Los mitos de los herero decían que el primer herero surgió de ese árbol sagrado, igual que Atenea había surgido de la cabeza de Zeus.

Después soñó por primera vez con el asalto a la misión y con caníbales que llevaban calderos llenos de sangre, y desde entonces soñaba casi todas las noches con eso. En el sueño aparecían siempre sus abalorios, y siempre se despertaba empapada de sudor. Unas veces, uno de los asesinos llevaba colgada del cuello una perla amarilla; otras veces, el misionero llevaba un rosario confeccionado con perlas mágicas; alguna vez, un negro enterraba una perla detrás de la casa. Y sin que ella pudiera decir por qué, el sueño iba siendo cada vez más amenazador. A pesar de ello, nunca se habría desprendido de su pulsera de abalorios. Era el cordón umbilical que la relacionaba con su madre. Se secó, examinó si estaba limpia su pulsera, renunció a ponerse el corsé y se embutió en uno de sus vestidos blancos, que le quedaban perfectamente porque durante la travesía en el barco y luego durante el viaje con la caravana de bueyes había adelgazado aún más.

Se sujetó la melena negra rebelde y se dirigió a toda prisa escaleras abajo hacia la veranda en la que los hombres estaban sentados tomando el desayuno. El juez habitaba una de las pocas casas de Windhuk que disponía de una primera planta y de una terraza acristalada.

Cuando llegó hasta ellos, Ludwig se levantó y le besó una mano.

—Llegas tarde —dijo él, y Fanny percibió el tono de desaprobación.

—A una persona con ese aspecto tan encantador se le perdona todo —protestó el juez, que permaneció sentado con su obeso carlino sobre las rodillas. El perro atendía al nombre de *Bismarck*, lo cual era para Ludwig una prueba del extraño posicionamiento del juez respecto del Imperio alemán.

—Síntese —dijo el juez. Fanny percibió que era del agrado del magistrado, pero no entendía del todo por qué. Una y otra vez lo pillaba mirándola fijamente y con aire meditabundo. Soplaba una ligera brisa por la veranda haciendo un poco más soportable aquel calor desacostumbrado para finales del mes de enero. El jardín del juez producía la impresión de un yermo reseco. Tan solo los magníficos pelargonios de color blanco rosado y con una ligera fragancia a limón, que estaban en la veranda plantados en tiestos y que todos los días eran regados, todavía no habían

marchitado. Todo el mundo estaba esperando a que llegaran las lluvias, que ya llevaban un retraso considerable. A la vista de aquella sequía, Fanny apenas podía imaginarse que el nombre originario de Windhuk había sido *Ai-Gams*, que significa «fuente caliente» u *Otjomuise*, «lugar de los vapores». Aquí no había vapor ninguno; todo desprendía polvo.

Fanny se sentó en una de las pesadas sillas oscuras de madera que, junto con el resto de muebles macizos, había mandado el juez que se los enviaran desde Berlín y que no casaban en absoluto con el calor ni con el sol de aquellas tierras.

Ella untó con mantequilla y mermelada una rebanada de pan recién hecho y bebió *omeire*, una bebida láctea un poco agria que el juez obtenía de los herero. A ella le encantaba ese gusto que le recordaba la leche mantecada y que refrescaba agradablemente aquellos calores. Además, el juez la había fortalecido.

«Deberíamos adaptar nuestra alimentación a la de los indígenas antes que obligarles a ellos a aceptar nuestros usos y costumbres», así era como pensaba él, y con esta concepción de las cosas entraba regularmente en conflicto con Ludwig, quien estaba seguro de que en aquella bebida había tantos agentes patógenos que para un europeo resultaba extremadamente peligroso beberla.

Sin embargo, hoy tenía otras preocupaciones en la mente.

–Charlotte, tenemos que partir de viaje lo más rápidamente posible. Mi amigo Hermann, de Keetmanshoop, me ha escrito y me comunica que los hotentotes no hacen sino atacar constantemente mis rebaños de ovejas de raza damara.

Fanny se quedó esperanzada. Esa noticia le pareció un regalo del cielo porque de esa manera podría escapar de Maria von Imkeller.

–¡Partamos entonces inmediatamente! –propuso ella.

–Bueno, creo que partirán ustedes después de la boda, ¿no es así? –preguntó el juez guiñando un ojo a Fanny. Al hacerlo, su cara redonda e imberbe se pobló de profundas y sebosas arrugas que le hizo parecerse mucho al carlino al que estaba dando de comer unos trozos de pan. Cuando un trozo de pan iba a parar al suelo, un chico negro corría hasta allí, lo recogía y se lo entregaba al juez para desaparecer a continuación y con el mismo sigilo hasta el rincón del que había aparecido.

–Por supuesto –dijo Ludwig rechinando los dientes y esforzándose por parecer cortés.

–Podríamos anular la cita con Maria von Imkeller, Ludwig –se apresuró Fanny a intervenir en la conversación–. Realmente no necesito esa fiesta.

Los labios de Ludwig se desfiguraron en una amplia sonrisa.

–Realmente eres el tipo de mujer que me gusta.

–Pero usted no puede aceptar ese sacrificio, Ludwig. Después de todo va a casarse con su mujercita una sola vez. Lo suyo es organizarle una fiesta que no olvide jamás. Mi difunta Luise decía siempre que...

–Sí –se apresuró Ludwig a interrumpirle, y Fanny reprimió una sonrisa. A Ludwig le aburrían las innumerables anécdotas que el juez contaba sobre su esposa Luise. Ludwig tenía al juez por una persona excesivamente sentimental–. Sí, por supuesto, Ehrenfels, puede que tenga usted razón.

–Qué bobada, Ludwig, yo ya me doy por satisfecha con poder estar juntos los dos. De verdad. ¡Estaría totalmente de acuerdo en partir de viaje nada más terminar la ceremonia! –dijo Fanny sonriendo al juez con la esperanza de haberlo convencido.

De pronto, el juez dio un puñetazo encima de la mesa, lo cual hizo que el carlina se enderezara de golpe. *Bismarck* comenzó a ladrar y se fue corriendo por la veranda.

—¡De eso, ni hablar! ¿Qué es eso? Pues nada más que una enorme falta de respeto. Les caso a ustedes, por la tarde se va a la iglesia y más tarde a la fiesta en casa de Maria. Y no voy a tolerar réplica ninguna. Las cosas se hacen como es debido. Mañana temprano pueden partir si así lo desean y si están en situación de poder hacerlo.

Fanny intercambió una mirada con Ludwig. Sabía que él estaba furioso porque tenía los labios apretados firmemente y parecía como si no tuviera boca, sino tan solo un bigote muy tupido. No le gustaba que nadie le ordenara lo que tenía que hacer.

—Entonces lo haremos lo más corto posible —se apresuró a decir ella—. Podríamos partir a la mañana siguiente, antes del amanecer. Voy a prepararlo todo.

Ludwig le dirigió una señal de agradecimiento y a continuación se disculpó ante el juez en un tono claramente más frío alegando unos asuntos inaplazables.

Fanny percibió en ella la mirada de admiración de Ehrenfels.

—Hija mía, no sé el qué, pero aquí hay algo que no cuadra en absoluto. Y no me venga usted con cualquier excusa. No la entiendo.

Fanny notó cómo se le expandía el rubor por el cuello y por el escote. ¿A qué se estaba refiriendo en verdad el juez?

—Jamás me he encontrado con una mujer a la que le fuera tan indiferente su propia boda. Y justamente en su caso, yo habría pensado que estaría deseando cambiar de apellido lo más rápidamente posible.

Su alusión iba dirigida a la familia de Charlotte. Al parecer, los rumores en torno al escándalo vergonzante habían llegado incluso a las colonias africanas.

—Claro que deseo casarme lo más rápidamente posible, señor juez —protestó Fanny—. Pero las cosas deben transcurrir tal como las desee Ludwig.

El juez hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso son tonterías, las mujeres afirman que desean servirnos, pero la verdad es que se las apañan para hacer exactamente lo que ellas quieren. Mi Luise era toda una especialista. Por cierto, nos vimos por primera vez en Keetmanshoop, que por aquel entonces era un pueblo de un aburrimiento total.

Fanny habría hecho cualquier cosa por impedir cualquier otra pregunta sobre la familia de Charlotte.

—Me habría encantado conocer a su Luise. ¿Cómo fue su boda? —preguntó por ese motivo.

Él sonrió como ensimismado.

—¿Me permite que le confiese un secreto?

«Sí —pensó Fanny—, todo menos verme sometida a un interrogatorio.» Había tantas cosas sobre la familia de Charlotte de las que no sabía nada... Él se interrumpió y se encendió la pipa.

—Pero primero tiene usted que responderme a dos preguntas. Dígame, ¿qué es ese lunar que tiene en el brazo?

—¿Se refiere a esta media luna? No lo sé, ya la tenía desde muy pequeña.

—¿Y qué sabe usted de la pulsera que lleva?

Fanny miró al juez con cara de sorpresa.

–¿Por qué quiere saberlo?

–Porque conozco esas cuentas.

El corazón de Fanny comenzó a latir aceleradamente. Primero Hendrik y ahora el juez.

–¿De qué las conoce?

–Me acuerdo muy bien de esas perlas amarillas. Yo acababa de llegar aquí procedente del África Oriental. Y como todavía era un jovencito imbécil... Charlotte, no tiene usted por qué negar con la cabeza con gesto compasivo. ¡Créame, yo por aquellos tiempos era un verdadero idiota! Y por ese motivo solo me daban los casos que nadie quería, y se deshicieron de mí enviándome a Keetmanshoop, en donde habían asesinado a un blanco y a un herero que era presuntamente un sacerdote herero, su clan afirmaba que los blancos lo habían matado. Nadie creía una palabra de esa historia, pero por mor de la paz tuve que hacerme cargo de las acusaciones. Al hombre lo habían matado con un arma de fuego, de eso no había ninguna duda. Pero había muchos que podían haber realizado esa acción porque aquí, en el África del Sudoeste Alemana, portaba un fusil por aquel entonces hasta el último bosquimano. Era como una plaga, todo el mundo tenía un fusil, ¡hasta las mujeres! –Se le había apagado la pipa y volvió a encendérsela.

–¿Y las cuentas? –preguntó Fanny con miedo a que él se perdiera en sus recuerdos.

–Paciencia, cariño, paciencia. Bueno, ese herero tenía un amuleto colgado del cuello, con plumas y huesos y tres de esas cuentas amarillas –dijo señalando la pulsera de ella– y, si no me equivoco del todo, también llevaba algunas de esas otras extrañas cuentas. Me refiero a esas que unas veces destellan como un arcoíris y otras como una puesta de sol. Estoy seguro de que habría olvidado esas perlas de nuevo si mi Luise no las hubiera llevado ensartadas en un collar de cuero.

«Otra pista –pensó Fanny con júbilo en su interior–, esta vez una pista de verdad y no un cuento fantástico.» Apenas podía dar crédito a su suerte.

–¿Y le preguntó usted a su esposa al respecto?

–Por supuesto, pero nunca me dio una respuesta, por mucho que la amenazara si no lo hacía. Lo mantuvo siempre en silencio.

–¿Y el sacerdote muerto? ¿Pillaron alguna vez a su asesino?

El juez dio una calada prudente a su pipa.

–No.

–¿Y cuál es el secreto que iba usted a confiarme?

–Querida mía, no ha respondido usted todavía a mi pregunta.

–Estas cuentas son de mi madre.

–¿Y quién era su madre? –preguntó él.

Sus palabras la pillaron desprevenida y tuvieron el efecto de un mazazo. Se alegró de estar sentada. «¿Por qué me pregunta eso? Él sabe perfectamente quién debe de ser mi madre, consta en la partida de nacimiento. Rápido, rápido, ¿cómo era el apellido de soltera de la madre de Charlotte?»

–Karoline Viktoria von Ehlert –dijo Fanny aceleradamente.

–Tras todos los años que llevo ejerciendo de juez me jugaría el pie izquierdo, mi venerada Charlotte, a que no me está contando toda la verdad. Me decepciona usted.

¿Cómo se había dado cuenta? En los últimos años en el convento, a Fanny no la habían pillado ni una sola vez mintiendo. Sabía que el ataque era el mejor método para distraer la atención.

–Usted ofende a mi persona y a mi honor.

El juez mostró una amplia sonrisa.

–Charlotte, no me venga usted ahora con el honor: es la palabra más ridícula en todo el imperio.

«Ludwig le replicaría ahora con enfado», pensó Fanny.

–¿Qué quiere usted decir?

El carlino regresó y volvió a saltar sobre el regazo del juez.

–El honor es un bien volátil y se le trae a colación con frecuencia para tapar hechos delictivos. Estoy de acuerdo con el escritor Theodor Fontane. «El honor de este mundo no puede darte ningún honor. Lo que de verdad te eleva y te mantiene tiene que habitar en ti mismo.»

«¿Y si le cuento todo? ¿Y si me confío a él? No, eso es del todo imposible. En su cargo de juez, Ehrenfels no podría permitir que Ludwig se casara con una mujer como yo, sobre la que nadie sabe nada.» Fanny dio un buen trago a su *omeire*.

–Usted me recuerda a mi Luise, y le deseo que tenga mucha suerte. –El juez vació la pipa; se levantó con tanta celeridad que el perro más bien cayó al suelo antes de poder dar un salto. El chico corrió hasta ellos y le tendió al juez un bastón negro con una empuñadura blanca que era una talla en forma de elefante. Ehrenfels se apoyó con una mano en el hombro del chico y con la otra en su bastón—. Nos vemos luego en mi oficina. Al verlos caminar arrastrando los pies, ella se preguntó por qué el juez no tenía hijos. A continuación fue completamente consciente de lo mal que había mentado. Tan mal, que él se había dado cuenta. Tenía que recomponer esa situación, esta noche no podía permitirse el más mínimo desliz y para tal fin debería tener preparadas algunas anécdotas para contar. Por lo menos, Charlotte le había contado por qué la habían enviado a casarse en ultramar. En realidad, ella era prácticamente la prometida del mayordomo mayor Treskow, cuando este y el hermano mayor de ella, Aribert, se vieron enredados en un escándalo infame en la corte que se extendería durante bastante tiempo. Hacía dos años, en enero de 1891, había habido una orgía en el pabellón de caza de Grunewald, en Berlín, en la que no solo se produjeron promiscuos cambios de pareja, sino que se contaba que se habían producido también actos homosexuales entre hombres.

En esa orgía participaron quince damas y caballeros de la nobleza cortesana, entre ellos algunos parientes muy cercanos del emperador Guillermo II. Y también Aribert y el mayordomo mayor de la corte.

Después de que el hermano de Charlotte encontrara la muerte en un duelo prohibido y de que la fortuna familiar se dilapidara en los pleitos judiciales que tuvieron lugar a continuación, las opciones de Charlotte de una boda en Berlín conforme a su posición social se habían esfumado. Sin embargo, a su ingeniosa madre se le ocurrió casarla en las colonias de ultramar, y por ese motivo respondió a un anuncio desde allá. Pero si bien los padres de Charlotte habían albergado la esperanza de que aquel escándalo no llegara a conocerse en las colonias, podía ser que Maria von Imkeller hubiera tenido noticias y las hubiera difundido. Al fin y al cabo, era evidente que el juez estaba al corriente; no obstante, Fanny estaba segura de su discreción, cosa que no podía afirmar ni esperar en absoluto de Maria von Imkeller.

Fanny sabía que Charlotte quería a su hermano con adoración. «Debería tener preparadas

algunas anécdotas sobre Aribert, historietas divertidas de cuando niños de las que nadie puede saber si son ciertas o no.» Y a Ludwig seguramente le gustaría que ella se aprestara al humor de la gente de Windhuk.

Haciendo caso omiso del consejo de su madre, Charlotte había contado a Ludwig toda la verdad sobre el escándalo, y este no se había mostrado especialmente preocupado, cosa que ella interpretó como una prueba de su noble carácter. Sin embargo, Fanny estaba entretanto segura de que el escándalo no tenía apenas importancia para Ludwig porque deseaba emparentarse a toda costa con la antigua nobleza alemana. En las largas noches del viaje a Windhuk, él le había contado lo mucho que anhelaba poseer una granja extensa. Y una noche, poniendo una sonrisa de oreja a oreja, le confesó que el mayor de sus deseos era engendrar con Fanny muchos varones fornidos para el emperador. Se disculpó inmediatamente por haber expresado semejantes pensamientos indecorosos delante de su novia, y no quedó satisfecho hasta que Fanny le aseguró por activa y por pasiva que no había nada que perdonar.

Fanny extrajo del baúl de Charlotte el vestido de novia cerrado hasta el cuello y lo extendió sobre su cama. Era mucho más sencillo que el que habría elegido ella. Además, por desgracia, el vestido era negro porque la madre de Charlotte había afirmado que con ese color sería más útil en las colonias. A pesar de todo combinaba con un velo blanco. Al principio le quedaba a Fanny muy amplio por la cadera, pero tras los arreglos que le hizo le quedó a medida. El vestido tenía una pequeña cola y desde el talle hacia abajo estaba adornado con cintas de encaje de Bruselas. El ceñido delantal era de seda gruesa con flores estampadas; la parte superior con varias capas de crepé de China, el estrecho canesú estaba ahuecado con encaje de tul blanco plisado. Lo único extravagante en el vestido eran las amplias mangas que se iban estrechando hacia las muñecas y que estaban completamente cubiertas de azabaches que crecían como flores en ellas. A Fanny, esas perlas le recordaban una vestimenta de luto, y le pareció extraño que se hubiera decorado un traje de novia de esa manera. Miró con admiración su pulsera de abalorios que, en comparación, producían el efecto de unos fuegos artificiales llenos de color.

Con un mal presentimiento en el estómago se dispuso a ponerse las enaguas demasiado cálidas para su vestido de novia y se preguntó cómo transcurriría su matrimonio con Ludwig. ¿Sería oscuro y calmado o lleno de color y fogoso? ¿Cuál habría sido la opinión de Charlotte al respecto?

Después de fijar el velo blanco en su melena, echó una última mirada en el espejo y se encontró pálida. Muy pálida. A continuación descendió por la escalera para aclarar con Ludwig y el juez los trámites necesarios para su enlace matrimonial porque Ludwig había exigido unas capitulaciones matrimoniales.

«Luego se va a la iglesia», había dicho el juez Ehrenfels por la mañana durante el desayuno. Habló de un casamiento por la iglesia, y eso que no había por el momento ninguna iglesia en Windhuk. Y tal como Fanny se había enterado por Ludwig, la iglesia de Keetmanshoop había sido destruida hacía algunos años y la nueva todavía no estaba acabada. Por esa razón se desposaban en una sala nueva, recién terminada, dentro de la antigua fortaleza, con unas instalaciones defensivas similares a las de un castillo para la protección de la ciudad. Wilhelm von Imkeller había puesto a su disposición la sala de sesiones.

Se trataba de un lugar memorable para una boda. Habían intentado proporcionar una nota solemne a aquel mausoleo de piezas de caza mayor, y habían adornado con guirnaldas de pelargonios de color blanco y rosa las cabezas de los animales muertos. «¡Qué ridículo!», pensó Fanny mientras avanzaba por aquella sala pasando junto a polvorientas cabezas de leones y rinocerontes, tigres disecados y cornamentas de kudú, en dirección al pequeño cuarto contiguo en el que esperaba en compañía de Ludwig a que diera comienzo la ceremonia. Así que aquel era el lugar en el que iba a casarse.

De pronto sintió nostalgia de la iglesia del convento. El alto edificio con los techos pintados, con los frescos en las paredes y con el niño Jesús de Reutberg, a quien todas las hermanas amaban y del que se decía que había estado todo un año en la santa cueva de Belén, esa sí, esa sí era una iglesia para casarse. Pero entonces le vino a la memoria el motivo que provocó la fundación del convento de Reutberg y pese a toda la agitación que sentía en su interior no pudo menos que esbozar una sonrisa. El convento lo fundó Ja condesa Anna en 1618 tras un matrimonio extremadamente desdichado. Su marido, el conde Papafava, había perpetrado un atentado contra la vida de su esposa Anna y huyó a Padua con todas las joyas y piedras preciosas de ella. Así que no, el convento tampoco habría sido el lugar perfecto para contraer matrimonio.

–¿Qué es lo que te divierte tanto? –preguntó Ludwig, que sudaba copiosamente dentro de su traje blanco y que no paraba de aflojarse el nudo de la corbata. Debían esperar en ese cuarto contiguo hasta que en la sala grande comenzaran los cánticos para caminar directamente hacia el altar. Habían renunciado a la entrada solemne de la novia porque no había órgano ni piano.

De pronto comenzaron a sonar unas voces al lado, primero con inseguridad, pero luego fueron aumentando de volumen en un cántico que dejó a Fanny en un estado semejante al de la embriaguez.

*¡Guiados fielmente entrad ya
donde os aguarda la bendición del amor!*

–¿Qué música es esa? –preguntó a Ludwig en un susurro.

–Es la marcha nupcial de *Lohengrin* de Richard Wagner. Pedí que la cantaran porque pensé que te gustaría.

*Valentía victoriosa, amor y dicha
uníos en la fidelidad para ser la pareja más dichosa.
¡Adalides de la juventud avanzad!
¡Glorias de la juventud avanzad!
¡Huid ahora del bullicio de la fiesta,
os aguarda el deleite del corazón!*

De pronto se quedó Fanny sin ganas de reír. *Uníos en la fidelidad para ser la pareja más dichosa*, y ella estaba allí con un vestido que no era suyo, casándose con un hombre que no sabía quién era ella.

Ludwig se inclinó hacia Fanny.

—Eres mi Elsa, y yo he venido para defender tu honor.

No estaba segura de haber oído bien.

—¿Cómo? —preguntó ella entre susurros.

Él movió la cabeza en un gesto negativo.

—Me refiero al escándalo, pero tú puedes preguntarme el nombre en todo momento sin que eso signifique la muerte y la perdición como ocurre en *Lohengrin*.

Fanny no entendió una sola palabra. ¿Muerte y perdición? ¿Qué pasaría si alguien le preguntara por su verdadero nombre? Le comenzaron a silbar los oídos. Intentó respirar con sosiego para volver a tener clara la cabeza, pero el cántico arrancó de nuevo.

*¡Guiados fielmente entrad ya,
donde os aguarda la bendición del amor!
Valentía victoriosa, amor y dicha
uníos en la fidelidad para ser la pareja más dichosa.
¡Adalides de la juventud, avanzad!
¡Glorias de la juventud, avanzad!
¡Huid ahora del bullicio de la fiesta,
os aguarda el deleite del corazón!
Estancia perfumada, adornada para el amor,
os alberga ahora, extasiados con el resplandor.*

Ella sintió un mareo. *Deleite del corazón, bendición del amor*. Le pareció que Charlotte estaba infinitamente lejos de ella y Ludwig muy cerca. Se tocó la pulsera de abalorios que parecía estar incandescente. La volvió a soltar, asustada, y dirigió el rostro a Ludwig. Este asintió con gesto reconfortante, tomó la mano de ella y a continuación atravesaron la puerta y entraron en la sala de los festejos en cuyo extremo les sonreía con amabilidad un sacerdote evangélico de la Sociedad Misionera de Renania. Un olor embriagador a limones, miel, sudor y polvo ascendió a su nariz y despertó en ella las ansias de la clara brisa nocturna en el cauce seco del río Swakop.

Estancia perfumada, adornada para el amor... ¿Qué sabía ella del amor? Charlotte sí lo había albergado realmente en su corazón, pero ¿qué sensación tenía ella cuando Ludwig la miraba? Iba a dirigir la vista en ese momento a Ludwig, pero su mirada se detuvo en el sacerdote, de pie tras una mesa larga, cubierta con un paño blanco. Encima había una cruz de bronce teñida de verde y de la altura de una ventana, y una Biblia gruesa, abierta, cuyos cantos dorados tenían un brillo apagado.

Fanny intentó componerse, pero en su cabeza seguían atronando una y otra vez las palabras que acababa de oír: *valentía victoriosa, amor y dicha, uníos en la fidelidad para ser la pareja más dichosa.*

Amor y dicha. Se agarró a Ludwig, que la miró con gesto de sorpresa y a continuación se desprendió de ella con delicadeza. Valentía. Dicha.

El sacerdote carraspeó.

–Dios creó desde el comienzo al hombre y a la mujer para que fueran el uno para el otro. Eso lo atestiguan las Sagradas Escrituras en el libro primero de Moisés: «Y creó Dios al ser humano a su imagen, a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Los bendijo Dios y les dijo: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y ponedla a vuestro servicio." Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era muy buena obra.»

¿Era una buena obra lo que ella estaba a punto de hacer, era realmente una buena obra? «Charlotte –suplicó Fanny para sus adentros–, Charlotte, dame una señal, algo para que pueda estar segura de que estoy haciendo lo correcto.» Miró disimuladamente a Ludwig, que prestaba atención al sacerdote y que estaba a todas luces convencido de estar haciendo lo correcto sin ninguna duda. Fanny volvió a mirar al párroco y trató de escucharlo atentamente.

–Sobre la unidad en el matrimonio, dice Jesús en Mateo 19: «El que los hizo al principio, hombre y mujer los hizo, y dijo...» –Sus palabras, pronunciadas con monotonía, se desdibujaban mientras los latidos del corazón martilleaban en los oídos de Fanny con una intensidad creciente. Para concentrarse, dirigió la vista a una cabeza de león que estaba colgada directamente encima de aquel altar provisional. El león tenía los ojos de cristal de un extraño color verde que le resultaba conocido. Amor, valentía y dicha. Ella tenía valentía. Su valentía la había llevado hasta ese lugar. «¿Dónde estaría yo sin valentía? –se preguntó tratando de sosegarse–. En Reutberg, y yo sería una esclava más de Seraphina.» Su mirada se deslizó desde el león hasta una cabeza de elefante con unos imponentes colmillos. Ella se sintió como en uno de sus extraños sueños. Unos colmillos sobre el altar.

El párroco le había preguntado algo. Ella notó las miradas de todo el mundo dirigidas a ella, pero no sabía por qué. Estaba segura de que alguien a sus espaldas se había puesto en pie y la había desenmascarado. Su respiración se aceleró. Tenía que darse la vuelta, inmediatamente, aunque resultara cierta la peor de las suposiciones. Despacio y presa del miedo se volvió a mirar.

Todos continuaban sentados en sus asientos, pero la mayoría de ellos tenía puesta en ella una mirada expectante, de asombro. A continuación, giraron las cabezas hacia los compañeros de asiento, algunos movieron la cabeza en señal de sorpresa y, finalmente, un ligero murmullo recorrió la sala.

Fanny se volvió de nuevo hacia el sacerdote, le suplicó con los ojos para que la redimiera de aquella situación, y él comprendió entonces.

–Tú, Charlotte von Gehring, ¿vas a amar y a honrar a Ludwig Falkenhagen, a quien Dios te ha confiado como a tu marido, y vas a contraer matrimonio con él conforme al mandamiento y a la

promesa de Dios para estar juntos en los buenos y en los malos días, hasta que la muerte os separe? Entonces responde «Sí, con la ayuda de Dios».

Fanny miró a Ludwig, cuyos ojos tenían un brillo húmedo que la miraban con exhortación. Valentía, amor y dicha. Ella cerró por unos breves instantes los ojos y pensó en Charlotte. Y entonces lo dijo:

–Sí, con la ayuda de Dios.

Ludwig respiró aliviado. Y como en un eco se percibió la respiración unísona de los invitados.

–Entregaos los anillos como señal de vuestro amor y de vuestra unión.

Ehrenfels entregó los anillos a Ludwig. Las manos de Ludwig temblaron cuando colocó el anillo en el dedo de Fanny. A continuación, el párroco posó las manos en las cabezas de los dos y dijo:

–Lo que Dios ha unido, que no lo separe el ser humano.

–No, con toda seguridad que no. Nunca –oyó ella susurrar a Ludwig–. Ahora somos una unidad, para siempre. Lo juro por Dios.

5

Los temores de Fanny en lo referente a las preguntas sobre la familia de Charlotte resultaron ser prácticamente infundados, solo Maria van Imkeller dejó caer alguna que otra alusión sobre el escándalo en el seno de la familia de Charlotte, pero su marido Wilhelm la oyó y la hizo callar con un «¡Maria, te lo ruego, no estamos aquí en un interrogatorio, sino en una boda!».

Las demás mujeres solo machacaron a preguntas a Fanny sobre la forma de las faldas que se llevaban actualmente en Berlín y también por los sombreros y tejidos que se llevaban ahora en París. Había abundante ponche de melón, una bebida que los habitantes del África del Sudoeste habían copiado de los ingleses. Además, se asó carne para una compañía entera, con acompañamiento de pan y alubias.

Con cada pedazo de melón que pescaba en su copa de ponche, Fanny iba sintiéndose cada vez más feliz y animada. Y ese estado no se alteró siquiera por los comentarios bastante misteriosos de los hombres que cada vez estaban más borrachos. A Ludwig, por ejemplo, le aconsejaron entre otras cosas que montara bien a su yegua de vientre, que le lubricara bien el agujero y que no dejara que le llamaran demasiado tiempo a la puerta.

Entre grandes sonrisas, las mujeres buscaban refugio tras los abanicos, hasta que la gorda Maria von Imkeller, quien tras la ceremonia de la boda había comenzado a tutear a Fanny sin transición, la apartó del grupo para hablar con ella.

–¿Te contó tu madre antes de la travesía lo que te espera ahora?

Fanny no sabía qué decir, solo se figuraba oscuramente a qué aludía Maria con sus palabras. Por ello permaneció en silencio y miró a Maria con los ojos abiertos como platos. Maria seguiría hablando con toda seguridad.

–Me refiero a tu noche de bodas –aclaró Maria.

Fanny se encontraba entre la espada y la pared. Por un lado, deseaba saber todo lo que debía saber al respecto, pero por otro lado no estaba segura de si eso no desataría un interrogatorio sobre su identidad. Era evidente que una mujer como la madre de Charlotte debía de haber explicado a su hija algo que en el convento ni se mencionaba siquiera, porque los únicos hombres sobre quienes se hablaba allí eran Jesús y el obispo.

Sin embargo, Fanny tenía que saber qué era exactamente eso.

–No –dijo–. Quiero decir, sí, mi madre habló conmigo, pero yo estaba tan agitada aquel día que no le presté mucha atención. Así que si usted... –dijo arrojando una mirada suplicante a Maria con la que esperaba ayuda de su parte.

Maria suspiró.

–¡Pobre cabritilla!

Fanny se quedó perpleja. Una expresión tan dulce era lo último que habría esperado oír de Maria.

–¿Qué quiere decir con eso? –Fanny no se decidía a tutear a Maria, pero con eso parecía que se granjeaba su simpatía.

–Bueno –comenzó a decir Maria, y su cara de por sí ya roja y sudorosa se puso aún más roja–, el dolor es pasajero, pero la humillación no nos la quita nadie a nosotras, las mujeres decentes.

Fanny asintió con gesto sumiso y maldijo los años en el convento que tan mal la habían preparado para la vida con un hombre. Tenía claro ahora que todos los comentarios, e incluso lo que había dicho Maria, se referían a su primera noche con Ludwig, pero le sorprendió el hecho de que Maria, que repartía bofetadas y golpes a diestro y siniestro, hubiera sufrido nunca algún dolor. Toda persona que había experimentado un dolor cometido por otra persona, ¿no tenía que privarse de herir a otra? ¿Y por qué tenía que infligirle dolor el propio marido a una? Eso le pareció un contrasentido a Fanny. Deseaba seguir haciendo preguntas a Maria, pero Ludwig se acercó en ese momento con la intención de partir. Maria la estrechó contra su amplio y blando pecho en señal de despedida y le susurró al oído:

–Con el tiempo te acostumbras.

Y ahora estaba Fanny aquí, esperando a Ludwig, que le había anunciado que deseaba visitarla en su alcoba. «Te acostumbras», seguía sonando en los oídos de Fanny como una amenaza.

Llevaba uno de los camisones de Charlotte; se había decidido por el más bonito de todos. Era de seda transparente y con abundantes encajes en las mangas y en el dobladillo. Indecisa sobre si debía quitarse el corsé o no, prefirió llevarlo puesto. Ludwig era una persona muy formal en todo.

Maria debía de estar equivocada. Ludwig no le haría nunca daño. Desde que había ido a buscarla a la llegada del barco, siempre había sido muy amable y delicado con ella. Quizá se trataba simplemente de que Maria había tenido mala suerte con su marido.

Fanny se sobresaltó de tan inmersa que estaba en sus pensamientos. Ludwig había entrado en su alcoba sin llamar a la puerta. En una mano mantenía una de las pequeñas lámparas de gas que el juez utilizaba por todas partes en la casa por miedo a un incendio.

Debajo de su larga camisa blanca, Fanny pudo ver las piernas blancas de Ludwig, que parecían extrañamente vulnerables así, sin pantalones. Eran unas piernas musculosas y pobladas de vello rubio que destellaron a la luz de la lámpara cuando él se sentó a su lado sobre la cama. Le alumbró la cara con la lámpara.

–No te haré daño, Fanny, mi amor.

«¿Por qué hablaba él ahora también sobre hacer daño? Un matrimonio no debía consistir únicamente en el dolor, de lo contrario no se casaría nadie.»

–De eso estoy segura –dijo Fanny convencida, y se acercó un poco más a su lado. Él depositó la lámpara sobre la mesita de noche al lado de la cama y la atrajo hacia sus brazos. Cuando la abrazó más estrechamente, notó el corsé y sonrió con indulgencia antes de pasar la mano por debajo del camisón de ella y comenzar a aflojar los cordones del corsé. Mientras lo hacía, su respiración iba acelerándose.

–Eres mucho más hermosa de lo que pensaba –dijo haciendo descender el corsé ya flojo. A continuación, comenzó a besar el cuello de Fanny. El bigote le hacía cosquillas en la piel. Al mismo tiempo que ese cosquilleo recorrían el cuerpo de Fanny unos breves estremecimientos que le resultaban muy agradables. Sin embargo, permanecía al tanto. ¿Cuándo aparecería el dolor del que hablaban todos?

Ludwig la estrechó aún más firmemente contra él. Olía a puros y a jabón de lavanda. Sus

manos se atascaban en el encaje del camión hasta que él se lo quitó sin vacilación y ella se quedó completamente desnuda ante él, con excepción de su pulsera de abalorios.

Ludwig contempló a Fanny de abajo arriba, hizo un ademán de querer decir algo, pero en lugar de eso se encogió de hombros y tragó saliva. Entonces agarró la muñeca de ella, la atrajo a su lado sobre la cama y las yemas de sus dedos comenzaron a peregrinar por el cuerpo de ella, desde el cuello hasta los pechos, luego por el talle hasta los muslos. Fanny se sorprendió de sus placenteras percepciones. La respiración se le aceleró. Cerró los ojos y deseó que Ludwig no dejara nunca de acariciarla. Al mismo tiempo sentía las ansias de tocarlo a él también, de explorar su cuerpo. Lo palpó con gesto indeciso, y cuando se dio cuenta de que parecían gustarle sus caricias, se envalentonó e investigó el pecho de él, los brazos, el vientre, sintió lo tupido de las vetas de sus músculos que se iban tensando y latían con fuerza al roce de sus manos. Una y otra vez le susurraba Ludwig al oído lo feliz que era y lo hermosa que la encontraba a ella y que iba a amarla por encima de todas las cosas. Él le agarró las manos y se arrimó por completo a ella, y ella no sentía otra cosa en su cuerpo que un latido y un martilleo, y ya no pensaba en nada, sino que únicamente hacía lo que su cuerpo quería. Instintivamente se apretó con más firmeza contra él, le rodeó la cintura con las piernas, se pegó a él y lo acogió en su interior.

Fanny se quedó perpleja cuando poco tiempo después Ludwig detuvo sus movimientos con un jadeo sonoro y a continuación se dejó caer a su lado empapado de sudor. El cuerpo de ella estaba enardecido, y el único dolor que sintió fue que Ludwig cayera encima de ella de aquella manera tan abrupta y respirando con agitación. Deseó que él continuara. En ella ardía una sensación extraña para la que no tenía ningún nombre, todo en ella era un deseo de más, de unirse de nuevo a él. Se arrimó estrechamente a Ludwig, pero este la apartó con delicadeza y con un «te quiero» pronunciado en un susurro. Ella le acarició la espalda que brillaba, mojada, a la luz de la lámpara, pero él le apartó la mano.

—Queridísima, durmamos ahora —murmuró—. Mañana partimos en dirección a nuestra casa. Y el viaje va a ser bastante duro. —Golpeó la sábana como creando una barrera entre ellos dos.

Fanny se sintió rechazada. Ludwig había encendido su cuerpo y la había dejado, así como así, en puras llamas.

«Así que es esto —concluyó ella—, este es el dolor del que todos hablan.» No era un dolor puramente físico, sino más bien psíquico. Y de pronto le vino a la mente la gorda Maria y fue incapaz de imaginarse, ni con la mejor de las voluntades, que esta tuviera las mismas sensaciones que ella ni que Maria estuviera en la cama con su marido y deseara de él más de lo que este estaba dispuesto a ofrecerle.

Se mordió los labios. «Charlotte —pensó Fanny—, mírame, así pues, ahora ya estoy casada. Me deja una extraña sensación, Charlotte, muy extraña.»

Fanny se levantó y se roció un poco de agua en la cara, luego se sentó de nuevo junto a su marido. Poco a poco fueron sosegándose la respiración y los latidos de ella.

Ludwig se dio la vuelta roncando ligeramente y se le mostró ahora de cara. El bigote le temblaba suavemente al respirar. Mientras Fanny lo contemplaba, se preguntó si era amor eso que ella sentía ahora. Charlotte le había leído siempre en voz alta las historias de amor que aparecían en la primera revista alemana ilustrada para masas y dirigida a las familias, y que se titulaba *Die Gartenlaube* [El cenador], y en ellas, las protagonistas caían encantadas de rodillas solo con ver a su querido.

Fanny podía contemplar a Ludwig como a un ónice o como a un paisaje. Allí estaban los valles y las montañas porosas de su cara, una cicatriz abultada sobre la ceja izquierda, sus pestañas rubias, casi translúcidas, y la boca cubierta por el bigote, ligeramente abierta que permitía la vista de unos dientes sanos y de una agradable blancura. En su cuello robusto se marcaba una vena azul, de un dedo de grosor que le hacía parecer vulnerable. Sin embargo, todo aquello no la conmovía, o no lo hacía como la conmovía ver a Charlotte y no solo después de ponerse enferma, sino ya antes. Desde el principio la había llenado de alegría ver reír a Charlotte, no, era mucho más que alegría, era algo mucho más elemental. Era algo así como si una se subiera a un tonel de agua helada de manantial en un día tórrido de verano y sentir el encogimiento de ese delicioso frío en el pecho. En el convento, antes de conocer a Charlotte, Fanny no había intuido siquiera la felicidad que se experimenta al sentirse unida a una persona en lo más profundo.

Sin embargo, mirar a Ludwig no despertaba en ella nada similar, a pesar de haber estado unida a él hacía unos instantes. A pesar de que las yemas de los dedos de él le habían hecho tener unas sensaciones tan maravillosas en la piel. Le acarició una mejilla. Seguramente aquello no era más que el comienzo, y cuanto mejor fueran conociéndose, tanto mejor serían sus momentos de amor. Suspiró y anheló la compañía de su amiga, con quien habría podido hablar de esos sentimientos y sensaciones.

De pronto el aire se le hizo insoportablemente sofocante. Dio un beso a Ludwig en la frente y se levantó.

Fue en ese momento cuando notó aquella humedad pegajosa entre sus muslos, se lavó, volvió a ponerse el camisón y descendió los escalones hacia la veranda. Allí tropezó con el chico que estaba ovillado junto a la puerta y dormía. Se despertó inmediatamente y se fue corriendo antes de que Fanny pudiera hacerle señas para que permaneciera allí.

La noche cálida se pegó a Fanny como una segunda piel; no soplaba ninguna brisa. Se sentó en una de las macizas mecedoras de madera de roble y comenzó a mecerse. El jardín, a la luz de la luna llena, tenía un aspecto sublime y al mismo tiempo parecía extrañamente solitario.

—¿Qué viene a buscar una mujer joven aquí fuera en su noche de bodas? —preguntó el juez que había aparecido por la veranda sin hacer el menor ruido.

Fanny se dio cuenta enseguida de que no iba vestida convenientemente y de que los rizos negros de su melena indómita le colgaban abiertamente en la espalda. Sin embargo, cuando realizó el ademán de levantarse, el juez le puso la mano en el brazo para detenerla.

Pese a su ofuscación, Fanny se apercibió de que el juez tampoco iba vestido con decoro, y eso la divirtió. La camisa de él apenas llegaba a taparle las rodillas huesudas.

—Sea cual sea ese secreto que guarda usted, yo no se lo delataré a nadie. Estoy seguro de que hay algo que la oprime mucho más de lo que usted misma querría reconocer.

En la oscuridad aparecía iluminada la cazoleta de su pipa, y Fanny miró directamente sus ojos curiosos. A continuación, se dejó caer él en la otra mecedora profiriendo un gemido. El chico con el que Fanny había tropezado llegó hasta ellos corriendo y comenzó a abanicar al juez con una hoja de palmera, pero el juez lo mandó a paseo con unas palabras pronunciadas en tono severo.

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó Fanny para ganar tiempo. Entrecruzó las manos en el regazo y contempló las perlas mágicas que parecían arder en la oscuridad tal como se dio cuenta en ese preciso instante.

—Nathaniel, el guardián del fuego. Pero todos lo llaman Nate.

–Nate –repitió Fanny pensando qué otras cosas podía decir que no la comprometieran.

–Sus padres murieron asesinados en una pelea entre tribus nama y damara. Lo encontré debajo de un arbusto nara y me lo traje conmigo. Pero en realidad íbamos a hablar de usted, no de ese chico.

Fanny quiso ponerse en pie y marcharse, pero la muñeca con la pulsera de abalorios le pesó de pronto enormemente en el regazo y la paralizó. Desesperada, clavó la vista en el jardín iluminado por la luna. Las gotas de sudor iban acumulándose en su cuerpo.

–No creo que una mentira sea un delito tan grave –dijo el juez, y se rio suavemente–. En cualquier caso no es un delito que castigemos con severidad.

–Habla usted como mi confesor –se le escapó a Fanny, que no tenía ningunas ganas de caer en la trampa que le había tendido. Ese tipo de ofertas las había oído ya con excesiva frecuencia como para poder creérselas.

–A Martín Lutero no le importaba absolutamente nada la confesión.

«¡Qué bien que sea de noche! –pensó Fanny, que se había ruborizado por completo–. ¡Qué tonta he sido! Charlotte era luterana.»

–Era solo una manera de hablar.

–Yo, por mi parte, he mentido tanto –dijo el juez–, que con toda probabilidad me pasaré bastante tiempo cociéndome en el infierno.

«No quiere coserme a preguntas –se le pasó por la cabeza de pronto a Fanny–, lo que el juez quiere es utilizarme para hablar de sí mismo.»

–Echa de menos a su esposa, ¿verdad? –preguntó ella con dulzura.

–Sí, así es. Ella también mentía mucho, dicho sea de paso. –Ahora se echó a reír a carcajadas y se le atragantó el humo de la pipa.

–¿Y cómo era su Luise por lo demás? –preguntó Fanny, que no sabía muy bien cómo manejar aquellas confesiones del magistrado.

–Era maravillosa, pero lo tuvo difícil en la vida, incluso conmigo.

–¿Qué quiere decir usted con eso?

El olor especiado del humo de la pipa le cosquilleaba a Fanny en la nariz.

–No creo que deba hablar al respecto con una mujer tan joven. Luise no lo aprobaría.

–¿Por qué estamos hablando entonces? –se le escapó a Fanny.

El juez serio.

–Hace usted bien en burlarse. ¿Por qué estamos hablando? ¿Quizá porque estamos solos?

Fanny sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. Él había dado plenamente en el clavo. Era la noche de su boda y ella se sentía más sola que nunca antes se había sentido en el convento.

Consternada, se despidió del juez y se dirigió a la asfixiante alcoba, de vuelta con su marido, que seguía durmiendo y que se había extendido en diagonal sobre la cama. Ella lo empujó un poco a un lado para poder echarse junto a él. Permaneció un buen rato en vigilia en la oscuridad. Y esta vez no le sirvió de nada palpar sus abalorios.

Llevaban ya tres días de viaje sobre la *pad* en dirección sur hacia Keetmanshoop. Fanny se alegró de que John, a quien no había tenido ocasión de ver una sola vez en Windhuk, viajara nuevamente con ellos. Disfrutaba de todo, del sol despiadado, del viento polvoroso que le escocía en los ojos, e incluso del matraqueo y del balanceo del carro tirado por los bueyes.

Instintivamente se cuidaba de manifestar a Ludwig su entusiasmo, pues presentía que sus comentarios le habrían parecido impropios de una dama. Continuamente se acercaba él al galope hasta su carro para interesarse por su estado con gesto de entera preocupación, como si fuera una señal de auténtica feminidad quejarse, o como si la verdadera mujer alemana fuera un bombón que tuviera que derretirse por fuerza con aquel calor.

Ludwig cabalgaba esta vez junto con John cerca del carro para aligerar su peso y acelerar de esta manera el viaje. Había vuelto a insistir en que fueran doce las parejas de bueyes que Hendrik gobernaba continuamente con sonidos chasqueantes. Sin embargo, tuvieron que evitar los calores del mediodía y solo podían viajar a primera hora de la mañana y luego otra vez después del mediodía hasta que oscurecía, y por ese motivo no avanzaban más rápido que en el otro viaje, sobre la *pad* de Swakop a Windhuk.

Cada tarde resultaba más difícil encontrar agua para los bueyes. Hendrik y sus ayudantes tenían que excavar profundamente en los aguaderos, y a veces se tardaba más de una hora hasta que aparecía finalmente algo de agua, una papilla de barro que apenas era suficiente para todos los animales. Hacía ya mucho que Ludwig había racionado estrictamente el agua potable para las personas. No había agua para lavarse. «Habría sido absurdo ese desperdicio –pensó Fanny–, pues el viento lo cubre todo de inmediato con una capa fina de polvo.» De todas formas, esta vez sí se había procurado la vestimenta correcta para el viaje. Llevaba los pantalones de montar de Charlotte y una blusa cuyas mangas, anchas en los hombros y ceñidas en las muñecas, se arremangó sin vacilar más arriba de los codos, lo cual había provocado un gesto desaprobatorio de Ludwig con la cabeza. Había observado el lunar en forma de media luna en la parte interior de su brazo derecho y murmuró en voz baja que ese lunar seguramente se haría más grande con el sol. Fanny, llena de rabia, volvió a bajarse de nuevo las mangas y a continuación se fijó firmemente en la cabeza, sin pronunciar palabra, el regalo de bodas del juez, un sombrero blanco de paja del tamaño de una rueda de carro.

«Me parece que mi Luise habría aprobado –le había dicho cuando se lo regaló– que volviera a darse una utilidad provechosa a su viejo sombrero.» Y de hecho no solo le iba bien la talla, sino que le quedaba estupendamente. En cambio, Fanny sonrió al dejar guardado el corsé en la parte más honda de su baúl. Ya no tenía por qué andar tan ceñida para sentirse mujer.

Desde la noche de bodas, Ludwig la trataba como a un ser especialmente frágil, lo cual era algo muy desacostumbrado para Fanny. Nadie, excepto Charlotte, se había preocupado nunca tanto por su bienestar. Sin embargo, Fanny se había dado cuenta también de que Ludwig la observaba cada vez con mayor frecuencia de soslayo y con un movimiento desaprobador de la cabeza, y cada vez la invadía el miedo de que algo en su conducta pudiera hacerle albergar alguna duda sobre su identidad. ¿Qué, si no, podían significar aquellos cabeceos? Suponía que había hecho algo mal en

su noche de bodas, solo que no tenía ni idea de qué podía tratarse. Ojalá hubiera tenido a otra persona diferente a Maria von Imkeller para poder preguntarle.

Esta apareció justo la mañana siguiente a la boda para preguntarle llena de una compasión chismosa cómo había sido de horrible el dolor sufrido. Y Maria quedó muy decepcionada cuando Fanny no quiso ser prolija en su relato.

Para alivio de Fanny, muy pronto reclamaron la presencia de Maria porque un mensajero traía noticias de su casa. Uno de sus mellizos había enfermado de escarlatina y necesitaban su ayuda urgentemente.

Pero ¿a quién podía dirigirse para preguntar sobre la conducta apropiada en la noche de bodas? ¿Al juez, por ejemplo? No en vano era un hombre y debía saberlo, pero también era una persona tan recelosa. No, mejor que no. Ella misma debía averiguar por qué Ludwig no había vuelto a buscar su proximidad física desde entonces. Quizás era eso del todo normal en un matrimonio. Su mirada recaía una y otra vez en John, y se preguntó si estaría casado.

De todos modos, Ludwig no estaba enfadado con ella, sino todo lo contrario, se mostraba muy atento y preocupado, y tal vez solo estaba sorprendido de que Fanny no se quejara de las penalidades del viaje. ¿Cómo iba a saber él que los años en el convento habían endurecido su cuerpo? Con un estremecimiento recordó Fanny que, hasta bien entrado el verano, podía verse el aliento por el frío que hacía en los dormitorios y que las mantas de lana tenían un tacto húmedo, incluso en verano. Siempre había sentido frío allí, y ahora aquel calor tórrido le parecía una bendición.

Cuanto más atrás iban dejando Windhuk en dirección al sur, más llana se iba haciendo la tierra. Las cadenas montañosas iban alejándose cada vez más al final de la llanura, se unieron con el horizonte infinito de color azul cian. La vegetación cambiaba con el paisaje y se fue haciendo cada vez más escasa.

En los alrededores de Windhuk había muchos árboles y arbustos, pero Fanny solo podía descubrir aquí arbustos erizados, espinosos, del tamaño de una pelota. De vez en cuando aparecía una acacia espina de camello, pero no eran tan imponentes ni tan cargadas de vegetación como las que había visto en el cauce seco del río Swakop. Tampoco había tantas construcciones extravagantes de termitas.

Al comienzo del viaje se habían encontrado con algunos comerciantes y con indígenas, pero desde ayer no habían vuelto a ver a nadie. Hacía aún más calor que en los últimos días, y Fanny echaba de menos el viento que había hecho al menos soportable el sudor. Continuamente le asaltaban extrañas melodías en su mente, cuyo origen no podía explicarse y que eran completamente diferentes a las canciones que había aprendido en el convento. No fue consciente de que había cantado en realidad hasta que percibió que Hendrik la estaba mirando fijamente desde su puesto en el pescante.

—Hendrik —comenzó a decir aproximándose a él porque se acordó de la historieta del caníbal y de las perlas que hablaban. Pero ya galopaba Ludwig hacia ellos arrojándole miradas de desaprobación.

—Charlotte, te pedí que te mantuvieras alejada de Hendrik. Estos negros entienden mal tu afabilidad y se aprovechan de ti.

—Pero... —comenzó a decir Fanny.

—Amor mío, no voy a discutir sobre este asunto. Pensaba que tu madre de sangre noble te había

enseñado el trato correcto con los criados.

Fanny trató de dar una buena explicación.

–Bueno, ¿sabes? Mis padres han mantenido siempre una actitud librepensante e ilustrada frente al personal doméstico. Ludwig negó con la cabeza con gesto pesaroso.

–No me extraña entonces que justamente los hijos varones de tales librepensadores se hayan visto involucrados en escándalos. ¡Y tu hermano pagó incluso con la vida ese librepensamiento!

–¡Eso no es así! No fue culpa de mis padres que lo mataran. –Fanny se enfadó en representación de Charlotte por esa tergiversación de los hechos.

–Bien, pero es ese tipo de pensamiento el que conduce a semejantes escándalos, ese pensamiento mina el país y la moral en lo más íntimo. –Ella no había visto nunca tan alterado a Ludwig, que se retorció el bigote como si quisiera estrangularlo.

–Ludwig, por favor, sosiégate, mis padres han sido siempre un modelo de moral y de decoro, y se han comportado hacia todas las personas del modo que deseaban que les trataran a ellos mismos.

Ludwig resopló y dejó en paz su bigote.

–Eso, aquí en estas tierras, sería puro escarnio. ¿Cómo podríamos tratar a estos cafres y bastardos sin educación igual que a nosotros mismos? ¡Dímelo, Charlotte! Tú misma te comportas de manera diferente con un perro que con una persona con tus mismos derechos, ¿no es así?

–¡Ludwig! –exclamó Fanny enfurecida. ¿Qué demonios estaba diciendo su marido?

Él la observó con ojos llameantes, y acto seguido prosiguió:

–No parece que entiendas adónde quiero llegar. Disculpa si me veo obligado a echar mano de una comparación algo indecorosa para hacerte ver clara esta situación. Mi amor, ¿tratarías a una puta realmente con el mismo respeto que puedes exigir a cualquiera con razón como esposa mía?

«Sí –pensó Fanny–, sí, por supuesto, incluso Jesús había dicho sobre Maria Magdalena: "Quien esté libre de pecado que arroje la primera piedra."» Sin embargo, esa no era la respuesta que le estaba exigiendo su marido. ¿Qué podía decirle que no le encolerizara aún más, sino todo lo contrario, que lo convenciera de su punto de vista?

–No sé, Ludwig, lo que haría en ese caso porque no conozco a ninguna puta –acabó respondiendo con la esperanza oculta de dar por finalizada aquella conversación.

Para gran asombro suyo, Ludwig comenzó a reír a carcajadas sonoras, sí, e incluso trató de acariciarle las mejillas mientras cabalgaba junto al carro. Una maniobra con la que estuvo a punto de caerse del caballo de lo intensas que eran sus carcajadas.

Hendrik y John la observaron y luego se miraron el uno al otro. Fanny percibió que no compartían esas risas.

Se avergonzó y se despreció por su respuesta cobarde. Tendría que haber dicho que toda persona tiene el derecho a ser tratada como una persona, independientemente de si era una puta, un nama o un misionero.

Siguió con la vista a Ludwig, que cabalgaba todavía entre risas hacia el final de la caravana. No se avergonzaba únicamente porque él había caracterizado de bestias y de bastardos a Hendrik y a John, ni tampoco porque él había elegido el símil de la puta. Estaba avergonzada principalmente por no haberse dado cuenta antes de cómo pensaba su marido. En una de sus cartas a Charlotte, había escrito que anhelaba de todo corazón

[...] a la mujer fiel que en su corazón, igual que yo, tiene sus raíces profundas en nuestra nación y en nuestra cultura, amantes de la libertad y de carácter noble.

¿Qué había querido decir Ludwig con eso de «en nuestra nación y en nuestra cultura, amantes de la libertad y de carácter noble»? Era del todo evidente que Charlotte se había equivocado mucho con él, porque su amiga, que había leído y admirado a escondidas a Heinrich Heine, estaba firmemente convencida de que Ludwig aludía en esa frase a su querido poeta. Sin embargo, Fanny consideraba ahora que eso era un disparate colosal. Ludwig no desperdiciaría jamás su tiempo con actividades tan poco viriles como la lectura de poemas.

De pronto, unas figuras extrañas que aparecieron en la lejanía arrancaron a Fanny de sus pensamientos.

–¡Jirafas! –exclamó asombrada. Y eran jirafas de verdad. Tenían un aspecto completamente diferente que en las imágenes que había visto sobre ellas en los libros. Los tres animales eran mucho más altos y se movían balanceándose con mayor velocidad de lo que Fanny habría considerado posible. En el medio se movía torpemente una jirafa muy pequeña, y Fanny se emocionó tanto al verla como se había emocionado siempre cuando veía los terneros recién nacidos en el convento–. ¡Oh, qué bonito. Mirad allí! –exclamó, y se enfadó por no tener unos prismáticos para poder observar más de cerca a aquellos animales.

–Esa no es una buena señal –señaló John acallando de golpe la alegría de Fanny.

–¿Por qué? –preguntó ella sin apartar la mirada de los animales. Le habría gustado mirarlo a los ojos, pero después de lo que había ocurrido no tuvo el coraje de hacerlo.

–Eso significa que todos los aguaderos en los alrededores están secos, pues las jirafas solo vienen hasta aquí cuando las impulsa la sed. Aquí crecen muy pocos árboles para ellas. –John echó la cabeza atrás, se pasó la palma de la mano por la frente y miró al cielo.

Ahora sí lo miró ella. Tenía un aspecto cansado y triste.

–Pero lo que más me sorprende es que estoy seguro de que estoy oliendo ya la lluvia, y me asombra que los animales no lo perciban también, sino que se han venido hasta aquí a pesar de todo. –Hizo un movimiento negativo con la cabeza, luego miró a Fanny fijamente a la cara–. Y es que los animales lo saben normalmente antes que nosotros, los humanos.

Ludwig se acercó al galope y señaló hacia las jirafas.

–Se han unido a una manada de ñus.

Fanny entornó los ojos, pero todo lo que pudo reconocer fueron unos puntitos que parecían pulular alrededor de las patas de las jirafas, como si fueran moscas.

–No deberíamos perderlos de vista y procurarnos una cena sabrosa.

John titubeó.

–Creo que deberíamos buscarnos un lugar elevado en el que estemos a salvo de una inundación.

Fanny fue incapaz de ocultar su asombro incrédulo.

–¿Inundación? ¿Por dónde va a venir? No hay una sola nube en el cielo.

Ludwig titubeó.

–John sabe mucho de estas cosas. Si dice que va a haber lluvia, entonces será como dice. Ya me lo ha demostrado dos veces. –Antes de que Fanny pudiera hacer más preguntas, Hendrik se dirigió a John. Y como ya ocurriera en la hoguera, Fanny percibió admirada los sonidos de aquel singular idioma en el que las sílabas de sonido normal, compuestas por consonantes y vocales, eran interrumpidas por unos sonidos que eran como tonos de desaprobación, «ts ts», y luego de nuevo un chasquear de la lengua como el que utilizaban para estimular a los bueyes, y un chasquido extrañamente suave en la mejilla. Ludwig increpó a Hendrik y le ordenó que volviera a hablar en alemán tal como había aprendido en la escuela de la misión. Sin embargo, John respondió a Hendrik en ese mismo idioma al tiempo que fruncía la frente.

–Hendrik cree también que la lluvia va a venir. Se lo dicen los bueyes, y el viento.

«¿Viento, qué viento?», iba a preguntar Fanny, pero entonces ella misma lo percibió también: el viento que había faltado todo el día volvía a estar de repente allí tirando de su sombrero con más fuerza que antes. Le dio la sensación de que era más frío que el de los últimos días y más cortante, como si los granitos de arena se hubieran vuelto más afilados.

–¿Qué hay que hacer? –preguntó Ludwig a John. Fanny pensó sin querer que Ludwig había puesto hacía unos instantes a John al mismo nivel que los animales y ahora le pedía consejo como la cosa más natural del mundo.

–Un momento. –John cabalgó hacia atrás hacia un termitero de color cobrizo y de la altura de un árbol, que Fanny no había detectado. Una vez llegado a él, saltó de su montura y lo exploró a fondo.

Cuando regresó casi sin aliento, Fanny lo vio preocupado.

–Se nos echa encima una tormenta tremenda, con cantidades increíbles de agua inundando esta senda. Eso es lo que dicen, en todo caso, las termitas.

«¿Hablabas con las termitas?» Fanny observó a John con gesto de incredulidad, y luego volvió a mirar al cielo. Seguía sin haber una sola nube. ¡Hablar con las termitas! Seguro que le estaba tomando el pelo. Cuando él se apercibió de su mirada, apretó los labios en una sonrisa sarcástica.

–Lo de hablar con los animales se lo enseñó mi madre africana a John, su hijo bastardo. –A continuación, dirigiéndose a Ludwig–. Tenemos que encontrar ahora mismo un lugar seguro para las bestias. –Pronunciando estas palabras se fue a toda prisa de allí, y Ludwig lo siguió.

Fanny se quedó sin decir nada por la rabia que sentía, ya que, a diferencia de lo que sucedía con la ignorancia de los hombres, ella no sabía qué había que hacer en esos momentos, y aún más se encolerizaba por el hecho de que John parecía suponer que ella compartía las opiniones de Ludwig.

Siguió con la mirada a Ludwig y a John. Los dos se habían ido al galope campo a través y a ella le pareció que no tenían ningún plan. Tras ellos se levantó una gigantesca nube de polvo. El viento fue aumentando su intensidad y sacudía el carro. Los bueyes comenzaron a mugir como si quisieran protestar contra el viento.

«¡Hablar con las termitas, qué ocurrencia! Si no hubiera añadido lo de su madre, la cosa era para partirse de la risa.»

De pronto pasó una sombra por su cara. Desconcertada, alzó la vista al cielo. Eran nubes, no una, no, sino un amontonamiento masivo de nubes de color gris amarillo formando una torre y sin forma, como la nata pasada. «Inconcebible –pensó Fanny–, salidas como de la nada.» Cada vez iba aumentando su número, luego comenzó a teñirse el núcleo de esa masa nubosa, se volvió de

color gris oscuro, luego negro, y finalmente se formaron en los límites unas rayas verticales de color grafito que caían hasta la tierra.

¡La lluvia, la anhelada lluvia!

Ludwig y John regresaron sin apenas aliento. John dio unas órdenes a Hendrik en el idioma de los chasquidos y, acto seguido, el guía cambió de dirección y comenzó a aporrear a los bueyes.

–¿Adónde nos dirigimos? –quiso saber Fanny.

–Hemos encontrado una pequeña elevación del terreno, aunque me temo que no será suficiente. Sea como sea, nos tenemos que dar mucha prisa –dijo Ludwig señalando el cielo con el dedo–. Puede ponerse a llover de un momento a otro.

–¿Puedo hacer algo? –preguntó Fanny.

–No. Quédate aquí sentada, nada más, ya nos ocupamos nosotros.

–¡No puedo quedarme aquí! Para los bueyes sería más fácil si saltara del carro y fuera a pie hasta esa elevación del terreno, ¿o no?

Ludwig titubeó, pero John asintió con la cabeza.

–Cuanto antes llegemos, mejor. Se agradece toda ayuda.

Fanny no podía imaginarse que un poco de lluvia que, además, llevaba tanto tiempo siendo ansiada por todos, pudiera ser una catástrofe tan grande. Saltó a tierra con el ánimo más que dispuesto a ser útil, pero sin las paredes protectoras del carro, el viento estuvo a punto de tumbarla. Tuvo que hacer frente con todas sus fuerzas al viento que ahora soplaba por todos lados, tiraba violentamente de sus ropas y se iba llevando una tras otra las flores de su sombrero. Trató de mantener el paso del carro de bueyes. Se había imaginado que iba a ser como dar un paseo, y ahora resultaba casi una tarea imposible avanzar. La arena era omnipresente, incluso entre los dientes, a pesar de que tenía la cabeza gacha y la boca firmemente cerrada. Fanny luchaba con cada paso que daba y se preguntaba constantemente cuándo alcanzarían por fin la elevación del terreno prometida.

De repente se iluminó todo con una luz radiante, el aullido del viento enmudeció y durante unos instantes hubo una calma fantasmal. Entonces retumbó un trueno imponente con tal fuerza que Fanny se arrojó al suelo instintivamente. Ludwig apareció de inmediato a su lado para ayudarla a ponerse en pie.

–¡Nada de desfallecimientos, enseguida lo habremos conseguido! –Llegó el siguiente rayo y de nuevo otro trueno tan potente como el sonido de los tímboles y de las trompetas que Fanny se imaginaba para el día del Juicio Final.

La pequeña elevación del terreno no le pareció a Fanny mucho mayor que un montón de toperas superpuestas. De todas maneras había árboles en ella a los que ataron los bueyes con toda celeridad. De nuevo otro rayo seguido del estruendo de un trueno infernal. «¿Era inteligente atar a los bueyes a los árboles? –se preguntó Fanny–, ¿y si cae un rayo ahí?»

De pronto se puso a llover. Caían unos goterones gruesos que sonaban como latigazos y que dieron paso primero a una cortina de gotas prácticamente opaca y finalmente a un muro de agua que restallaba en la tierra roja que estaba tan reseca que no podía absorber aquella imponente masa líquida. Se formaron charquitos, charcas, lagos. Lagos profundos. Fanny contemplaba fascinada aquel espectáculo a su alrededor. Los bueyes aullaban, y los caballos relinchaban inquietos. El agua ascendió en cuestión de unos pocos minutos hasta las rodillas de Fanny. Cuando

John se dio cuenta, cabalgó hasta acercarse a ella y la levantó para dejarla de nuevo subida al carro que no había cabido del todo en aquella pequeña elevación del terreno.

Las ruedas estaban sumergidas en el agua en sus dos terceras partes, y la lluvia no cedía. Al contrario. A Fanny le pareció que iba arreciando cada vez más. Las masas de agua oprimían de tal forma el ala ancha de su sombrero que acabó venciendo y le colgaba a la altura de la barbilla. Continuamente se deslizaban arroyos por su espalda provenientes del sombrero, todo estaba mojado. Los bueyes tenían ya el agua por encima de las patas. A Fanny se le ocurrió preguntarse si las jirafas tenían precisamente aquellas patas tan largas por este motivo.

Ludwig ató su caballo a un árbol, se abrió paso por entre las aguas que le cubrían los muslos, escaló para subirse al carro, se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros en un gesto protector.

—No tengas miedo, Charlotte —dijo pegándose a ella. Por debajo de las ropas empapadas ella percibió el calor de su cuerpo.

¿Miedo?

Ella constató con admiración que no sentía ningún miedo. No lo tenía de los rayos ni de los truenos, y para nada tampoco del agua. Todo lo contrario. En sus entrañas se sentía como si el agua hubiera abierto dentro de ella una coraza sofocante, como si fuera ahora cuando podía respirar correctamente. Y eso que el nivel de agua seguía ascendiendo. Los bueyes proferían sonidos de pánico. Hendrik se había subido a uno de los árboles con ayuda de John.

A pesar de todo, ella quería disfrutar de cada gota. Se apartó un poquitín de Ludwig, pero él la sujetó con firmeza. Al hacerlo, su mano resbaló hasta la pulsera de abalorios y acto seguido soltó a Fanny.

—¡Esas perlas están hirviendo, maldita sea! —maldijo, y se miró las palmas de las manos que humeaban en la lluvia. Se puso en pie furioso, descendió del carro y se abrió paso por entre las aguas que ya le llegaban a la cintura hasta llegar donde John, que estaba hablando a los bueyes en un tono tranquilizador.

Fanny se llevó la mano a los abalorios y se sobresaltó. Ludwig tenía razón, despedían un calor tremendo. No obstante, volvió a tocarlos, pero ahora sintió una energía que la atravesaba como si el sol brillara por su cuerpo como un rayo.

—¿Qué es esto? —murmuró—. ¿Qué está sucediendo conmigo? —Pero sus palabras se perdieron entre el murmullo del viento, los truenos y los bramidos del ganado.

Miró a John, a Hendrik, a Ludwig y a los bueyes, observó sin ningún temor la ascensión creciente de las aguas como si fuera un sueño y ella sobrevolara la escena.

De golpe, sus piernas la obligaron a levantarse, su cuerpo empapado se opuso al viento, y ella extendió los brazos.

Y entonces, sin que pudiera decir por qué lo hacía, comenzó a cantar. No como lo había hecho en el convento, no se trataba de ninguna canción que conociera, sino que era solo una melodía. Algo en su cabeza se burlaba de ella y se preguntó si no estaba siendo víctima de una insolación. Sin embargo, la otra sensación era tan potente, le ardía en el cuerpo y no permitía otra actividad que la de cantar aquella melodía. Cantaba como si la vida le fuera en ello, cantaba como en trance, percibió cómo cedía el calor de las cuentas, percibió cómo los hombres la miraban fijamente, pero ella era incapaz de parar.

Los aullidos de los bueyes se redujeron hasta quedar absorbidos por el murmullo de las aguas. Siguió cantando, cantó hasta que los truenos no fueron más que un retumbar suave, cantó hasta que el sol penetró a través de las panzas negras de aquellas gigantescas nubes y quedó trazado un imponente arcoíris desde un extremo de la llanura al otro.

Entonces ella exhaló un suspiro, completamente exhausta.

Nadie dijo una sola palabra.

El agua seguía teniendo un nivel de más de un metro, borboteaba y se arremolinaba, tiraba del ganado y del carro. Todo humeaba con el sol, y ya soplaba de nuevo la brisa que, sin arena, producía el efecto de una caricia y comenzaba a secar sus cuerpos mojados.

Fanny no había visto en su vida un arcoíris semejante, y, sin embargo... esos colores, esos destellos, como si el arcoíris estuviera compuesto de infinidad de perlas.

Perlas.

Respiró hondo y pasó la vista desde el arcoíris hasta su pulsera. Cada uno de los abalorios brillaba y destellaba como si hubiera caído en ese instante de aquel arcoíris. Se frotó los ojos y palpó la pulsera. Fría, como se percibe el cristal al tacto.

Se preguntó qué diría Ludwig de todo aquello. Dirigió la mirada hacia él, pero este apartó la vista inmediatamente. Luego pareció que se conminaba a sí mismo a replicar a la mirada de ella. Sus ojos la miraban fijamente, nunca la había mirado de esa manera. Fanny sintió un escalofrío en la espalda. La estaba contemplando como se mira a un perro de tres patas o a un ser humano con dos cabezas, con compasión, pero también preguntándose si no sería mejor poner pronto un punto final a ese feo sufrimiento. «Está pensando que mi espíritu ha sufrido daños con el calor», pensó. Y si voy y le cuento lo de los abalorios, me tomará por una loca sin remedio.

¿Y John? ¿Y Hendrik? Se volvió a mirarlos, pero estos también desviaron la mirada.

Fanny no sabía qué decirles, cómo explicarles aquello.

Se volvió a mirar de nuevo el arcoíris que seguía mostrando sus magníficos colores sobre la llanura. Aquel panorama la consoló, pero seguía sin encontrar palabras de explicación, y por ello se decidió a hacer aquello que ya en el convento la había ayudado a salir de las situaciones difíciles y de las cavilaciones sin sentido: trabajar.

Un trabajo duro, físico.

Suspiró, luego se quitó el sombrero con determinación y lo escurrió, ya poco importaba lo que hiciera con él, pues había perdido su forma. Le habría gustado quitarse también la blusa y los pantalones de montar para escurrirlos también, pero entonces Ludwig la habría tomado por una loca de remate. Este pensamiento le arrebató una sonrisa. «¿Qué habría dicho Charlotte sobre ese canto? ¿Y Maria von Imkeller?» No tuvo más remedio que ampliar la sonrisa, y esto, a su vez, la sosegó, le permitió respirar con normalidad. Independientemente de lo que había sucedido, ella seguía siendo ella misma. Entonces se puso a buscar en el carro aquellas cosas que tenían que extenderse rápidamente al sol para que se secaran. Agarró las mantas, las escurrió también y las extendió en los laterales del carro.

–¿Seguimos camino? –preguntó a Ludwig con la esperanza de hacerle hablar con una pregunta normal.

–No, vamos a quedarnos aquí y a esperar a ver qué ocurre. –Ludwig se acercó hasta ella en el carro y evitó su mirada.

–¿A qué tenemos que esperar?

–A ver si sigue lloviendo con esa intensidad o si amaina y podemos continuar la ruta. Si ha dado comienzo la temporada de lluvias, el viaje se convertirá en una verdadera penalidad. –Ahora dirigió la cabeza hacia ella y buscó su mirada–. Siento mucho que hayas tenido que experimentar esta situación. Tendría que haber planeado mejor las cosas. Es una locura viajar en la época de lluvias con una mujer tan joven y delicada como tú.

–No pasa nada, Ludwig, de verdad –dijo Fanny tratando de tranquilizarlo.

–Solo quedan dos horas hasta que el sol se ponga –intervino John, y señaló en dirección al arcoíris cuyos colores iban palideciendo lentamente–. Deberíamos tender todas las cosas en los árboles para que se sequen.

Aliviada por haber ahora algo más importante que su estado anímico, Fanny reaccionó inmediatamente a la observación de John.

–Y yo montaré el trípode. Ojalá no se hayan mojado todos nuestros fósforos. Esta noche deberíamos cenar algo nutritivo, ¿no te parece, Ludwig? ¿No íbas a cazar un ñu para nosotros?

–Esos hace mucho ya que andan por los cerros. –A pesar de todo oteó la llanura con la esperanza de descubrir alguno. Fanny miró en la dirección de la mirada de él, pero tampoco pudo divisar nada en lontananza.

«¡Lástima –pensó–, una cacería habría hecho olvidar a Ludwig la extraña escena mía de antes.» Profiriendo un suspiro se puso a la búsqueda de los fósforos que estaban guardados en un cofre impermeable. Abrió el cofre llena de expectación.

–¡Están secos! –exclamó–. ¡Hombres, miren aquí, parece mentira, pero los fósforos están secos! –Nadie parecía compartir su alegría. No obstante, se puso a montar el trípode y a buscar la vajilla guardada en la caja de delante.

John, Ludwig y Hendrik soltaron el ganado y lo llevaron un poco aparte, en donde Hendrik les dejó beber de una charca grande y a continuación se puso a montarles un recinto para pasar la noche.

Cuando Fanny acabó de montar todo, se dio perfecta cuenta de por qué nadie había compartido con ella su alegría por los fósforos secos. Necesitaban leña, y esta estaba ahora mojada.

Se acuclilló decepcionada junto al trípode sin sentarse en el fango. El estómago se le quejaba más de lo habitual. Habría podido dar cuenta ella sola de medio ñu. Sin embargo, sin fuego no había otra cosa para cenar que tostadas y alubias frías en lata.

El agua se había retirado entretanto de aquella elevación del terreno. Por todas partes podían verse estrías, como pequeños cauces que el agua había excavado en la tierra seca durante su recorrido. En la lince de la elevación, el agua había socavado la tierra por completo, de modo que un pedazo de tierra que quedaba resultaba peligroso y seguramente se habría desmoronado al pisarlo.

–¿Qué pasa? –preguntó John, que había aparecido a su lado inadvertidamente.

–Leña –respondió Fanny malhumorada levantando la vista para mirarlo a la cara–. Sin leña seca no hay fuego. –De repente sintió que no solamente estaba hambrienta, sino también terriblemente cansada.

Se acuclilló junto a ella y le tendió un extraño objeto, de color amarillo y de la longitud de un dedo.

–¿Qué es?

–Una vela bosquimana. La encenderemos y podremos utilizar también la madera mojada para quemarla. Le puso el cartucho en la palma de la mano y le cerró suavemente los dedos alrededor. Tenía el tacto de los cirios fríos de cera que se encendían en el convento por las almas de los muertos.

–¿Una vela bosquimana?

–Venga conmigo, le enseñaré dónde crecen. –Se levantó y tendió una mano a Fanny. Ella le agarró la mano con la suya libre y se dejó alzar. Ahora estaba directamente enfrente de John, miró involuntariamente los cabellos oscuros del tórax que se le marcaban a través de la camisa blanca mojada, y tuvo que apartar la mirada porque notó que le gustaba lo que había visto.

Él susurró algo.

–El hombre que habla con las termitas respeta a la mujer que habla con la lluvia.

Ludwig regresó de nuevo y saltó de su montura. John soltó inmediatamente la mano y retrocedió un paso. Ludwig rodeó a Fanny con un brazo y clavó los ojos en John.

–John, Hendrik necesita que lo ayudes.

John se fue sin titubear. Fanny abrió la palma de su mano y mostró a Ludwig aquel cartucho hueco, liso y de color amarillo.

–¿Qué es? –preguntó Ludwig agarrándolo.

–John dice que con esto podemos prender incluso la madera húmeda. Lo llaman vela bosquimana.

–John sabe un montón de cosas, de verdad. –Este reconocimiento de Ludwig sonó con algún deje de disgusto–. Esperemos que tenga razón. Vamos a ver si encontramos algo de leña que podamos utilizar. –Extrajo su navaja y se dirigió a los árboles de enfrente.

Fanny quiso acompañar a Ludwig, pero sus zapatos se hundieron profundamente en el barro y se le quedaron clavados de tal modo en el fango que ella, descalza con las medias, tuvo que hacer maravillas para no darse en la cara al caer de bruces. Reprimió una palabrota.

Ludwig se volvió a mirarla y se puso a reír a carcajada limpia; luego se apresuró hacia ella y la ayudó a levantarse.

–Y esto, mi amor, es tan solo un pequeño avance de lo que tendrán que rendir los bueyes en los próximos días.

La ayudó a sacar los zapatos del fango.

–Podría ir descalza perfectamente.

–No quieras andar por ahí como una mujer cafre.

–Entonces quiero unas botas como las tuyas. Estos zapatitos de señora no son nada prácticos –dijo Fanny cogiendo sus delicados zapatos blancos de cuero con cordones que, rotos y cubiertos con una capa roja de barro, seguramente no tendrían ya arreglo.

–Hablaremos más tarde de eso. –Ludwig volvió a montar a Fanny en el carro–. Ponte otra vez los zapatos.

Fanny se ahorró una respuesta y se dejó caer en el asiento de delante. Se puso a observar la vela bosquimana con gesto meditabundo y extrajo los fósforos. Miró a su alrededor como si estuviera realizando una acción prohibida, y entonces encendió un fósforo y lo aplicó al cartucho

amarillo que se puso negro de inmediato, silbó y comenzó a arder. Se expandió por los aires un aroma que le recordó el incienso.

John se acercó a caballo.

–Eso solo debería prenderse cuando se necesita de verdad. Sin esperar una respuesta continuó cabalgando a lomos de su caballo.

Fanny sopló a toda prisa la vela bosquimana, se calzó de nuevo los zapatos, y al hacerlo se imaginó que seguía estando en el convento. Tenía que resistirse mejor a que la trataran como a una niña tonta.

–¡Mirad allá enfrente! –Ludwig señalaba al este en donde tan solo quedaba un jirón de arcoíris–. ¡Antílopes! A lo mejor sí va a haber algo especial para la cena esta noche. ¡Charlotte, dame el fusil! John, vamos a probar suerte.

Fanny agarró el fusil de Ludwig y se lo tendió junto con la munición.

–¡Por una buena caza! –exclamó a los hombres.

Ella esperaba ver a John y a Ludwig salir a todo galope de allí, pero los caballos tenían que realizar grandes esfuerzos para levantar las herraduras del fango, así que avanzaban lentamente en realidad. Los antílopes, en cambio, se movían con la ligereza de siempre, y Fanny se temió que se quedaría en nada la carne a la brasa prometida para la cena.

Cuando Ludwig estuvo fuera del alcance de la vista, miró a Hendrik, que estaba ocupado en construir el cercado para los bueyes. Se sacó los zapatos con porfía y se fue descalza por la tierra roja que sintió en sus pies como un maravilloso tacto blando. Cortó unos matorrales deshojados y rompió algunas ramas de los árboles para que pudiera haber al menos una hoguera. En esa actividad tuvo que prestar mucha atención porque tanto los matorrales como los árboles estaban llenos de espinas alargadas.

Hizo un montón con todo, pero no le prendió fuego, sino que esperó al regreso de John y de Ludwig. No pudo menos que ponerse a pensar en lo que había sucedido hoy durante la tormenta. En lo más profundo de sí misma sabía que no había sufrido ninguna insolación. No, todo aquello había sucedido porque el África del Sudoeste era su tierra, la tierra de sus antepasados, la tierra a la que la habían conducido los abalorios.

Fanny se despertó de golpe riéndose y lo primero que vio fueron las estrellas tan cercanas que podían casi tocarse. ¿Cómo era posible que después de aquella noche horrible fuera capaz de soñar algo tan extraño y al mismo tiempo tan divertido? Como si Charlotte hubiera querido enviarle consuelo.

Se incorporó con cuidado para no despertar a Ludwig. Su marido la había tratado de una manera harto despreciable y a pesar de ello dormía ahora a pierna suelta y profundamente como si todo estuviera en perfecto estado.

Había regresado muy malhumorado por la cacería infructuosa de los antílopes. Después increpó a Hendrik por el cercado que presuntamente había construido mal, y vociferó a John. Todos comieron en silencio la sosa papilla de maíz, luego se apoderó Ludwig del ron que portaba consigo para fines medicinales sin invitarla a ella ni a los demás hombres a dar un trago. Cada vez fue poniéndose más furioso e insistió finalmente en que Fanny y él se acostaran en el carro de bueyes porque la tierra seguía estando húmeda al igual que todas sus mantas y ropas. Y en el carro volvió a acercarse a Fanny por primera vez desde la noche de bodas, pero esta vez la poseyó con furia y sin miramientos, como si ella fuera un caballo terco que había que meter en cintura. Nada en su brutal penetración recordaba al hombre que le había reiterado su amor durante la noche de bodas ni al que había escrito las delicadas cartas a su prometida.

Fanny trató primero de salirle al paso, de frenarlo con palabras tiernas, pero él quería poseerla con violencia, como si quisiera castigarla por algo. En algún momento ella se resignó. Debería haberse resistido, pero fue demasiado cobarde. El pensamiento de que Hendrik o John pudieran enterarse de la humillación que estaba sufriendo, la hizo permanecer en silencio. Y muda se quedó mirando fijamente el mismo cielo nocturno brillante y tan prometedor como el de la noche de su llegada. Las estrellas destellaban igual de bellas y de cercanas como aquella otra noche y, sin embargo, le parecieron ahora diosas burlonas, malignas, que desde la lejanía enviaban ahora a Ludwig un aplauso por su acción.

Después de derrumbarse sobre ella, exhausto, tuvo la decencia de disculparse. Le dijo que no sabía qué le había sucedido, que debía de tratarse seguramente por la caza sin éxito y por el ron. Pero se quedó dormido sin esperar a que ella lo perdonara, lo cual la llenó de una rabia tal que se quedó despierta varias horas a su lado. Y es que ella no se lo perdonaba, aunque se sentía un poco culpable; finalmente era ella quien más había mentido. Además, no se creyó una sola palabra de su explicación. La caza tenía muy poco que ver con su reacción. No, ella sospechaba que le había infundido miedo durante la tormenta y que con su conducta pretendía demostrar que él era su señor y que ella era una mujer corriente y moliente, la esposa de él, a la que podía poseer cuando él quisiera. Y había jadeado en voz alta con toda su intención, para que también Hendrik y John entendieran quién era el señor de la casa allí. No entendía que finalmente acabara quedándose dormida y que tuviera unos sueños tan bonitos. De nuevo volvió a dibujarse una sonrisa en su rostro.

Tenía que hacer sus necesidades con urgencia, se levantó y se bajó del carro sin hacer ruido, con la esperanza de no despertar a su marido.

La tierra bajo la planta de sus pies volvía a sentirse más firme que hacía tan solo unas pocas horas, y en el aire había algo completamente nuevo. El olor le recordó el proceso de henificación en Reutberg. En el camino de vuelta estuvo a punto de tropezar con John porque iba caminando con la vista puesta en los pies. La sangre se le agolpó en la cara al volver a recordar lo brutal y ruidoso que había sido Ludwig con ella. Estaba tan avergonzada que no se le ocurrió qué podía decir. Menos mal que era de noche y que sus mejillas inflamadas de rubor permanecían invisibles a los ojos de John.

–Usted ha soñado –constató él.

–¿No lo hacemos todos? –preguntó ella, y se volvió a mirar involuntariamente hacia donde estaba Ludwig, pero este seguía durmiendo sin moverse.

–Los sueños son muy importantes –explicó John–, pues en nuestros sueños hablamos con nuestros antepasados. Nosotros, los zulúes, decimos que no sabemos dónde comienza y dónde acabará. Seguimos siendo igual de ignorantes que en el tiempo en el que estábamos en los cuerpos de nuestras madres.

Fanny estaba perpleja. John no había hablado hasta entonces con ella de aquella manera. Sonaba como si fuera otra persona, hasta su voz se había transformado, era más blanda, oscura y cantarina. Ella tenía un montón de preguntas que hacerle, pero John continuó hablando.

–No sabemos lo que vimos por aquel entonces en los cuerpos de nuestras madres, lo que bebíamos y comíamos. Ni tampoco sabemos dónde acabaremos. Lo más exterior que conocemos son nuestros antepasados. Y la mayoría de las veces solo nos reencontramos con ellos en nuestros sueños. Los antepasados se dirigen continuamente a algunos de nosotros, desde los árboles e incluso desde las sombras, desde los animales y las piedras. Y algunos de nosotros pueden hablar incluso con esos antepasados, como hace mi madre, *inyanga yemilози*.

–¿Su madre? –preguntó Fanny.

–Sí, mi madre es una mujer zulú, una mujer mágica. No es una *umthakathi*: no es ninguna hechicera negra, sino una *ubunyangá*, una mujer de la medicina que me ha enseñado muchas cosas, pero por desgracia no todo porque yo camino solo con una pierna zulú, la otra es una pierna prestada de europeo.

Lo vio dibujar una sonrisa sarcástica tan amplia que sus dientes brillaron en la oscuridad.

–No entiendo, ¿cómo dice...?

John serio ahora.

–Así es como lo dice mi madre queriendo decir con ello que mi padre fue un alemán, un cristiano, y por ello la Biblia se me ha quedado unida a la otra pierna como un muñón que me paraliza. ¿Cómo podría convertirme así en un verdadero hechicero zulú? Pero, bueno, yo no pretendía hablar de estas cosas, sino que deseaba saber en qué había soñado usted.

Fanny, que había pensado que John solo había querido disimular con su pregunta el azoramiento de ella, estaba segura ahora, después de escuchar todo lo que le había explicado, de que realmente quería conocer su sueño, y para sorpresa propia comenzó a contárselo. Las palabras le brotaban sin querer, casi como si fuera Charlotte.

–Mi amiga y yo estábamos sentadas en una mesa decorada para algún acontecimiento solemne bajo una acacia espina de camello. Sin embargo, en nuestras copas no había bebida, sino perlas, como las cuentas de mi pulsera. Por la mesa corrían miles de hormigas, pero a nosotras no nos

molestaba en absoluto.

John profirió un sonido indeterminado.

–¿Se ríe de mí? –preguntó.

–No, no, me alegra oír eso, las hormigas son algo especial. Prosiga, por favor.

–Comimos trompa de elefante a la parrilla, que yo nunca comería en la realidad –contó ella–, y Charlotte me contó un chiste. –Fanny se interrumpió para asegurarse de que John entendía todo correctamente.

–¿Sí? –preguntó él con interés.

–El chiste era así: un capitán está sentado en el compartimento de un tren. –Se interrumpió–. ¿Sabe lo que es un capitán y un tren?

John asintió con energía al tiempo que ponía en su cara una sonrisa con la que Fanny pudo contemplar la blancura de sus dientes en la oscuridad.

–Bien, entonces se sube una señora y se sienta sin querer encima de la gorra del capitán. Ella se disculpa con gran profusión de frases. El capitán la interrumpe finalmente y le dice: «En realidad ha tenido usted suerte porque quería haberme traído hoy mi casco de coracero alemán.»

Fanny no pudo menos que echarse a reír y pensó si debía explicarle a John lo que era un *pickelhaube*, un casco de coracero alemán. Pero este comenzó a hablar.

–Veamos su sueño. Su amiga Charlotte, ¿dónde vive? ¿También aquí en el África del Sudoeste?

A Fanny le recorrió un escalofrío por el cuerpo, y titubeó unos instantes, pero entonces le pareció estar actuando como una tonta cuando solo había sido un sueño.

–Charlotte está muerta –aclaró ella con la esperanza de que no le pareciera extraño que tuvieran las dos el mismo nombre.

–Así que ella es uno de sus ancestros que ha venido para hacerla reír a usted. Eso significa una gran felicidad y mucha fortuna. –Permaneció en silencio tanto rato que a Fanny le entró miedo de que Ludwig pudiera estar detrás de ella. Sin embargo, una mirada al carro le mostró que nada se movía en él.

»En cambio, las hormigas significan que se enamorará inesperadamente de un hombre del que nunca más se separará hasta la muerte. Cuando uno de los dos muera, el que sobreviva se matará o simplemente se morirá porque se amaron el uno al otro como se aman las hormigas.

A Fanny le entró mucho calor. Enamorarse. Qué tontería. ¿Qué estaba haciendo ahí en realidad? Ludwig no aprobaría jamás esa conversación. Y, sin embargo, ardía en deseos de escuchar más.

–Bueno, pasemos a la carne de elefante. Puede tener diferentes significados. O bien ocupará usted un puesto como jefe de tribu o que sus padres morirán. Como es una mujer, podría significar también que va a casarse.

–Pero si ya estoy casada. –Fanny volvió a mirar involuntariamente donde estaba Ludwig.

John suspiró.

–No me resulta fácil decirlo, pero podría significar también que su marido va a morir pronto. De pronto fue absolutamente consciente de lo absurdo de lo que estaba haciendo ella allí.

–John, disculpe, pero todo esto que me cuenta es bastante absurdo. Charlotte, por ejemplo, no es ningún antepasado, sino una amiga.

–Estoy seguro de que sus antepasados la han enviado ante usted, a su vida, para consolarla.

–Entonces ¿fueron también mis antepasados quienes dejaron morir a mi amiga, justo en el momento en que más cariño le tenía?

–¿No se fue Charlotte después de que le trajera algo importante en la vida? –preguntó con titubeo–. ¿O no le mostró un camino que antes no había contemplado usted?

–¿Cómo sabe usted eso?

–¡Charlotte! –Ludwig se había despertado y la llamaba. Fanny hizo una señal a John con la cabeza y se apresuró a subir de nuevo al carro–. ¿Dónde estabas? –preguntó Ludwig en tono desconfiado, y se incorporó. Fanny se sentía como si Seraphina la hubiera pillado cometiendo una falta grave, y esperó que Ludwig no pudiera ver a John.

–Haciendo mis necesidades –dijo Fanny con un susurro mientras se cubría con la manta húmeda, y se tranquilizó al ver a Ludwig echarse de nuevo y seguir durmiendo sin pronunciar palabra.

«*Umthakathi*», pensó Fanny, y se puso a contemplar de nuevo el cielo centelleante que ahora ya no le parecía tan frío y gris, sino oscuro y misterioso. La madre de John no era una hechicera negra, sino una curandera, una *ubunyanga*. Envidió a John. Bien podía ser que tuviera una mala pierna europea, pero al menos sabía quiénes eran sus padres. Ella no sabía absolutamente nada de los suyos, ni siquiera sus nombres. Ubunyanga tenía una misteriosa sonoridad. ¿Y cómo denominaban los zulúes eso que había sucedido ese mediodía durante la tormenta? ¿Había influido ella realmente en algo? Se imaginó lo que Seraphina habría dicho sobre su actuación o cómo Ludwig habría calificado la interpretación que John había hecho de su sueño. Entonces se preguntó por qué no había sentido la necesidad de santiguarse mientras él le contaba sus ideas paganas. De todas formas, John había afirmado que su sueño podía significar que ella se enamoraría y que su marido moriría pronto. Comenzó a sentir frío y se pegó a Ludwig.

Le perdonaría, decidió con mala conciencia, antes no había sido él mismo, estaba furioso y borracho. Tenía que convertirse en una esposa mejor para él. Pero mientras pensaba cómo podía organizar eso, volvió a pasársele por la cabeza el chiste que Charlotte le había contado en el sueño, y no pudo menos que esbozar una sonrisa burlona. Ahora tenía claro el significado del chiste. Debía de estar agradecida de que las cosas no hubieran sido peores, y ella podía ahora ponerse a averiguar quiénes eran sus padres, quién le había entregado a ella esa pulsera de abalorios. La tocó corno para darle las buenas noches, y cayó en un sueño profundo. Y esta vez soñó que volaba, distendida y ligera como un águila, por sobre amplios paisajes.

Era el infierno. Un infierno inclemente. Fanny se había imaginado siempre el infierno como un lugar donde ardían incesantemente las llamas y donde los diablos torturaban a las víctimas con bieldos, pero eso fue antes de que ella llegara a África.

No paraba de llover.

El tiempo entre los chaparrones era demasiado corto como para que pudiera secarse algo por completo, y así se quedaba la ropa húmeda pegada al cuerpo, apestaba y rozaba la piel hasta formar heridas. El agua no podía fluir correctamente y llegaba hasta las rodillas, lo cual significaba una terrible tortura para los bueyes, pues las ruedas del carro se hundían profundamente en la tierra fangosa, y solo avanzaban escasos centímetros en cada impulso.

Y de pronto aparecieron animales por todas partes. En cada charca nadaban cientos de renacuajos, en las charcas más grandes se oía croar a las ranas, en los árboles pululaban los escarabajos. Por todas partes zumbaban los mosquitos, y Ludwig la advertía insistentemente que se protegiera de ellos, sobre todo por las noches, que era cuando más los molestaban. Insistía en que ella mantuviera tapado todo el cuerpo con ropa para prevenir las picaduras. Y así, Fanny llevaba continuamente puestos los húmedos pantalones largos de montar, mantenía bajadas las mangas de la blusa y llevaba un pañuelo al cuello. La piel bajo los brazos, entre los muslos, en el corvejón de las piernas y en los codos estaba agrietada y abierta debido al roce.

Entretanto, toda la leña estaba empapada, y la vela bosquimana tampoco podía obrar milagros. Por ese motivo no había ni siquiera un poco de agua caliente para el café, y mucho menos para una sopa o una papilla. Desde hacía tres días no había para comer otra cosa que una papilla de harina disuelta en agua fría. El pan tostado que traían consigo se había enmohecido, y en la carne seca pululaban las cresas de los insectos. A Fanny le protestaban continuamente las tripas, nunca había pasado tanta hambre. En el convento había tenido siempre suficiente comida, incluso cuando la castigaban duramente.

–Nunca había vivido una temporada de lluvias tan cambiada aquí en el sur, y siento mucho, cariño, que sean estas las primeras impresiones que te llevas de estas tierras. –Ludwig era todo lamentos. Después de aquella noche horrible de cuando llegó la lluvia, no había vuelto a comportarse de aquella manera tan atroz, sino que había vuelto a estar especialmente atento y preocupado por ella–. Normalmente llueve mucho antes. Y aquí en el sur no suele hacerlo con tanta intensidad como ahora, sino que tan solo dura unos pocos minutos, ocurre con muy poca frecuencia que lo haga durante más de una hora. Esto de ahora no lo he vivido yo aquí nunca antes. –Se había bajado del caballo después de descubrir que se le había formado una herida fea en el lomo por debajo de la montura permanentemente mojada. También John iba a pie porque su caballo cojeaba.

Fanny, en contra de la orden expresa de Ludwig, había caminado todo un día al lado del carro para que a los bueyes les fuera más fácil tirar de él. Como ninguno de sus ridículos zapatitos resultaba apropiado para ese lodazal, caminó descalza, como los indígenas, y se juró que lo primero que haría en Keetmanshoop sería procurarse unas botas de cuero sin importarle lo que

dijera Ludwig al respecto.

Como si la lluvia constante y la permanente hambre no fueran ya suficiente tortura, a la mañana del segundo día le picó un escorpión. Para disgusto propio gritó muy fuerte por el dolor ocasionado, de modo que Ludwig supo de inmediato lo que le había ocurrido. Entre multitud de imprecaciones la subió de nuevo al carro en donde ella acabó desmayándose. Cuando se despertó, le habían cortado un trozo de tela de la pernera porque la pierna se le había hinchado desmesuradamente. Se sentía confusa de cabeza, debía de tener fiebre con toda seguridad. Ludwig sacrificó el poco ron que le quedaba, empapó con él algunos trapos, se los colocó en la herida y la conminó a permanecer echada y quieta en el carro para que el veneno no pudiera extenderse por el cuerpo. A pesar de todo le subió la fiebre, le entraron escalofríos, y la pierna se le hinchó aún más. Ludwig estaba preocupado y agitado por igual al ver que no había manera de que mejorara su estado.

En sus sueños febriles, que siempre eran los mismos, Fanny veía un escorpión que se reía y cuyos ojos estaban compuestos de uno de sus abalorios africanos y de una cuenta mágica de cristal. Al reír se le salían los ojos, rodaban y dejaban a su paso un rastro sanguinolento que conducía a un bosque lleno de árboles *omumborombonga*. Aunque Fanny quedó paralizada por el pánico en ese lugar y sabía que no debía seguir aquel rastro, hizo exactamente lo contrario. En el bosque descubrió a una mujer blanca que se estaba peleando con un hombre negro. Fanny quería gritar para que acabaran inmediatamente con la pelea, pero no era capaz de que saliera ningún sonido de ella. Entonces quiso echarse a correr hacia ellos, sabía que debía avisarlos, pero se hundía en la tierra blanda y solo lograba avanzar a un ritmo lentísimo, y cuando llegó finalmente allí, aquellas personas habían desaparecido y solo quedaba el bosque. Y ese bosque se parecía de pronto al que prosperaba en torno al convento de Reutberg. No había más que pinos, abetos rojos, hayas e incluso robles, que se agitaban al viento que hacía murmurar sus hojas. En ese lugar se despertaba siempre y se sentía más enferma que antes. Estaba sola porque Ludwig no se acostaba a su lado en el carro, parecía como si ella pudiera contagiarle algo. Gotas de agua caían por entre la lona del carro en su cara, por la que revoloteaban los mosquitos. Se sentía demasiado floja para espantarlos, demasiado cansada.

–Señora Charlotte –susurró una voz justo en el momento en que despertaba de uno de esos terribles sueños, y ella se esforzó tratando de orientarse.

Al parecer era todavía de noche, y había parado de llover. Al principio no estaba segura de si la voz procedía de la oscuridad de su sueño, pero entonces reconoció que se trataba de John. ¿Qué hacía junto a su lecho de enferma en mitad de la noche?

–Tengo una medicina para usted. Si está de acuerdo, se la aplicaré durante la noche sobre la herida de la picadura y mañana a primera hora, antes de que su marido se despierte, se la retiraré de nuevo. Y tenga, bébase esto. Estoy seguro de que le sentará bien.

–Me da todo igual –murmuró Fanny. Estaba demasiado agotada como para contradecirle. John se arrodilló a su lado y palpó la pierna hinchada de ella con tanta suavidad que parecía como si estuviera acariciándola con plumas. ¿Estaba soñando? Entonces sintió que le restregaba en la pierna algo frío y denso, y de nuevo con mucho cuidado, como si ella pudiera quebrarse por el peso del ungüento. Finalmente le presionó el ungüento con un jirón de tela fijado en la pierna.

–Es un antiguo remedio –explicó John–. Son las hojas trituradas de una planta que todo el mundo en África utiliza contra las picaduras de escorpiones. Por eso tiene tantos nombres;

vosotros, los alemanes, la llamáis «espera un poco», para Hendrik es *arohaib*, y mi madre la llama por el nombre herero de *omukaru*. Le quitará el veneno de la pierna. –Se desplazó entonces hasta la cabeza de ella, le espantó los mosquitos y le tendió un cuenco–. Bébese esto. Está hecho con las raíces del *omukaru* y actúa contra los dolores y la fiebre. –La ayudó a incorporarse y reposó la cabeza de ella en su brazo para que pudiera beber mejor. Olía a melones verdes y a frutos secos tostados, un olor completamente diferente al de Ludwig. No debía beber de aquello, su marido era el médico, no John.

–Puede confiar en mí, sé exactamente quién es usted.

Las palabras de él penetraron a través de la niebla febril de su cabeza y generaron un eco terrible. Él sabía quién era ella, él lo sabía... ¿Era eso una amenaza que debía obligarla a emprender alguna acción? Era imposible que pudiera saber que ella no era Charlotte. Al tratar de hablar se le hizo un nudo en su garganta reseca y sintió náuseas. Todo giraba a su alrededor, pero ella tenía que saber, tenía que hablar con él.

–Chsss, está bien. Todo está bien así. Nadie lo sabe, solo los antepasados, y ellos me lo han confiado a mí. Y por eso estoy seguro de que esta infusión es buena para usted.

A pesar de que se sentía muy mareada, como si estuviera montada en un caballito del carrusel que fuera girando cada vez con mayor velocidad, se figuró que había un deje de risa en su voz, una risa consoladora que la animaba y mantenía sujeta, como si alguien estuviera sentada detrás de ella en el caballito del carrusel y la abrazara mientras ella seguía girando. Se bebió la infusión fría que tenía un sabor áspero y dulce a la vez y que le dejó en la boca una sensación aterciopelada.

Mientras tragaba apareció una voz admonitoria en tono muy bajo. «Ludwig no aprobará esto», dijo la voz que volvió a perderse inmediatamente en la niebla. El carrusel seguía dando círculos rápidos, y Fanny se recostó y quiso dormir, pero no la dejaban, tenía que apurar el contenido del cuenco, solo entonces le permitirían echarse a dormir. «Nadie sabe quién soy –pensó, y cerró, exhausta, los ojos–, nadie. A veces ni yo misma lo sé.»

Cuando despertó Fanny a la mañana siguiente, estaba como deslumbrada porque el sol brillaba con toda su fuerza, no caía ninguna gota sobre su cara. Permaneció echada y disfrutó del calor que se irradiaba sobre ella a través de la lona, y observó cómo todas las cosas del carro comenzaban a humear con el calor.

Se sentía mejor, muchísimo mejor. Fanny se incorporó, tenía la cabeza mucho más clara, la fiebre parecía haber desaparecido como por arte de magia. A pesar de todo, se seguía sintiendo floja. De pronto recordó la noche pasada. «Otra vez un sueño extraño», pensó.

Miró rápidamente si tenía en la pierna realmente el ungüento, pero solo halló el paño que Ludwig le había colocado el día anterior sobre la herida. Hizo un gesto negativo con la cabeza. John no se atrevería jamás a una cosa así.

Ludwig se subió al carro y le tendió un vaso con agua templada.

–Buenos días, mi amor –la saludó–. Tienes mejor aspecto –constató, y dedicó entonces su atención a la pierna de ella–. Son extrañas estas manchas marrones en la piel. Ojalá no se desarrolle con ellas un trastorno feo de la pigmentación. Sería una lástima para tu bonita piel blanca. –Hizo un gesto negativo con la cabeza y le palpó la frente–. Bueno, la inflamación ha desaparecido, y de fiebre estás mejor también. Y parece que el sol nos va a sonreír hoy. Tenemos que aprovechar esta circunstancia y poner el mayor número de nuestras cosas a secar como nos

sea posible. ¿Te ves con suficientes fuerzas para colgar todo lo que está mojado en los laterales del carro?

Fanny sentía los brazos y las piernas como losas o sacos de harina, pero sí, deseaba hacer algo a toda costa. Asintió, Ludwig la besó en la frente y se puso a dar órdenes a John y a Hendrik para la partida.

Cuando Fanny trató de arrodillarse, le entró un mareo. «Despacito –se conminó a sí misma–, despacito.» Se sujetó al lateral del carro y se levantó. Miró a su alrededor perpleja.

–Pero ¡qué maravilla! –exclamó. Era como si una hechicera hubiera transformado el desierto. Allá hasta donde alcanzaba su vista, la tierra rojiza y arenosa estaba cubierta de un manto verde sobre el cual florecían unos solecitos de color amarillo claro.

Fanny no se hartaba de mirar. Le habría gustado saltar y echarse sobre aquel manto verde y olerlo. Ludwig corrió hacia ella, se subió al carro y se alegró por el entusiasmo de ella.

–Sí, pese a la violencia de la lluvia, esta hace que se pongan de manifiesto los mejores aspectos del África del Sudoeste. Lo que estás viendo son los luceros del alba.

–¡Qué nombre más bonito! Pero de todas maneras sería aún más acertado «luceros del sol» –dijo Fanny con un hilo de voz.

Ludwig serio ahora con sorna.

–Lo has entendido mal, con «lucero del alba» se hace referencia al arma medieval; en inglés, esa planta se llama *devils thorn*, o sea, «espina del diablo», lo cual resulta más acertado.

–Pero ¿por qué? Esa flor parece completamente inofensiva.

–Da unos frutos de forma redonda con pinchos largos que recuerdan de verdad a pequeños luceros del alba. Cuando las ovejas se las comen, y créeme que les gusta comérselas, entonces pueden contraer la *geeldikkop*. Los animales entonces desarrollan una ictericia, y se les hinchan todas las partes claras y sin pelo de su cuerpo. Bueno, te voy a ahorrar los detalles. En cualquiera de los casos tienen una muerte miserable.

Se volvió de nuevo a los hombres, se bajó del carro y dio la señal de partida.

Fanny deseó que no le hubiera contado aquello. No en vano, aquel bello manto de flores se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

«Pero si están floreciendo ahora, no pueden tener esos frutos peligrosos todavía», pensó Fanny, y decidió disfrutar a pesar de todo de aquel panorama que tenía ante los ojos.

Tendió todas las mantas en los laterales del carro, abrió los baúles de la ropa y colgó también las prendas de vestir. Algunas tenían manchas de moho, otras estaban completamente enmohecidas. Tendría que procurarse nuevas prendas en Keetmanshoop.

Al poco rato ya le temblaban las piernas por el esfuerzo realizado, y tuvo que volver a sentarse. Ludwig se acercó hasta ella deprisa y quiso saber cómo se sentía. Le ordenó que bebiera más agua.

–Si la tierra continúa así de firme y no llueve más, podremos llegar a Keetmanshoop esta misma noche.

–¡Gracias a Dios! –se le escapó a Fanny, que ansiaba tomarse un baño y echarse en una cama seca, sin mosquitos. Por enésima vez se preguntó cómo sería su día a día en Keetmanshoop, qué tareas tendría encomendadas allí.

Ludwig no tenía únicamente una consulta, en la que él esperaba que le echara una mano, sino

también una granja agrícola. Su mayor sueño era poseer muchas tierras para dejarles una rica herencia a sus hijos. Solo se había hecho médico porque su padre, un misionero, le había obligado a ello. En realidad, Ludwig debería haberse convertido también en misionero, pero se negó durante todo el tiempo hasta que su padre finalmente cedió y le pagó una formación como médico, con la condición de que Ludwig regresara después y tratara a los indígenas de la misión. Sin embargo, ese no fue jamás el propósito de Ludwig. Nada más tener el diploma de médico en el bolsillo se alistó en el ejército imperial para poder comprar tierras posteriormente en las colonias, a precios muy bajos. Y no regresó a Keetmanshoop sino al cabo de cinco años, cuando sus padres hacía ya algún tiempo que habían fallecido.

¿Cómo habían podido creer Charlotte y ella que, casada con él, dispondría de mucho tiempo para buscar a sus padres? «Ludwig no había contado absolutamente nada en sus cartas acerca de sus planes –pensó Fanny–. Así que no podíamos saberlo.» Ella había supuesto siempre que uno se hace médico por vocación, como ocurre con los misioneros o con las madres superiores. Sin embargo, mientras yacía enferma en el carro se le pasó por la cabeza que Ludwig la rehuía, como si la enfermedad de ella le resultara repugnante, y se preguntó cómo actuaba entonces con enfermos de gravedad, como los leprosos, por ejemplo.

Desde que había desembarcado, ella había ido perdiendo cada vez más de vista su propio objetivo. En Windhuk había estado mucho más ocupada en mantener en pie la fachada y en casarse que con las investigaciones acerca de su pasado. Y cada día sucedían tantas cosas nuevas... Sin embargo, una vez que se hubiera aclimatado y que todo siguiera su curso habitual, encontraría suficiente tiempo. Se pasó la mano por la pulsera. «Lo prometo», susurró sin saber a quién iba dirigida en realidad su promesa.

Cuando hicieron un alto al mediodía y descansaron, vio a John por primera vez aquel día, y la sangre se le agolpó en la cara porque se acordó de los sucesos de la noche pasada. Lo único que la exculpaba era la fiebre, de lo contrario nunca habría tolerado que John le tocara la pierna y la proveyera de medicinas minando de esa manera la autoridad de Ludwig como médico y esposo.

Después de componerse un poco se atrevió a mirar a John a la cara, y le miró directamente a los ojos que estaban dirigidos a ella con un ademán muy reflexivo, como si la hubiera estado observando un buen rato. Avergonzada, se volvió a mirar a Ludwig, pero este estaba ocupado con Hendrik en abreviar al ganado.

Cuando volvió a dirigir la mirada hacia John, este tenía puesta una amplia sonrisa burlona.

–Los blancos se creen siempre que lo saben todo, pero eso es un error. –Fanny volvió a percibir el roce de sus manos en la pierna, y ascendieron por ella los calores del pudor.

–No tenga miedo, no le diré nada de esto a Ludwig porque yo adoro mi trabajo y lo necesito para poder ayudar a mi familia.

«Así que tiene una familia –pensó Fanny–. Por supuesto, ¿por qué no iba a tener familia un hombre como él?» Profirió un suspiro involuntario.

–Ah, y en lo referente a esa planta maravillosa que alegra nuestros ojos con sus soles –dijo John mientras señalaba el manto de hojas verdes con las flores amarillas–, bueno, los blancos tampoco lo saben todo de ella. La *ohongwe* no es nociva de ninguna de las maneras tal como ha afirmado su marido. –Le tendió una flor amarilla que había arrancado él–. Nosotros, los hombres zulúes, la tomamos cuando nuestra lanza ya no quiere empalmarse o no se empalma el tiempo suficiente. Y es un remedio tan bueno que las mujeres zulúes siempre están contentas con sus

maridos. –Serio con carcajadas sonoras y se dispuso a conducir su caballo hasta el abrevadero de los bueyes.

Fanny, que comprendía ahora lo que había querido decir con lo de la lanza, sintió que se le ruborizaban las mejillas. Arrojó la flor al suelo. «¡Qué ocurrencias tiene ese hombre! ¡Cómo puede osar hablarle así a una mujer casada!»

Se quedó mirando fijamente y con algo de rabia las plantas que esa mañana le habían parecido simplemente bonitas. «Luceros del alba, lanza...»

Bueno, seguían siendo bonitas.

Fanny se dio cuenta de que iba cediendo su rabia y en su lugar iba aflorando una sonrisa. ¡Qué pueril por su parte reaccionar así, qué ridículo total! John solo había pretendido devolverle la alegría por las flores. Así pues, aquellos solecitos sí eran útiles. Por unos instantes pensó en contárselo a Ludwig, pero no habría sido una buena idea.

Le temblaban las piernas, se sentía todavía muy débil y se sentó cómodamente en el carro. Tenía la blusa seca por primera vez en varios días, pero los pantalones seguían húmedos, únicamente el jirón cortado de la pernera se agitaba al viento que soplaba fuerte y ponía su granito para secarlo todo.

Cuando regresó Ludwig, se subió con ella al carro y se sentó a su lado. Le inspeccionó una vez más la pierna y le palpó la frente.

–Lo has superado. Espero que no vuelvas a caminar por ahí fuera otra vez descalza.

–Prometido, pero necesito unas botas robustas como las que llevas tú.

–En unas pocas horas estaremos en Keetmanshoop. Allí arreglaremos todas estas cosas. Y lo habrás conseguido. –Esbozó una sonrisa tan amplia que las puntas del bigote casi le llegaban a los ojos–. ¡Entonces estaremos por fin en casa!

Sin embargo, se puso a llover de nuevo y no llegaron a Keetmanshoop hasta la mañana siguiente. Cuando Fanny estuvo ante su nuevo hogar no supo qué decir, aunque era, con diferencia, la casa más grande y lujosa del lugar. Pero justamente era este detalle el que le pareció extraño, que no encajaba. Keetmanshoop era poco más que una acumulación de algunas casas de piedra y de chabolas que producía un efecto muy ridículo ya que en las afueras se encontraba el campamento de los indígenas, que era diez veces más grande que la pequeña urbanización de los blancos.

Ludwig, que se apercibió de la perplejidad de ella, la tomó en brazos con un gesto travieso desacostumbrado, la condujo por la senda que llevaba a la escalera de la veranda y la bajó de nuevo en la veranda cubierta con arcos de medio punto de madera.

–Bienvenida a casa, mi amor. –La besó con tanta pasión en la boca que el bigote rascó las mejillas de Fanny.

A continuación, dio varias palmadas, e inmediatamente aparecieron tres criados.

–Fanny, esta es tu servidumbre. –Se rio con ganas cuando percibió la sorpresa de ella–. Esta pequeña de la izquierda, negra como el azabache y con trenzas, es Grace, es tuya del todo. –La mencionada intentó hacer una reverencia y tenía una pinta tan conmovedoramente infantil que Fanny tuvo que contenerse para no precipitarse sobre ella y abrazarla. Buscó la mirada de Grace para dedicarle una sonrisa, pero la chica mantuvo la cabeza gacha.

Ludwig señaló con el dedo extendido a la mujer del medio.

–Esta gorda de pelo cobrizo con el pañuelo en la cabeza, es Martha. Te echará una mano en la cocina. No vayas a creer que está así de gorda por sus artes culinarias, por desgracia muy mediocres, no, no es por eso. Las mujeres himba se ponen todas así cuando tienen suficiente comida. –Se rio con fuerza, y Fanny se avergonzó. Quiso enmendar la tosca falta de tacto de su marido, pero también Martha tenía la vista clavada en el suelo. Trazó una reverencia con desgana que expresaba más desprecio que si la hubiera realizado por completo.

–Y este hombre es Zacharias, pero todos lo llamamos simplemente Zach. No solo es el jardinero, sino nuestro hombre para todo.

Zach inclinó la cabeza con sumisión. Igual que Grace, Zach le pareció también una persona demasiado tierna para realizar trabajos duros. Estaba segura de que trabajando la tierra se caería muerto.

Ludwig la miró expectante.

–Sí, bueno –Fanny carraspeó dos veces–, entonces espero una buena colaboración. –Le pareció extraño tener de pronto criados. Y además, tres indígenas con diferencias manifiestas entre ellos. ¿De dónde había sacado Ludwig a esa gente y cómo era que los tres sabían hablar alemán?

Volvió a dar otra palmada.

–¡Traednos una infusión!

Los tres desaparecieron en la casa sin hacer ningún ruido. Ludwig se sentó en una de las sillas

blancas de mimbre que estaban en la veranda, y dio un golpe con una mano a la que estaba vacía a su lado.

–Charlotte, ven aquí conmigo. Estoy tan feliz de que por fin estés aquí, esos tres necesitan urgentemente algún retoque. Y disciplina. Es inconcebible, pero estos negros, da igual de la tribu que sean, no tienen ni pajolera idea de lo que es la disciplina.

Volvió a dar un golpe a la silla vacía que tenía al lado.

–¡Vamos, siéntate de una vez! ¿Dónde está esa infusión? –exclamó en dirección a la casa, y movió la cabeza con gesto de desaprobación–. Ahí tienes la prueba de lo que digo. Aquí tiene que haber disciplina y orden. Probablemente ninguno de ellos se siente aludido para la tarea, o están realizando un conjuro al fuego o están esperando que sus antepasados les permitan poner el agua a cocer. Es terrible. Este país de aquí es tan maravilloso, pero ¡estos negros lo estropean todo!

Grace vino con una bandeja grande de madera sobre la que había una jarra y dos tazas. La depositó con tan poca suavidad sobre la mesa que tintineó todo. A continuación, sirvió la infusión con manos temblorosas.

–Ya ves–dijo Ludwig–. ¡Ni pizca de disciplina! –Ahuyentó a Grace con un movimiento impaciente de la mano.

–Quizá no hayan necesitado nunca algo como la disciplina las gentes de aquí –se le escapó a Fanny. Se sentó y le puso la mano sobre el brazo–. Quizás eran muy felices sin todo eso que es importante para ti. En todo caso, hasta que los blancos les quitaron sus tierras.

Ludwig se la quedó mirando con gesto de sorpresa y luego estalló en sonoras carcajadas.

–Eso está bien, está realmente bien, Charlotte. Tienes razón, y precisamente por eso siguen viviendo aquí como los bárbaros. Ya va siendo hora de que les hagamos conocer los logros superiores de nuestra cultura. Pues estamos de acuerdo en que solo la disciplina crea cultura, ¿verdad? ¡Imagínate nuestro ejército imperial lleno de negros que antes de cada disparo consulten a sus antepasados!

Se partió de la risa. Fanny observó a su marido. Se preguntó si sus criados podían oírlo o si entendían lo que Ludwig decía. Él le tendió una de las tazas que ella bebió de un trago.

–Esto tiene muy buen sabor, ¿qué es?

Ludwig tomó un sorbo.

–Ni idea, tendremos que preguntárselo a Martha.

–¿De dónde son nuestros criados? –preguntó Fanny.

–Me he procurado solamente los mejores para ti. Y no fue tarea fácil porque quería aquellos que entendían el alemán. –La miró a los ojos y le guiñó un ojo con gesto de complicidad–. La mayoría de las mujeres de aquí, del África del Sudoeste Alemana, besarían en los pies a sus maridos por una cosa así. Los tres son antiguos esclavos por quienes la condesa Maria Theresia Ledóchowska pagó su rescate para las misiones católicas, y allí fue donde me los dieron a cambio de un donativo a la misión. ¡Un donativo cuantioso!

Fanny sintió un estremecimiento.

–¿Los tres eran esclavos? –Grace y Zach le habían parecido muy jóvenes–. ¿Cómo es posible eso? La esclavitud está abolida desde hace mucho tiempo, ¿no?

–Sobre el papel, mi amor, sobre el papel. Aquí en África todo dura su tiempo –dijo Ludwig retorciéndose el bigote–. Me los procuré a través de una persona de contacto. Primero pensé que

te gustaría que yo liberara a algunas personas como regalo de bodas. Y, segundo, quienes han sido esclavos son mejores trabajadores que los indígenas que siempre han sido personas libres, pues saben apreciar mucho más el hecho de tener a un patrón tan generoso como yo.

–¿Y qué tiene que ver la condesa en la historia?

–Esta condesa austríaca lucha contra el comercio de esclavos que sigue existiendo en toda África. –La cara de Ludwig se desfiguró en una mueca burlona–. Probablemente derramó lágrimas en la lectura de *La cabaña del tío Tom*.

Fanny se sintió pillada. Ella y Charlotte habían leído el libro en el viaje hacia África y habían llorado en algunos pasajes especialmente crueles. Como es natural, las dos estaban de acuerdo en que nadie debe construir su riqueza sobre las espaldas de los esclavos. Ludwig seguía hablando, pero ella había perdido el hilo.

–... sea como sea, rescata esclavos comprándolos para la misión. Allí se les educa, se les bautiza, aprenden alemán y se convierten en verdaderos cristianos. Y en realidad se les encomienda que evangelicen a otros negros o que traduzcan la Biblia a las lenguas cafres, pero muchos no son apropiados para tales tareas y entran en el servicio doméstico como criados. La mayoría de ellos no puede regresar con sus familias porque solo Dios sabe en qué lugar del mundo están.

«¡Qué horrible!», pensó Fanny, a ella le había dolido mucho siempre no saber quiénes eran sus padres.

–Grace, Zach y Martha, ¿son de diferentes tribus?

Ludwig asintió.

–Es mejor así, porque si metes en tu casa a la chusma de una misma tribu, entonces se alían contra ti, se toman sus días libres para sus rituales tribales, y nadie te obedece en realidad. Es mejor que se espíen los unos a los otros y que tengan celos entre ellos.

Fanny se quedó horrorizada con las palabras de Ludwig.

–Pero ¿cómo puede reinar así la paz en nuestra casa? –profirió ella.

Ludwig se inclinó hacia ella y la abrazó.

–Eso, amor mío, es cosa tuya. Estoy seguro de que serás una ama de casa ejemplar y que los meterás a todos estupendamente en cintura con tu voz de mando. Y ahora te propongo que nos tomemos por fin un baño y que nos concedamos después un banquete.

Él la miró con gesto ilusionado, y Fanny presintió lo que quería decir él en realidad con sus palabras. Esperaba que ella adoptara el rol de ama de casa. Así que llamó a Zach y le encargó que preparara un fuego y que calentara agua.

–Primero tengo que familiarizarme con la casa –dijo ella–. Báñate tú primero.

Ludwig asintió con la cabeza.

–Ven, te haré de guía mientras se calienta el agua.

Primero le mostró la cocina con los fogones y una chimenea que al parecer tenía muy buen tiro como constató Fanny con alegría. Sintió asco al ver a Martha alimentar el fuego de la cocina con boñigas secas.

–Producen un olor extraño, pero no es malo –tuvo que reconocer sin embargo. –Y es el mejor combustible y el más barato en estos parajes –explicó Ludwig–. Sería una estupidez no utilizarlo.

En el tiro bamboleaban algunas sartenes de hierro, limpias como una patena, y unas ollas de cobre. Además había un fregadero amplio con azulejos holandeses de color azul y blanco en los que Fanny pudo reconocer molinos de viento y barcos, y dos armarios cuyas puertas superiores estaban provistas de finas rejillas como protección contra los mosquitos. Ludwig la condujo a la despensa, de la que estaba muy orgulloso, como si la hubiera construido él mismo. Los estantes vacíos parecían mirar a Fanny con una mirada acusadora. Estaba claro que allí le esperaba a ella mucho trabajo.

La despensa estaba construida detrás de la cocina y el aire allí era sorprendentemente fresco porque se habían practicado unos huecos en el muro que podían rellenarse con agua. El viento evaporaba el agua, y la despensa permanecía de esta manera bien fresca.

La condujo de vuelta a la cocina desde la cual se llegaba al salón, una mezcla de sala de estar y de comedor. Todas las paredes estaban encaladas de blanco, del techo colgaba una imponente lámpara de araña cuyos cristales estaban cubiertos de polvo. En el centro había una mesa ovalada de madera oscura, rodeada de diez sillas robustas y de respaldo alto tapizadas de verde. A un lado había un amplio sofá verde y un sillón orejero de piel, de color castaño.

–Fíjate en el suelo. Está hecho con cemento portland, que es extraordinario porque las termitas no pueden dañarlo. Le compré la casa a Pete Random, un inglés-alemán, que no ahorró en nada en su construcción. –Este hecho parecía gustarle mucho.

–¿Y por qué vendió ese hombre su bonita casa?

–Ehrenfels fue el mediador porque estuvo aquí de juez y deseaba ayudar a la gente. La casa llevaba tiempo vacía. Se la compré a buen precio a sus herederos. A ese Random... –titubeó Ludwig– lo asesinaron.

–¿Lo asesinaron? ¿Por qué? ¿Quién lo hizo? –Fanny no pudo menos que pensar en el juez y en lo que le dijo, que había conocido a su Luise durante el caso de un homicidio en Keetmanshoop. «Pete Random, ¿fue el muerto por aquel entonces o se daban muchos casos de asesinato en el lugar?»

–El asesinato de Random no fue aclarado nunca –se apresuró a decir Ludwig, y era evidente que deseaba cambiar de tema. Entró con rapidez en el siguiente cuarto–. Este es nuestro dormitorio. Señaló con el dedo la amplia cama de madera con una cabecera profusamente decorada con tallas de ángeles y de flores. Sobre un armazón de hierro que estaba montado alrededor del lecho, colgaba una imponente mosquitera. Además, en el centro había un armario grande, de tres puertas y con espejo, y dos cómodas amplias con tres cajones cada una. Fanny trató de no pensar más en el asesinato porque percibió que Ludwig esperaba que ella se entusiasmara con su nueva casa.

En el rincón derecho había un palanganero de mármol con una jofaina grande adornada con rosas y una jarra a juego, de porcelana.

–¡Qué bonito y qué lujoso! –se esforzó Fanny por elogiar–. ¿Y todo esto se ha traído hasta aquí en carros de bueyes? –preguntó. Ludwig asintió satisfecho.

Volvió a conducirla a la cocina.

–Por aquí se accede a mi consulta. Desde la cocina tomó hacia la derecha, en donde se encontraba una pequeña antesala con dos sillas y una mesita secreter plegable. Desde allí se accedía a la consulta de Ludwig a través de una puerta ancha.

Fanny se detuvo en la puerta con timidez. Nunca había estado en la consulta de un médico, pues

en el convento no llamaban a ningún doctor, sino que trataban todas las enfermedades con hierbas medicinales.

Aquella estancia sobria estaba dominada por un imponente escritorio. En un rincón había un espantoso esqueleto; a su lado y pegada a la pared había una camilla de madera y un armario cerradizo con ventanas de cristal, detrás de las cuales podía verse todo tipo de herramientas, sierras, embudos, martillos. A Fanny le recordaron las herramientas que habían tenido en la ebanistería del convento, solo que las de aquí eran algo más finas. En el armario había también vendas de gasa, dispensadores de algodón y desinfectantes. Al lado de la camilla se hallaba una lámpara muy alta que Fanny no había visto antes en ningún sitio. Encima de la camilla yacía un gran maletín de piel. Maletines como ese se los había visto a las comadronas de Reutberg, que en ocasiones compraban en el convento hierbas para sus medicinas.

–¿No es triste que tus padres no puedan ver todo esto? –preguntó Fanny.

Ludwig se puso rojo, lo cual le proporcionó un desacostumbrado aspecto de timidez que conmovió a Fanny. Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No, se mostrarían decepcionados conmigo. Siempre estaban decepcionados. Querían que yo fuera misionero. Todo lo demás no tenía ningún valor según su manera de ver las cosas. Como mucho, si yo hubiera ido a la selva en calidad de médico de la misión, entonces sí habría significado yo algo para ellos. Pero esto de aquí, no, para nada –dijo haciendo un gesto despreciativo con la mano–. Tuve un hermano mayor. Se llamaba Franz-Theodor. Era muy listo, devoto a más no poder y ya con cinco años se sabía la Biblia de memoria. Al mismo tiempo era una persona afable y de gran corazón, era incapaz de matar una mosca, en resumidas cuentas, era un santo de verdad. Cuando murió con nueve años por la tosferina, fue un trago muy amargo para mis padres, y ninguno de sus otros hijos le llegábamos a la suela del zapato al hermano difunto. – Ludwig se encogió de hombros como si quisiera quitarse ese pensamiento de encima. Fanny sintió el deseo de consolarlo. Le alegró que se hubiera vuelto tan locuaz de repente. Ni en el viaje de Swakop a Windhuk, ni en el camino hasta aquí había mencionado que hubiera tenido un hermano mayor.

Posó una mano en el brazo de él, pero él se la sacudió como si quisiera despachar, sin mayores contratiempos ni distracciones, la historia que tenía que contar.

–La medicina fue siempre para mí un medio para una meta. No significa nada para mí tratar de curar cuerpos enfermos, yo los encuentro repugnantes.

Fanny se quedó sorprendida de que él mismo pronunciara aquello que ella había intuido con vaguedad. Iba a preguntarle por qué seguía trabajando entonces como médico, pero él continuó hablando con rapidez, como si se hubiera quebrado un dique de contención.

–La posesión de tierras es lo único que cuenta y que es duradero. Eso no puede quitártelo nadie, y cuantas más tierras poseas, tanto mejor. Las tierras te hacen independiente de todo el mundo.

Zach asomó de pronto la cabeza por la puerta y anunció que estaba ya listo el baño para el doctor. Mientras Ludwig seguía al criado, Fanny se quedó en la consulta. Se sentó detrás del escritorio y dejó vagar la vista por el cuarto. Apenas se hubo sentado, se dio cuenta de lo cansada y exhausta que estaba. Le habría gustado poner los pies encima del escritorio, pero los tenía demasiado sucios. Ya era hora de tomarse un buen baño. Se recostó en la silla de piel y se percató de la anchura considerable del escritorio, como si Ludwig quisiera crear una barrera entre él y los

pacientes. Bostezó, se frotó los ojos y reposó finalmente la cabeza sobre el escritorio. «Solo un minuto, nada más que un minuto...»

Un sonido la despertó. Fanny se había quedado dormida profundamente y no habría podido decir cuánto tiempo. Tenía delante a Grace, que la estaba contemplando.

–Su baño ya está listo –dijo. Fanny se levantó y la siguió. «¡Qué imagen he debido de dar de poca disciplina!» Le habría gustado hacerle unas preguntas a Grace, pero para ello tenía mucho tiempo por delante.

La bañera estaba en la cocina. La estaban llenando en ese momento de agua fría. A Ludwig no se le podía ver por ninguna parte. En el agua nadaban algunas hojas verdes que despedían un aroma a limón. Martha colocó una pila de toallas sobre una silla junto a la bañera y un pedazo de jabón.

–¿Nos necesita para algo más? –preguntó sin levantar la vista.

Fanny dijo que no y se desnudó. Con una gran satisfacción arrojó al suelo sus prendas malolientes y desgastadas llenas de manchas de moho por la humedad continua. Bastaban diez días sin lavarse para apestar como una cerda. «Las tiraré todas –decidió–. No hay nadie que pueda limpiarlas del todo tal como están.» Agarró el jabón, que olía a lavanda, y se metió en la bañera. Fue algo increíble, magnífico.

Se frotó todo el cuerpo en aquella agua perfumada, la roció sobre sus cabellos maltratados, se enjabonó por completo y se sumergió para aclararse. Se recostó, dejó los brazos colgando por fuera del borde de la bañera y volvió a quedarse dormida. Un sonido brusco la sobresaltó. Enseguida supo de qué se trataba. Su pulsera de abalorios, que nunca se había quitado de encima, había resbalado por su brazo enflaquecido y se había caído al suelo.

Justo cuando se disponía a salir de la bañera para recogerla, llegó Grace con más agua caliente y empujó la pulsera con el pie. Grace la levantó del suelo, la examinó contra la luz y se la llevó al pecho. Entonces se dio cuenta de que Fanny la estaba mirando.

–¡Dame ahora mismo mis abalorios! –le ordenó Fanny con mayor intensidad de la que habría sido necesaria. Casi como si Grace hubiera querido robárselas.

Grace se la tendió de inmediato y se fue corriendo del cuarto. Fanny estaba segura de haber visto lágrimas en los ojos de Grace, y se avergonzó de haber reaccionado con tanta aspereza.

De pronto, a Fanny le resultó imposible seguir disfrutando del agua caliente. Tenía que pedirle disculpas a Grace sin falta, la chica solo había mostrado su curiosidad. Fanny suspiró, luego cerró los ojos, y vio al instante ante ella el rostro de John cuando, con aquella sonrisa pícaro, le confesó las cualidades de los luceros del alba para la lanza del hombre.

Se incorporó de golpe. Debía poner fin a aquello. Volvió a recostarse y pensó en Charlotte. ¡Con qué gusto habría hablado con ella sobre Ludwig y John! «Charlotte –dijo con un suspiro–. ¡Ay, Charlotte!» De repente se le ocurrió una idea, fue casi como si Charlotte se la hubiera susurrado al oído. Se propuso ir esa noche a buscar las cartas de Ludwig, pero le rogaría a él que se las leyera en voz alta. «Creo que eso nos hará bien a los dos –pensó Fanny–. Quizás así pueda intimar conmigo por fin tal como insinúa en sus cartas.» Salió de la bañera con un impulso renovado y evitó reflexionar por qué quería volver a leer las cartas con tanta urgencia.

Envuelta en una sábana seca y limpia se sentía como recién nacida, dispuesta a emprender cualquier tarea, la que fuera. Se puso una camisa vieja de Ludwig y se hizo una falda con un paño de colores porque todas las prendas de su baúl seguían estando húmedas y olían

desagradablemente.

Llamó a Martha para preguntarle quién iba a hacer la gran colada. Ya no le sorprendió oír que en realidad nadie se ocupaba de eso y que la ropa la pasaban por agua de tanto en tanto sin mayores miramientos. En el paseo que dio a continuación por la casa y los edificios anexos constató que tenían allí una tabla de lavar y bidones, y también pinzas y cuerdas para tender la ropa, si bien no parecían haber tenido ningún uso todavía y estaban almacenadas entre telarañas en un edificio colindante.

En su paseo de inspección descubrió también un establo grande, junto al cual se encontraba un anexo construido con ladrillos. Al pasar por allá, John la saludó con la mano desde una de las dos ventanitas. Ella le devolvió el saludo y continuó su camino con una extraña alegría. «¿Viviría allí?», se preguntó.

Tras inspeccionar la despensa y el cobertizo del jardín regresó finalmente al porche y ya no se sentía tan extraña en esa casa grande como le había ocurrido hacía tan solo unas pocas horas.

Ya a primera hora de la mañana siguiente y de una manera completamente inesperada para Fanny, apareció la primera visita justo al mismo tiempo que comenzó a caer un intenso chaparrón. No habían desayunado siquiera.

–Ludwig, ¿quién puede ser a estas horas? ¡Di a esa gente que se vaya! ¿O son pacientes tuyos?

–No puedo hacer eso. Tendrás que acostumbrarte a las visitas. Por aquí ocurren muy pocas cosas, y hay escasos periódicos, así que la gente está ansiosa de novedades. Y todos están pendientes de mi mujercita alemana proveniente de la nobleza. Estoy seguro de que es mi amigo Hermann. Y es que apostó a que mi Charlotte sería una mujer tan fea que no me quedaría más remedio que mandarla de vuelta con el siguiente barco. –Ludwig besó a Fanny en la boca y se puso los pantalones–. Pero, por favor, no salgas con aquella pinta horrible de ropa de ayer después del baño. Quiero ufanarme contigo.

–Todas mis cosas están húmedas y sucias. No voy a salir desnuda...

Pero Ludwig ya estaba de camino para abrir la puerta, y no le quedó otro remedio que preguntar a Martha y a Grace si le podían prestar un vestido. Martha se limitó a gruñir y a preguntarle si se creía que ella poseía un armario lleno de ropa como una señora blanca. Y se marchó a continuación. Grace le prestó a Fanny su vestido de los domingos. Era de tejido de algodón de color gris oscuro, muy sencillo y cerrado hasta el cuello, no realizaba ni la cintura ni el escote, y tenía las mangas rectas. Era más bien un mono de trabajo y a Ludwig tampoco le gustaría, Fanny estaba segura de tal cosa. Ese Hermann se pensaría que no tenía figura, y se frotaría las manos. «Me pondré por encima uno de los delantales de encaje blanco de Charlotte de tal manera que realce mi figura», pensó, y al mismo tiempo no pudo reprimir una risa burlona de satisfacción. Quería gustar a un hombre desconocido únicamente para que Ludwig pudiera estar orgulloso de ella. Se sujetó el pelo de modo que destacara su bello perfil, se pellizcó en las mejillas para que se colorearan un poco, y se roció auténtica agua de Colonia que había encontrado en el baúl de Charlotte. Por desgracia no le quedó más remedio que calzar unos zapatos húmedos, pero se resignó a ese mal menor.

Ya de lejos olió el aroma denso de los puros habanos. Oyó carcajadas y se alegró de que su marido estuviera de buen humor.

Ludwig los presentó, y Fanny se esforzó por agradar a Hermann. Sin embargo, no lo consiguió. Él tenía una mirada penetrante y unas pupilas diminutas que lo perforaban a uno como alfileres, con una boca carnosa que a Fanny le recordó una membrana mucosa escocida. Era gruesa, abultada y brillante por debajo de una barba perfectamente retorcida al estilo emperador Guillermo. Fanny percibió su mirada despectiva sobre su cuerpo con una intensidad tal que deseó haberse dejado el vestido de los domingos de Grace tal como era sin ponerse nada más encima. Sus abalorios se calentaron y vibraron como si quisieran alertar a Fanny.

–Me alegro de conocer por fin a la Charlotte de Ludwig. ¡Aunque eso signifique que acabo de perder mi apuesta! Ludwig, has elegido bien. ¡Por lo que veo tu novia tiene generosas formas y todas en su sitio! –dijo Hermann formando un círculo con los dedos pulgar e índice y desplegando

los demás dedos como si ella fuera una yegua de crianza de primera clase para cuya compra acabara de dar su beneplácito. Al mismo tiempo sonreía a Ludwig mostrándole todos los dientes y le guiñaba el ojo como si tuviera una enfermedad ocular.

«¡Qué repugnante! –pensó Fanny–, ese hombre está obsesionado consigo mismo, se las da de importante. ¿Qué habrá encontrado Ludwig en él?»

Hermann volvió a dirigirse a ella y le sonrió con malicia.

–Por motivos que se me escapan pensé que usted era mucho más alta y de una generosa esbeltez, y que sus ojos eran más claros.

Fanny empezó a sudar. Él estaba describiendo a Charlotte. ¿Por qué lo había dicho, había en sus palabras algún significado oculto? Sin embargo, él siguió hablando.

–Espero que haya tenido usted un buen viaje. Antes de que Fanny pudiera responder, se inmiscuyó Ludwig.

–Charlotte, te presento a Hermann Joseph Sichel, ya en 1886 abrió con Mertens una empresa mercantil en Walvis Bay y trata continuamente de ampliarla. Y ahora, por favor, dejad los dos el «Usted». Nosotros, los alemanes de por aquí abajo, somos todos hermanos. Así que, Charlotte, este es Hermann. Hermann, esta es Charlotte. Y ahora daos la mano –dijo Ludwig, y dio una calada a su puro con evidentes signos de placer, como si acabara de consumir una buena obra.

Fanny le tendió a Hermann la mano, sobre la cual él estampó un beso húmedo. Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de secarse la mano con el delantal.

–Me alegra mucho conocer a un amigo tan importante de mi marido –dijo Fanny buscando qué más podría decir. Hermann la miró penetrantemente.

–Yo también me alegro, si bien tengo que repetir que me había imaginado a la novia de Ludwig más alta y metida en carnes. Esto es, ¡más alemana! Pero eso seguramente se debe a que tu caro hermano me contó muchas cosas acerca de ti.

–¿Conoció usted a mi hermano? –Fanny sintió que se le reblandecían las rodillas–. ¿Cómo es eso? –Una historia muy larga... –dijo Hermann en tono enigmático.

–¿Qué tal un desayuno? –preguntó Ludwig, que no parecía haberse apercibido en absoluto de la tensión entre los dos. Fanny aprovechó la ocasión para darse a la fuga. Se dio la vuelta para dirigirse a la cocina.

–Ayer no vi demasiadas cosas en la despensa, pero veré qué puedo hacer.

A continuación, se fue a toda prisa hacia la cocina, en donde Martha y Grace estaban sentadas y adormiladas tomando una infusión, cosa que volvió a tranquilizar a Fanny. «Ese Hermann no sabe absolutamente nada, habría afirmado también que conoce en persona al emperador de la China si eso pudiera serle de alguna utilidad. No, solo quiere dárselas de importante y no es más que un fanfarrón y un charlatán. ¡Y si de verdad sabe cómo era Charlotte, entonces no se habría apostado jamás con Ludwig que Charlotte fuera fea!» Pidió ayuda a Grace y a Martha, pero las dos parecían no entenderla. Así que Fanny se puso a husmear sola en la despensa, encontró harina y leche condensada, pero nada de pan, ni queso, ni salchichas. «¡Huevos!», pensó, debía de haber huevos por fuerza con la cantidad de gallinas que vio el día anterior en el corral. Con ellos podría hacer una tortilla. Pidió a Grace que le fuera a buscar huevos al gallinero, y esta desapareció de allí. Entonces se dirigió a los fogones y reconoció que no estaba en disposición de hacerlos funcionar ella sola. Por ello rogó a Martha que le mostrara cómo funcionaban. Profiriendo un

suspiro, Martha se puso manos a la obra. Como combustible volvió a utilizar las boñigas secas de vaca, y Fanny se quedó impresionada de la rapidez con la que había logrado hacer un fuego chisporroteante.

«¿Café? ¿Había café? –Preguntó a Martha, que se limitó a encogerse de hombros–. Vale, entonces habrá té con tortilla.» Nadie podía quejarse porque acababan de llegar de Windhuk.

Preparó la harina, el aceite, y se procuró una pesada sartén de hierro. Preparó té. «¿Dónde estará Grace?» Fanny estaba tan nerviosa que fue a mirar ella misma. Fuera se encontró a Grace en el establo de los corderitos sumida en una conversación con Zach. Se había olvidado por completo de ir a por los huevos.

Fanny se metió en el gallinero, cuyo hedor le puso de manifiesto la necesidad de una limpieza urgente. Mañana, eso lo haría mañana. Buscó huevos y encontró seis. Cuando regresó corriendo, Grace y Zach habían desaparecido.

En la cocina se había extinguido el fuego entretanto, y Martha estaba bebiendo un té. Fanny iba a gritarle enfadada cuando no tuvo más remedio entonces que esbozar una amplia sonrisa. ¿Para qué tanta prisa? No quería volver tan rápidamente con ese Hermann. Así que le pidió a Martha que atizara el fuego, y luego la envió con una bandeja llena de platos y tazas afuera, al porche.

De aquella tortilla grande ascendía un agradable aroma, y cuando sirvió a los dos caballeros, ella se sintió orgullosa de haber preparado una comida en tan poco tiempo, en una casa desconocida y con tan escasos víveres.

–Bueno, en breve te volverás un enclenque si desayunas así todos los días –metió baza Hermann, que se había puesto tres cuartas partes de la tortilla en su plato.

Fanny, indignada, iba a llamarle la atención, pero Ludwig se le adelantó.

–Charlotte acaba de llegar, y seguramente está acostumbrada a otros sirvientes. Primero tiene que familiarizarse con todo esto.

Estoy seguro de que si vienes dentro de algunas semanas, me encontrarás orondo como un barril de mantequilla. –Ludwig sonrió a Fanny, y ella tomó nota de este gesto con alegría.

–Pero esa sería también una mala señal. –Al parecer, Hermann no podía dejar de dar sus puyazos, pero dando una palmadita en el hombro a Ludwig, como si quisiera quitarle veneno a sus palabras–. Pues como todos los hombres sabemos, ¡un buen gallo no engorda! Y quien se emparienta con una familia así...

Fanny necesitó unos instantes para entender lo que Hermann quería decir con aquello, y notó cómo se le agolpaba la sangre en las mejillas. Dirigió a Ludwig una mirada de inseguridad y se levantó de su asiento.

–Me vais a disculpar –murmuró, y se marchó a la cocina.

Los dos se rieron conjuntamente. «Tengo que dejar de ser tan ñoña –pensó Fanny–, pero no puedo sacudirme de encima todo ese largo tiempo en el convento.» Tampoco Charlotte, cuya familia se había arruinado por culpa del escándalo ese, habría reaccionado de una manera muy diferente.

Hermann sabía algo, sí, Fanny estaba ahora convencida. Estaría ojo avizor con él. Tenía que averiguar cómo Ludwig y Hermann se habían hecho amigos.

Ludwig la llamó y pidió jerez. A Fanny le pareció que las diez de la mañana era una hora muy temprana para beber un jerez, pero se puso a buscar y finalmente encontró en el armario con

rejilla una calabaza pringosa en la que había escasos restos de vino. Limpió el recipiente y lo llevó afuera.

–Haznos compañía, a Hermann le gustaría mucho saber cosas sobre tu familia. –Ludwig vertió el resto de jerez en una copa y se la tendió a Hermann.

Fanny se había preparado en Windhuk para ese tipo de preguntas, y pensó que en Keetmanshoop se libraría de ellas; sin embargo, se daba cuenta ahora de que ese Hermann no iba a darle tregua.

Por ello intentó recordar las anécdotas que se había inventado para su boda, pero estas no querían pasársele por la cabeza.

–¿Qué quiere saber exactamente? –preguntó ella.

–¡Charlotte, dijimos que no íbamos a tratarnos de usted!

–Todo, simplemente todo –dijo Hermann, que se había tomado el jerez como si fuera agua.

–Como quizá sepa usted, he estado apartada de los actos sociales debido al asunto de mi hermano.

Hermann le dio una palmadita comprensiva en el brazo.

–Eso tuvo que ser muy desagradable para una chica tan joven y bonita como tú. ¿Qué es lo que ocurrió exactamente?

Fanny dirigió la vista a Ludwig.

–No deseo hablar de tal cosa, de verdad, ¡ese no es un tema de conversación para una mujer decente! Lo siento mucho, pero tengo infinidad de cosas por hacer. –Se levantó, y Hermann hizo lo propio.

–Charlotte, no era mi intención ofenderte –fingió él, y buscó la mirada de ella.

Ella lo eludió.

–Todo está bien, caballeros –dijo, y huyó definitivamente hacia la cocina. Allí se sentó en una silla y pidió a Martha un té.

El corazón le iba a toda velocidad. Hermann le infundía miedo, y ella iba a hacer todo lo posible para no toparse con él. Esperaba que se decidiera pronto a viajar de nuevo a Walvis Bay.

Pero él seguía allí incluso después de que hubiera dejado de llover y de que el sol lo hubiera secado todo, seguía allí y seguía, y Fanny vio con claridad que tendría que preparar una comida para el mediodía y no tenía ni idea de cómo podría llevar a cabo esa tarea. Estaba en la despensa vacía pensando.

De pronto oyó el trote de un caballo y el traqueteo de un carruaje ligero. Corrió a la puerta de la casa esperando que no fueran más visitas.

Su deseo no se cumplió. Un hombre con la túnica talar de clérigo evangélico y una mujer joven venían caminando lentamente por la senda en dirección a la casa. «Ludwig podría haberme preparado mejor para esta situación», pensó Fanny. Saludó al hombre con un movimiento de la cabeza y le tendió la mano a la mujer joven. De lejos había pensado Fanny que los dos se movían tan lentamente por que el hombre era mayor, pero al estar más cerca vio que la mujer joven tenía un pie deforme que tenía que mover arrastrándolo.

–¿Me permite la presentación? –dijo el hombre con una voz de agradable sonoridad, que estaba sin duda entrenada para mantener despierta a toda una parroquia–. Soy Gustav Schindler, y

esta es mi hija Daphne Maria Amalia.

Daphne asintió y se quedó mirando de arriba abajo a Fanny.

–Hemos traído unas cositas para comer –dijo ella, y señaló a Zach y a Martha, que estaban descargando cestos enteros de comida del carruaje.

–¡Magnífico! –se le escapó a Fanny. Y al ver las miradas de sorpresa, añadió–: Pero no era necesario que se tomaran esa molestia...

–Mi hija ha traído solamente algunos pepinos en vinagre, pan y *polony*, además de un pastel de calabaza.

–¡Padre! –dijo entre dientes su hija, que se había puesto roja al hacer su padre el recuento.

Gustav Schindler siguió hablando imperturbable.

–Pensó que usted acababa de llegar de Berlín y estaba segura de que no había tenido tiempo todavía de familiarizarse con los asuntos de por aquí.

–Es una costumbre en estas tierras –añadió Daphne concisa, siguió examinando a Fanny y presionó los labios formando una raya de desaprobación con ellos.

–¡Me parece una costumbre maravillosa! No tengo palabras para decirles lo agradecida que les estoy –dijo Fanny ofreciéndoles pasar a la casa.

Aquella era una sorpresa agradable, primero tenía resuelta la cuestión de la comida, y segundo, Hermann dejaba de ser el único invitado. Los condujo a la sala de estar y los anunció a Ludwig, luego se precipitó en la cocina para echar un vistazo a los regalos y encargar que prepararan té para los dos. De los dos cestos emanaba el aroma a pan recién hecho y a salchicha ahumada. El azúcar caramelizado sobre la bandeja con el pastel de calabaza tenía un brillo seductor.

Cuando regresó con la bandeja del té a la sala de estar, había una extraña tensión en el aire, a la que no supo encontrar motivo. Ludwig no parecía realmente muy contento con la visita de los dos.

–Gustav Schindler fue un colega de mi padre –estaba explicándole a Hermann en ese momento. Fanny tendió a Daphne una taza de té y la contempló con más detalle. «¡Qué bueno sería tener una amiga aquí. Somos aproximadamente de la misma edad», pensó, y dirigió una sonrisa a Daphne. Sin embargo, Daphne esquivó su mirada, dio un sorbo a su taza, suspiró y arrugó la nariz como una gatita que lame leche en mal estado. Una cabellera cobriza y ondulada rodeaba su delicado rostro. Si no hubiera sido por aquellas macizas botas negras, Fanny se habría sentido a su lado como una valquiria. Daphne dejó la taza en el platillo y preguntó a Fanny cómo había transcurrido el viaje. Sus ojos se encontraron, y Fanny no pudo extraer ninguna conclusión fehaciente de aquella mirada. Podía tratarse de una antipatía manifiesta o incluso de odio y curiosidad. Como Fanny se dio cuenta de que Daphne no deseaba saber cómo había sido su viaje, contraatacó preguntando qué era eso de *polony*.

Su pregunta coincidió con un momento de silencio, y entonces todos miraron a Daphne, quien con toda claridad disfrutaba del hecho de convertirse en el centro de atención. Con gesto afectado se limpió la comisura de los labios con un pañuelo y explicó que el *polony* eran las salchichas de Bolonia. Las mejores se fabricaban con la sangre de toros viejos. Al decir esto último, bajó la mirada como si hubiera pronunciado algo indecente. Luego prosiguió con voz monótona:

–Se toma la carne sanguinolenta y se mezcla en una proporción de cuatro partes de vacuno con una parte de porcino graso y se pasa todo por la picadora de carne. Después de haber pasado la

carne, además, por otra picadora más fina, se mezclan los aproximadamente doce kilos de carne con una taza de sal, siete y media cucharadas soperas de granos de pimienta blanca, cuatro cucharadas soperas de azúcar, algo de cilantro molido, una y media cucharadas soperas de nuez moscada, tres cuartos de una cucharada soperas de mejorana, media cucharada soperas de semillas de apio y una cucharadita de salitre disuelta en trescientos mililitros de agua.

Fanny se dio cuenta en ese momento de que los hombres comenzaban a moverse con desasosiego. Nadie había querido conocer todos esos detalles, pero Daphne no parecía apercibirse de nada.

–Entonces se amasa esa masa hasta que se endurece sin que llegue a ponerse elástica. –Al hablar, Daphne se contemplaba sus delicadas manos y concentraba de esta manera la mirada de todos en ellas–. Luego se rellena la tripa con la masa. A continuación, se ahúman las salchichas sobre un fuego de leña, y finalmente se cuece a una temperatura de noventa y tres grados hasta que suben a la superficie. ¡Es una cosa bien sencilla! –Esto último lo pronunció en un tono condescendiente y amable dirigido a Fanny, como si esta no estuviera en disposición de llevar a cabo una cocción tan complicada.

Fanny se ahorró el comentario y preguntó con amabilidad a los reunidos si no les sucedía a todos como a ella, que tenía unas ganas inmensas de probar inmediatamente una de esas sensacionales salchichas. Todos aceptaron la propuesta con entusiasmo, y entonces comenzó Fanny a poner la mesa, lo cual le llevó su tiempo porque todavía no sabía dónde se guardaban en aquella casa la vajilla y la cubertería.

Ni Martha ni Grace resultaban de gran ayuda, y Fanny comenzó a caer en la cuenta de lo que le quedaba todavía por aprender para poder llevar las riendas de todo.

Durante la comida se ventilaron todo lo que habían traído Daphne y su padre entre elogios entusiastas. Hermann especuló con tal intensidad sobre si las artes culinarias de Fanny podrían igualarse alguna vez con las de Daphne, que incluso a esta le resultó molesto y, nerviosa, se levantó y puso en la mesa las tres botellas de vino que también había traído consigo, de las cuales la mayor parte fue a parar al gaznate de Hermann. La conversación giró en torno a cotilleos sobre la vida en el África del Sudoeste Alemana, que a Fanny no le interesaba en absoluto. Se esforzaba mucho en escuchar, pero sus pensamientos la apartaban de allí, y continuamente tenía que reprimir un bostezo.

Cuando por fin se fueron las visitas, Fanny respiró hondo con mucho alivio.

–¿Crees que vendrán más visitas en los próximos días? –preguntó a Ludwig, que la estaba mirando recoger la mesa con aire satisfecho y contento.

–Pienso que no, los demás viven demasiado lejos y seguramente no nos vendrán a ver hasta la semana que viene, pero hasta entonces deberías tener mejor controlados a los criados, de lo contrario me expondrás al ridículo. ¡Ven acá!

Fanny dejó la bandeja encima de la mesa, se enjugó la frente húmeda con la mano y se dirigió donde su marido, que la sentó en su regazo.

–Le has gustado a Hermann, lo he visto a la perfección –dijo con orgullo, y la besó en la raya del pelo.

–¿Por qué es tan importante para ti que yo le guste?

–Es un hombre importante en el África del Sudoeste Alemana. En verdad conoce a todo el mundo aquí, y su opinión cuenta entre la gente importante de aquí. Sería un error fatal contrariarlo.

–¿Está casado?

–Su esposa murió muy joven, y las malas lenguas dicen que no desaprovecha el tiempo. Es un viejo donjuán.

«Probablemente su esposa prefirió morir a vivir con él», pensó Fanny con malicia, y se obligó a cambiar de tema antes de soltar alguna expresión irreflexivamente.

–¿Y qué le sucede a Daphne?

–¿Por qué lo preguntas? ¿Qué piensas que le pasa?

–Creo que está enamorada de ti...

–¡Bobadas! –Ludwig comenzó a retorcerse la barba–. ¿Cómo se te ha pasado eso por la cabeza?

–Tengo ojos en la cara y creo que también tú estás enterado a la perfección.

–Es ridícula, ¿cómo puede pensar que un hombre como yo pudiera casarse con una mujer con el pie deforme? Yo necesito hijos varones sanos y de buen linaje para mi país. Voy a construir aquí algo de lo que pueda enorgullecerse nuestro emperador. –Besó a Fanny en la boca y se levantó–. Y ahora tengo que ir a echar un vistazo a las ovejas. –Agarró a Fanny por un brazo y le susurró–: ¡Y esta noche vamos a hacer por fin un hijo varón!

Fanny se preguntó cómo se las habría arreglado Charlotte con un marido así o con Hermann. Todo era muy distinto de lo que se habían imaginado las dos.

Esa noche le pediría que le leyera las cartas en voz alta; quería escuchar de sus labios, al menos una vez, todas esas declaraciones de amor.

Sin embargo, a Ludwig lo llamaron desde una granja muy apartada para que asistiera en un parto de mellizos, y Fanny se fue sola a la cama.

El plan de Fanny de las cartas cayó en el olvido durante muchas semanas porque había muchas cosas por hacer, y cada día le deparaba constantes sorpresas.

Había tantas cosas nuevas por aprender, por descubrir y sobre todo por abordar, que por las noches caía completamente rendida en la cama, con frecuencia mucho antes que Ludwig. A veces le parecía que se quedaba incluso demasiado cansada como para poder soñar, pues solo en raras ocasiones recordaba sus sueños, y cuando era así, entonces eran absolutamente diferentes de los acostumbrados. En ellos aparecían sus abalorios, por supuesto, pero se hallaban bajo una pila de ropa azul, o caían ruidosamente en una olla, pero no cantaban ni hacían cosas extrañas.

Al despertar por la mañana, su cuerpo estaba entumecido todavía por el trabajo del día anterior, pero a medida que fue aumentando el calor y cediendo las precipitaciones, mayor iba siendo el ánimo con el que Fanny realizaba sus tareas.

En sus cartas, Ludwig no había mencionado nunca que ponía más valor y empeño en ser un granjero que un buen médico. Y una granja tan grande significaba muchísimo trabajo. Fanny dudaba seriamente de que Charlotte hubiera podido ser feliz aquí. Quizá tenía John razón en lo que dijo acerca del sueño de ella, y Charlotte había aparecido en la vida de Fanny para enseñarle el camino. Realmente era consolador pensar que sus antepasados, que no habían dejado a Fanny nada más que la pulsera de abalorios, le habían enviado a Charlotte para ayudarla. Pero ¿por qué esos antepasados se habían pasado tantos años mirando cómo la maltrataban en el convento y cómo la explotaban allí?

En todo caso, lo que sí estaba claro era que ella era una persona más apropiada para el trabajo en la granja que Charlotte. Fanny no podía evitar sonreír burlonamente al recordar la afectada descripción de las salchichas que había hecho Daphne en la convicción de que una hija de buena familia no podía tener ni idea sobre un oficio manual tan rudo como aquel. Fanny sabía hacer salchichas para cocer, morcillas, paté de hígado, salami y jamón. Y sabía cómo manejarse con gallinas, conejos, cabras y ovejas. Sabía ordeñar, desplumar y despellejar. Incluso sabía esquilar las ovejas, pero no quería hacérselo saber a Ludwig porque entonces tendría absolutamente claro que era imposible que ella pudiera ser Charlotte von Gehring. Fanny hablaba constantemente con Charlotte en sus pensamientos, pero a veces lo hacía en voz alta, pero eso no parecía llamar la atención de nadie.

Cada mañana, inmediatamente después de la salida del sol, iba a ver las gallinas que, debido al olor y al ruido, estaban alojadas en un gallinero que quedaba lejos de la casa principal. Después de cerciorarse de que todas las gallinas estaban sanas y de haberles procurado agua y comida, reunía los huevos y se dirigía a un pequeño establo en el que pasaban la noche los corderos. En él estaban a salvo de la lluvia, del frío y de los depredadores, y no consumían toda la leche de sus madres. Al lado estaba el establo de las ovejas damara con las que Ludwig estaba haciendo pruebas para su crianza.

Las reses iba a verlas en raras ocasiones porque había que caminar más de media hora hasta llegar a las cuadras. Los bueyes y las vacas se hallaban en grandes cercados construidos con ramas espinosas. Los pastores estaban a su cuidado y los llevaban a los pastos.

A la hacienda pertenecían tantos indígenas que Fanny era todavía incapaz de distinguirlos. Eso la enfadaba porque deseaba dirigirse a todos por su nombre. La mayoría de ellos vivía en *pontoks*, unas cabañas semicirculares que los herero construían en firme con barro y ramas. Los nama construían *pontoks* similares, pero que podían desmontarse y volver a construirse en otro lugar. Todas esas cabañas quedaban aún más lejos que los *kraals* o cercados del ganado vacuno, o sea, tan lejos que Fanny todavía no había tenido ocasión de ir a verlas. Se preguntó si John viviría quizás en ellas y no en el anexo en el que lo vio el día de su llegada, ya que nunca se topaba con él a pesar de patear mucho aquellos terrenos, un trabajo más que necesario porque resultaba difícil reunir suficiente comida para todos los animales.

Los pastores eran los encargados de llevar las vacas a los pastos, pero las gallinas, las ovejas y las cabras formaban parte de la hacienda y tenía que darles de comer ella misma.

Como a diferencia de Reutberg no había ni hierba ni heno, no le quedó más remedio a Fanny que aprender qué plantas podían comer los animales y cuáles no. Le gustaba que Zach la instruyera al respecto. Al igual que Hendrik, Zach era un nama que había crecido en la linde del desierto de Namibia antes de que lo secuestraran unos comerciantes de esclavos. Conocía muchas de las plantas del sur y sabía si eran venenosas o no. Al principio reaccionó negativamente a sus preguntas, pero Fanny no se dejó vencer por el desánimo y al cabo de algunas semanas ya él mismo la esperaba con algunas ramas y hojas, y le explicaba qué plantas eran un bocado exquisito para qué animales. A primera vista, la mayoría de las hojas parecían muy similares, razón por la cual tuvo Fanny grandes dificultades al principio para diferenciarlas. Muchas matas y arbustos tenían hojitas de color verde pálido, plateado, en parte vellosas o correosas, y también espinas. Poco a poco, Fanny fue aprendiendo también a fijar los nombres de las plantas, pero solía suceder que se equivocaba. Lo único que podía decir con seguridad era si se trataba de una planta venenosa. Al cabo de algún tiempo sabía distinguir incluso para quiénes eran venenosas esas plantas. Para ello tenía que colocarse la planta en la palma de la mano. Si era peligrosa para el ser humano o para el ganado vacuno, se le hacía un nudo en la garganta; si la planta era tóxica para las cabras y las ovejas, se le secaba de pronto la boca; si sentía los dos síntomas a la vez, entonces era peligrosa para todos. Zach intentaba siempre tomarle el pelo, y se sorprendía que ella jamás se equivocara en esta valoración. Ella notaba lo mucho que aumentaba el respeto de él hacia ella, y se alegraba de un conocimiento intuitivo que a ella le habría gustado saber de dónde le venía. También le habría gustado hablar sobre este asunto principalmente con John y preguntar de nuevo a los antepasados y a la madre de él. A veces se imaginaba lo que debía de significar crecer como hijo de una hechicera zulú, y era incapaz de figurarse grandes contrastes con Seraphina y la vida en el convento.

Una mañana, Zach trajo un montón de hojas de aspecto muy similar, y con una sonrisa maliciosa quiso que ella le dijera de qué planta se trataba. A primera vista, las hojas parecían ser del mismo árbol. Eran de color verde oscuro, correosas, alargadas y redondeadas en el extremo, algunas tenían también una forma ovalada y no eran especialmente grandes. Fanny no percibió que eran hojas diferentes hasta que las tuvo en la mano, y las clasificó en dos montones.

—Ambas hojas son perjudiciales para los seres humanos, pero estas de aquí pueden envenenar a las ovejas y tomadas en grandes cantidades pueden incluso llegar a matarlas.

Zach se quedó decepcionado y admirado a la vez. Las inofensivas eran las hojas del árbol albitrunca, que los ingleses llaman *shepherds tree*, el árbol de los pastores, tal como ella le explicó con diligencia, y los herero llaman *omutendereti*. El albitrunca era un árbol

increíblemente útil, cuyas hojas y frutos son comestibles para las personas y para los animales. Sin embargo, las hojas nocivas pertenecían al *Boscia foetida*, que ciertamente pertenecía a la misma familia de plantas, pero cuyas hojas y flores producían envenenamientos entre las ovejas. Como ocurría con mucha frecuencia cuando una planta era parcialmente tóxica, también el *Boscia foetida* o *xaubes*, como lo denominan los nama, podía utilizarse como remedio medicinal. Zach le explicó que ellos cocían las hojas del *xaubes* y lo utilizaban contra los dolores de oído. En cambio, los herero ponían las raíces del *otjinautoni* en sus cuencos de leche para que se formara la nata con mayor rapidez.

Fanny descubrió unos meses después por qué al *Boscia foetida* lo habían bautizado así. Una mañana que estaba dando de comer a las gallinas, ascendió hasta su nariz un hedor asqueroso a excrementos, y se temió que algo no funcionaba bien en el retrete que acababan de instalar. Siguió la pista del olor y finalmente dio con un gran *Boscia foetida* que estaba completamente cubierto de pequeñas flores muy poco llamativas, y cuyo repugnante aroma atraía millares de insectos.

Fanny se interesaba mucho por los efectos medicinales de las plantas y se quedaba decepcionada cuando Zach no era capaz de satisfacer sus ansias de conocimientos. Así que comenzó a preguntar también a Martha y a Grace sobre las plantas y anotaba en un cuaderno lo que le contaban.

Ludwig observaba sus esfuerzos con gran desconfianza porque él no creía que esos remedios naturales tuvieran algún efecto probado por la ciencia. Además, seguía sin gustarle que Fanny pasara tanto tiempo con los indígenas.

Sin embargo, esa preocupación era del todo innecesaria porque ocuparse del forraje y de las plantas era tan solo una de las muchas tareas de Fanny. Ella consideraba igual de importante dedicar su atención al estado desastroso de la hacienda de Ludwig. A pesar de que la casa producía una bella impresión por fuera, por dentro estaba completamente descuidada. En los armarios campaban a sus anchas las cucarachas, las polillas y el moho. Además, toda la ropa hacía muchísimo tiempo que no se lavaba. «Seraphina se habría puesto hecha una furia», pensaba Fanny cada mañana cuando ponía su atención en el siguiente problema. Primero vació todos los armarios roperos, los limpió y colocó bolas de naftalina. Lavó toda la ropa que no estaba enmohecida por completo o echada a perder por las manchas. Y ya que ni Martha ni Grace tenían idea de cómo se utilizaba la tabla de lavar o de cómo se aplicaba como es debido la lejía en el lavado, primero tuvo que enseñárselo. A las dos les resultaba divertido ver cómo se agobiaba Fanny con sus tareas, y no entendían por qué se imponía aquel ritmo y aquellas prisas cada día.

Martha le llevaba siempre un té y le señalaba que no era bueno trabajar tan duro con aquellos calores. Fanny se obligaba entonces a tomar una taza de té con Martha y aprovechaba la ocasión para preguntarle de todo. Pero Martha no deseaba hablar con ella y respondía siempre escuetamente, por lo cual Fanny regresaba rápidamente a una de sus ocupaciones. No tenía la culpa, el calor le daba alas así como el deseo de tener todo ordenado y limpio, sobre todo después de darse cuenta de cómo le impresionaba a Ludwig que fuera tan espabilada en los asuntos de orden práctico. De todas formas tenía que prestar más atención y, en su presencia, se comportaba un poco más como la hija de una familia de la nobleza para no levantar sospechas.

Por suerte no se había esperado que su esposa supiera manejar el fusil, y le dio mucha alegría mostrarle cómo se carga un arma y se dispara. Fanny estaba orgullosa de llegar a competir con él en poco tiempo en el tiro al blanco. Por su parte, eso le gustó tanto a él que le compró un revólver a un comerciante holandés que estaba de paso, y le pidió que lo guardara siempre cargado debajo

de la almohada cuando él no estuviera en la casa. Lo consideraba necesario porque se temía que los negros estuvieran en realidad conspirando para vengarse de los señores coloniales blancos y, como mujer blanca, era Fanny quien peligraba especialmente.

Mucho más difícil le resultaba ocultar ante él que no tenía apenas idea de cómo se montaba a caballo. Con excusas siempre nuevas impedía salir a cabalgar con él, sobre todo después de darse cuenta de que él insistía seriamente en que ella cabalgara a la mujeriega. Le habría dejado perplejo que una dama de la nobleza montara a caballo como un húsar.

Por este motivo, Fanny intentaba aprender a montar a la mujeriega siempre que él se hallaba lejos de la granja, y resultaba un espectáculo muy divertido para Martha, Grace y Zach.

Después de que en las primeras semanas tuviera grandes dificultades para montar y cayera constantemente al suelo, consiguió con la práctica mantenerse sentada por más tiempo. Pero entonces fue cuando llegó lo peor: tuvo que aprender a subirse al caballo vestida con la amazona confeccionada con hilado de lana peinada y cabalgar con esas prendas. La amazona estaba rellena de seda, tenía cuello de solapa, y la falda estaba cubierta de cuero por el interior. La chaqueta extremadamente ceñida constaba de dos capas delanteras, cuya parte inferior estaba hecha de paño con botones. Y por si fuera poco, lo suyo era llevar anudada una corbata... En una palabra: era una ropa absolutamente inapropiada para esos calores. Intentó todo para convencer a Ludwig de cabalgar en bombachos. Él consintió, pero en cambio no fue posible negociar con él el asunto de cabalgar a la mujeriega. Se mostró inflexible como una roca en este punto y argumentaba siempre que existían unos estudios médicos en los que se afirmaba que los órganos femeninos resultaban perjudicados al montar como los hombres, y eso podía hacer peligrar el parto de los numerosos vástagos que deseaba.

Por suerte, Fanny apenas disponía de tiempo para salidas a caballo, ya que continuamente debía enfrentarse a la resolución de nuevos problemas.

Después de haber dejado los armarios como una patena y de que la colada colgara en el tendedero al viento, se daba cuenta de que el viento volvía a cubrir la ropa con un polvillo fino, y poco a poco fue entendiendo por qué Grace y Martha no se esforzaban tanto como ella.

Otro problema eran los víveres de la despensa. Mejor dicho, la ausencia de víveres. A su llegada, la despensa estaba vacía, exceptuando algunos sacos enormes y desgarrados de harina y de alubias. Fanny supuso que las desgarraduras no se habían formado casualmente, sino que alguien se había servido de las provisiones. También a eso había que ponerle punto final. Además de los sacos, encontró algunas latas de maíz y de chucrut. Hasta entonces no había nada plantado en el huerto con lo que poder refinar un poco el menú. Nadie había plantado allí nunca verduras o frutas. La dieta diaria consistía en carne, carne y más carne, cocida, a la plancha, a la parrilla. Fanny echaba de menos no solo la verdura, sino, sobre todo, el pan. Pero tenía poca idea de cómo hacerlo porque no lo había aprendido nunca. Seraphina hacía una concesión especial a las personas encargadas de hacer el pan porque esa se consideraba una tarea fácil en el convento.

Como en Keetmanshoop no había manera de encontrar levadura, Fanny se puso a hacer ella misma la masa madre. Mezclaba harina y agua y azúcar y ponía la mezcla al sol hasta que fermentaba. Entonces añadía harina, agua y sal y lo dejaba subir. Fanny usaba grandes latas de conservas engrasadas como molde. De todas maneras, tardaba un tiempo hasta que finalmente podía comerse ese pan, pues si bien tenían fogones en la cocina, no disponían de horno. Por este motivo estuvo experimentando al fuego libre con ayuda de Zach y de Martha hasta que finalmente

dio con el calor adecuado del fuego, dónde debía colocar las conservas con el pan en la hoguera y cuánto tiempo debía dejarlas para que se hiciera. Al principio no sacaba del fuego sino grumos calcinados o masa fofa, pero ya al cabo de dos semanas lo consiguió por fin y pudo servirle a Ludwig en el desayuno por primera vez un pan hecho por ella misma.

Él probó un bocado y volvió a dejar el pan en su plato. Fanny, que esperaba expectante su fallo, tenía miedo de que no fuera de su gusto. Pero en lugar de eso, él se levantó de pronto, la tomó en sus brazos y se puso a dar remolinos. Ludwig no solo estaba contento, sino entusiasmado y no se cansaba de repetirle lo orgulloso que estaba de su guapa señora de Alemania. Fanny se alegró ciertamente de que su pan tuviera aquella aceptación, pero al mismo tiempo había algo en ese comportamiento de Ludwig que le dejaba cierto resquemor. Pero como no sabía decir con exactitud lo que la molestaba, se consideraba una pobre loca a la que nunca podía tomarse en serio.

Después de lograr hacer pan, dedicó su atención a las verduras. Lo único silvestre que crecía en el huerto junto a la casa era *tsama*, una especie de calabaza con la que podían cocinarse muchas guarniciones. A Ludwig le gustaba cocida principalmente, pasada por el tamiz, mezclada con azúcar y un poco de vinagre.

Sin embargo, a Fanny le apetecía algo más de variación en la dieta. En Keetmanshoop vendían verdura seca a precios astronómicos. Una bolsita de papel con cien gramos de cebolla, apio, puerro, col lombarda o repollo costaba dos marcos. En Múnich había pagado ochenta céntimos por un kilo de carne de vaca. Las patatas secas eran aún más caras. De todas maneras podía entender aquellos precios porque las mercancías eran encargadas a una empresa con sede en Münsterberg, Silesia, y tenían un largo recorrido hasta llegar a Keetmanshoop. Lo mismo ocurría con la cerveza embotellada proveniente de Elberfeld o de Múnich. En Windhuk ya costaba un marco y medio; en Keetmanshoop, el precio rondaba los seis marcos por botella. Un obrero en Alemania tendría que trabajar tres días enteros para poder comprarla, pero en Múnich el litro de cerveza rondaba los veinte céntimos.

Por suerte, durante la estancia en la Escuela Colonial Femenina, Charlotte le había enseñado el manejo del dinero, porque en el convento nunca llegó a tocarlo y no sabía cuánto costaban las cosas.

A Fanny le pareció escandaloso que los ingredientes más sencillos para una sopa costaran una fortuna. No se le pasó por la cabeza gastar tanto dinero por unos ridículos cien gramos de verdura seca. Además, esto le dio pie a conversar con Zach de nuevo sobre las plantas que crecían en el clima y en las tierras de Keetmanshoop. No obstante, su conocimiento acerca de este asunto resultó ser muy escaso. Ciertamente sabía muy bien qué les gustaba comer a los animales y qué plantas eran nocivas, pero no tenía ni idea de cómo plantar verduras y frutas en un huerto. Ya el concepto de plantar algo le resultaba completamente extraño.

Fanny no se desanimó y preguntaba a todas las visitas. Finalmente, Daphne Amalia le ofreció con desgana algunas informaciones que fueron de utilidad para Fanny. Así pues, junto a otros tipos de calabaza, plantó también *morongo*, una especie de espinaca silvestre que según Daphne Amalia crecería bien allí. Sin embargo, no lo veía nada claro para las papas, el alimento favorito de Ludwig. Era imposible que crecieran allí, el suelo y el clima eran por completo inapropiados. Encargó semillas para plantas mediterráneas como la mejorana, el romero, el tomillo y la lavanda, y esperó que prosperaran con el sol de aquí.

Por las noches trabajaba en unas cortinas para puertas y ventanas con hilo y pipas secas de calabaza para mantener fuera los mosquitos. Y cuando no estaba ocupada de una u otra manera con las tareas de la hacienda, tenía que ocuparse entonces de la consulta de Ludwig.

A su marido lo venían a buscar regularmente porque era el único médico en un radio de varios cientos de kilómetros. En ocasiones se pasaba varios días de viaje entre la ida y la vuelta de alguna granja muy apartada.

Entonces, los blancos de Keetmanshoop se dirigían confiados a Fanny, como si ella hubiera estudiado también medicina. También algunos negros evangelizadores le pedían consejo porque les lloraban los ojos o por inflamaciones o heridas purulentas.

Fanny conocía un montón de remedios curativos que había aprendido en el convento, pero cuando Ludwig estaba presente se guardaba ese saber para ella y dejaba que él le explicara cómo se desinfectaban las heridas o cómo aplicar una venda. Fanny se dio cuenta de que le gustaba extraordinariamente formarla como a una especie de enfermera para poder eximirse de la cura de llagas asquerosas y de los malos olores. Siempre la mandaba llamar cuando llegaba alguien así a su consulta, y se despedía rápidamente alegando otros asuntos urgentes.

Su consulta era, asimismo, la única farmacia de los alrededores, y ella comenzó a desarrollar un sistema para garantizar que no faltasen nunca los medicamentos más importantes. Ludwig no encargaba ungüentos, morfina, quinina, calomelanos, tintura de yodo, sulfato magnésico, agua boricada o linimento hasta que se le terminaban, y entonces tenían que esperar durante meses a que les llegara el suministro. Ludwig ordenaba el pedido a Alemania, a pesar de que así duraba mucho más tiempo que encargando los medicamentos por tierra desde Ciudad del Cabo. Detestaba comprar a los ingleses, cosa que a Fanny le resultaba tanto más sorprendente por cuanto él había ido a un internado en los alrededores de Warmbad al que también muchos ingleses enviaban a sus hijos. Además, numerosos clientes suyos eran viajeros de comercio ingleses.

Cuando ella trataba esta cuestión, él la esquivaba hasta que un buen día se enzarzaron en una discusión por un pedido, y Fanny perdió el control por primera vez en su matrimonio.

Ludwig se quedó tan perplejo que finalmente acabó explicando, a regañadientes, por qué detestaba de aquella manera a los ingleses. Era cierto que en aquel internado dirigido por alemanes había principalmente bóers, mestizos de piel casi blanca e ingleses. Ludwig afirmaba que la altanería de los ingleses era extremadamente desagradable. Se consideraban los amos del mundo y exigían que todos los chicos participaran en sus juegos perversos y en sus pruebas de valentía.

A Fanny le habría gustado saber qué quería decir exactamente con aquello, pero se guardó de interrumpirlo. Lo que más le enfadó fue que le trataran a él, un alemán de pura raza, mucho peor que todos aquellos bastardos. Todos mostraban respeto a John, por ejemplo, porque su padre era uno de los granjeros más ricos en el norte de Sudáfrica. Y pese a que la madre de John no era la esposa, sino una amante del granjero, y una hechicera zulú por más señas, todos respetaban a John. A John, no a Ludwig. En ese pasaje de su narración, Ludwig exhaló un suspiro atormentado. Solo porque John se consideraba el protector de Ludwig, finalmente pasaron a fastidiar a otros y le dejaron en paz. Por esa razón él no iba a enviar a sus hijos jamás a un internado. Eso tenía que tenerlo ella muy claro. Fanny enseñaría a los hijos varones de él personalmente en casa.

¿Que John se hizo pasar por el protector de Ludwig? Fanny era incapaz de imaginarse tal cosa, más probable le parecía que John se cuidara de Ludwig por compasión. Pero ¿por qué razón John

era tan solo el administrador de Ludwig y no su amigo? ¿Qué había sucedido entre los dos hombres?

Fanny percibió lo difícil que había sido para Ludwig realizar esa confesión, lo vio en sus ojos de color gris azulado que se habían oscurecido recordando la deshonra pasada. Cuando ella le puso la mano sobre el brazo, él se la quitó de encima como a un insecto molesto.

–¿Estás ahora contenta, mujer? ¿Cambia algo las cosas el hecho de que me haya dejado convencer para contártelo? No, ni un ápice siquiera. No vamos a pedir las medicinas a los ingleses, queda clara la cosa, ¿verdad?

Fanny asintió con gesto sumiso, y se puso a pensar enseguida cómo podía reducir los largos períodos de suministro en su sistema de pedidos.

Esa noche era la primera desde hacía mucho tiempo que no se sentía exhausta de cansancio, así que hizo de tripas corazón y sacó del estuche las cartas que Ludwig escribió en su día a su prometida. Las extendió encima de la cama y se fijó en una hoja especialmente desgastada.

[...] No tendrás que arrepentirte nunca de que tú, mi amada Charlotte, te hayas atrevido a dar este paso y a emprender el viaje hasta mí. Haré todo lo que esté en mi mano para hacerte la vida soportable aquí, y te aseguro que este es un país maravilloso, un país lleno de sorpresas, una tierra con unos cielos tan azules como jamás habrás visto en tu vida.

Nunca habría llegado a soñar siquiera que pudiera ser posible encontrarte a ti, mi amada, por medio de un anuncio, y, sin embargo, ha sido así. ¡Ahí tiene que haber intervenido Dios por fuerza! Cada palabra tuya me ha llegado a lo más hondo del alma, y nada ansío con más urgencia que tu llegada aquí, al África del Sudoeste Alemana.

Sí, lo sé, esto que te digo puede que te suene un poco fuera de lugar para un hombre de mi profesión, pero no, queridísima, no es el calor de África el que habla por mí, sino que es el eterno, el puro fuego del amor[...].

Fanny suspiró. En sus cartas había manifestado facetas suyas que mantenía ocultas aquí. Por eso se sintió feliz de que por fin hoy le hubiera confiado algo importante de su vida, eso era sin duda una señal de que su matrimonio iba por buen camino. Charlotte tenía toda la razón cuando afirmó que uno no conoce al otro realmente sino después de la boda.

Hoy sabía Fanny muchas más cosas sobre su marido que hacía dos meses: él había estado siempre a la sombra de su hermano, en el internado lo habían maltratado, y John le había ayudado. Ludwig tendría que haber sido misionero, pero soñaba con ser un gran terrateniente, y, sin embargo, estudió medicina. Y él no había contado nada de todo eso en sus cartas. ¡Ni una sola palabra!

Ya por esta sola razón sería maravilloso escucharle leer en voz alta sus cartas y poder hacerle preguntas. Fanny se preguntó qué habría figurado en las cartas si ella le hubiera escrito. ¿Cuánta sinceridad había en ese tipo de cartas?

De repente fue consciente de que había estado a punto de cometer un grave error. Ludwig podría desear también que ella le leyera en voz alta las cartas de Charlotte. No conocía ninguna de las cartas que había escrito Charlotte. Su amiga le había asegurado ciertamente que no había nada en ellas que pudiera despertar cualquier duda sobre la identidad de Fanny, pero ¿qué ocurriría si

no era así, si Charlotte no lo recordaba simplemente porque estaba delirando por las altas fiebres que sufría?

Era una mala idea, lo mejor era no hablar nunca sobre las cartas.

Juntó las cartas, se levantó y las volvió a esconder en lo más hondo del baúl de Charlotte. En ese instante entró Ludwig en la habitación, y ella se sobresaltó como si estuviera realizando algo prohibido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él de inmediato con tono desconfiado, y como Fanny no le respondió inmediatamente, la agarró del brazo.

—¡Responde cuando tu marido te hace una pregunta!

—¡Me estás haciendo daño! —¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba tan furioso?

Él soltó el brazo, pero la agarró del cuerpo y la llevó a rastras hasta la cama, donde la soltó sin miramientos.

—Vamos, ¿qué me estás escondiendo?

—Nada, solo estaba leyendo las cartas que me escribiste durante nuestro noviazgo. Las adoro porque son muy bellas. —Al ver Fanny que aquello no lo sosegaba, añadió—: Pensaba pedirte incluso que me las leyeras en voz alta.

Hecho una furia, Ludwig golpeó con la mano en la cama, al lado de Fanny.

—¿Qué ideas más ridículas tienen las mujeres! ¡Esas cartas! —exclamó, y escupió con desprecio al suelo—. ¡Esa imbecilidad romántica! ¡Es la miel con la que se atrapa a las moscas, nada más! ¡Deberías dejar todas esas tonterías y ser por fin una esposa como Dios manda!

Fanny se incorporó y dirigió una mirada fulminante a Ludwig llena de rabia.

—¿Es un chiste lo que dices? Trabajo más duro que una esclava para mantener en marcha tu putrefacta hacienda, ¿y eres capaz de afirmar que no soy una buena esposa para ti?

Le agarró las manos con las que ella había expresado su cólera gesticulando delante de la cara de él.

—Que tengas que trabajar tanto se debe a que eres muy laxa con los criados. No te impones.

—¿Qué significa eso? Trato de entenderme con ellos. —Fanny no entendía en absoluto lo que le estaba sucediendo a él, y deseaba desesperadamente que se tranquilizara.

Él la agarró con mayor firmeza.

—¿Que tratas de entenderte con ellos? ¿Qué bobadas miserables son esas? Ellos tienen que obedecerte. Así de simple. Igual que tú deberías obedecerme a mí. Hace mucho que debería haberte enseñado lo que vale un peine, Hermann está aquí en lo cierto, sin duda. Y justamente hay que recordárselo a las damas finas. Y es que yo mismo he sido muy laxo contigo. ¿Cómo es el dicho ese? Puta la madre, puta la hija, y puta la manta que las cobija. —Mientras él desplegaba su furia en palabras, la mantenía sujeta por las muñecas. Con la otra mano se desabrochó la hebilla del cinturón y se sacó el cinturón del pantalón.

Fanny se quedó estupefacta. ¿Iba a pegarle con el cinturón? Eso no se lo consentiría. Nadie iba a pegarle nunca más. ¡Nadie! Se levantó de repente y dio un empujón a Ludwig.

Él se tambaleó un instante, sorprendido por el ataque de ella, soltó algunos tacos y se puso en

pie. Al hacerlo le resbalaron los pantalones a la altura de las rodillas. Pero antes de que Fanny pudiera aprovecharse de la situación para salir corriendo de allí, él la aprisionó con sus manos como un torno de banco y la obligó a ir a la cama. Trató de levantarle el camisón, y al no conseguirlo con una mano, se lo rasgó sin vacilar, le separó las rodillas y penetró en ella con brutalidad. Mientras se movía en el interior de ella, la mantenía sujeta por el pelo con una mano, al tiempo que con la otra le estrangulaba el cuello, de modo que le resultaba imposible escapar de él.

—¡No se me contradice! —le jadeó al oído—, no estoy acostumbrado a que me contradigan, ¿vale? Eso no va conmigo, ¿te has enterado? ¡Así que quédate tumbada, calladita, y ábrete bien de piernas para nuestro primer hijo varón! Ya va siendo hora de que finalmente te quedes embarazada. Solo entonces serás de verdad una buena mujer.

Fanny estaba como estupefacta. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Por qué le estaba haciendo eso? Involuntariamente se le pasaron por la cabeza las palabras de la carta de él: «No tendrás que arrepentirte nunca... Haré todo lo que esté en mi mano para hacerte la vida soportable aquí...»

¡Mentira cochina!

¿Qué la había hecho merecedora de esa explosión de violencia? «No durará mucho —se dijo a sí misma—, enseguida se habrá acabado.» Nunca duraba demasiado. Mientras intentaba desconectar de sus gemidos y de sus movimientos cada vez más impetuosos, se puso a pensar febrilmente qué podía haber desencadenado la furia de él.

Desde aquella noche en el *pad* no había vuelto a mostrarse tan brutal, sino todo lo contrario, se había portado solícito y amable con ella, en ocasiones había llegado a estar incluso tierno, de modo que llegó a creer que su conducta en el *pad* se había debido exclusivamente al alcohol.

Pero hoy estaba completamente sobrio. No había excusas para su conducta. Ni una. «Ya está», él se desplomó sobre ella como si hubiera sufrido un desmayo. Habría querido apartar de sí aquel cuerpo sudoroso, pero no se atrevió por miedo a desatar de nuevo su furia rabiosa. La presión en su garganta y en su pelo había cedido considerablemente, y trató de zafarse de sus garras.

De repente volvió a acordarse de Maria von Imkeller. El dolor del que le había hablado, ¿era ese el dolor que tenían que soportar todas las mujeres? ¿Era eso lo normal? Fanny se negaba a creerlo. Entonces todos los matrimonios tendrían que odiarse. Se sentía horriblemente, le escocía el bajo vientre, y la cabeza le zumbaba. Sin embargo, el dolor corporal no era tan grave como la humillación sufrida. Pero ¿qué se creía ese asqueroso, con qué derecho la trataba de esa manera? La cólera le proporcionó ahora la fuerza necesaria para apartarlo a un lado con un asco total. Él permaneció echado sin moverse. Bien. Ella salió a hurtadillas y se dirigió a la cocina para lavarse a pesar de que el palanganero con el aguamanil de porcelana estaba en su dormitorio. Sin embargo, le resultaba insoportable ya el mero pensamiento de que Ludwig volviera en sí y pudiera contemplarla en su aseo.

Mientras se limpiaba temblando de la rabia, siguió dándole vueltas a la cabeza. Las cartas habían sido la gota que colmaba el vaso, pero ¿por qué razón? Eran sus propias cartas y no las de un amante desconocido. No, la cosa tenía que estar relacionada con el internado. Con sus preguntas había despertado en él una serie de recuerdos que él habría preferido mantener en el olvido. Pero ese tampoco podía ser un motivo para tratarla de esa manera. A Fanny no se le ocurriría jamás castigar a los demás por el sufrimiento que le infligieron durante su estancia en el convento.

A pesar del calor que hacía, después de secarse se puso encima varios pantalones y camisas y se envolvió con todas las mantas que pudo encontrar. Luego se sentó en la veranda, en una de las sillas de mimbre, y clavó la mirada en la noche. Como le ocurría siempre que se sentaba ella sola en la veranda, no se sentía bien del todo, le parecía que la observaban, como si no estuviera ella sola allí. Se imaginó que escuchaba susurros y sollozos, pero su entendimiento le decía que debía de tratarse de los sonidos de la noche en el hemisferio sur, o los árboles espina de camello que estaban a ambos lados de la veranda y que crujían y susurraban con el viento.

Por desgracia no podía verse desde allí el cielo nocturno con sus consoladores destellos ya que se lo impedía el tejado. Así que volvió a levantarse y se dirigió al jardín delantero de la casa, en donde enseguida se vio envuelta por el zumbido de los mosquitos. Sin embargo, eso no le importaba nada porque esas picaduras eran ridículas comparadas con lo que acababa de hacerle el monstruo de su marido.

Se sentó sobre la tierra arenosa y miró el centelleo de las estrellas que casi podían tocarse con la mano. El centelleo se difuminó porque comenzaron a brotarle las lágrimas en los ojos.

«Por suerte me pasa ahora», pensó Fanny. No quería que nadie la viera en ese estado. Se había jurado a sí misma mantener siempre esa actitud, ese último resto de dignidad le pertenecía a ella y a nadie más que a ella.

Se palpó la pulsera de abalorios que la había traído hasta aquí, pero ¿por qué? Fanny se enjugó las lágrimas de la cara y suspiró hondo. No, no se arrepentía de nada, pues una parte de ella se sentía en estas tierras como en su propia casa. Por otra parte, era feliz al pensar que había sido ella y no Charlotte quien había concertado el matrimonio con ese hombre. Esto habría matado a su amiga lenta y dolorosamente, y habría destruido todas sus ideas acerca del amor.

«Pero a mí, no –pensó–, a mí no me va a matar ese. A mí no hay nada ni nadie que pueda apartarme del camino que me lleve a averiguarlo todo acerca de mis orígenes.»

Grace y Martha se quedaron sorprendidas cuando llegaron al amanecer a la cocina y encontraron a Fanny ya allí. Fanny no había dormido y había decidido que el trabajo era la mejor medicina. Anteriormente se había vestido y aseado, y al mirarse al espejo había constatado que no tenía marcas de la humillación nocturna sufrida.

Encendió el fuego en los fogones, hizo té y se preparó unos huevos revueltos que le gustaban mucho a pesar de creer que sería incapaz de hacer pasar ningún bocado por el gaznate. Ahora estaba amasando con toda la rabia del mundo la masa del pan para desahogarse, y se la pasó a Martha para calentarla al fuego. A continuación, inició su acostumbrada vuelta matutina por el gallinero y el establo de los corderos. Desde que se limpiaba con regularidad el gallinero ya no olía de aquella manera tan penetrante, y resultaba también más fácil dar con los huevos. Con cada huevo que metía en su cesto pensaba en lo intensamente que deseaba Ludwig tener hijos; no, hijos no: hijos varones.

No tenía la menor idea de cómo se comportaría hoy Ludwig, y eso la ponía nerviosa.

Se fue a ver los corderos, cedió a un impulso interior y agarró uno de ricitos rubios, lo apretujó contra su pecho y hundió las mejillas en su blando pelaje. No lo dejó de nuevo en el suelo hasta que empezó a balar con impaciencia, y entonces regresó a la casa a preparar el desayuno a Ludwig.

Él llegó justo en el momento en que ella estaba poniendo la mesa en la veranda para él. Cuando notó su presencia, se detuvo, se retorció el bigote y dijo chascando la lengua en un tono de reconocimiento:

–¡Qué guapa estás! Pensaba que anoche te había apretado fuertemente las teclas, pero según parece te ha sentado bien. –Se acercó a ella, le propinó una nalgada y se sentó a la mesa.

Fanny se quedó mirando atónita a su marido, sintió una acidez en la boca, entonces se le subieron los huevos revueltos de una manera tan rápida e inesperada que apenas tuvo tiempo de no vomitar directamente encima de la mesa.

–Charlotte, ¿qué es esto? –Ludwig llamó a Grace con gesto de asco para que limpiara aquella guarrada. Pero entonces se deslizó una sonrisa en su cara, y miró a Fanny con mirada penetrante.

»¿Es que estás embarazada? –Le puso una silla de mimbre para que se sentara y le tendió su taza de té. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. No iba a tomar nada que le ofreciera Ludwig.

–No –susurró ella–. No estoy embarazada. ¿Cómo voy a estarlo? No creo que haya mujer en este mundo que pueda concebir un hijo de esa manera. ¡Me das asco!

Se levantó y huyó de la veranda a su dormitorio. No dormiría nunca más allí. No compartiría nunca más esa habitación con él.

Él la había seguido.

–Charlotte, quizás estuve ayer algo impetuoso. –Extendió las manos como un sacerdote que invoca a Dios–. Pero sabes cómo poner furioso a un hombre. Simplemente tienes que portarte mejor, más como todo el mundo espera de una esposa.

«¡Qué locura! –pensó Fanny–, se cree verdaderamente lo que dice, y si le pregunto en qué consistió la impropiedad de mi conducta, él lo contemplará o bien como una confesión de culpa o como una señal de que no tengo ni idea y de que necesito que me eduque. Y si le pregunto si es acaso correcto que los maridos se comporten de esa manera tan brutal, él verá en mi pregunta una señal de mi desfachatez. ¿Qué puedo decirle entonces?» De repente se acordó de cómo John la había llevado en brazos en la playa de Swakopmund, con mucha delicadeza y amabilidad. Estaba segura de que él era incapaz de maltratar a una mujer, tenía demasiada dignidad como para una cosa semejante. Sí, era una indignidad que un marido violara a su mujer.

–Supongo –en la voz de Ludwig oscilaba un deje triunfalista– que tu silencio significa que te das perfecta cuenta de que tengo razón.

–No, te equivocas, Ludwig. Tu comportamiento frente a mí es irrespetuoso y ofensivo. Aunque me dijeras que tus padres te enseñaron muy pocas cosas del Nuevo Testamento, sin embargo, sí deberías saber que es inaceptable ocasionar sufrimiento a los demás.

–Si es por su bien, por supuesto que sí –objetó él.

–Lo que has hecho... –Fanny enmudeció. «Pero bueno», pensó, «no estoy haciendo otra cosa que andarme por las ramas, tengo que llamar a las cosas por su nombre por monstruosas que sean.» Respiró hondo y le replicó escupiendo las palabras–. Esta infame violación no ha sido por mi bien, ni lo será nunca. No soy un perro ni tampoco deseo que me traten de esa manera. Ya me lo hiciste una vez. Por aquel entonces, en el *pad* pensé que era el alcohol lo que sacaba lo peor de ti, pero ahora sé que te da placer. Si lo vuelves a hacer, te dejaré.

Fanny no había acabado de hablar y ya estaba Ludwig riéndose con sorna y preguntándole que adónde quería ir.

–¿Al desierto de Namibia? ¿Al de Kalahari? ¿De vuelta a Berlín?

–Ya encontraré adónde. Quizá vaya a hacerle una visita al juez en Windhuk o quizás al amigo misionero de tu padre. Y en todas partes contaré que solo sabes montar a las mujeres con violencia.

–¿Me amenazas? –Su mirada era tan asesina que a Fanny le recorrió un escalofrío por la espalda y notó que las rodillas le temblaban.

Ludwig estaba pálido de cara, y tenía los puños cerrados.

–¡Nadie me amenaza!

Otra palabra mal dicha, eso fue lo que percibió Fanny, y su matrimonio habría fracasado, los dejaría a los dos cociéndose a fuego lento en la antesala del infierno. Lo mejor era sosegarlo en lugar de azuzarlo en su contra. Fanny avanzó un paso en dirección a su marido.

–Ludwig –dijo ella intentando esbozar una sonrisa–, Ludwig, nadie te está amenazando. Me has herido mucho, y te ruego que no vuelvas a hacerlo. Así me siento. Quiero concebir a tus hijos varones con amor y alegría, y quiero que crezcan en un hogar pacífico. ¿Cómo iban a ser si no personas civilizadas? –Se despreció a sí misma por su comportamiento sumiso y servil, pero mientras no dispusiera de ningún plan realista, necesitaba que él estuviera a buenas con ella.

Los puños de Ludwig se relajaron, y el color regresó a su cara. Tragó saliva varias veces con tal intensidad que Fanny no pudo menos que fijar la vista en su nuez de Adán; a continuación, se mordió el labio superior apenas visible.

–Charlotte –dijo él finalmente con la voz ronca–. No sé lo que me ha sucedido. –Se cubrió la

cara con las manos-. De repente me imaginé algo así como que eras mi peor enemigo, que solo estabas aquí para humillarme. Pero ahora soy consciente de que te he tratado inadecuadamente. Tienes razón: como madre de mis futuros hijos tengo que tratarte con todo el respeto. Lo siento.

Esa mañana misma se habría dado Fanny por satisfecha con esa disculpa, incluso habría sentido compasión por la falta de control de él sobre sí mismo, pero ahora ya no le era posible. Percibía ciertamente el tono serio y la importancia que él había dado ahora a sus palabras, pero eso no cambiaba nada, ella debía mantenerse ojo avizor frente a él si quería continuar sana en cuerpo y alma.

Él se acercó a ella y la tomó en brazos, ahora con una delicadeza y un cariño sorprendentes, como si nunca hubiera sucedido nada, pero su abrazo ya no alcanzaba el corazón de ella.

Durante las siguientes semanas, Ludwig estuvo tan amable y respetuoso con Fanny que a esta le entró el miedo. No conseguía conciliar esas dos caras de Ludwig, en su pecho debían de habitar dos almas. De todos modos, él seguía criticando su manera de tratar a los criados porque le parecía que una Charlotte Falkenhagen no debía rebajarse tanto en el trato con ellos.

Al cabo de una semana volvió a acostarse él a su lado en la cama, se esforzaba mucho en ser cariñoso, y si Fanny no deseaba que la tocaran, él desistía enseguida. Eso le hizo recuperar un poco la confianza a ella, y al cabo de algún tiempo le consintió otra vez todo. No obstante, un pequeño resto en ella permanecía siempre vigilante.

Ludwig conocía sus ciclos mejor que ella misma, y esta vez volvió a quedar decepcionado cuando le vino la regla. Solo a duras penas conseguía ocultar su disgusto.

Entretanto, Fanny se había hecho con las riendas de la granja, y Ludwig estaba orgulloso de sus habilidades. Cuando venía alguna visita por sorpresa, Fanny no tenía más que acudir a su despensa llena y estaba en disposición de llevar deliciosos manjares a la mesa. Eso se comentó en todas partes, y así comenzaron a tener visitas más frecuentes, de soldados, de viajeros de comercio y, por desgracia, también de Hermann, que no se cansaba nunca de importunar a Fanny con preguntas molestas.

Por suerte, Ludwig estaba siempre presente cuando Hermann aparecía, y Fanny esperaba que Hermann no viniera nunca cuando ella estuviera sola.

También Daphne aparecía con mayor frecuencia, la mayoría de las veces les pedía medicinas para la misión. Había realizado una formación como enfermera, y Fanny aprovechaba toda ocasión para hablar con ella sobre la asistencia médica y el cuidado a los enfermos para profundizar en el conocimiento que ella había adquirido en el convento. Sin embargo, Daphne solo se volvía locuaz cuando Ludwig se hallaba cerca. Ludwig, en cambio, enmudecía por completo en presencia de Daphne.

Entretanto ya era junio, y Ludwig había partido hacia Mariental para comprar allí algunas ovejas damara a un comerciante con quien había entablado amistad. Esas ovejas necesitaban menos forraje que las vacas y además daban un pelaje muy bonito que se vendía a buen precio.

También Fanny tenía en mucho aprecio a esas ovejas porque del rabo se obtenía una buena grasa para cocinar. Para ello, Fanny les cortaba el rabo justo después del sacrificio, lo cortaba en pedazos y lo estofaba. Retiraba la grasa que se formaba y la utilizaba como una especie de sucedáneo de la mantequilla. Una vez, por darle un gusto a Ludwig, intentó hacer mantequilla ella misma agitando la nata en un tarro hermético, pero le resultó una tarea muy ardua y, además, se imaginó que hacía el ridículo porque Martha y Grace apenas podían contener la risa al verla. Su intento de que se encargaran de la operación ellas dos fracasó estrepitosamente porque, o bien se les caía el tarro de las manos, o bien probaban el resultado con tanta frecuencia para ver si la nata se había convertido ya en mantequilla que al final no quedaba apenas nada. A Fanny la habrían tenido castigada en el convento durante varios días si se hubiera portado con la indisciplina y la desgana de Grace y de Martha. Era plenamente consciente de que las dos se hacían las cándidas

para oponerse a sus instrucciones, pero no sabía cómo modificar esa conducta a pesar de que Ludwig y también Maria von Imkeller, quien continuamente la bombardeaba con misivas, tenían a mano una sencilla solución al respecto. Maria le describió con todo género de detalles lo fácil que era adiestrar a sus criados, esto es, con la fusta. Pero Fanny rechazaba ese método. Jamás haría a otros lo que le habían hecho a ella en el convento.

Algo en su alma entendía a Martha y a Grace. ¿Por qué debían trabajar para ella partiéndose el lomo si podían hacerse las cosas de otra manera? Sus tribus habían sido tribus nómadas libres hasta que llegaron los misioneros y luego los comerciantes, para enseñarles la «verdadera» cultura y convertirlos en buenos cristianos. «¿Con qué derecho? –solía pensar Fanny–, ¿con qué derecho?»

En secreto deseaba poder pedirle consejo a John, pero nunca lo veía por allí. Cuando un día le preguntó a Ludwig por él, su marido reaccionó con tanto disgusto que ella se propuso no volver a preguntarle más.

Una y otra vez veía en las caras de los indígenas que consideraban superfluos muchos de los trabajos. A veces, Fanny se preguntaba también por qué tenían que andar todos en aquellas tierras polvorientas vestidos con ropas blancas que inmediatamente se ensuciaban, o por qué querían comer todos papas que no se cultivaban allí. El corsé, que después de su vida en el monasterio había considerado una liberación, ahora le parecía la prenda de vestir más estúpida imaginable, pero Ludwig daba mucha importancia al hecho de que ella tuviera una apariencia «civilizada». También los criados debían tener una apariencia lo más alemana posible, lo cual, a ojos de Fanny, era algo imposible y superfluo, y lo único que hacía era aumentar la colada innecesariamente. Fanny había echado el ojo a los vestidos de alegres colores de las mujeres herero que llevaban ceñidos a la cintura, al estilo victoriano, y caían abombados desde el talle al suelo. Ludwig la habría declarado loca de atar.

A pesar de que Fanny no conseguía «enderezar por el buen camino» a sus criados, sí había algunos trabajos que estos hacían con agrado. A Grace le hacía gracia levantar el polvo en las habitaciones con el plumero y lavar la ropa en abundante agua con espuma y luego tenderla. Martha, que había castigado a Fanny al principio con el desprecio, se reveló una cocinera notable. Adoraba amasar la masa para el pan y, sobre todo, comérselo. Después de que Fanny viera una vez lo habilidosa que era Martha en moldear el pan con figuras de animales, se le ocurrió la idea de comprarle arcilla y pedirle que modelara figuras con ella. Martha, tras un titubeo inicial, hizo lo que le pedían con un entusiasmo creciente. No disponían de horno, pero el sol secaba las figuras lo suficiente de modo que podían venderlas a viajeros de comercio. Fanny observó que Martha modelaba una y otra vez a mujeres en avanzado estado de gestación, lo cual le resultaba extraño. ¿Acaso los criados estaban al tanto también de la fertilidad de su señora? ¿Se trataba de fetiches africanos que debían ayudarla a quedarse encinta?

No se atrevió a preguntárselo directamente a Martha, y le pidió a Grace una explicación. Grace no quiso al principio revelar ningún detalle, pero finalmente le contó que Martha había parido dos hijos que le fueron arrebatados por negreros a los pocos meses del parto. Fanny se quedó horrorizada y quiso hablar sobre este asunto con Ludwig, pero a este le pareció que ya había salvado a Martha pagando un precio por su rescate para que trabajara para Fanny. Y también le pidió otra vez que dejara por fin de darle tanta importancia a los cuchicheos de los criados.

Sin embargo, Fanny pensaba lo contrario e incluso estaba convencida de que no solo era bueno hablar con ellos, sino también aprender su idioma.

Grace enseñó a Fanny algunas palabras de su lengua, el *khoin-khoin*, que, tal como explicó a Fanny, significaba «los seres humanos verdaderos». Cuando Fanny intentaba reproducir los sonidos chasqueantes de los nama, Martha, Grace y Zach se partían de la risa.

De todas formas, Fanny había aprendido ya a decir «muchas gracias», lo cual era fácil porque no había ningún sonido chasqueante: *kai aios*. Contar hasta tres era ya mucho más difícil. «Uno» sonaba algo así como «tlgiu», «dos» como «tlgam», «tres» como «tssnona». A modo de intercambio, Fanny había enseñado a Grace y a Martha algunas palabras del bávaro, como por ejemplo *Oachkatzlschwoaf* que en alemán es *Eichhörnchenschwanz*, o sea, «cola de ardilla». Como es natural, ella solo lo hacía cuando Ludwig no estaba cerca, porque se habría sorprendido de que una berlinesa conociera tales palabras.

Fanny estaba preparando *biltong*, carne seca, pues Ludwig había cazado un kudú el día anterior, la víspera de su partida, cuya carne debía poner en conserva para que no se echara a perder. Para tal fin había cortado la carne del kudú en tiras de hasta dos o tres centímetros de ancho y había mezclado cada kilo de carne con veinte gramos de sal, cuarenta gramos de cilantro y dos gramos de azúcar moreno, y dejó la mezcla al sereno toda la noche. Estaba enseñando a Martha y a Grace cómo debían colgar las tiras para secar en la cuerda de tender la ropa, cuando oyó acercarse un caballo al galope. Ludwig había partido esa mañana, no podía estar de vuelta con tanta rapidez. ¿O acaso se había olvidado de algo?

La pulsera de Fanny emitió calor, y de pronto supo quién se escondía tras la nube de polvo que rodeaba al jinete. Era John, a quien hacía semanas que no veía porque Ludwig lo enviaba continuamente a inspeccionar sus tierras.

Cuanto más se iba acercando, fue percibiendo con mayor claridad, además del ruido machacón de las herraduras, unos gemidos desgarradores.

A ella le había sorprendido que Ludwig partiera a Mariental sin John, tan solo con Hendrik y algunos pastorcillos. Ludwig le había explicado lo importante que era que su administrador permaneciera allí para mantener el orden, porque estaba convencido de que se desataría el caos en cuanto él volviera la espalda a su hacienda. Le recordó con apremio a Fanny lo del revólver y le pidió que se asegurara de que funcionaba sin problemas y de que estaba bajo su almohada listo para disparar.

Los gemidos venían de una niña que iba a lomos del caballo de John, que saltó, la tomó cuidadosamente en brazos y se dirigió hacia Fanny.

Fanny corrió a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Necesitamos ayuda. —John estaba sin aliento.

—Ludwig no está aquí —tartamudeó Fanny—. ¿En qué puedo ayudar?

—No lo sé con exactitud. Esta es Kajumba, es la hija predilecta de Zacharias, el jefe herero que es importante para Ludwig porque quiere comprarle algunas tierras. Está enferma.

Fanny contempló a la niña, que tendría como mucho ocho años, y se sorprendió de que el jefe de una tribu de los herero mandara llevar a su hija a un médico blanco.

—Pero Ludwig no está aquí —repitió ella, y se preguntó qué mal podría afectar a la pequeña.

—No queríamos ir a la consulta de él, sino que queremos la ayuda de usted.

—¿Mi ayuda? —Fanny observó con desasosiego que se habían acercado hasta allí Grace, Martha

y Zach, y con ellos también todos los que trabajaban en la casa y en los establos. Sí, cierto, ella había ayudado a algunos negros en algunas curas insignificantes, pero esa criatura tenía una pinta terrible de debilidad y enfermedad. Al observarla con más detalle vio que tenía un pie muy hinchado.

–Bien, vayamos a la consulta de Ludwig –dijo ella apresurándose. Solo deseaba librarse de tanto espectador, pues si aquello llegaba a oídos de Ludwig, estaba segura de que le crearía un buen disgusto.

John la siguió y depositó a la niña encima de la camilla.

–¿Por qué no la han tratado con la medicina tradicional de los herero? ¿O por qué no le ha echado un vistazo la madre de usted, John?

–Ya la han tratado con medicina herero –dijo John furioso –, pero el jefe del clan dejó que la mirara un curandero incompetente que la estuvo olisqueando.

–¿Olisqueando? –preguntó Fanny–. ¿Qué significa eso?

–Significa que ese tipo se puso a oler a la pequeña como un perro hasta que los rabos de ñu que llevaba al cuello se movieron. En el aliento de la niña decía él que había encontrado pruebas de que la niña había abusado de sus antepasados y que estos le habían enviado este mal como castigo.

–Pero ¡si no es más que una niña! –exclamó Fanny haciendo un gesto de incredulidad con la cabeza.

–Eso es –le dio la razón John–, esta niña no es responsable todavía de sus actos. Mi madre habría sabido exactamente lo que hay que hacer, pero ese mismo curandero afirma que mi madre practica la magia negra, y por ello Zacharias, el jefe de la tribu, me ha mandado a usted. Además... –los labios de John se deformaron con una risita– ha oído decir que usted puede hablar con los poderes del cielo.

A Fanny se le subieron los colores a la cara.

–¡Qué bobada!

–Bueno, yo estuve presente –dijo John con un gesto afirmativo de la cabeza–. Pero bueno, basta de ese asunto, ¿qué le pasa a la niña?

Fanny tocó la frente de la niña y se estremeció del susto. Tenía la misma temperatura que Charlotte poco antes de morir. La niña tenía una fiebre muy elevada, peligrosa. El miedo contrajo el estómago de Fanny. ¿Qué ocurriría si esa niña moría entre sus manos? Eso podría conducir a graves disturbios entre los negros.

–¡John, yo no soy médica!

–¿Quiere usted que muera?

La pregunta de John sonó tan insistente que Fanny cedió y se fue a buscar la lupa al escritorio de Ludwig para poder examinar mejor el pie. Entre los dedos había una pústula grande, y estaba segura de que ahí tenía que haber por fuerza algo que produjo la inflamación. La niña respiraba aceleradamente. Fanny posó una mano en el pecho de la niña para tranquilizarla. Estaba ardiendo.

–Ha pisado alguna cosa –dijo Fanny– que le ha provocado una inflamación muy fea. John, ¿por qué no le aplica el mismo ungüento que me aplicó a mí cuando la picadura del escorpión?

John tiró de la mano de Fanny, que estaba sobre el pecho de la niña, la mantuvo firme entre las suyas y se la llevó luego al pecho, lo cual obligó a Fanny a mirarlo a la cara.

–Porque ya lo hemos intentado. Kajumba reacciona con excesiva intensidad al *omukaru*, enseguida se le forman ronchas por todo el cuerpo. Y ahora Kajumba está luchando con la muerte, necesita ayuda urgente. Y estoy convencido de que usted puede salvarla. –La miró con gesto de súplica.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

–No me importa que se ría, pero le diré que lo he soñado. Y mis sueños no mienten.

–¿Está ahora hablando por usted su pierna de europeo o la pierna zulú? ¿O se lo han susurrado sus antepasados al oído? –Fanny retiró su mano. ¿Qué tonterías estaba diciendo ella? Debería ocuparse de la niña y dejarse de chácharas–. Bueno, todo eso es igual ahora –se apresuró a añadir–. Me temo que hay que retirar ese agente nocivo, pero no sé si sabré hacerlo, ni si esa es una vía equivocada o no.

–Haga lo que haga usted, sé que será lo correcto.

Ella se preguntó lo que haría Ludwig en esa situación, pero todo lo que se le pasaba por la cabeza le servía de bien poco, porque Ludwig se habría negado siquiera a mirar a la niña. Ya le resultaba desagradable tratar a los indígenas que pertenecían a la granja como para tratar a los de fuera. A los negros desconocidos los habría rechazado de inmediato alegando que eso no era más que un derroche de medicamentos caros.

La niña profería gemidos fuertes y se contorsionaba con mayor violencia.

¿Y si fuera su propia hija? Fanny era consciente de que si no emprendía ninguna acción, la niña moriría. Tenía que intentarlo aunque quizá no lo lograra y luego la gente anduviera por ahí diciendo que la mujer blanca había matado a la hija del jefe de una tribu. ¿Qué razón había para titubear ante un caso así? ¿Cómo era posible que se hubiera vuelto una cobarde en el escaso tiempo que llevaba casada?

Por fin se puso en marcha, buscó la quinina para administrársela contra los dolores y la fiebre, y el agua boricada para desinfectar la herida. Además iba a necesitar un escalpelo. Antes tenía que lavar el pie. Llamó a Martha para que le calentara agua y le trajera toallas limpias, y entonces se dirigió de nuevo a John.

–Tiene que sujetarla con firmeza porque no tengo nada con que anestésicarla, ni éter, ni cloroformo. –Fanny se detuvo, era terrible someter a la pequeña a más dolores. «Ron», se le ocurrió entonces, todavía quedaba algo de ron en la despensa. Lo había guardado para hacer conservas de frutas en ron, pero ahora había que sacrificarlo.

Llamó a Grace y le encargó que fuera a buscar el ron. A continuación, se puso un delantal porque seguramente le salpicaría la herida cuando aplicara el escalpelo.

Excepcionalmente, Grace regresó al cabo de muy poco tiempo con la botella de ron, y Fanny se lo administró a la niña esperando que no lo vomitara acto seguido.

Entonces vino también Martha con el agua y las toallas. Martha y Grace permanecieron de pie con ganas de presenciar aquello, pero Fanny les mandó que se fueran.

John la ayudó a lavar y a secar el pie de Kajumba.

Nadie pronunciaba una palabra. Solo podía oírse el jadeo agitado de la niña. Fanny volvió a lavarse las manos, tomó el escalpelo con la mano derecha, agarró el pie con la izquierda y percibió cómo la pulsera en ese brazo de pronto le pesaba toneladas, como si quisiera impedir que ella hiciera lo que estaba a punto de hacer. «Tonterías.» Se sacudió el brazo izquierdo.

«Imaginaciones.»

No, el brazo seguía pesándole mucho y se volvió aún más pesado. ¿Qué le importaba a ella eso? Solo necesitaba el brazo derecho. Alzó de nuevo las manos para sujetar el pie con la izquierda y aplicar el escalpelo con la derecha, pero el brazo izquierdo lo tenía ahora como paralizado. A Fanny le corrían las gotas de sudor por la espalda, y los latidos de su corazón aturdían sus oídos unidos a los gemidos de la niña. ¿Qué significaba aquello?

John le dirigió una extraña mirada, se acercó a ella, le agarró el brazo izquierdo y a continuación la pulsera.

—¡No, eso no! —dijo ella, pero para sorpresa propia no se resistió.

Nadie había conseguido retirarle nunca lo más importante de su vida, siempre había defendido sus perlas como una leona. Nunca se había quitado ella misma la pulsera, al menos no desde que tenía uso de razón, ni siquiera bajo los peores castigos de Seraphina. Una única vez se le había resbalado por el brazo, y fue el día de su llegada a Keetmanshoop.

Y ahora estaba ahí de pie, como fosilizada, y miraba cómo John le retiraba la pulsera de abalorios y se lo ponía a la niña en la palma de la mano, luego le cerró los dedos por encima y le susurró algo al oído.

Finalmente hizo una seña a Fanny con la cabeza. Fanny se sintió desnuda sin las perlas. Sin embargo, al volver a alzar las manos, sintió que le recorría una energía increíble, y los brazos tenían ahora la misma gravidez. En ese instante supo que Kajumba iba a sobrevivir. Por ese motivo se atrevió a cortar con cuidado la piel de la niña con el escalpelo.

Poco después ya había retirado el agente patógeno. Se trataba de la espina de una acacia que crece por todas partes y cuyo nombre africano significaba «la acacia terrible» y se debía a sus espinas largas. Retiró la espina, dejó que fluyera el pus, cortó la carne corrompida y desinfectó todo con abundante agua boricada.

John sujetaba a la niña. Para sorpresa de Fanny no tuvo que emplear apenas fuerza, pues la niña permaneció echada como si estuviera anestesiada. Finalmente, Fanny puso un poco de pomada boricada sobre un trozo de gasa, cubrió la herida con la gasa y envolvió el piececito con una venda de gasa más sólida.

Espiró todo el aire de sus pulmones, se dejó caer, agotada, en una silla y contempló a John y a la niña. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que había sudado y la intensidad de los latidos de su corazón. Esperaba haber actuado correctamente.

—Nos hemos merecido un té. Fanny se quitó el delantal que estaba lleno de salpicaduras amarillas y rojas, y llamó a Grace. Grace llegó tan rápida a su llamada que Fanny estaba segura de que Grace, Zach y Martha habían estado esperando detrás de la puerta para ver qué pasaba. Fanny le encargó que sirviera afuera té para John y para ella. Luego se lavó las manos y la cara sudorosa. Echaba desesperadamente de menos su pulsera. Así que se secó las manos y se fue hasta la niña, que ahora respiraba sosegada y regularmente. Con cuidado agarró la mano de la niña, que seguía manteniendo sujetas las perlas en su puño, y se las quitó. Se sintió aliviada con los abalorios de nuevo en su brazo izquierdo, como si solo ahora volviera a ser una persona entera.

—¿Por qué significan tanto esas perlas para usted? —preguntó John, que la había estado observando.

—En el lenguaje de usted se diría tal vez que porque son de mis antepasados y pueden hablar conmigo.

John sonrió.

–Aprende usted con rapidez. Se lo pregunto porque también mi madre tiene algunas de esas perlas en su collar mágico.

–¿Su madre? –repitió Fanny perpleja. John asintió.

–Me gustaría presentarle a mi madre. Cuando le dije que usted tenía unas perlas así, no me quería creer –dijo señalando las perlas mágicas de Fanny.

Tenía que estar equivocado por fuerza, eso era imposible. ¿Por qué motivo iba a tener su madre unos abalorios como los suyos?

–Pero únicamente estas amarillas de aquí son perlas africanas –dijo Fanny señalando con el dedo las cuentas cónicas de color amarillo apagado con unas finas rayas blancas y azules–. Las rojas son cuentas de Bohemia, pero estas de aquí, las de los destellos blancos, nadie sabe con exactitud de dónde proceden. Es imposible que su madre pueda tener estas perlas. Yo misma solo vi una vez en mi vida unas parecidas, y eso fue en el convento de... –Se interrumpió y la garganta se le contrajo. Debía de haberse vuelto loca, ¿cómo se le ocurría mentar el convento?

–¿Sí? –John la miró con gesto de curiosidad.

–Nada. Seguramente debe de estar ya listo el té. Deberíamos salir –dijo señalando la puerta.

–No deberíamos tomar juntos ningún té –dijo John–. Su marido podría pensar que no tengo nada que hacer en cuanto él se marcha de la hacienda.

Fanny iba a contradecirle, pero entonces fue consciente de que John había valorado correctamente a su marido.

–Tiene usted razón –cedió ella–, seguramente hay puñados de cosas por hacer. ¿Y qué sucede ahora con Kajumba?

–Estaría bien que pudiera quedarse un poco más aquí. Yo vendré a por ella mañana. –La miró a los ojos con gesto inquisitivo.

Fanny asintió, aunque no sabía dónde iba a dormir la niña.

–¿Y dónde puedo dar con usted en el caso de que sucediera algo con la pequeña?

–Estoy seguro de que Kajumba volverá a estar bien gracias a su ayuda. De manera oficial vivo en ese edificio anexo de ahí detrás –dijo señalando las ventanas en donde Fanny lo vio el primer día–, pero no suelo estar ahí. Afuera, en los prados, hay muchas cosas por hacer. Si lo desea, puedo quedarme entonces cerca de la pequeña. –Le tendió la mano–. Le doy las gracias.

Fanny deseaba que no se fuera, y esperaba que se le ocurriera un motivo apropiado. Seguía ante ella con la mano extendida. Ella se la estrechó. Allí donde la palma de su mano tocó la de él se expandió un escalofrío agradable que recorrió su cuerpo, y fue una sensación tan agradable que le dio miedo. Soltó rápidamente la mano de él, como si se hubiera quemado en el roce.

–El té... –dijo, y no tuvo más remedio que carraspear–. Me espera el té.

–Le sentará bien. –John la saludó con la cabeza y salió de la consulta.

Fanny volvió a echar un vistazo a la niña, que para entonces dormía como un tronco; puso todas las cosas en su sitio y se fue corriendo al porche.

Se sentó en una de las sillas de mimbre y bebió apresuradamente el té que le había servido Grace. Miró en la lejanía.

«Charlotte –pensó–, ¿qué dirías tú de todo esto?» Aspiró la brisa cálida que allí fuera era seca

y polvorienta y que despedía un ligero aroma dulzón a miel. Grace y Martha la miraban fijamente con aire de curiosidad, y cuando Fanny se dio cuenta se recogió los rizos del pelo húmedo que se habían soltado de los nudos durante la operación, y les hizo una señal con las manos.

–¿Qué ocurre? ¿Por qué me miráis así?

–No es nada –dijo Grace.

–Nuestra Missi ha hecho magia de cura a la niña –constató Martha en un tono que Fanny no supo dónde clasificarlo.

–Tonterías, solo le he puesto un poco de medicamento al pie enfermo.

–Lo hemos visto todo por la ventana –intervino ahora Grace–. Missi es mejor médico que Míster.

Fanny se quedó helada. No debían llegar para nada esos chismes a oídos de Ludwig.

–Eso es una tontería, y vosotras lo sabéis. Las enfermedades no las contraen los seres humanos ni desaparecen por obra de la magia. Se originan por las bacterias o por falta de higiene. ¿Habéis preparado y tendido el *biltong* que estábamos haciendo antes?

Las dos se miraron con los ojos como platos. Fanny dio unas palmadas.

–Vamos, vamos, entonces no hay nada mejor que ponerse a trabajar. Y lavaos antes las manos.

Se recostó tan firmemente que la silla de mimbre crujió. Se tocó la pulsera. Antes casi había estado a punto de delatar a John su verdadera identidad. Gracias a Dios supo cerrar la boca a tiempo.

Ahora, después de haber mencionado lo del convento, volvió a recordar con toda claridad cómo había descubierto allí las perlas que tenían el mismo aspecto que las suyas. Suspiró, pues fue la primera pista que ella siguió, cuenta a cuenta, y que, en definitiva, la había conducido hasta allí, a ese amplio y cálido país. Cerró los ojos y vio todo ante ella con muchísima claridad, como si hubiera sucedido ayer.

Fue el año en el que cumplió catorce años, en mitad del invierno, la semana anterior a la Nochebuena. Había nevado mucho antes de lo acostumbrado formando esculturas heladas en el huerto del convento. Fanny se estremecía con ese recuerdo y disfrutaba del sol del mediodía que calentaba su piel ahora en la veranda también con más fuerza de lo acostumbrado.

Ese invierno, los entierros estuvieron prácticamente en cada orden del día, y Fanny se comportó siempre en ellos con calma y dignidad. Sin embargo, aquella mañana se convirtió ella en un puro sollozo porque iban a llevar a la sepultura a sor Lioba, que había sido la única monja que siempre tuvo algunas palabras de amabilidad para Fanny. El llanto de Fanny se mezcló con la larga y prolija arenga con la que Seraphina torturaba a sus otras hermanas. Y por instantes, los lamentos de Fanny sonaban incluso más altos que las alabanzas de Seraphina al Señor. Nada más acabar el funeral, la madre superiora llamó a Fanny y la riñó con dureza sermoneándole si pretendía cuestionar con su lloriqueo la sabia providencia de Dios, pues Lioba era una anciana y estaba enferma, pero claro, Franziska no estaba de acuerdo con que Dios, el Señor, se llevara consigo hacia la luz eterna a su sierva Lioba...

Por esa desobediencia encerraron a Fanny en una de las capillas laterales con el encargo de fregar el suelo de piedra y de limpiar todas las reliquias y obsequios que el convento recibía por la misa del gallo. Solo se le permitiría salir de allí cuando todo brillara como una patena.

En la capilla lateral hacía tanto frío que la cruz del altar quedaba recubierta de escarcha si Fanny no secaba rápidamente con un paño la parte que había fregado con el trapo mojado. Sus pies estaban como ateridos por el frío, y desde el suelo de piedra ascendía una corriente helada que se le introducía por debajo del hábito. Ya había limpiado y sacado el brillo a innumerables cálices y cruces cuando descubrió en la parte de atrás de un estante un rosario de cuentas que tenían un brillo misterioso.

Fanny sintió un escalofrío por todo el cuerpo, y esta vez no era por culpa del frío. Se le erizó todo el vello. Involuntariamente miró a la puerta, percibió de una manera instintiva que Seraphina haría todo lo posible por impedir que ella inspeccionara las cuentas con más atención. Se acercó a las cuentas con extrema veneración, como si fueran la santa Madre de Dios. Captaban todos los rayos de luz en aquella capilla sombría y despedían unos destellos tan bellos como los de la pulsera de Fanny. Cuando se plantó delante de aquellas cuentas, se frotó los ojos por miedo a estar sufriendo una alucinación con aquel destello anacarado de arcoíris que dependiendo de la incidencia de la luz podía transformarse en una magnífica puesta de sol. A Fanny le temblaron las manos cuando finalmente se atrevió a tocar aquel rosario. Sonó un ligero siseo cuando puso el rosario en su brazo junto a la pulsera. Las cuentas eran idénticas. El rosario era valioso, bonito y espantoso a la vez. En su extremo se balanceaba una pesada cruz de oro engastada en negro, luego venían tres cuentas doradas del grosor del pulgar, luego una calavera tallada en hueso, luego diez cuentas mágicas, luego otra calavera. Esta sucesión se repetía cuatro veces. A ella la horrorizaron las calaveras que parecían reír. Por este motivo rezó enseguida un rosario, y con cada cuenta que movía entre los dedos fue sintiendo su corazón más ligero. Se dio cuenta de que había dado con

una primera pista. Ese descubrimiento le sería de gran ayuda con toda seguridad cuando tuviera que dejar el convento en el transcurso de cuatro años.

Del rosario colgaba un letrero con una inscripción en una letra desgastada, muy temblorosa, cuyo desciframiento le costó un gran esfuerzo. «Eterno agradecimiento de nuestro Señor y Dios – leyó Fanny–, por la salvación de nuestra hija Rosina a través de la Santa Virgen. Donado por su indigna y muy pecadora sierva Josefa Aschenbrennerin, de Grainet, en el año del Señor de 1699.»

Fanny se había sentado en los escalones del altar y se preguntó una y otra vez si ese rosario tenía algo que ver con sus orígenes o no. No habría imaginado nunca que las cuentas de su pulsera fueran tan antiguas. Le habría gustado llevarse consigo el rosario y ocultarlo debajo de su almohada, pero sabía que eso era una simpleza. Continuamente la registraban, a ella y sus pertenencias. Por ese motivo tenía que encontrar un lugar en la capilla donde pudiera esconder el rosario y verlo cuando quisiera. Finalmente hundió el rosario en un enorme cáliz de la eucaristía, con la esperanza de que Seraphina no lo utilizara nunca. La pompa era un horror para Seraphina.

La noche siguiente soñó con el rosario, las calaveras se habían revestido de piel, se habían convertido en caras, caras de hombre, y hablaban, luego cuchicheaban, y de ahí se originó ese tono cantarín que ya conocía de sus otros sueños. El canto pasó a convertirse en un avemaría que procedía de una iglesia que parecía estar construida sobre las aguas.

Posteriormente, Fanny descubriría que la ciudad en la que estaba la iglesia existía en realidad y que la llamaban Venecia.

Tras tener ese sueño, ella estaba completamente segura de que la donante Josefa tenía algo que ver con ella, aunque no podía explicar el qué. Y a partir de entonces, Josefa Aschenbrennerin fue una especie de supuesta tatarabuela para ella. Fanny se inventaba historias de en qué podía haber consistido la terrible desgracia de la que Dios había salvado a Rosina, la hija de Josefa.

Comenzó a interesarse por la historia de Baviera para saber más cosas sobre Grainet y los Aschenbrennerin. Averiguó que Grainet se hallaba en la región del Bayerischer Wald, y ciertamente en una famosa zona de talleres de vidrio en la que había muchas «casas de vidrio» donde se habían fabricado cuentas de rosario.

Fanny, después de su formación en el convento, tuvo que trabajar dos años como maestra para las franciscanas para devolver a las hermanas algo por su esfuerzo en educarla y formarla. Durante ese tiempo, ella siguió realizando sus investigaciones.

Cuando por fin pudo ir a Grainet, sus esperanzas sufrieron una gran decepción, pues en el registro parroquial del lugar solo pudo averiguar que había existido una familia Aschenbrenner. El párroco, que era un apasionado historiador, le aclaró que Aschenbrenner era un apellido muy frecuente en la región del Bayerischer Wald, porque ese apellido no era otra cosa que la denominación de una profesión. El Aschenbrenner era aquel que producía las cenizas que se requerían para la fabricación del vidrio, pues la mezcla con la que se fabricaba el vidrio consistía en arena de cuarzo y cenizas. Estas se obtenían de los troncos de las hayas en un proceso muy laborioso. Cuando ya no quedaba madera para la obtención de las cenizas, los hacedores de cenizas se mudaban al siguiente bosque. Y así, el rastro de su familia Aschenbrenner se perdía en la nada.

Esas informaciones no fueron lo que se dice alentadoras para Fanny, pero el párroco pudo

seguir sirviéndole de ayuda, ya que fue él quien reconoció que las cuentas rojas de su pulsera eran de Bohemia. Eso volvió a renovar las esperanzas de Fanny, porque a pesar de todo se hallaba sobre la pista correcta. Pasó por todas las ciudades fronterizas entre Baviera y Bohemia en las que se producía vidrio y mostró a todos los comerciantes de vidrio sus abalorios mágicos, pero nadie había visto antes algo similar, hasta que, al cabo de un año, un comerciante de vidrio le dio finalmente una indicación concreta, un pequeño cuadro pintado al óleo con la imagen de una boda en la que la novia llevaba un collar con esas mismas cuentas de un brillo extraño. En el dorso ponía en una letra apenas legible: «Enlace matrimonial de la hacedora de cenizas, Rosina, con Clemens Koller, en Grainet.» El propietario de la tienda le explicó que había adquirido el cuadro del legado póstumo de la famosa familia de los Poschlinger, que se había dedicado a la manufactura del vidrio pero que por desgracia se había extinguido, y se lo vendió por el poco dinero que ella tenía por aquel entonces. Tuvo que prometerle, además, que rezaría todos los viernes por la salvación de su alma. Sus investigaciones posteriores arrojaron a la luz que la última hija de los Poschlinger se había ido a Sudáfrica con un misionero. Esa pista le pareció en ese momento demasiado imprecisa como para seguirla.

Entonces llegó al convento el padre Gregor, un misionero que buscaba maestras para el África, y reconoció inmediatamente sus abalorios amarillos como abalorios africanos, y también sabía que se utilizaban, especialmente en el sur de África, como amuletos protectores. Justo cuando Fanny iba a preguntarle dónde se producían esos abalorios en África, él señaló sus cuentas de vidrio mágicas y le suministró una pista más. La esposa de un colega misionero en las proximidades de Windhuk poseía un rosario en el que brillaban unas cuentas iguales. Por ese motivo se acordaba él también de esa pieza especial. A partir de entonces, Fanny estuvo completamente segura de que encontraría en el África del Sudoeste Alemana la clave de sus orígenes.

Fanny suspiró y se sacudió los recuerdos. Todo eso quedaba ya muy atrás en el tiempo. Sintió frío. Entretanto, el sol ya no estaba en el cénit, y cuanto más descendía en su carrera, más fresca era la temperatura.

Se levantó para ir a echar un vistazo a Kajumba. La niña seguía echada en la camilla de la consulta de Ludwig y se movía de un lado para otro, inquieta por los sueños que estaba teniendo. Fanny buscó una manta, se la extendió por encima a la niña y le puso la mano en la frente. La niña se tranquilizó al sentir el tacto de la mano. La temperatura había descendido notablemente, pero no le gustó el sueño inquieto de la niña. Fue a por una silla, se sentó al lado de la camilla, tomó una mano de la niña entre las suyas y percibió que la pequeña volvía a sosegar. «¡Qué hermosas son nuestras manos juntas –pensó–, esta manita negra en mi mano blanca, casi como si hicieran pareja.» Acarició el dorso de la mano de la niña y se preguntó si algún día se sentaría junto a la cama de una hija propia. Si fuera por Ludwig, entonces seguro que no, pero eso no estaba en su mano ni en la de él. ¿Qué aspecto tendría su hija? Se llamaría Charlotte, sin duda. Fanny comenzó a tararear una canción. No habría sabido decir de qué la conocía, pero percibió que la mano de Kajumba se iba distendiendo cada vez más y finalmente acabó soltándose de la suya.

Fue a buscar otra manta más para la niña porque la temperatura había descendido ahora con claridad. Después de fijar la manta en torno al cuerpo de la niña, oyó pasos detrás de ella y se volvió asustada. Le sobrevinieron la alegría y el alivio. Era John.

–La niña se encuentra bien –susurró Fanny, y dirigió una sonrisa tranquilizadora a John.

–De eso no tengo la menor duda. He venido por otro motivo. –Suspiró, como si no supiera de qué forma debía decírselo.

Fanny se sorprendió de que John se estuviese andando con rodeos.

–¿Le sucede algo a mi marido? –preguntó preocupada.

John hizo un gesto negativo con la cabeza. Entonces hizo de tripas corazón.

–Tenemos a muchos enfermos ahí fuera, en uno de los *kraal*. Quería pedirle su ayuda. ¿Sería usted tan amable de acompañarme y ayudarles?

–¿Qué ha sucedido, dígame?

John se encogió de hombros y bajó la mirada al suelo.

–No lo sé exactamente, podría ser malaria. ¿Podría usted prescindir de un poco de quinina, ni que sea por lo menos de una cantidad que resulte suficiente para atender a los niños? Fanny se preguntó por qué no le miraba a la cara al pedirle ese favor.

–¿No resulta algo insólito un brote masivo de malaria a estas alturas del otoño?

–Nada es insólito en África. Cualquier cosa puede suceder siempre y en cualquier momento...

–Apretó los labios, como queriendo impedirle a sí mismo seguir hablando–. Sea como sea, deberíamos partir inmediatamente.

Tampoco en esta ocasión la miró a los ojos, cosa que inquietó a Fanny. Solo veía un único motivo que pudiera explicarlo: la situación en el *kraal* tenía que ser mucho más grave de lo que él le quería revelar. Por eso no titubeó ni un instante más.

–Mientras tengamos quinina no debe morir nadie de malaria, ni siquiera...

–¿Un negrata? –añadió John en un tono de burla maliciosa–. ¿O un bastardo?

A Fanny se le agolpó la sangre en las mejillas. En realidad, lo que ella había querido decir era «pagano». En lugar de una respuesta agarró el maletín de Ludwig que este no se había llevado expresamente para que de camino no se le ocurriera a nadie molestarlo con alguna dolencia.

Metió todos los polvos de quinina que pudo encontrar, volvió a echar un vistazo a Kajumba, y a continuación se dirigió con decisión a John.

–Un momento, nada más, voy a decírselo a Grace y a Martha, y nos vamos. ¿Cuándo calcula que estaremos de vuelta?

–Con toda seguridad poco después de que se haga de noche. Hará frío, así que necesitará usted un abrigo o una chaqueta. Fanny asintió con la cabeza y se dirigió a la casa principal. Allí llamó a Grace y le explicó lo que se proponía hacer.

Grace se la quedó mirando fijamente con un brillo de admiración de sus ojos redondos. «Ludwig tiene razón –se le pasó a Fanny por la cabeza–, no tengo el mando sobre mis criados. ¿Por qué les doy unas explicaciones que no son necesarias?»

Se fue a buscar una rebeca, se colocó otra bufanda y agarró el maletín de Ludwig que John le quitó enseguida de las manos. Fuera estaba esperando un coche con dos caballos que John,

contando evidentemente con su disposición, había mandado aprestar.

Ella se subió al coche y se sentó al lado de John en el pescante. Él le hizo una señal con la cabeza y arreó los caballos como si la cosa fuera a vida o muerte.

Contempló a John de soslayo, pero enseguida retiró la vista cuando se dio cuenta de que mirarlo le aceleraba los latidos del corazón.

Hacía semanas que Fanny no salía de la granja; ni siquiera los habían invitado a comer a ella y a Ludwig. Se recostó, intentó distraer las sorprendentes sensaciones que había desatado en ella la cara de John, y dejó vagar la mirada por aquella inmensa llanura. A pesar de todo le venía a la mente sin cesar la poderosa barbilla de él y los labios carnosos con el arco ondulado de Cupido muy marcado.

Por esta razón tardó en darse cuenta de que no viajaban en dirección sur hacia los *kraals*, sino hacia el nordeste.

–John... –comenzó a decir ella.

Él le dirigió una breve mirada, pero no reaccionó.

–John, ¿se puede saber adónde nos dirigimos?

–Es una sorpresa. Deseo darle las gracias.

–John, ¡eso no puede ser y usted lo sabe perfectamente!

–¿Confía en mí?

–¡John! –exclamó ella en un tono más imperativo.

–¿Missi no confiar en mí? –Fanny se estremeció. El tono de la voz de él sonaba muy despectivo, como antes cuando pronunció lo de «bastardo». No apartó la vista de los caballos.

¡La había llamado «Missi»! Por lo visto, John quería castigarla por el deje imperativo de ella anteriormente. Estaba molesto, eso lo entendía Fanny. Se arrepintió de sus palabras cortantes, pero ella no deseaba que se le dirigieran de esa manera.

–¡No me llame nunca más «Missi», por favor, sino Fanny! –le exhortó a John. Ni siquiera un segundo después fue consciente de lo que acababa de decir, y se mordió horrorizada los labios. Se habría podido pegar una bofetada a sí misma.

–¿Fanny? –se apresuró a preguntar él con la vista clavada en ella.

–Es mi segundo nombre de pila –mintió ella esperando que John no la llamara jamás así en compañía de Ludwig. La presencia de John la volvía incauta. Su marido se horrorizaría si se enterara de que le había permitido a su mayordomo que se dirigiera a ella llamándola por su nombre de pila. ¿Qué es lo que le estaba pasando? Esperó con la respiración cortada por si John iba a decirle algo más.

–Mi nombre completo es John Amandla Dumisani Madiba.

Fanny suspiró sorprendida y aliviada de haber sorteado aquel peligroso escollo.

–¿Tienen algún significado esos nombres? –preguntó ella.

–John es el nombre que me dio mi padre, germano-holandés. Madiba es el nombre del clan de mi madre. Amandla significa «fuerza» o «energía» en zulú, y Dumisani quiere decir «honra».

–¿Y cuál de esos muchos nombres que tiene usted le gusta más, John Amandla Dumisani Madiba? –Le deparó placer repetir todos sus nombres, y habría apostado que no había cometido ningún error al pronunciarlos. Al mismo tiempo estaba nerviosa porque John seguía sin delatarle

hacia dónde se dirigían.

John se encogió de hombros.

–¿Me pregunta qué nombre me gusta más? Eso es como si usted quisiera saber a cuál de mis dos piernas tengo más aprecio, si a la derecha o a la izquierda. –Él sonrió con burla e intentó aguantarle la mirada. Fanny apartó la vista. La sonrisa de él se abrió camino en el pecho de ella e hizo que vibrara algo en su interior.

John conducía ahora el coche más despacio, pero no podía divisarse ningún *kraal* por aquellos parajes.

–John Amandla Dumisani Madiba, ¡dígame de una vez por todas adónde nos dirigimos! ¿Dónde están los enfermos?

–No hay enfermos. –John la miró con timidez–. Siento mucho haber utilizado a niños como excusa, y espero que me pueda perdonar. Sabía que usted no habría venido si no, y lo que quiero enseñarle le será de mucha utilidad. ¿Me perdona? –Esta vez, Fanny no consiguió evadirse de su mirada. Los ojos de él estaban derritiendo algo en su vientre, algo de lo que ella no sabía que existiera. Le entró un sofoco.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –Fanny tenía claro que Ludwig no debía enterarse nunca de aquella excursión. Una cosa era aceptar su desagrado en relación con la cura de los enfermos y el derroche de quinina a los negros, y otra, bien diferente, era una escapada aventurera con John, que Ludwig no solo desaprobaba, sino que le pondría furioso.

–Es una pequeña sorpresa, mi manera de darle las gracias por su ayuda.

–Esto no está bien. John Amandla, el honorable, lléveme ahora mismo de vuelta a casa.

–No hay ningún motivo para preocuparse, nadie se va a enterar de nada más aparte de que usted realizó una visita a unos enfermos. Esto se lo prometo. –John arreó de nuevo más fuerte a los caballos.

Fanny se enojó, y se asustó. No quería ni imaginarse de qué forma iba a castigarla Ludwig si llegaba a enterarse alguna vez de algún detalle de esta salida.

–¡Quiero volver, se lo ordeno!

–Ya hemos llegado. Déjese sorprender. –John señaló hacia algo de enfrente que parecía una colina, sobre la cual quedaban repartidos unos grandes peñascos y fragmentos de rocas. En medio crecían a grandes intervalos algunos árboles de aspecto singular.

En el interior de Fanny libraban una batalla por la hegemonía la curiosidad y el enfado. Finalmente venció su insaciable curiosidad, y Fanny cesó definitivamente de oponer resistencia.

Poco después alcanzaron el hormazo. De cerca, Fanny pudo ver que se trataba de enormes rocas de color castaño rojizo y negras, algunas de las cuales se encontraban apiladas y otras simplemente esparcidas. Entre los peñascos crecían árboles de gigantescos troncos y peculiares copas. Tenían aspecto de plantas de la familia aloe que hubieran sido clavadas en troncos.

John refrenó a los caballos, detuvo el coche, se bajó de un salto y tendió la mano a Fanny.

–Se dice que los gigantes se pelearon aquí por estas tierras y que llenos de ira se arrojaron estas rocas entre ellos.

–Tuvieron que ser gigantes inmensos, inimaginable. –Fanny se puso la chaqueta y se bajó del coche. Preocupada, se volvió a mirar el sol, que ya iba a ponerse pronto. Solo entonces se dio cuenta del gorjeo y del zumbido de los pájaros que llenaban el aire.

–Venga conmigo –le exhortó John, y los dos se pusieron en marcha.

–¿Qué son estos árboles extraños? –preguntó Fanny fascinada con el gorjeo y la inusitada atmósfera que se desprendía de los árboles.

–Los europeos los llaman «árboles carcaj» porque los bosquimanos de las tribus joisán ahuecan sus blandas ramas y utilizan la dura corteza exterior para sus flechas. Son árboles de la familia aloe. La madera de estos árboles es ligera, dura en el exterior, y fibrosa y esponjosa en el interior para poder almacenar agua. Por fortuna no es un material adecuado como combustible, de lo contrario los europeos los habrían talado y quemado hace tiempo.

Fanny se detuvo, escuchó atentamente los pájaros y puso su mano sobre la corteza de un gigantesco tronco de color cobrizo que parecía como si estuviera a punto de escamarse. Cuando tocó con curiosidad una de estas escamas, uno de los bordes le hizo un corte profundo en el dedo, del que le brotó sangre.

–¡Ay! –Se llevó los dedos índice y corazón de la mano derecha a la boca y chupó la sangre que salía.

–¿Qué ha pasado? –John se había acercado a su lado y la miraba preocupado.

Fanny hizo un gesto negativo con la mano.

–Nada, tan solo un pequeño corte.

Solo al mirar a lo alto hacia la copa del árbol descubrió por fin de dónde procedía el gorjeo de los pájaros. Entre las lisas ramas de un brillo plateado y las curiosas hojas ramificadas destacaban unas inflorescencias arracimadas con flores de un color amarillo canario. Y estas flores atraían a cientos de pajaritos.

–Oh –dijo Fanny asombrada–, ¡esto es una maravilla! –Fanny no había visto nunca antes unos pájaros similares: eran de color marrón grisáceo, con copetes blancos y tenían unos picos singulares, largos, finos, con curvatura hacia abajo y de color turquesa. En el tronco mismo, más arriba, unos pájaros blanquinegros, con una mancha rojiza en la cabecita, habían construido por lo visto allí sus nidos, pues entraban y salían constantemente por los agujeros del tronco.

–Esto era lo que quería mostrarle –dijo John–. Aquí en África hay muchísimas más cosas aparte de las granjas y de las tierras de cultivo.

«Los pájaros gorjean muy alto –pensó Fanny–, tan alto y con una música tan bonita como si fueran a morir mañana.» La brisa ligera transportaba un agradable aroma a la nariz.

–Aquí huele como a miel –comentó ella, y se quedó quieta para olfatear, pero John no se quedó a esperar, sino que señaló hacia una pequeña elevación.

–¡Vamos, continúe! –John avanzaba tan rápido que Fanny se quedó sin aliento al intentar seguirle. «¿Por qué tenía de pronto tantas prisas?»

Alcanzaron la pequeña elevación respirando con dificultad. Cuando Fanny echó una mirada a su alrededor se percató de que se hallaba en el centro de un círculo de bloques de piedra. Todas las piedras tenían una forma distinta, pero todas eran macizas y de un mineral negro rojizo.

–Siento el calor que emiten las piedras –dijo ella desconcertada, extendió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma, como impulsada por una fuerza desconocida–. Es como si estuviera envuelta en una manta invisible.

–No son las piedras las que emiten calor. Si siente calor en este lugar, es debido a un regalo de los antepasados que la están esperando a usted aquí para abrazarla. ¡Mire! –John señaló hacia el

sol, que estaba a punto de dejar el cielo envuelto en llamas.

Fanny se detuvo balanceándose ligeramente. Se sentía un poco mareada, pero sus ojos siguieron la dirección que le indicaba la mano de él. Miró a través de los árboles con sus exuberantes flores de color amarillo y naranja hacia una extensión que a ella le pareció infinita en donde el horizonte se fundía con el cielo.

El sol descendió con rapidez y cubrió todo con una especie de fuegos artificiales con líneas de color cobre, naranja y rosa, que tras la desaparición del sol se mezclaron en un todo creando un cielo en primer lugar de color ciruela y posteriormente de color verde grisáceo. Y, finalmente, se hizo de noche.

Solo cuando los pájaros callaron, Fanny se percató de nuevo de que no estaba sola.

No habían intercambiado ninguna palabra; de hecho, a ella le daba la impresión de no haber respirado siquiera y de haber estado suspendida en el aire todo ese tiempo. «¡Charlotte, ojalá hubieras podido ver todo esto! –Se le hizo un nudo en la garganta–. No hay motivo alguno para ponerse sentimental, no es más que una puesta de sol. Y puestas de sol las hay cada noche en todo el mundo.» Se recompuso y carraspeó.

–Deberíamos irnos ya.

John negó con la cabeza.

–Todavía no. Yo... –De repente desfiguró la boca en una amplia sonrisa y miró por encima de los hombros de ella. Fanny percibió un movimiento detrás. Asustada, se dio la vuelta.

Detrás de ella se hallaba de pie una corpulenta mujer negra envuelta en una vestimenta clara que lucía tenuemente en la oscuridad, como si estuviera alumbrada por dentro. En los brazos llevaba innumerables brazaletes dorados que capturaban los escasos rayos de la luz de la luna que dejaban pasar las nubes, y que destellaban como estrellas. Del cuello le colgaban algunos collares de curiosos objetos, que Fanny no pudo alcanzar a distinguir.

–Esta es mi madre, Mbhali Madiba, la gran hechicera de la lluvia llamada Zahaboo, la Dorada.

Fanny notó en todo su cuerpo la energía que emanaba de la mujer y que la envolvía como si de un aura de fuerza se tratara. No había necesidad de que nadie le dijera el honor que resultaba ser presentada ante ella. Mbhali Madiba estaba frente a ella como una extraña diosa que parecía haber surgido de la tierra.

Ante su presencia todo parecía encogerse, Fanny se sintió como translúcida; se le erizó el vello de los brazos y notó que estaba respirando de forma más corta y rápida. A Fanny le vino a la mente que tal vez podía ser conveniente realizar una reverencia ante esa mujer a la que llamaban la Dorada. Sin embargo, estaba como petrificada y solo pudo inclinar la cabeza; a continuación, tendió la mano a Zahaboo sin pronunciar palabra. Al no hacer la madre de John ningún ademán de estrechársela, la dejó caer de nuevo lentamente.

Los ojos de Fanny se habían acostumbrado entretanto a la oscuridad. Contempló a Zahaboo con curiosidad. Su pelo no estaba trenzado o peinado como el de todos los indígenas que Fanny había podido ver hasta entonces, sino que lo llevaba bastante corto, y de hecho daba la impresión de que tuviera una gorra blanca sobre aquella imponente cabeza ovalada. En las orejas se balanceaban unos brazaletes del grueso del antebrazo. Aquel rostro triangular estaba dominado por unos ojos grandes y una nariz amplia. Zahaboo se dirigió hacia Fanny, que tuvo la sensación de ser devorada por esos ojos que transmitían una mirada infinitamente triste.

Zahaboo señaló hacia los abalorios de la pulsera de Fanny, luego señaló a la otra muñeca, y con una voz profunda y ronca dijo algo a John en un idioma que Fanny no había oído nunca hasta entonces.

–*Ziputhisa injakazi emhlophe!*

«Esto tiene que ser zulú por fuerza», pensó Fanny, a quien le pareció que tenía una sonoridad muy bella, y se dijo a sí misma que tenía que recordar preguntarle más tarde a John qué era lo que su madre había dicho.

Zahaboo se dirigía a John solo como Amandla Dumisani, y se expresaba de forma muy tranquila y segura, pero John reaccionó con vehemencia y en voz muy alta. Finalmente, su madre negó con la cabeza y desapareció silenciosamente en la oscuridad.

Fanny reprimió el impulso de ir tras ella. De pronto se sentía tan sola, débil y agotada como por aquel entonces, cuando arrojaron el cadáver de Charlotte por la borda. Se sentó en uno de los bloques de piedra.

–¿John?

–Pido disculpas por mi madre.

–Nadie tiene que disculparse por lo que hace la madre de uno –dijo Fanny.

–Claro que sí.

–¿Quiere explicarme qué ha sucedido?

–No. Sus respuestas breves no hicieron sino aumentar la curiosidad de Fanny.

–¿Por qué quería usted en realidad que nos conociéramos? –añadió ella, pero quedaba claro que John no estaba dispuesto a conversar.

–Vámonos –dijo él, y se fue sin mediar palabra de vuelta hacia el coche de caballos. A Fanny no le quedó otra opción que seguirle a tropezones a través de la oscuridad.

Apenas había abandonado el círculo de piedras cuando un helado viento nocturno le atravesó la chaqueta y le clavó sus frías garras en los huesos. Fue en ese momento cuando fue consciente de que el círculo de piedras la había envuelto como en un caparazón de calidez y de silencio. Y de pronto percibió cómo el viento pasaba a través de los árboles aloe, y oía un constante crujido en la hierba y en los árboles, e incluso oía deslizarse a los animales que salían a cazar tras el calor del día.

John la ayudó a subirse al coche sin pronunciar palabra.

–John Amandla Dumisani Madiba, ¿qué significa todo esto?

En vez de contestar, John arreó a los caballos con el látigo. El coche se puso en marcha tan bruscamente que Fanny se quedó inmovilizada en el pescante. Después de estar en marcha durante un rato en silencio, John carraspeó, pero entonces hizo un gesto negativo con la cabeza y arreó a los caballos con más fuerza aún.

–¿Por qué no me cuenta qué es lo que ha sucedido? –preguntó de nuevo Fanny intentando sonsacarle alguna explicación.

Él siguió sin reaccionar, motivo por el cual Fanny repitió de nuevo su pregunta de forma más irritada y fuerte. Entonces le vinieron a la mente las primeras palabras que había pronunciado Zahaboo, y añadió:

–¿Qué significa *ziputhisa injakazi emhlophe*?

John se ríó forzosamente.

–Bueno, vale, usted lo ha querido. Significa: «Mantente alejado de la bruja blanca.» Mi madre dice que no es usted solamente una mentirosa, sino que es también... –John se interrumpió en seco.

–¿Sí? –La voz de Fanny le sonó a sus propios oídos en un tono alto que connotaba mucho pánico. Una mentirosa... Así que la madre de John, esa hechicera africana, parecía haberla desenmascarado.

–Mi madre sostiene, además, que se halla usted implicada en un caso de asesinato. Y bien, ¿se siente usted satisfecha ahora?

Fanny vio la ira en los ojos de John al arrojarle esas palabras a la cara, y casi se echó a reír al principio de lo desconcertada y aliviada que se sentía al mismo tiempo de que Zahaboo no hubiera desenmascarado la mentira de ella. De todas maneras se sintió de pronto bastante miserable.

–¿De dónde ha sacado su madre lo del asesinato? –preguntó ella con la voz ahogada.

–Por los abalorios de su pulsera.

A pesar de que Fanny estaba ya helada, le recorrió un escalofrío por la espalda. Instintivamente se llevó la mano a los abalorios. «Esto es imposible», pensó Fanny. Los abalorios le habían producido ya pesadillas desagradables, pero ¿podían tener alguna relación con un asesinato? Tenía que indagar más.

–¿Ha dado Zahaboo una explicación más detallada al respecto?

John gimió.

–Temía que me lo preguntara. Por eso mismo quería guardármelo todo para mí mismo.

–John, se lo ruego. Quizá sabe su madre algo sobre mis pa...

Fanny se mordió los labios. Charlotte von Gehring sabía lógicamente quiénes eran sus padres; tenía que andarse de verdad con más cuidado. Temerosa miró a John de reojo, pero este parecía no haberse percatado de lo que ella había estado a punto de decir.

–Ella no me da explicaciones, y tampoco tiene que darlas. Aun así, pude sonsacarle lo de que pesa una desagradable maldición sobre sus abalorios. Luego aludió también a que algunos de esos abalorios habían pertenecido a un herero llamado Saherero, y que era imposible que estos hubieran caído en su poder de otra manera que mediante el robo. –Él la miró y sonrió al fin de nuevo–. Pero no lo creo. Tiene que haber otra explicación para eso. –El enfado había desaparecido de su voz y se convirtió en una caricia cálida–. Antes me creería que el sol se va a caer del cielo. Lamento haber estado antes tan enojado, pero mi enojo no era hacia usted, sino hacia mi madre. Me había imaginado las cosas distintas a la hora de presentarlas, por desgracia es una persona muy imprevisible. ¿Me puede perdonar?

–No le perdono que me haya mentido para venir hasta aquí, pero por el comportamiento de su madre no debe preocuparse –contestó Fanny distraída.

En su cabeza se arremolinaban caóticamente los pensamientos. «El herero muerto...» Era la segunda vez que se lo mentaban... ¿No había dicho también el juez Ehrenfels que había visto los abalorios en un herero muerto, y luego de nuevo a su esposa Luise? Si dos personas tan distintas como Ehrenfels y Zahaboo relacionaban los abalorios con un joven herero muerto, era prácticamente imposible que se tratara de una casualidad. Tenía que averiguar por consiguiente qué relación guardaban con el muerto. ¿Quién era Saherero, dónde había vivido, por qué y cómo había muerto? En alguna parte de su historia tenía que estar la clave que la llevara hasta sus

padres.

–¿Se ha equivocado su madre alguna vez? –preguntó Fanny.

–Me temo que no, pero tampoco lo sé de forma exacta porque solo pasé con ella los primeros diez años de mi vida. Mi padre, que nos quería mucho, insistió en que yo fuera a un internado alemán, y después solamente la vi de forma esporádica. –John suspiró–. Recuerdo cómo trató una vez a una chica joven a quien había traído su madre a nuestra casa. Esa chica se llamaba Isimomo, que significa «chica bonita». Era joven y ya una respetada adivina. Pero para poder ejercer su arte tenía que servir a tres demonios distintos que exigían ofrendas de ella. Solo entonces podía servirse Isimomo de su arte y descubrir qué enfermedad padecía alguien, recuperar objetos perdidos y entrar en trance para hablar con los antepasados. Sin embargo, estos espíritus demoníacos le exigían a Isimomo cada vez más y más ofrendas, y estas eran cada vez más delirantes, y los espíritus combatían entre ellos en su interior. Cuando la llevaron ante mi madre, se estremeció y empezó a temblarle el cuerpo entero y a soltar maldiciones a gritos. Serpientes verdes visitaban su espíritu y le prohibían yacer con su marido. Le arrojaban piedras y, sin embargo, no había nadie allí que hubiera podido arrojarlas.

–¿Cómo es posible?

–No lo puedo explicar. Tal vez no me crea, pero yo vi con mis propios ojos cómo caían piedras sobre Isimomo sin que hubiera otras personas cerca. Me infundió mucho miedo.

Esto sonaba igual a lo que Seraphina había explicado sobre las personas que estaban poseídas por el diablo. La hermana Lioba había consolado a Fanny, que siempre quedaba aturdida con esos relatos truculentos, y le había asegurado bajo juramento mantener el secreto de que ella no creía en la existencia del diablo, y que lo que sucedía era que el espíritu de esas personas quedaba perturbado por culpa de la enfermedad.

–¿Cree usted que Isimomo estaba poseída por el diablo?

John se encogió de hombros.

–Eso no lo sé, pero lo que sucedió allí fue muy inquietante.

–¿Pudo su madre ayudar a la chica? ¿Qué es lo que hizo?

–En primer lugar, exigió que se sacrificara un ternero recién nacido y que su sangre fuera depositada en un cubo de ordeñar sagrado. Entonces cubrió el cuerpo entero de Isimomo con un unguento blanco de plantas machacadas e ingredientes secretos. –John se calló de repente, y Fanny pudo percibir que sonreía–. Pude ayudar a mi madre a ponerle el unguento, y eso resultó para mí muy complicado, pues a pesar de la horrible situación, Isimomo era una joven mujer muy hermosa y excitante.

Fanny sintió una pequeña punzada en el pecho, de la cual se avergonzó inmediatamente sin paliativos. No le incumbía a ella a quién podía considerar hermosa John o no.

–¿Y entonces? –preguntó ella, intentando sacarle del recuerdo del cuerpo de aquella joven.

–Tras esos preparativos, Isimomo tuvo que bailar al ritmo del tambor que tocaba mi madre, hasta que las plantas de los pies le empezaron a sangrar. Más tarde, mi madre mezcló el cerebro de un leopardo con los excrementos de Isimomo, y quemó todo ello en su cabaña con ramas procedentes de la hoguera sagrada. Isimomo tuvo que inhalar el humo a través de un junco, y mi madre bailó alrededor de ella meneando su cola de ñu, mientras decía en voz alta: «¡Si te mueres, te mato a palos!»

Fanny contuvo una sonrisa.

–¿Y se curó Isimomo?

–Sí, por supuesto, tres días más tarde estaba ya curada. No obstante, con la curación perdió también todas sus facultades mágicas, y su familia no la quiso tener de vuelta así.

–¡Qué horrible!

–Para Isimomo no fue tan grave porque era tan hermosa que encontró a un jefe de una tribu que la convirtió en su esposa principal, a pesar de que su marido la había repudiado. Pero mi madre tuvo problemas porque la ingrata de Isimomo explicó por todas partes que Zahaboo era una bruja que ejercía la magia negra. Tuvimos que largarnos de allí. –John suspiro profundamente–. Mi madre es incuestionablemente una gran hechicera, pero también es cierto que siempre que aparece por algún lado termina habiendo líos y problemas. Hace tiempo que ya no vive en un *kraal*, sino que vive para sí misma y sola al borde del desierto del Namib. Solo cuando hay luna llena viene por aquí, y es entonces cuando nos encontramos. Este es el motivo por el cual tuve que mentirle a usted para poder traerla justo hoy hasta aquí. Las personas que necesitan de su ayuda acuden a ella, pero nadie quiere vivir en su cercanía, dado que todos la temen.

Como un mal eco de sus palabras, se produjo de repente un fuerte crujido y el coche volcó de lado. Los caballos se encabitaron salvajemente y relincharon presas del pánico.

Fanny se vio despedida desde su asiento en el pescante hacia el cuerpo de John, y acto seguido cayeron los dos sobre la dura y fría tierra. Un dolor punzante se expandió por el brazo izquierdo de Fanny cuando chocó contra el suelo. Se mordió los labios y se quedó sentada en el suelo aturdida.

John le echó un breve vistazo antes de levantarse de repente y examinar el coche. Luego se volvió de nuevo hacia ella.

–¿Está usted herida?

–Espero que no. –Fanny hizo un intento por levantarse. John le tendió la mano y la ayudó. Tenía las piernas ilesas, pero se sentía mareada, tenía el pulso acelerado, y en el brazo izquierdo tenía una sensación extraña. Por lo que pudo juzgar en la oscuridad, su brazo estaba hinchado unos tres centímetros por encima de su muñeca izquierda, probablemente roto. Se sentó de nuevo en el suelo porque las piernas le temblaban intensamente–. ¿Qué le ha sucedido al coche?

–Una de las ruedas se ha roto.

–¿Y qué hacemos ahora?

John extendió las manos profiriendo un suspiro desalentador.

–La verdad es que tampoco lo sé. No creo que podamos hacer nada en la oscuridad. Ojalá logremos reparar la rueda mañana temprano al amanecer. –Los caballos continuaban relinchando todavía nerviosos, soplaban y realizaban constantes escarceos.

Fanny se estremeció, no por el frío viento nocturno que se estaba volviendo más intenso, sino por pensar en lo que diría Ludwig sobre que ella se pasara la noche entera con el administrador, totalmente sola, sin una criada de compañía. Movié enérgicamente la cabeza con gesto negativo.

–Esto no puede ser, no podemos pasar la noche aquí. ¡Tenemos que volver!

–Es imposible. Créame, no se puede por muy mal que me sepa. –John sonó muy decidido. Levantó la vista al cielo, que a pesar del viento estaba cubierto de nubes.

–Entonces debo partir sola. Desenganche uno de los caballos, así podré volver cabalgando.

–Eso es una locura y es demasiado peligroso. Usted sabe perfectamente lo irresponsable que es cabalgar a oscuras. No conoce siquiera el camino, hay muchos animales que, debido a la oscuridad, no la verían a usted hasta que fuera demasiado tarde, y el estado del camino no hace falta siquiera mencionarlo.

–Entonces venga conmigo. –Fanny temblaba intensamente, y un malestar se le expandió desde el estómago al cuerpo entero—. En caso contrario, iré sola. ¡Tengo que volver! –gritó ella desesperada. John sabía cómo era Ludwig, así que tenía que tener clara la reacción de este.

John bajó la mirada.

–Si lo desea a toda costa, haré lo que usted exige y cabalgaré con usted. No querría jamás ponerla en peligro. Se colgó el fusil y el maletín de Ludwig en bandolera, y sosegó a los caballos, mientras preparaba uno para Fanny.

–No tenemos sillas de montar ni ninguna brida en condiciones, tan solo disponemos de estas riendas. ¿Podrá lograr montar sola en un caballo en estas circunstancias?

El dolor en el brazo de Fanny aumentó abruptamente, y de repente odió a John con toda su alma. Era su culpa, él la había atraído fingiendo unos hechos falsos, y ahora ella tenía que pagar por los platos rotos.

–No lo sé, pero tenemos que regresar. No me quiero ni imaginar qué haría Ludwig si se enterara de esto. Además, Kajumba nos necesita.

–Tiene usted razón. Una vez más debo pedirle disculpas por mi comportamiento, le ruego que me perdone. Seguí los impulsos de mi corazón y no me paré a pensar. –John juntó las manos a modo de peldaño para ayudarla a montar. Ella puso un pie e intentó aferrarse con la mano derecha ilesa al cuello del caballo, pero no lo logró y se agarró instintivamente también con la mano izquierda al cuello. Un dolor tremendo la atravesó de lado a lado.

–¡Ahhh! –gimió con fuerza. John se sobresaltó, y ella se mordió la lengua. John no debía descubrir qué era lo que le había sucedido en el brazo, pues entonces no se marcharían de allí. Ella tensó todos los músculos para subirse e hizo de tripas corazón. Pero justo en ese instante el caballo dio un paso hacia delante, y Fanny se cayó del lomo como un saco de harina. Se hubiera dado de bruces en el suelo de no haber reaccionado John amortiguando su caída y depositándola en el suelo con suavidad. Cuando la soltó, Fanny ya no podía siquiera mantenerse en pie porque se encontraba muy mal. Se echó en el suelo.

–Creo que es un error cabalgar ahora, y tampoco es difícil darse cuenta de que usted no se encuentra bien y de que necesita descanso. Pero si a pesar de todo quiere irse sin falta, podemos cabalgar juntos en un mismo caballo –dijo John, y la ayudó a levantarse—. Haría cualquier cosa por usted –susurró él, y empezó a desenganchar el segundo caballo. Entonces ayudó a Fanny a escalar sobre el coche volcado, y le pidió que se mantuviera de pie. John se subió con facilidad a lomos del primer caballo, se aproximó al coche, se inclinó hacia Fanny y la montó por delante de él. Notó entonces que ella tenía el brazo muy hinchado.

–¡Oh, Dios, está usted herida! ¿Por qué no ha dicho nada? Nos vamos inmediatamente. Arrímesese a mí, vamos a lograrlo. Le aseguro que lo vamos a lograr.

John agarró las riendas del segundo caballo y arreó al caballo sobre el cual estaban montados. A Fanny le temblaba el cuerpo entero, y deseaba estar a varias leguas de distancia. Cada trote a lomos del caballo resultaba un martirio, pero eso seguía siendo mejor que tener que darle explicaciones a Ludwig.

Justo cuando Fanny pensó que ya no podía soportar ningún trote más, el caballo se inclinó hacia delante con un espantoso relincho, y ambos cayeron con él. Mientras caía, Fanny llegó a oír el gruñido de un facóquero que se alejaba, luego se desmayó.

Un disparo la hizo volver en sí.

–Tuve que hacerlo –explicó John, al notar que Fanny había abierto los ojos–. El caballo estaba sufriendo mucho.

Fanny clavó los ojos horrorizada en el cadáver que se hallaba cerca de ella. Sin que pudiera remediarlo, las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. La tristeza por el pobre animal aumentó aún más el dolor que recorría su cuerpo y que se volvía cada vez más intenso.

–Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta el alba, y continuar cabalgando entonces.

El tono de John sonó muy dulce, y Fanny le estaba agradecida de que se hubiera ahorrado un «ya se lo había advertido».

–No podemos sacrificar otro caballo, eso volvería a Ludwig aún más furioso, pues al fin y al cabo no abundan en el África del Sudoeste Alemana.

John movió ligeramente la cabeza.

–A los europeos les cuesta entender que hay cosas que no se pueden cambiar. Mi madre diría: «La hierba no crece más rápido, por mucho que tires de ella.»

–Pero tú también eres medio europeo, quiero decir, que usted lo es –se corrigió rápidamente Fanny a sí misma. Ahora era imprescindible mantener las formas.

–Sí, y precisamente por eso también he cabalgado a pesar de que debería haber sabido qué es lo que puedo cambiar en este país y qué no. Las cosas son tal y como son: en verano desaparece el agua, y cuando se hace de noche desaparece el sol. Quien tiene un contratiempo de noche, se espera a que vuelva a salir el sol. Así de fácil es en realidad, y lo tendríamos que haber aceptado de forma inmediata. Pero si se actúa de forma irreflexiva, como he hecho yo esta noche, entonces hay que intentar de verdad todo lo posible para evitar consecuencias todavía peores. Eso ya pasó y ahora deberíamos hacer todo lo posible por sobrevivir esta noche. –John se sentó a su lado–. Usted ya lo sabe, tenemos que encender un fuego para mantener a distancia a las hienas.

Fanny se sentía tan mal que no era capaz de hacer nada más que tumbarse en el suelo. Dirigió la mirada al cielo nocturno, pero a través de las voluminosas nubes negras tan solo se vislumbraban estrellas aisladas, débiles como parpadeantes velas al viento.

John se sentó de nuevo a su lado y palpó el brazo con una gruesa hinchazón.

–Tenemos que entablillarlo. Usted quédese tumbada, yo me ocupo de todo.

–Tengo frío –dijo Fanny con los dientes castañeteando. ¿Por qué diablos se había animado a partir con John? Anhelaba vehementemente una manta y algo para beber.

–Y todavía hará mucho más frío. Tenemos que calentarnos mutuamente, la hoguera no va a ser suficiente. –John se levantó de nuevo, se quitó la chaqueta y cubrió a Fanny con ella–. Por favor, tómela usted, yo vuelvo enseguida.

Fanny cerró los ojos. Su chaqueta olía a miel, a cuero y a sal. El olor tranquilizó su estómago revuelto, pero en su brazo el dolor seguía aumentando y amartillando, como si se tratara de un genio de la lámpara que fuera volviéndose cada vez más grande y quisiera liberarse a golpes de su pequeña prisión. «Sería necesario enfriarlo», pensó ella. Y eso que ya hacía frío, ella tenía frío. Pero en cuanto pensó en Ludwig, le invadió de pronto un repentino sofoco. Sofoco de vergüenza.

Se volvería fuera de sí.

Posiblemente podía conseguir que él nunca se enterara de nada de lo sucedido. Si nadie se lo contaba, ¿cómo iba él a averiguarlo? No hablaba nunca con los empleados, solo daba órdenes. «¡El caballo! –le vino a la mente de pronto–, el caballo muerto.» ¿Cómo iba a explicar aquello? No, iba a tener que confesárselo todo. Entre marido y mujer no debía existir ninguna mentira.

Los labios se le deformaron en una sonrisa sin alegría. Charlotte von Gehring... Tal vez debería hacer tabla rasa. Sin embargo, si le confesaba toda la verdad, Ludwig se sentiría terriblemente humillado, y la vida de ella se convertiría en un infierno. Qué lástima que él no resultara ser el hombre que se había manifestado en las cartas, pues en ese caso podría hablar con él y expulsar todas las mentiras del mundo.

Intentó respirar fuerte para evitar una nueva ola de náuseas. Simultáneamente le llegó de nuevo a la nariz el agradable aroma de la chaqueta de John, un olor a cuero salado con miel.

Fanny se cambió de lugar la pulsera para evitar que terminara saltando debido a la hinchazón. «Nunca más daré un paso más allá de mi puerta en estas tierras, sin llevar conmigo una manta y suficiente comida y bebida», se juró a sí misma, fuera cual fuese la emergencia que la obligara a salir de casa.

De repente se acordó del maletín de médico de Ludwig. Por lo menos podía tomar algo contra el dolor y entablillarse el brazo. Se incorporó para intentar ir a buscarlo, pero se mareó de forma inmediata y tuvo que tumbarse de nuevo. John tenía razón. Tenían que pasar la noche allí.

Fanny esperó hasta que John volvió con la leña. Maldecía constantemente para sus adentros mientras intentaba encender un fuego. Cuando por fin lo logró, se giró hacia Fanny de nuevo. Ella le pidió que le acercara el maletín de médico. Él se puso a buscarlo sin demora y lo encontró intacto en la arena. John le administró a Fanny un poco de opio y esperó un poco, luego le entablilló el brazo con tanto cuidado que Fanny apenas sintió nada.

–Mi madre también me dijo que usted arruinaría mi vida. –Puso el maletín a un lado, se sentó junto a Fanny y atizó el fuego con un palo hasta que llameó enérgicamente–. Yo no la creí, pero conozco a Ludwig. Si descubre lo de hoy, se volverá loco, y no debido a nosotros, no. Por un lado, tiene claro que yo nunca ofendería a su mujer y, por otro, confía en su esposa, sabe que nunca tendría nada con un bastardo como yo. –Con el resplandor de la hoguera, Fanny pudo ver una breve sonrisa amarga en la cara de John, antes de que prosiguiera hablando–. Lo que en verdad va a ponerle furioso es haber dejado la granja sola la noche entera, mientras él estaba fuera.

–Por ese motivo quería yo también volver a cualquier precio. –Fanny tenía la sensación de que hablaba entre dientes, lo cual debía de ser a causa del opio.

–Lo he comprendido muy bien y por eso también terminé apoyando la propuesta. Sin embargo, no lo hemos logrado, y en el intento hemos matado incluso un caballo. Tengo un corazón muy tirano y miserable. –Esto último lo murmuró en voz tan baja que Fanny no estaba segura de haberle entendido correctamente–. Me he comportado como un completo idiota, tan tonto como un *isiphukuphuku*. Y en esto se equivoca mi madre también, dado que no es usted quien arruinará mi vida, sino yo mismo por mi cuenta. Ella siempre me inculcó que aquel que remueve algo tiene que saber cómo volver a ponerlo en orden, y yo no tengo la más remota idea de lo que debo hacer. Me sabe mal que las cosas se hayan producido de esta manera.

John se le arrimó y acostó la cabeza de ella en su regazo. ¿O lo estaba soñando? ¿Qué había

dicho él, qué era lo que ella haría con la vida de él? Fanny sentía por fin caliente todo el cuerpo, y quiso preguntarle urgentemente algo a John, pero se le había ido de pronto el santo al cielo. ¿Era alguna cosa sobre Ludwig en el internado, o era otra cosa? John hablaba sin cesar, pero ella entendía pocas cosas, muy pocas cosas. Sus palabras eran como el polen de las flores, era bonito que estuvieran allí y que volaran a través de la noche, pero ella no tenía necesidad de entenderlas. Eran bonitas. Muy bonitas.

–Fanny... –susurró él. Desde la muerte de Charlotte nadie se había dirigido a ella como Fanny. Alguien le acarició tiernamente la frente, ¿había sido el viento? ¿La noche? ¿Las estrellas?

Fanny cerró los ojos y cayó en un sueño profundo, del cual no despertó hasta muchas horas más tarde debido a las palpitaciones que sentía en el brazo, a que los pies se le habían congelado y a un dolor que sentía en la espalda.

Así y todo se sentía protegida como nunca antes en su vida, pues alguien la sujetaba con firmeza y le acariciaba el pelo. «Esto tiene que ser uno de esos sueños –pensó ella–, en los cuales se sueña que despiertas y experimentas algo curioso.» Pero el dolor en el brazo y el frío en el cuerpo eran sensaciones tan reales que no podía tratarse de ningún sueño. Cuando se decidió finalmente a abrir los ojos para convencerse, se quedó muy impresionada con lo que vio.

Por el este, una línea de color fuego partía la oscuridad en dos partes que iban destiñéndose lentamente hacia el exterior desde la línea roja; por arriba se fue volviendo de un blanco radiante, por abajo era gris. Y todavía se veían estrellas centelleantes en el cielo negro. ¡Sí, era un sueño!

–Cuando ese astro emerge –oyó la voz de John muy cerca de su oído, mientras el dedo de él señalaba el cielo negro que se volvía cada vez más pálido–, el *Indonsakusa*, entonces se aproxima el alba. Ustedes los blancos lo llaman simplemente Júpiter. El nombre zulú *Indonsakusa* significa «lo que trae el alba». Este nombre me gusta mucho más puesto que es lo que hace. Le sigue el *Ikhwezi*: el lucero de la mañana, al que llamáis Venus.

Fanny percibía el aliento de él en la mejilla, y de pronto se despertó del todo. Giró la cabeza y comprobó que se encontraba recostada todavía en el regazo de John. Él se irguió de nuevo y le dirigió una mirada escrutadora.

–¿Cómo se encuentra usted? –¿Ha podido dormir algo? –replicó Fanny–. En esa postura no hay quien pueda cerrar los ojos.

Fanny se incorporó un poco para poder contemplarle mejor. Bajo sus extraños ojos de color verde castaño había unas sombras negras, los cañones de la barba sobre su piel morena le concedían una apariencia audaz.

Él le dirigió una sonrisa.

–No he dormido, sino que he aprovechado el tiempo para hablar con mis antepasados, cosa que debería haber hecho hace ya mucho tiempo.

Esa sonrisa amable que se encontraba en un agudo contraste con su apariencia salvaje provocó a Fanny un vuelco en el corazón. Hubiera querido volver a recostar la cabeza en el regazo de él, y este deseo le dio miedo. Era una mujer casada.

Fanny se apartó un poco de John y notó al hacerlo que tenía la cabeza muy pesada.

–Tenemos que volver lo más rápido posible a la granja –manifestó ella, y se sintió incómoda al pensar en qué tipo de charla tendrían al cabalgar juntos en un mismo caballo en dirección a Keetmanshoop.

Ella buscó con la vista por la amplia llanura con la esperanza de descubrir un carro, pero no había por ninguna parte señal alguna de vida humana. Suspiró. John tenía razón, no había otra manera.

John hizo con las riendas una brida para el caballo, recogió sus cosas y ayudó a Fanny a montar. No lo lograron hasta el tercer intento. Entonces montó él y le rodeó a ella la cintura con el brazo mientras con la otra mano sujetaba la brida.

Fanny sintió la seductora calidez del pecho de John en la espalda, pero, no obstante, mantuvo las distancias. Intentaba ignorar el hecho de que su boca estaba reseca y de que su estómago protestaba por el hambre, e intentó distraerse contemplando el extenso y soleado paisaje. Sin embargo, los dolores aumentaban y se sentía muy débil.

Finalmente se rindió y se apoyó contra el pecho de John. Fue apenas tocar el cuerpo de él con la espalda y desaparecer los tormentos, el hambre y la sed, barridos sin previo aviso por una cálida y dulce sensación pegajosa que emanaba de su vientre, y que como si se tratara de azúcar moreno derretido lo cubría todo de forma protectora.

Solo a su cabeza no le llegaba esa sensación; en ella, sus pensamientos daban vueltas y más vueltas, y cada vez con mayor rapidez en torno a Ludwig. Cuanto más se acercaban a la granja, más se solidificaba el azúcar derretido de su estómago, y este terminó por romperse en un millar de partes afiladas, no quedando al final nada más que miedo.

Era ya poco más del mediodía cuando alcanzaron finalmente la granja. Nada se movía. Todo estaba como muerto. ¿Qué sucedía allí?

Fanny había esperado que corrieran a recibirla y le acribillaran a preguntas. ¿Dónde estaban Grace, Martha y Zach?

—Aquí hay algo que no encaja. —La voz de John sonó preocupada. Señaló con el dedo hacia un grupo de herero que andaban ociosos en los escalones frente a la consulta—. Este es el clan de Kajumba, seguro que han venido a llevarse a la niña. Tengo que ir inmediatamente hacia ellos. Espere usted un momento.

Saltó del caballo y dejó a Fanny sola perdida en sus pensamientos. ¿Qué hacer si Kajumba había empeorado y estallaba entonces una insurrección? Tenía que ir tan rápido como le fuera posible a verla, y tenía que buscar a Grace, a Martha y a Zach. Había sido totalmente una irresponsable marchándose sin dejar a nadie al mando de la granja y de la consulta.

Fanny llamó a sus tres criados, y solo al cabo de un largo rato acudió Zach cabizbajo.

—¡Zach, ayúdame a desmontar y cuéntame qué es lo que está sucediendo aquí! —Sin embargo, Zach se quedó pasivamente de pie al lado del caballo y miró a John, que estaba hablando con los herero. Y de pronto, como de la nada, se presentó Hermann ante ellos.

Fanny se quedó de piedra. ¿De dónde salía este? ¿Y cuánto rato llevaba contemplándola? Hermann sujetaba un puro con los dientes y esgrimió una amplia sonrisa burlona mientras clavaba la vista en ella de forma impertinente. Por el amor de Dios, ¿qué era lo que había venido a buscar aquí ese tío asqueroso? La barba, estilo emperador Guillermo, le colgaba flácida y sin gracia alguna sobre los labios de pez, el ojo derecho lo tenía hinchado y el globo ocular repleto de arteriolas enrojecidas.

Hermann empujó a Zach a un lado y tendió los brazos a Fanny.

—Ayudo siempre que puedo. Y ciertamente este es un caso urgente para un hombre... Sería insoportable ver a una mujer alemana en brazos de un bastardo.

Le agarró la pierna con descaro, se la sobó y tiró bruscamente de ella para bajarla del caballo. Fanny no tuvo más remedio que someterse a la situación y cayó en sus brazos. Él la dejó de pie en tierra, y le puso una mano en la cintura como si tratara de sostenerla. Sin embargo, Fanny percibió la insistencia de él y cómo le gustaba el contacto. Era basto y le apretó el brazo lastimado. Fanny no quiso darle la satisfacción de verla sufrir, y se tragó el dolor. ¡Qué diablos tenía ese hombre en la cabeza! El olor a puro, a sudor y a sangre fresca le provocó náuseas.

—¡Cuidado, el brazo de la señora Falkenhagen está roto! —se oyó a John con un tono tenso en la voz mientras corría hacia ella. A Fanny le habría encantado saber qué preocupaba a John. Pero estaba tan presa del pánico debido a Ludwig que todos sus pensamientos giraban en torno a la cuestión de cómo librarse de Hermann.

Este no se dignó dirigir una sola mirada a John, sino que la condujo a la veranda y subieron los escalones. Fanny miró hacia atrás en busca de ayuda, pero John había vuelto a subirse al caballo y

galopaba otra vez hacia los herero. Ella trató de liberarse de las garras de Hermann, pero se encontraba demasiado débil.

–Señorísima, estoy seguro de que a mi amigo Ludwig no le va a gustar esto lo más mínimo. – Hermann se detuvo súbitamente, le puso una mano en la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos–. Pero no tiene por qué enterarse jamás de nada... –añadió en un tono ambiguo.

Fanny se liberó de él.

–Hermann, muchas gracias por su ayuda. Como usted ha notado quizá, tuve un accidente. Mi brazo requiere de cuidados, tengo que cambiarme de ropa, tengo hambre y me muero de sed. Concédame media hora, entonces estaré a su disposición. Por favor, póngase entretanto cómodo aquí en la veranda.

Se fue corriendo con la esperanza de que él no tuviera el descaro de seguirla. De camino a su dormitorio gritó de nuevo los nombres de Grace y de Martha. No daban señales de vida. ¿Dónde se había metido todo el mundo? ¿Cómo iba ella a desnudarse, lavarse y cuidarse el brazo sin ayuda? No era capaz de levantar con un solo brazo la palangana de porcelana. Echando un vistazo a la veranda se aseguró de que Hermann seguía allí sentado, y entonces entró a hurtadillas en la cocina.

Los sollozos eran tan intensos que Fanny los oyó ya antes de entrar en la cocina. Pensó inmediatamente en la niña enferma. ¿Lloraban quizá porque había muerto? ¿Había muerto porque ella la había dejado en la estacada al marcharse de la hacienda?

Seraphina apareció en sus pensamientos; Kajumba estaba muerta solo porque Fanny se había entregado a la ociosidad diabólica. ¡No, ella no creía en un Dios que dejaba morir a un niño solo para castigarla!

Se sentía horriblemente miserable cuando al fin abrió la puerta. Sin embargo, la imagen que se le presentó era mil veces peor que todo lo que se había imaginado.

Grace estaba de pie con la cara hinchada ante un taburete, en el cual estaba sentada Martha cabizbaja. El vestido de Martha estaba desgarrado por la espalda. Fanny se acercó un poco y contempló atónita aquello. La piel tenía unos cortes en carne viva, y algunos jirones de tela habían penetrado en la carne. Alguien había azotado con un látigo a Martha.

–¿Quién ha sido? –preguntó Fanny, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Martha y Grace giraron la cara hacia Fanny y la miraron fijamente como si fuera un fantasma. Pero lo que espantó sobre cualquier otra cosa a Fanny fue la apática y desesperada mirada que había en sus ojos. A pesar de los dolores, Fanny se acercó a Martha sentada en el taburete.

–¿Qué os ha sucedido? Martha desvió la mirada. Fanny se levantó y se dirigió a Grace.

–Por favor, ¿qué es lo que ha pasado aquí? –En ese momento se percató de que también la ropa de Grace estaba en pleno desorden, y allí donde podía divisarse la piel, estaba llena de rasguños y rozaduras sangrantes.

Fanny recordó el ojo lastimado de Hermann y empezó a presentir qué era lo que había sucedido, mientras ella se había ido de paseo en coche con John como una irresponsable.

Pasó la mirada de Grace a Martha, y entonces ya no tuvo ninguna duda.

–¿Cuándo llegó aquí Hermann Sichel?

Nadie respondió. Fanny las comprendía perfectamente. ¿Por qué debían ellas confiar en ella, la mujer blanca que las había dejado en la estacada y las había dejado en manos de ese asqueroso?

–Si me equivoco, decídmelo –empezó ella, y se le hizo un nudo en la garganta de la compasión que sentía–. Hermann vino anoche, poco antes de que oscureciera, y venía a verme a mí. Me esperó, se bebió nuestro vino y se fue enfadando cada vez más al ver que yo no volvía. Al final se terminó fijando en ti, Grace, ¿me equivoco?

Las dos mujeres la miraban en silencio. Finalmente, Grace asintió con la cabeza. Fanny prosiguió con la voz temblorosa por la ira.

–Martha se entrometió o intentó hacer alguna cosa para ayudarte. Eso fue para él un motivo más que suficiente para azotar a Martha, y después, a pesar de todo, se tomó lo que quería. ¿Fue así?

–Sí –susurró una voz detrás de ella. Espantada, se sobresaltó y se dio la vuelta. Era Zach, que había entrado a hurtadillas.

–¿Y dónde estabas tú mientras tanto? –le preguntó Fanny con un poco de ira, y se avergonzó al instante. Zach no hubiera tenido la más mínima posibilidad contra Hermann.

–Estaba cuidando de Kajumba. –Zach tartamudeó y miró al suelo avergonzado–. Después de que usted se marchara, a la pequeña le volvió a aumentar la temperatura, le refresqué las pantorrillas, tal y como usted había dicho. Entonces me quedé dormido y no me desperté hasta que vinieron los parientes de Kajumba.

Fanny estaba completamente enfurecida, se sentía llena de odio hacia Hermann, y estaba enojada consigo misma por haber sido tan tonta y haber dejado indefensa la granja, a la niña y a su gente.

Tuvo la sensación de que iba a reventar de rabia, ya no sentía siquiera apenas el dolor en el brazo. Giró sobre sus talones y se precipitó afuera hacia Hermann, para pegarle una bronca. La esclavitud estaba abolida, pero él se comportaba como el peor de los negreros. ¡Qué persona tan repugnante!

–¡Hermann! –vociferó ella en diagonal a la veranda.

Hermann se acercó a ella.

–Charlotte, tu aspecto no es ni una pizca mejor que el de hace un momento. A Fanny le ascendió la rabia a la cabeza. Pero ¡qué se creía ese tío!

–¿Y cómo iba a estarlo? –le increpó–. Usted ha deshonrado de tal forma a mis criadas, que ya no pueden trabajar. ¿Cómo se atreve usted? ¿Quién se cree que es? ¿Quién le da derecho a comportarse aquí de esa manera? ¡Váyase inmediatamente de esta casa y no vuelva nunca más!

Fanny tenía el pulso acelerado, por las venas le bramaba un salvaje ciclón de repugnancia, pero Hermann parecía totalmente imperturbable. Su boca befa se transformó en una sonrisa irónica.

–Señorísima, no estás en disposición de darme instrucciones. Y partiendo del hecho de que tu marido se considera a sí mismo mi mejor amigo y confía en mí incondicionalmente, no te queda otra opción que desearme incluso los buenos días. –Se aproximó a ella, su voz se volvió un siseo–. Sé perfectamente que no eres quien dices ser. Charlotte von Gehring tenía una cara alemana con ojos azules, como una reina de las nieves, y sus caderas eran tres veces más paridoras que las tuyas. –Ronroneó de gusto mientras lamía con los ojos el cuerpo de Fanny–. ¿Y qué dirá mi amigo Ludwig cuando se entere de las orgías que se dan por aquí durante sus ausencias? Ludwig no malgastaría jamás sus medicinas en los vástagos mocosos de los cafres. Y

encima, su legítima esposa pasa una noche orgiástica con el administrador bastardo en algún lugar del desierto y no tiene miedo de volver en ese estado... Bueno, yo imaginaba que esto te haría suavizar el tono con el que te diriges a mí.

Fanny vio puntos rojos ante sus ojos. ¿Qué se creía ese tío miserable? A su lado Seraphina era un angelito puro y noble.

–¡Váyase ahora mismo!

Hermann puso una sonrisa aún más amplia y se acercó tanto a Fanny que le llegó de nuevo el hedor a la nariz.

–¡Es lo último que pensaba hacer! Esa apestosa hotentota no era más que un aperitivo insuficiente del cuerpo blanco tuyo que llevo esperando catar desde hace semanas.

Se aproximó aún más y acarició el cuello de Fanny. Solo entonces tuvo Fanny bien claro con qué segundas intenciones chantajistas había venido a rendir visita ayer Hermann durante la ausencia de Ludwig. John la había librado de aquello, pero a cambio lo había tenido que sufrir Grace. Fanny se puso tensa y pensó con desesperación qué podía hacer mientras Hermann seguía hablando.

–Te recomiendo que me muestres tu lado más tierno, porque de lo contrario me veré obligado a contarle todo a mi pobre amigo Ludwig.

–¡Basta ya! –Fanny lo empujó con la mano derecha y corrió al interior de la casa como si huyera del diablo. Necesitaba el revólver que le había dado Ludwig para defenderse. Él había pensado seguramente en otro tipo de asaltos. El sinvergüenza de Hermann tan solo entendía un lenguaje. Tenía el revólver oculto en el dormitorio, para defenderse en caso de que hubiera agresores nocturnos. Su respiración era un jadeo, el pulso le palpitaba con intensidad en las orejas y se mezclaba con jirones de las palabras de Hermann y de los sollozos de Martha y Grace.

En el dormitorio se agachó para agarrar el arma y se aseguró de que estuviera cargada. Apenas podía sujetar aquella arma de dos kilos con una mano. Sin embargo, el dolor punzante del brazo izquierdo no hizo más que aumentar su rabia, y eso le proporcionó las fuerzas que necesitaba. Tenía el rostro cubierto de sudor cuando regresó corriendo a la veranda y apuntó a Hermann con el revólver.

–¡Lárguese! –gritó ella–. Ahora mismo, y ándese con cuidado de no volver a aparecer nunca más por aquí o de contarle a Ludwig alguna de esas mentiras.

Incrédulo, Hermann clavó los ojos en el revólver, y entonces se puso a reír a carcajadas.

–¿Qué se supone que es esto? No deberías andar jugueteando con utensilios de hombres.

Fanny pasó el dedo por el gatillo y disparó henchida de odio hacia el tejado de la veranda. El estallido fue tan fuerte que se estremeció ella misma.

–Esto es solo un disparo de advertencia, sé apuntar muy bien. El próximo disparo irá directo a su rodilla, y luego más arriba, para que no pueda hacerle a nadie más lo mismo que le ha hecho a Grace, y luego más arriba todavía, allí donde otras personas tienen el corazón. Así que ¡vamos, vamos, que se me acaba la paciencia! Fanny pudo ver en los ojos de Hermann cómo la incredulidad se iba transformando en miedo.

Ella disparó de nuevo al aire para que se largara de la veranda. Lentamente, para el gusto de ella demasiado lento, se puso en movimiento.

–Vamos, vamos, vamos, un poco más rápido! –Fanny no sabía ella misma de dónde le salían

las palabras, solo tenía una cosa bien clara: él tenía que largarse de una vez, ese cerdo inmundo, el hombre más asqueroso que había conocido en su vida. Dio un paso hacia él, pero no se le acercó lo suficiente para que él tuviera la oportunidad de atacarla y de arrebatarse el arma.

–¡Vamos! –Fanny se dio cuenta de que estaba verdaderamente dispuesta a dispararle si él no se decidía a irse de la casa.

–Te arrepentirás de esto, miserable putita. –Hermann fue hacia la escalera, pero manteniéndola a ella a la vista–. Protegeré a mi amigo de ti, de eso puedes estar segura. Y después tan solo desearás no haber nacido nunca.

Mientras hablaba, se dirigió a su caballo, que, como Fanny pudo apreciar agradecida, había traído Zach de la brida. Como tardaba tanto en montar, Fanny disparó otra vez muy poco por encima del caballo. Este se encabritó, y Hermann tuvo que poner todo su empeño en refrenarlo. Fanny lo había logrado finalmente, la rabia de Hermann había hecho sitio al miedo en él. Este apretó los puños, se dio la vuelta, tomó las riendas, se subió al caballo y se alejó al galope.

Fanny dejó caer despacio el brazo con el revólver. Respiraba a sacudidas, y le temblaban las piernas. Notó entonces que Martha y Grace habían salido afuera y la miraban fijamente, pero no solo ellas dos, sino también Zach y el resto de los negros que trabajaban en la granja. Y también el grupo de herero que había salido del consultorio con la niña en brazos. Y John. Todos ellos estaban allí como clavados y la miraban, como si se tratara de un fenómeno extremadamente raro.

Había un silencio de cementerio.

Fanny no sabía qué significaban esas miradas, si aprobación, acusación o si simplemente eran de asombro. Tampoco importaba. Lo único importante era que lo había conseguido.

Se encogió de hombros y sintió en el acto el brazo roto, se dejó caer entonces, pesada como el plomo, sobre la silla de mimbre de la veranda. Dejó el revólver sobre la mesa. Hermann se había ido de verdad. Ella lo había expulsado. Aliviada, cerró los ojos y respiró hondo.

Entonces le asaltaron las dudas. ¿Qué había sucedido allí hacía un momento con ella? Le habría disparado de verdad si no se hubiera ido. Habría sido capaz de matar a una persona. Y lo peor de todo: pensar en Hermann muriendo en un charco de sangre al lado del caballo la llenaba de una gran satisfacción. Ella se sacudió el cuerpo, como si de esa manera pudiera ahuyentar esa imagen de su mente.

Súbitamente sintió un escalofrío en la espalda porque se acordó de la madre de John otra vez, quien había afirmado que ella estaba implicada en un asesinato. Se palpó la pulsera. Tonterías. Ella no había asesinado a nadie.

«Tu error, un error grave –susurró una voz en su cabeza–, él regresará, y entonces se vengará.» «Maldita sea –pensó Fanny–, maldita sea.» Clavó la mirada en el revólver. Lo tenía que esconder de nuevo para que a nadie se le ocurriera utilizarlo.

–Tenemos que colocar de una vez por todas su brazo. –John había llegado a la veranda–. Venga usted. –La ayudó a incorporarse como si fuera un objeto frágil de gran valor en vez de la furia que había estado a punto de disparar a un hombre, y Fanny notó cómo empezaba a temblarle todo el cuerpo.

En la consulta de Ludwig, Grace, a pesar de su cara hinchada, la esperaba con agua caliente y trapos limpios. La ayudó a lavarse el brazo, y miraba de reojo a Fanny, como si no pudiera creerse lo que esta había hecho.

Cuando el brazo estuvo al fin entablillado, Fanny no tenía otro deseo que el de irse a la cama y dormir. Pero primero tenía que echarle un vistazo a Martha y asegurarse de que Grace no tuviera otras heridas debidas a Hermann. Desinfectó las heridas de Martha con la ayuda de John, y le dio algo de opio contra el dolor. Grace reiteró que estaba bien, y no quiso dejarse examinar por Fanny. Solo le permitió inspeccionar de cerca la cara. Mientras las examinaba a las dos, Fanny preguntó a John sobre Kajumba y los herero.

–Han venido solamente para ver qué tal estaba Kajumba, y como ya se encontraba mucho mejor, se la han llevado consigo. El jefe de la tribu le manda a usted sus agradecimientos por haberla curado.

Mientras John le explicaba esto con la mirada desviada, se apoderó de Fanny la sensación de que él quería decirle en realidad algo muy distinto.

–Deberíamos comer por fin alguna cosa –propuso ella. John dudó, pero Fanny se limitó a poner los ojos en blanco–. ¿Qué daño puede hacer esto ahora? –añadió ella, y John aceptó encogiéndose los hombros.

Zach les trajo un tentempié de pan, *biltong* y té. Al principio, Fanny pensó que no lograría dar ningún bocado, pero entonces se vio a sí misma tragando el pan y la carne como si estuviera a punto de morirse de hambre. Solo se detuvo cuando se dio cuenta de que John no se llevaba nada a la boca.

–John, ¿por qué no come usted?

En vez de contestar, él la miró con los ojos muy abiertos.

–No podemos cambiar lo que ha pasado –añadió ella–. Eso es lo que me ha dicho usted a mí, así que por lo menos podemos comer alguna cosa ahora.

John se levantó y empezó a andar de un lado a otro de la veranda.

–Todos estos acontecimientos se han producido por mi culpa, no debería haber abandonado nunca la granja, y mucho menos con la compañía de usted. Eso ha sido una irresponsabilidad por mi parte y ha costado no solo una rueda, sino también la vida de un caballo.

Fanny no se acordaba ya del caballo muerto después de todo lo que había sucedido posteriormente. Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

–Eso ha sido por mi culpa.

John se detuvo de golpe.

–No, no. Usted no sabe tantas cosas de estas tierras como yo. Yo no tendría que haberme arriesgado nunca a intentar regresar con usted atravesando la oscuridad. Además, tendría que haber dejado a un sustituto al cargo de la hacienda. Presentaré mi dimisión y me iré en cuanto regrese su marido.

Fanny se sintió mal con la idea de que John no fuera a seguir trabajando en la granja. No deseaba eso bajo ningún concepto. Tenía que haber alguna otra solución.

–Pero podemos explicarlo todo, no tenemos que recriminarnos nada. No hay ningún motivo para salir corriendo. Irse podría ser interpretado como una confesión de culpabilidad.

John sonrió con tristeza.

–Puede que tenga usted razón en esto, pero yo no hablo de lo que ha sucedido entre nosotros. Yo soy después de todo el administrador de esta propiedad, y si aquí puede entrar libremente gente ajena, ya sea Hermann o ese clan herero que se ha abalanzado como una plaga de langostas

sobre la despensa, eso significa que he fracasado en mis funciones. Y eso es algo que Ludwig jamás podrá perdonarme. Tengo que irme, y lo haré tan pronto como él regrese.

Fanny se sintió como si se la fuera a tragar la tierra. Si John dejaba de trabajar aquí, entonces no volvería a verlo nunca más.

–Conozco a Ludwig. El caballo muerto le enfurecerá completamente, por este motivo tengo que buscar a un sustituto antes de que regrese. Tengo que irme ahora mismo.

Se dispuso a marcharse.

–Usted debería echarse a dormir. Y cuide de su brazo.

Bajó corriendo las escaleras del porche y desapareció de su campo de visión sin volverse hacia ella una última vez. Nada era ya como la mañana anterior. Fanny habría deseado que él se hubiera dado la vuelta, y la hubiera saludado con la mano o que le hubiera demostrado de alguna forma que ella también significaba algo para él.

El *biltong* le pesaba como el plomo en el estómago. Agarró el revólver para esconderlo de nuevo en el dormitorio. «Tiene que haber una solución, siempre hay una», pensó ella desesperada. Sin embargo, en ese instante no tenía la más mínima idea de cuál podía ser esa solución.

A pesar de todo lo que había sucedido, Fanny durmió profundamente y sus sueños no estuvieron cargados de atrocidades, sino que transcurrieron de una forma tranquila. En ellos sabía volar como un pájaro, planeaba sobre valles y montañas en calma y acabó en un banquete de bodas que se celebraba con excelente humor en medio de un bosque de hayas.

A la mañana siguiente bebió algo de té que le llevó Zach. Preguntó por Martha y Grace, y cuando este le aseguró que también las dos se encontraban mejor, volvió a quedarse dormida.

Después de despertar finalmente reanimada tras otra noche de descanso, el brazo ya no le dolía. Se lo palpó con cuidado y se sintió aliviada de que a pesar de los retrasos en la asistencia médica parecía que se estaba colocando de nuevo correctamente en su sitio.

Sin embargo, cuando se incorporó con la intención de levantarse, se sintió muy mal, y tuvo la sensación de náuseas a pesar de que tenía el estómago completamente vacío. Se recompuso y se levantó para lavarse y vestirse. Después de todas las cosas que habían sucedido, ¿cómo pudo dormir durante tanto tiempo?

Ya era hora de ponerse en marcha porque esperaban a Ludwig para hoy, o como muy tarde para mañana. Y con la de asuntos desagradables que le esperaban aquí, a Fanny le pareció inteligente procurar que todo estuviera en un estado impecable.

Sufrió un mareo tan intenso que no tuvo otro remedio que sentarse. Seguramente se debía a que había estado demasiado tiempo tumbada sin hacer nada, o quizás era un efecto secundario del opio. Llamó a Grace. Solo necesitaba un café bien cargado que la pusiera de nuevo en marcha. Sin embargo, su grito de llamada desató una náusea, y volvió a echarse en la cama. Debió de pillar alguna enfermedad.

Cuando Grace apareció por la puerta, cojeando y con el ojo hinchado, Fanny volvió a acordarse con claridad de lo que había sucedido, y se avergonzó de haber estado tanto tiempo durmiendo, en lugar de preocuparse por Grace y Martha.

—Grace —dijo ella dando un golpecito a su lado en la cama—. Grace, sigues teniendo un aspecto horroroso, vete a casa y échate hasta que te encuentres mejor.

—Está todo bien, Missi Charlotte.

Fanny hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero si estoy viendo que no es verdad lo que me dices.

—Mi hogar está aquí. —Grace la miró directamente a los ojos, y como seguía teniendo la misma pinta desesperante de anteaer, esa mirada atravesó a Fanny de lado a lado. ¿Qué estaba diciendo? Ir a casa, qué insensible de su parte. Grace, igual que Zach o que Martha, no tenía ningún hogar porque los habían vendido ya de niños como esclavos. Los tres no tenían familia, como le ocurría también a Fanny. Ese detalle hizo aumentar su malestar.

La boca de Grace se desfiguró en una sonrisa amarga.

—Y si estoy echada, únicamente pienso en el He-Mann.

Hermann, se refería a Hermann, el cerdo.

–Si las cosas están así, entonces ayúdame, por favor. Tráeme agua caliente.

Fanny respiró hondo esperando controlar así su malestar. Seguramente tenía que comer algo. Con la ayuda de Grace consiguió lavarse y vestirse, luego recorrió la casa hasta llegar a la cocina, en la que Martha estaba sentada en el banco de al lado de la ventana, estaba encorvada y daba instrucciones a Zach sobre cómo debía amasar la masa. Fanny se quedó perpleja cuando se dio cuenta de que Martha se había puesto un delantal, pero estaba completamente desnuda por debajo. Los pechos se le salían a derecha e izquierda del peto del delantal, y su imponente espalda estaba completamente al descubierto. Ludwig pondría el grito en el cielo si veía aquello.

Fanny se acercó a Martha, y ahora se dio cuenta de lo inteligente que era esa indumentaria, pues de esa manera la tela no tocaría las heridas de la espalda de Martha y podían curarse a su aire. Fanny contempló con alivio que en algunas de las heridas se había formado ya una ligera costra y no sufrían ninguna inflamación.

¡Qué innecesario todo aquello! Volvió a ascender en ella la rabia contra Hermann. No había castigado a Martha por ninguna falta, sino únicamente porque había querido proteger a Grace de él. «Tendría que haberle matado a tiros como a un perro rabioso –pensó Fanny con resignación–. Ahora regresará y causará más destrozos todavía.»

Puso agua a calentar para un café y pidió a Zach que fuera a buscar huevos para una tortilla. A continuación, salió afuera. Una brisa agradablemente fresca oreaba la casa, susurraba a través de las hojas de los árboles y de los matorrales y sedujo a Fanny a descender los escalones hacia el jardín, en donde pudo mirar por unos instantes el cielo azul sin nubes y olvidarse casi de lo que había sucedido. El olor familiar a polvo y miel ahuyentó definitivamente su malestar, y se sintió de golpe mucho mejor.

Fanny anduvo algunos pasos por la tierra seca y roja, bien hollada, y disfrutó del sol que acariciaba su maltratado cuerpo con una suave calidez. Contempló las grandes hormigas negras a sus pies, oyó el murmullo y el zumbido de los mosquitos y el gorjeo de los pájaros. Y de golpe tuvo de nuevo la misma sensación del día en que puso el pie por primera vez en la arena del África del Sudoeste Alemana, la sensación de tener a Charlotte a su lado abrazándola. Fanny no sabía cómo denominar esa sensación, solo percibía que, a pesar de los pesares, ella se hallaba en el lugar correcto.

Corrió de vuelta al porche donde Zach había puesto la mesa entretanto. Mientras esperaba su tortilla, se sirvió una taza de té y se quemó la lengua por sorber con tanta rapidez. Cuando por fin tuvo delante la tortilla y el olor de los huevos ascendió por su nariz, se le contrajo el estómago y se puso mala de nuevo.

Ludwig estaría pronto de vuelta. Trató de imaginarse la cara que pondría, pero todo lo máximo que llegaba a ver de él en su imaginación era su bigote retorcido, y por asociación de ideas se le pasó entonces por la cabeza la barba de Hermann al estilo del emperador Guillermo.

Volvió a tener arcadas. Tenía que dejar de pensar en ese bestia y concentrarse en su desayuno.

Le confesaría a Ludwig inmediatamente todo, nada más llegar: el montaje de Charlotte, la noche con John y también que le había disparado a Hermann. Él se pondría hecho una furia, pero quizá volvería a sosegarse con el tiempo y acabaría perdonándola. Hasta entonces tenía que ser fuerte, valiente.

Todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Ya lo ponía en la Biblia: «Quien esté libre

de pecado, que arroje la primera piedra.»

Solo tenía que conseguir poder explicárselo todo a Ludwig en cuanto llegara; entonces no tendría Hermann ningún poder sobre ella, pues solo de esa manera le era posible a Ludwig salvar la cara. Incluso fue capaz de imaginar que Ludwig despreciaría a Hermann por lo que le había hecho a Grace.

«¡Para! –la contradijo una voz en su cabeza–. Te estás exponiendo al ridículo. No tienes más que pensar en lo que te ha hecho a ti, a su propia esposa. Ludwig se horrorizará, como mucho porque Hermann ha deshonrado a la raza blanca y no por la violencia ejercida sobre Grace y Martha.

Mientras meditaba, Fanny había ido trinchando la tortilla en cuatro partes, y ahora se obligó a comérsela. Todo tenía que salir bien, al fin y al cabo, Ludwig y ella dependían el uno del otro. A pesar de todos los defectos de él, la amaba, de eso estaba segura.

Un chacoloteo ruidoso de herraduras la sacó de sus pensamientos, y unos pocos minutos después saltaba John de su caballo y se apresuraba hacia ella. Alarmada, Fanny se levantó disparada de su silla y salió a su encuentro. Algo debía de haber sucedido. Fanny puso todas sus esperanzas en que John no le trajera ninguna noticia funesta.

–Su marido –dijo jadeando– ya no está muy lejos, y llegará aquí como muy tarde dentro de dos horas. Parece que no viene solo. Alguien viaja con él.

«Hermann», se le pasó por la cabeza a Fanny. Con toda seguridad habría ido en busca de su marido para contarle su versión de los acontecimientos antes de que Fanny pudiera hablar con él.

–¿Está Hermann con él?

John se encogió de hombros.

–No lo sé, pero hay dos carros grandes más que cuando partió.

Fanny se quedó sorprendida. Dos carros más, ¿de dónde habría sacado Hermann dos carros de bueyes más en ese breve período de tiempo? Además, habría sido más fácil salir al encuentro de Ludwig a caballo. ¿O acaso Hermann estaba tramando algo especial?

–Solo quería advertirla, darle la posibilidad de prepararse. Además, quería que nuestras últimas palabras fueran palabras cordiales, porque, tal como conozco a Ludwig, no habrá de nuevo ninguna otra oportunidad después de mi despido. Yo... –se interrumpió, y la miró directamente a los ojos–. Lo siento. Actué irresponsablemente, y todos los males que han sucedido se deben solamente a eso. Así se lo explicaré yo a su marido. Ahora tengo que marcharme de nuevo, voy a por el caballo nuevo para que esté aquí cuando llegue él. –John titubeó como si quisiera decirle algo más; entonces se dio la vuelta abruptamente, corrió de vuelta a su caballo, se montó en él y se fue a todo galope de allí.

Todo había sucedido con tanta rapidez que Fanny se quedó mirándolo como atontada, en silencio e inmóvil. Tenía tantas cosas que decirle.

Entonces regresó la vitalidad en ella. Lo primero que hizo fue correr a la despensa para ver si el clan herero había ocasionado realmente tantos daños como había afirmado John.

En efecto, estaban vacíos los estantes que hasta hacía tres días estaban completamente llenos. Quedaban los sacos medio llenos de harina y de azúcar, y de *biltong* había cantidades ingentes, pero no quedaba apenas nada del arropo de calabaza y melón.

Llamó a Grace y le ordenó que preparara más masa para pan; a continuación, entró

atropelladamente en la cocina donde Martha seguía semidesnuda con el delantal y tomaba té. Fanny le mandó que se fuera al establo de los corderos, estaba convencida de que Martha estaría más cómoda allí, y le rogó que permaneciera en el establo hasta que pudiera ponerse de nuevo ropa normal. En el camino de regreso a la casa envió algunas suculentas maldiciones a Hermann y lo mandó al infierno.

A continuación, buscó a Zach y le encargó que barriera la veranda. Ella misma examinó si la sala de estar y el comedor estaban limpios y ordenados como para recibir visita, sacó el polvo y le sacó brillo a la lámpara araña de plata, operación en la que se vio impedida continuamente debido a su brazo herido. No obstante, lo consiguió con mayor rapidez que Grace y Martha juntas.

Arrancó algunas flores de pelargonio, de color rosado, las metió en jarrones y las distribuyó por todas las mesas de la casa y de la veranda. Finalmente corrió a su dormitorio y se embutió en un vestido blanco del que sabía que gustaba a Ludwig especialmente. Solo eso duró una eternidad a causa del brazo herido. Finalmente lo consiguió, se examinó en el espejo la melena negra rizada, se ató un delantal blanco de encaje y se fue a la cocina a controlar la preparación del pan.

«Toda esta tremenda actividad tuya no te va a proteger de su ira –le cuchicheaban unas voces suavemente dentro de su cabeza–. No vas a creer que un pan recién hecho le va a hacer olvidar lo que le has hecho, ¿verdad?» Si esos dos carros eran realmente de Hermann, entonces estaba completamente perdida. A pesar de todo no podía dejar de trabajar. Fue ella misma al gallinero a buscar huevos, y se alegró de encontrar una docena. Con ellos se podía cocinar algún plato delicioso. En el camino de regreso echó un vistazo en el establo de los corderos a Martha. Para alivio de Fanny se había quedado dormida boca abajo, pero su espalda dilacerada le pareció a Fanny una denuncia muda.

En el camino de regreso al porche vio a lo lejos una gran nube de polvo que anunciaba la llegada de Ludwig. Deseó con intensidad que él fuera capaz de perdonarla.

Se palpó involuntariamente los abalorios, como si pudieran protegerla. Se serenó y tragó saliva. Ella tenía que protegerse a sí misma, algo que ya había aprendido de sobra a hacer en el convento. Ni siquiera había podido contar con Dios. Oyó reír a Seraphina y gritarle en un tono de denuncia: «Franziska, tienes a Dios siempre para ti, pero tú has cerrado un pacto con el diablo.» Sus cuentas emitieron de pronto calor. «Como si vinieran del fuego del infierno», pensó Fanny, y se sorprendió de que sus cuentas volvieran a reaccionar de repente.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. «Basta ya, que pare eso de una vez.» Ella no había cerrado ningún pacto, ni con el diablo ni con Dios. Sin embargo, ¿qué era toda esa calidez, toda esa energía singular que había percibido en el círculo de piedras en el bosque de los árboles aloe? Si no era ni Dios ni el diablo, ¿qué era entonces?

La nube de polvo se aproximaba con una sorprendente rapidez, y Fanny no tardó mucho en distinguir ya a los bueyes. Entonces reconoció a Hendrik, y finalmente vio también a Ludwig, que le hacía señas con cara de buen humor, lo cual no hizo sino reforzar aún más el malestar de Fanny. «Si supiera qué novedades tengo para él, se le quitaría inmediatamente esa risa alegre del rostro.» Y por fin llegaron Ludwig y las visitas al porche.

Cuando Fanny reconoció quién se había añadido a la caravana de Ludwig, sintió como si una mano fría le agarrara el corazón y se lo apretaran con dedos de acero. Ciertamente no era Hermann, no, pero se trataba de alguien igual de malo: Maria von Imkeller con sus tres hijos varones, de los cuales dos parecían iguales y estaban secos como estacas, y el otro era voluminoso como la madre.

Fanny puso en la cara la sonrisa más amable que pudo y salió al encuentro de sus invitados. Ludwig la abrazó y la besó en los labios, luego la apartó de sí para observarla de arriba abajo. Resultaba evidente que le gustaba lo que veía porque asintió con la cabeza como si ella fuera un excelente animal de raza que quisiera comprar para su crianza. Entonces se fijó en la venda de su brazo y quiso saber qué había sucedido.

Fanny le disuadió con un gesto negativo de la mano.

–Luego –dijo, saludó a Maria y miró entonces a Ludwig con las cejas levantadas.

–Mira, Charlotte, a quién te he traído desde Mariental –dijo él sin darse por aludido con la mirada inquisitiva de ella–. Pensé que podrías soportar un poco de compañía femenina. –Ludwig la miró con una cara de felicidad radiante y se retorció con un gesto de satisfacción plena los cabos de su rubio bigote retorcido.

«En Mariental, ¿por qué se hallaba Maria en Mariental? ¿Y cómo había tenido Ludwig esa estúpida ocurrencia?», se preguntó Fanny. Ella no se había quejado ni una sola vez sobre que echara de menos a otras mujeres, pues la única a la que verdaderamente extrañaba era Charlotte, y esta no había quien pudiera reemplazarla. ¿Dónde iba a alojar a sus invitados, qué había pensado Ludwig al respecto? En Windhuk, él se había apartado todas las veces para no coincidir con los Imkeller, y ella había sospechado que Maria le aburría o le sacaba de quicio.

Fanny se sintió apretujada contra los imponentes pechos de Maria, quien, a continuación, se dispuso a presentar a sus chicos llena de orgullo. Hans y Franz, mellizos de nueve años, y el gordo de Albert, de doce años, quien, a todas luces, era el preferido de Maria. Los mellizos se quedaron mirando fijamente a Fanny con curiosidad; en cambio, Albert le dirigió una sonrisa que hizo que ella se estremeciera por dentro. Conocía esa expresión del rostro de la época en la que había dado clases. Había en ella una valoración pícaro, oculta tras la mueca de una insidiosa sonrisa.

¿Cómo encontrar tiempo para hablar a solas con Ludwig teniendo aquellas visitas? Tenía que saber por fuerza cuánto tiempo pensaba quedarse Maria con ellos. Fanny llamó a Zach y a Grace y les encargó con el tono más severo que se encargaran de los invitados y que pusieran agua a calentar.

Maria se encontraba en un paseo de inspección por las habitaciones y era evidente que se sentía ya como en su casa. Ludwig le ofreció a ella y a los niños que tuvieran como propio el dormitorio de ellos.

«Muy amable de su parte, pero ¿dónde vamos a dormir nosotros entonces?», pensó Fanny, pero permaneció en silencio para no poner en evidencia a su marido. Y como para compensar sus

pensamientos negativos, se puso a sacar sábanas y toallas con mucha diligencia, y se volcó en todo tipo de actividades domésticas que su brazo le permitía realizar. Mientras las hacía se le cruzaban los pensamientos incesantemente por la cabeza. La presencia de Maria, ¿era buena para ella y para Ludwig, o lo empeoraría todo aún más, como si fuera un catalizador? Y es que Fanny estaba completamente segura de que no tardaría mucho tiempo en aparecer Hermann para confrontar a Ludwig con su visión de la verdad de los hechos.

¿Disfrutaría Hermann al tener más público del esperado, o preferiría mantenerse en silencio por consideración a la exposición al ridículo de su amigo? Fanny podía imaginarse sin dudar que Hermann disfrutaría extraordinariamente con la presencia de público.

De todas formas, Fanny estaba convencida de que tenía a Maria de su parte al menos en un aspecto, porque también despreciaría a Hermann por haber abusado de las criadas y, como es natural, no debido a los dolores ni a la pena por Grace y Martha, sino porque en el mundo de Maria, un hombre alemán no debería mezclarse jamás con mujeres cafre. Pero ¿cómo se comportaría Maria si se enterara de la falsa identidad de Fanny?

Para colmo de males apareció en ese instante también John, que quería hablar urgentemente con Ludwig. Fanny buscó su mirada para aclararle que ahora no era un buen momento para confesiones de ningún tipo, pero John esquivó sus ojos.

Ludwig parecía no darse cuenta de nada, saludó a su administrador de muy buen humor e incluso lo invitó esa noche a cenar con ellos, momento en que podrían hablar de todo lo que había sucedido en ausencia de Ludwig.

¡John no había cenado nunca antes con ellos!

Ese buen humor dejó a John tan perplejo que buscó la mirada de Fanny para interrogarla con los ojos. Fanny solo pudo encogerse de hombros desconcertada también, y su miedo fue incrementándose por momentos. ¿Por qué se mostraba Ludwig tan amable con John cuando eso no era lo habitual en él?

Por último, Ludwig desapareció con su administrador para llevar las ovejas recién compradas a su *kraal*. Fanny esperaba que John fuera tan inteligente como para darle primero tiempo a Ludwig a que se acomodara en lugar de asaltarlo de inmediato con una confesión.

Después de que el equipaje de Maria estuviera en su dormitorio, Fanny pudo ocuparse de la cena. Ludwig no solo había traído consigo a Maria, sino también un kudú recién abatido. «Su suerte en la caza tiene sin duda mucho que ver con el buen humor que muestra –pensó Fanny mientras reflexionaba sobre cómo preparar el animal–. Me hará bien despellejar y descuartizar al animal porque me tendrá ocupada la cabeza en otras cosas.»

De manera inhabitual, Zach la ayudó con ganas y con energía. Grace estaba con Maria para ayudarla a ella y a los niños en el aseo. Fanny rezaba para que nadie echara de menos a Martha o, aún peor, para que nadie la descubriera con su extraña vestimenta en el establo de los corderos y le hiciera preguntas.

Maria estuvo lista en un tiempo sorprendentemente corto y se llegó hasta Fanny con un dinamismo tal como si se acabara de despertar de un largo sueño reparador y no de un largo viaje a través del polvo y de la suciedad.

De todas maneras, volvía a sudar y a lamentarse ruidosamente por el calor, que a ella le parecía mucho peor aquí en el sur que en Windhuk, cosa que Fanny no podía entender porque soplaba una brisa fresca, y ella misma encontraba muy soportables los veintitrés grados que

indicaba el termómetro de Ludwig. Maria se había puesto por encima un delantal de trabajo y anunció alegremente lo mucho que deseaba ser útil en la casa.

Fanny estaba de camino hacia el patio trasero donde iba a descuartizar el kudú para no ensuciar la cocina.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Maria jadeando ligeramente. Entonces se interrumpió y miró atónita con qué facilidad, pese a la herida de su brazo, desprendía Fanny la piel del animal y separaba las partes no aprovechables como los pies y la cola. Luego ayudó a Fanny a meter los pesados bloques de carne en un cubo. A pesar del viento, la carne sanguinolenta atrajo a miles de mosquitos que revoloteaban, molestos, en torno a las dos mujeres. Maria movía la parte inferior del delantal para espantarlos.

Fanny contemplaba a Maria por el rabillo del ojo sin interrumpir su trabajo. Había esperado que Maria rechazara ocuparse de tareas de cocina tan burdas. Algo debía de haber ocurrido para que Maria se comportara de una manera completamente diferente que en Windhuk o en el barco.

Mientras Fanny extraía las vísceras, lo cual le resultaba mucho más complicado de realizar con una mano que despellejar, comprendió con claridad en qué radicaba su cambio de comportamiento. Maria quería mostrarse servicial. Pero ¿por qué motivo? No podía deberse únicamente al hecho de que le permitían pernoctar en la hacienda. La ley de la hospitalidad era sagrada en el África del Sudoeste Alemana. No, tenía que haber otro motivo por fuerza.

—Es increíble lo bien que descuartizas la carne, tienes que enseñarme a hacerlo. ¿Lo aprendiste en alguna carnicería? —preguntó Maria.

—Con un cuchillo afilado no es nada difícil, solo se requiere algo de práctica. Pero tú no tienes por qué hacer para nada estos trabajos sucios, tú tienes un montón de buenos criados.

Maria se puso colorada como un tomate y miró al suelo. Fanny no sabía qué había hecho sonrojar a su invitada, y prefirió cambiar de tema. Ahora que Maria se mostraba tan accesible en el trato, le resultaba también más fácil tutearla.

—¿Por qué has venido hasta aquí con los niños? —preguntó—. ¿No quería ir tu marido a Swakop a ocuparse de que construyan allí por fin un muelle?

—Sí, no, bueno, mi marido quiere abrir un negocio aquí, y nosotros somos, por decirlo así, la vanguardia para prepararlo todo y hacerle la vida lo más cómoda posible. Ya conoces a los hombres. —Maria profirió una risa forzada y se enjugó el sudor de la frente—. Para ellos no hay nada como una bella casa y tú te has instalado aquí maravillosamente con tu magnífico Ludwig. Nos encontramos por casualidad en Mariental, y nos invitó con tanta amabilidad y entusiasmo a que viajáramos con él que no pude negarme. Para los chicos era también mucho más emocionante viajar con un hombre de verdad, y cazador además, que a solas con su vieja madre.

A Fanny le pareció completamente impensable que una mujer como Maria partiera sin su marido en dirección al seco sur. Ella habría pensado al revés, que Maria no iría con los hijos hasta que todo estuviera perfectamente organizado. También le resultaba extremadamente sospechoso que Ludwig se hubiera encontrado con ella casualmente. Pero incluso si Maria estaba mintiendo realmente, ¿quién era ella para juzgarla?

—Con estos pellejos de kudú se hacen alfombras muy bonitas, o también antecamas, Wilhelm adora mucho estas cosas —dijo Maria—. ¿Dónde quieres que lo cuelgue para secar, o lo maceras primero en sal?

Fanny llamó a Zach y le pidió que se ocupara de que el pellejo quedara completamente

descarnado y puesto a conservar.

–Solo tenemos que dejárselo a las moscas –replicó Zach–. Ellas se ocuparán de todo.

–Y pondrán huevos en todas partes, eso es asqueroso. –De manera involuntaria, Fanny se puso más estricta de lo habitual. «¿Por qué lo haces», se preguntó, «¿para impresionar a Maria?» Y a pesar de que se veía a sí misma miserablemente en ese papel, prosiguió en ese mismo tono–. Por favor, Zach, haz lo que te he dicho. –Estaba segura de que Maria, que en sus cartas alababa el uso del látigo como recurso pedagógico para criados desganados o incompetentes, la censuraría por permitir a sus criados que le llevaran la contraria.

Sin embargo, Maria siguió espantando las moscas de la carne y permaneció en silencio hasta que Fanny estuvo lista con el troceado.

–¡Ya está! –Fanny se quitó los cabellos pegados a la frente sudorosa–. Vamos a llevar todo a la cocina, si no se lo comerán todo las moscas.

Llevaron la carne aprovechable a la cocina, en donde Fanny la lavó con agua fría. De pronto volvió a sentirse un poco mal, y tuvo que sentarse unos instantes. Pero como no quería parecer una vaga ante Maria le propuso tomar un té porque se lo habían merecido de sobra.

Encantada por la propuesta, Maria se arrellanó junto a ella en la mesa de la cocina y se puso un montón de azúcar en su té negro. Después de apurar su taza, Fanny se sintió mejor.

–Con ese hígado podríamos hacer unas albondiguillas para la sopa –propuso Maria–. Eso sería estupendo para mis chicos, el pobrecito Albert está muy débil.

–¿Qué ingredientes se requieren?

–El más importante, un hígado de kudú, ese de ahí tiene un buen tamaño –dijo Maria golpeando con los dedos sobre el hígado del animal–, pan duro, cebollas, huevo, mejorana, tomillo, perejil, pimienta y pan rallado aparte.

Fanny pensó en su despensa desvalijada y no pudo menos que sonreír sin querer.

–Puedo ofrecerte huevos, pan recién hecho y algunas hierbas, pero cebollas no tengo, lo siento, ni tampoco pan rallado.

Maria abrió los ojos con semblante de asombro, y Fanny se temió un comentario malicioso por su parte, pero Maria se limitó a encogerse de hombros.

–Bueno, entonces cocinaremos otra cosa.

Aliviada y sorprendida, Fanny se puso a preparar un cocido de carne de kudú. Para ello puso la carne con algunos huesos limpios en la olla de hierro colado más grande y honda que tenía, añadió sal de ajo, cilantro, clavo y vinagre y lo dejó macerar. Fue a buscar el último resto de tocino que los herero habían pasado por alto, y lo frío, desgraciadamente sin cebolla. A continuación, vertió los dados de tocino fritos sobre la carne marinada, añadió dos tazas de agua y cerró la olla con la tapa.

–Esto tiene que hervir a fuego lento como mínimo cuatro horas, y posteriormente le echaré harina, vino y jalea de membrillo para espesarlo todo –le explicó a Maria, que la estaba escuchando muy atentamente, como si estuviera explicando la historia del Santo Grial. Poco a poco, el comportamiento de Maria la estaba poniendo realmente nerviosa.

El resto de la carne lo trocearon en pequeñas tiras para hacer *biltong*. Trabajaban en silencio hasta que aparecieron los hijos de Maria preguntando si podían dar una vuelta por la granja. Fanny pensó en Martha e iba a prohibírselo, pero Maria se le adelantó.

–De eso, ni hablar. Si tenéis suerte, Charlotte os enseñará más tarde la granja. Hasta entonces podéis sentaros en la veranda y leer vuestros libros. Tengo entendido que ninguno de vosotros les ha echado un vistazo desde que salimos de Windhuk, ¿no es así?

Hans y Franz se quedaron tan decepcionados que Fanny hizo de tripas corazón y propuso dar una vuelta enseguida.

La recompensaron con una sonrisa radiante. Solo Maria frunció la boca con gesto de desaprobación, pero no dijo nada. Fanny dio a Zach algunas instrucciones más, y entonces comenzaron la vuelta desde la cocina.

En la consulta de Ludwig, Hans y Franz se detuvieron en la puerta y señalaron con los ojos como platos en dirección al esqueleto que estaba en un rincón. Solo Albert se dirigió hacia él sin titubear, agarró la mano del esqueleto y la agitó con tanta fuerza que el esqueleto entero se puso en movimiento y acabó por caer al suelo. Maria iba a estallar en carcajadas por la ocurrencia de su valiente Albert, quien, cuando su madre no estaba mirando, le sacó la lengua a Fanny. Fanny hizo como si no lo hubiera visto y volvió a colocar el esqueleto en su sitio. Por suerte no se había fracturado ningún hueso.

A continuación, se dirigieron al gallinero; Fanny se saltó el establo de los corderos confiando en que nadie, y de manera especial Albert, se diera cuenta. Finalmente acabaron en su bancal de verduras, en el que solamente había un triste melón por cosechar. De todas maneras, los hereros no habían tocado el perejil silvestre ni el tomillo, ni la mejorana tampoco, pero se habían llevado consigo todas las calabazas y cebollas. Fanny suspiró al ver el bancal saqueado. No volvería a dejar nunca más la granja sin supervisión.

A los chicos les habría gustado ir a ver los *kraals* de las terneras, pero Fanny se lo prometió para el día siguiente porque ahora deseaba preparar una comida que llenara a Ludwig de orgullo.

Cuatro horas más tarde estaban sentados todos a la mesa de la sala de estar, preparada para una cena solemne y sobre la que había numerosas velas encendidas. En junio hacía demasiado fresco por las noches para estar fuera.

Después de que Maria pronunciara con sus hijos la bendición de la mesa, Fanny se dispuso a servir la sopa cuando oyó el sonido del trote de un caballo, y se apoderó de ella un presentimiento atroz. Dirigió una mirada de pánico a John, que estaba sentado al otro extremo de la mesa. Este asintió con un gesto tranquilizador, pero Fanny vio que también él hacía cara de preocupación.

–Parece que vamos a tener un invitado más a cenar –dijo Fanny tratando de mantener la calma al menos exteriormente. Corrió al armario en el que guardaban la vajilla de cerámica del ajuar de Charlotte, sacó otro servicio de mesa más y se apresuró, cada vez más nerviosa, hacia la cocina para buscar los cubiertos y mirar quién era aquel visitante tardío.

Hasta el momento en que abrió la puerta, tuvo la esperanza de que fuera Daphne, pero no, era Hermann quien le dirigía ahora una amplia sonrisa. Su barba a lo emperador Guillermo volvía a estar en plena forma, tenía domado el pelo con brillantina, la camisa y el pantalón de color blanco impecable, las botas lustradas a la perfección, y con una mano sujetaba una botella de vino de Madeira como si realmente fuera un invitado.

–¡Hermann, viejo amigo, entra y alégranos con tu compañía! –Ludwig había aparecido por detrás de Fanny, le tendió la mano a Hermann con entusiasmo y tiró de él desde el mismo umbral por el que su esposa lo había expulsado de la casa a mano armada hacía dos días.

Hermann sonrió con gesto divertido como si él también estuviera pensando en aquella escena,

le besó la mano, le entregó la botella y entró en la casa.

–¡Vaya, Ludwig, qué escena más encantadora! –dijo él nada más entrar en la sala de estar y dirigir la vista a Maria–. ¡Qué miserable donjuán estás hecho! ¿No te basta acaso con una belleza? ¿Pretendías ocultarme tu amistad con esta tremenda hembra? –Hermann se fue derecho hacia Maria, se plantó ante ella y la saludó marcialmente juntando ruidosamente los tobillos, le hizo una reverencia y le besó también la mano. Maria se puso roja como un tomate, y sus hijos se rieron para sus adentros.

Tras ese majestuoso saludo resultaba de una descortesía humillante que Hermann ignorara por completo a John, pero, excepto Fanny, no parecía darse cuenta nadie más. Hermann tomó su servicio de mesa y sin mayores contemplaciones echó a Albert de su sitio presidiendo la mesa. Albert se puso de mal humor, pero su madre le endilgó una severa amonestación y con semblante sombrío fue a sentarse al lado de John.

Fanny sirvió la sopa con albóndigas, deseó que Hermann se atragantara con ella y se sentó de nuevo. Evitó mirar su boca de pescado al sorber la sopa, y se preguntó si no debía armarse de valor y confesarle a Ludwig todo inmediatamente.

Hermann la miraba fijamente todo el rato, y Fanny percibió con toda claridad cómo disfrutaba dejándola en la incertidumbre acerca de sus verdaderos propósitos. ¿Por qué le gustaba tanto a esa persona torturar a los demás? Ella no iba a resistir la velada entera así. Eso tenía que acabar ya. El corazón le latía a lo loco cuando se levantó y carraspeó para llamar la atención. Sin embargo, se le adelantó Hermann.

–Maria von Imkeller, con su marido he hecho ya muchos negocios. Por favor, saludelo de mi parte.

Maria volvió a ponerse roja como un tomate y asintió con la cabeza.

–¿No tiene usted un hermano, Konstantin Fridolin von Öhringhausen, que sirvió en el regimiento del emperador? –Como Maria se limitó de nuevo a asentir con la cabeza, prosiguió Hermann con una sonrisa satánica dirigida a Fanny–: El hermano de Maria y el hermano de nuestra, este, Charlotte von Gehring y yo, los tres éramos casi inseparables.

–Eso no lo sabía yo –dijo Maria con asombro–. Pero por aquel entonces yo no era para mi hermano nada más que una tontita. Él llevaba una vida completamente diferente a la mía.

–Los tres seguro que lo pasasteis bien –dijo Ludwig con tono de lamentación–. Cuando trabajé de médico militar no se me concedió una camaradería como esa.

–Efectivamente, Ludwig, te has perdido muchas cosas. La camaradería masculina es algo sagrado. Lástima que el hermano de Charlotte se batiera en duelo. Estoy seguro de que no habría sido necesario. Nadie con un poco de nobleza y de sentido común se creyó una sola sílaba sobre aquellos rumores ridículos acerca del escándalo sexual en el pabellón de caza de Grunewald.

Fanny notó cómo se le retiraba la sangre de la cara.

–La muerte de mi hermano sigue siendo un asunto difícil para mí –dijo ella tartamudeando con la esperanza de que la conversación tomara otros derroteros.

–¿Qué es un *cándalo sexsal*? –preguntó Hans.

–Eso no es una cosa para chicos pequeños –se apresuró a decir Maria, y a continuación se dirigió a Fanny.

–Te entiendo, Charlotte, una cosa así queda para siempre como una herida. También mi

hermano tuvo una muerte temprana.

Ludwig hizo el ademán de un brindis en su honor, al que Hermann se adhirió de inmediato.

Maria volvió a ponerse muy colorada.

–Ese honor no le corresponde; fue el mal francés la enfermedad que se lo llevó por delante. Pero preferiría que habláramos sobre asuntos que resulten también apropiados para nuestros jovencitos.

Hermann asintió con la cabeza en dirección a Maria al tiempo que extraía algo del bolsillo interior de la chaqueta.

–Como usted quiera. Los deseos de una mujer bella siempre fueron una orden para mí. De una manera u otra, Ludwig, yo quería enseñarte sin falta esta foto que me confió Aribert von Gehring en su despedida del regimiento. Es una foto de él y de su hermana Charlotte. Seguro que va a interesarte mucho. –Hermann sonrió con tanta afabilidad a los reunidos que Fanny sintió frío hasta en la médula. Su marido no debía ver aquella foto de ninguna de las maneras, pues aunque se tratara de una toma muy mala, se reconocería en ella que la cara de Charlotte tenía otros rasgos, muy diferentes a los de Fanny y que los ojos de ella eran claros y no oscuros como los suyos. Fanny se puso a pensar febrilmente cómo podría deshacerse de ella.

–¡Qué maravilla! –murmuró ella–. Una foto de mi hermano y de mí, eso es casi como si resucitara de la muerte. Trató de que la tonalidad de su voz sonara emocionada, y estuvo buscando las palabras–. Hay muy pocas fotos de mi hermano y de mí. Ludwig, me vas a permitir que la mire yo primero, ¿verdad? –Extendió la mano esperando que nadie se fijara en lo intensamente que le temblaba. Esa foto tenía que desaparecer ahora mismo.

–Por supuesto, mi amor. –Ludwig hizo una señal a Hermann y este se la tendió con desgana por encima de la mesa, y Fanny se la arrancó de la mano.

Apenas tocó la foto, la pulsera se puso caliente al instante, como si deseara comunicarle algo con el calor. ¿Qué hacer ahora? ¿Qué posibilidades tenía? ¿Dejarla caer en el vaso de vino o en la sopa? Pero eso ¿la destrozaría o la haría irreconocible? Miró en dirección a John al fondo de la mesa buscando ayuda, pero él tampoco podía ayudarla. Los ojos de él estaban clavados en ella, y de pronto le pareció que en las velas, las llamas ondeaban con mayor claridad y altura.

Caliente.

La pulsera le quemaba como el fuego.

¡Quemarla! ¡Debía quemar la foto! Rápido, Fanny, rápido, ahora que sabía lo que iba a hacer, podía contemplar por fin la foto. Gimió, Charlotte reía en la foto con la misma vivacidad con la que Fanny la tenía en su recuerdo. Emocionada, estrechó la fotografía contra su pecho. Era imposible exponer a las llamas esa maravillosa imagen, eso era como si Charlotte tuviera que volver a morir una vez más.

Suspiró profundamente, y justo cuando iba a ponerse en manos de su propio destino entregando la foto a Ludwig, le pareció que Charlotte le hacía un guiño de ojos y la animaba a hacer todo lo posible por salvarse, como si dijera: «¿Estás loca poniendo tu existencia en juego? ¿Cómo vas a continuar? ¿De qué vas a vivir?»

«Tonterías, imaginaciones mías», pensó Fanny.

Dirigió la vista hacia John, luego hizo ver que le venía la tos, se tapó la boca con la mano izquierda, resolló y simuló tener arcadas, de modo que todos se sobresaltaron. Movié por los

aires la mano derecha que sostenía la foto, tocó la llama de la vela, volvió a toser. Su pulsera se enfrió.

–Se está quemando algo –constató Albert.

–¡Por el amor de Dios! –Fanny se percató de que la foto había ardido ya hasta la mitad, entonces la movió abanicándola, como si quisiera apagar la llama mientras interiormente esperaba que siguiera quemándola hasta el borde superior.

–¡Qué torpe de tu parte, Charlotte! –la reprendió Ludwig mirándola con unos ojos furiosos.

–Sí, así es, en efecto. Se trataba de uno de mis tesoros más sagrados, Ludwig. –Hermann agarró fuertemente la muñeca de Fanny por encima de la mesa y le arrebató el resto de papel calcinado. Lo contempló, apretó los labios y dijo entre dientes a continuación–: Está destrozada por completo. No sé cómo tu esposa podrá repararme esto nunca.

–Señores míos –intervino de manera completamente inesperada John, quien no había pronunciado palabra en toda la velada–, como *gentlemen* deberíamos comprobar mejor si la *lady* no se ha quemado durante este accidente.

–¡*Gentlemen*, puaj! –Ludwig alzó una ceja–. ¡Me importa un comino la pose inglesa!

–Lo siento, no sé cómo ha podido suceder –se apresuró a asegurar Fanny.

–No lo sabe, vaya sarcasmo –murmuró Hermann en un tono tan bajo que solo Fanny pudo oírlo; luego prosiguió en voz alta–. Tengo que decir que ando un poco sorprendido con las circunstancias que tienen lugar en tu casa, mi querido Ludwig. –Hermann despedazó a Fanny con los ojos–. ¿Desde cuándo se permite al bastardo de tu administrador sentarse a la misma mesa con mujeres alemanas? Si yo te contara sobre él... –Hermann hizo un gesto negativo con la cabeza, como si todo lo que se le ocurriría decir fuera demasiado triste como para darlo a conocer.

Fanny, que ahora tuvo que toser de verdad por culpa del humo, sintió que su estómago se contraía. No había que dejar que Hermann continuara hablando. Ludwig ya estaba echando humo.

–Lo siento –dijo entre jadeos–, me sabe infinitamente mal. Tampoco sé lo que me pasa, puede que haya pillado un resfriado. Siento una debilidad constante, y me vienen náuseas una y otra vez.

La cara de Ludwig se iluminó.

–¿Dices que tienes náuseas?

–Sí, llevo todo el día así. –Como eso no era ninguna mentira, le resultó fácil a Fanny proclamar así su inocencia y tal vez sería capaz de desviar definitivamente la conversación en otra dirección.

–Mamá, esa mujer, ¿es una bruja? –intervino Albert inesperadamente arrojando una mirada maliciosa a Fanny–. ¡La foto comenzó a arder antes de que la aproximara a la vela! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

–¡Una bruja! –repitieron Hans y Franz entusiasmados.

–¡Qué tontería! –dijo Maria amenazando a sus hijos con el dedo en alto–. En las brujas solo creen los negros ignorantes e infieles. La fotografía entró en contacto con la llama de la vela, así de simple. El papel arde, ya hemos hecho experimentos con el papel y el fuego –añadió con una risa exculpatoria–. Mis chicos tienen demasiada imaginación, pero eso no lo han heredado de mí, seguro.

–¡Vaya si eres una bruja! –le dijo Hermann entre dientes a Fanny, que se estremeció y esperó que Ludwig no lo hubiera oído. Reunió los fragmentos de papel quemado de encima del mantel y

al hacerlo dejó unas manchas de hollín sobre el damasco. «No se van a ir estas manchas», pensó fugazmente, y se preguntó si no debía poner un punto final a todas aquellas patrañas. Estaba cansada de tanta mentira, y se sentía miserablemente.

De pronto se pusieron a hablar todos al mismo tiempo: Ludwig preguntaba cuándo sentía Fanny esas náuseas, Maria reiteraba que sus chicos no eran en realidad tan malos, y Hermann los acalló a todos finalmente con su vozarrón y afirmó que en cada mala mujer se escondía una bruja.

A Fanny le daba vueltas la cabeza. Tan solo oía ya náuseas, náuseas y bruja. Al mismo tiempo se le quedó fijado en la nariz el intenso olor a quemado. Trató de levantarse para rociarse la cara con agua, pero estaba tan mareada que se desvaneció al lado de la silla.

Cuando al poco tiempo volvió en sí, todo seguía dándole vueltas, y se sentía horrorosamente mal. Ludwig estaba arrodillado a su lado tomándole el pulso.

—No hay motivo para alarmarse —anunció con un tono de voz triunfal y orgulloso—. Si no ando muy equivocado, mi esposa está simple y llanamente embarazada. —La ayudó a levantarse y la condujo hasta el sofá verde que estaba junto a la pared.

Maria se dejó caer a su lado profiriendo un suspiro.

—¡Cariño, esa es una noticia extraordinaria, mis felicitaciones! ¡Qué suerte que esté yo aquí para ayudarte! Sé lo que significa ser madre.

—¡Madre! —exclamó Hermann escupiendo la palabra—. Ludwig, no estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Dices que esa puta va a ser madre?

Ludwig se volvió hacia Hermann dando la espalda a Fanny.

—¿Qué estás insinuando?

El tono de su voz era tan gélido que Fanny sintió un escalofrío en la espalda. Conocía ese tono, pero Hermann lo desconocía por completo porque de lo contrario habría mantenido cerrada la boca en ese momento. En lugar de eso extendió los brazos con gesto apaciguador y continuó hablando.

—De verdad, Ludwig, esto no me resulta nada fácil... pero como viejo amigo tuyo que soy, tengo que decirte que...

Ludwig dirigió su mirada alternativamente a Fanny y a Hermann. Fanny se la mantuvo con sus últimas fuerzas porque no iba a tolerar que Hermann, ese repugnante ser, destruyera su reputación. Ella no había hecho nada, no había cometido ninguna acción infame. Sí, de acuerdo, se había ido de la granja de una manera irresponsable, pero no se le podía reprochar comportamiento adúltero alguno. Ludwig le hizo una señal imperceptible con la cabeza, como si él estuviera pensando en eso mismo.

«Ojalá hubiera terminado ya esta noche.» Fanny deseó caer para siempre en un desvanecimiento profundo. Los hijos de Maria corrieron hasta su madre como buscando ponerse a buen recaudo.

—¡Hermann, si tienes algo que decirme, hazlo ahora mismo!

El tono gélido de Ludwig volvió a provocar un escalofrío en Fanny. Hermann hacía ver que le resultaba difícil aquella situación, pero entonces comenzaron a manar de su boca las palabras, y contó con un deje entre asombrado y ligeramente ofendido cómo había llegado él para hacer compañía a la pobre y solitaria Charlotte, pero que entonces se enteró de que ella no estaba presente, sino que había partido con el bastardo del administrador a un *kraal* cualquiera,

presuntamente para ayudar con los caros medicamentos de Ludwig a algunos hotentotes enfermos.

En este pasaje, Hermann se pasó la lengua por los labios e hizo un movimiento negativo con la cabeza en un gesto de consternación profunda.

–Y créeme, Ludwig, cuando realicé más tarde mis pesquisas, resultó que no había habido enfermos en tus *kraals*. Pero eso no es lo peor. Pensé, bueno, voy a esperar aquí hasta que lleguen sanos y salvos los dos. Y fueron pasando las horas, y se hizo de noche...

–¿Y qué tenías que buscar aquí tú de noche? –preguntó Ludwig, y Fanny pudo percibir la ira reprimida en su voz cortante.

–Bueno, yo pensé que estarías de acuerdo en que hubiera al menos un blanco en tus propiedades garantizando el orden y la ley.

Fanny no pudo contenerse por más tiempo; se levantó hecha una furia, se tambaleó, pero volvió a enderezarse inmediatamente.

–Garantizar el orden y la ley, ¡vaya sarcasmo! Tu íntegro amigo Hermann no tuvo nada mejor que hacer durante su, ja, preocupada espera que violar a nuestras criadas.

Hermann hizo un gesto de rechazo con la mano.

–Ludwig, las mujeres cafre no merecen ni que se hable de ellas. Ya me conoces, no soy más que un hombre. Y uno se rasca cuando le pica.

Maria trató de tapar los oídos de sus mellizos, acción que a Fanny le pareció completamente absurda. Entonces tomó John la palabra.

–Hermann, debería usted dejar de formular esas ridículas imputaciones. –Su voz tenía un sonido suave, agradable–. Me llevé a la señora Falkenhagen hasta el bosque de los árboles aloe por un solo motivo...

Fanny tenía que impedir que hablara, Ludwig no debía enterarse en absoluto de que se había encontrado allí con una maga zulú porque había querido saber más sobre sus abalorios, es decir, sobre sus orígenes. Pero John prosiguió, y ella se imaginó que le dirigiría una mirada tranquilizadora.

–Queríamos cosechar allí el néctar de los árboles. Con él puede elaborarse una bebida que mitiga las náuseas de las embarazadas.

Ella se mordió los labios, sorprendida. Recurrir al embarazo era una buena idea por parte de John; sabía mentir mejor que ella. Y había comprendido de inmediato que todo lo que tuviera que ver con el embarazo pondría a Ludwig de su parte y lo reconciliaría. Se relajó un poco.

–Fue un error mío –dijo John con un hilo de voz–, no llevarnos a nadie más con nosotros; fue imperdonable no dejar a nadie al mando de la hacienda. Y si no hubiéramos tenido ese accidente...

–¿Accidente? –le interrumpió Ludwig soltando un gallo. Corrió hasta donde estaba John y lo abatió con un gancho en la barbilla–. ¡De ahí la herida en el brazo! ¡Tú expusiste a mi esposa embarazada a semejantes peligros! –Ludwig quiso golpearle de nuevo, y le habría dado una patada si Maria no lo hubiera detenido.

–Ludwig –volvió a inmiscuirse Hermann–, no merece la pena que te sofoques con ese. Deberías mandar que lo azotaran.

Ludwig se dio la vuelta y miró a su amigo hecho una furia.

–¿Y tú? ¿Has terminado ya con tus miserables acusaciones contra mi mujer embarazada?

–No del todo, pues los dos tortolitos no regresaron hasta la mañana siguiente. –Hermann sonrió ampliamente, pero, acto seguido, Ludwig le acertó de pleno en la cara con un puñetazo.

–¿Quieres que nos batamos en duelo? –le vociferó. Hermann se frotó la mejilla con los ojos como platos por la perplejidad.

–Ludwig, por el amor de Dios, no es más que una mujer miserable.

Ludwig soltó un gruñido, y Fanny se colgó de su brazo.

–Ludwig, ya está bien. No debería batirse nadie en duelo. Sencillamente no pudimos regresar porque estaba rota una rueda, mi brazo también, y habría sido demasiado peligroso para mí cabalgar de noche, podría haberme caído del caballo. –Prefirió pasar por alto el asunto del caballo muerto.

Ludwig volvió a dar una patada a John, que a duras penas estaba queriendo levantarse.

–Así que tenía el brazo roto. Tú eres el responsable. Es inconcebible. Estás despedido. Cruz y raya, no quiero saber nada más de ti y no quiero verte nunca más por aquí.

Los mellizos de Maria habían comenzado a llorar, e incluso el gordo de Albert estaba contemplando compungido la escena. Fanny se sentía fatal.

–¡Vosotros, a la cama! –ordenó Maria a sus chicos.

–¡Yo tengo hambre todavía! –dijo Albert llorando.

–¡Marchando! –Maria miró con gesto inquisitivo a Fanny porque no sabía si resultaba peligroso dejarla a solas con Ludwig. Sin embargo, Fanny le hizo una señal tranquilizadora con la cabeza. Maria se fue titubeando de la sala de estar.

–Algún día, Ludwig –volvió a dejarse oír Hermann–, comprenderás las buenas intenciones con las que actué para ti.

–Sal de mi casa –le ordenó Ludwig con una voz cortante.

Hermann se encogió de hombros y corrió hacia la puerta.

–Esa bruja te ha embaucado de lo lindo –murmuró en voz baja.

Pero Ludwig le había oído, tiró de él hacia la puerta y lo arrojó escalones abajo hasta la veranda. A continuación, cerró de un portazo.

John se puso en pie con dificultad. Fanny esperaba que no estuviera gravemente herido, pero no se atrevió a ayudarlo para no estimular de nuevo la ira de Ludwig.

Ludwig contempló con semblante huraño cómo se levantaba John.

–Vas a procurarme un nuevo administrador, o no volverás a poner un pie en toda el África del Sudoeste Alemana.

John asintió con la cabeza.

–Ludwig, cometí todos los errores del mundo al abandonar la granja con tu esposa, pero sabes, por mucho que Hermann afirme lo contrario, que jamás se me ocurriría acercarme a tu esposa.

Cercanía. Fanny pensó sin querer cómo John le había acariciado la cabeza, cómo habían cabalgado los dos, ella recostada en él, y lo que ella había sentido.

–Hermann no tiene ni idea. –Ludwig hizo una seña a John con desgana–. Estoy seguro de que puedo confiar en ti en ese sentido porque eres el único que verdaderamente sabe que mataría sin titubear a cualquiera que usurpe algo de mi propiedad.

Fanny tragó saliva dos veces y trató de sosegar. Ludwig no se enteraría nunca. Él se acercó a

ella y le pasó el brazo por el talle como para sostenerla.

–Siento mucho que Hermann se haya comportado como una bestia. Te prometo que no volveré a asomar la cabeza por aquí. ¿Cómo te encuentras ahora?

–Débil –dijo Fanny, y no era mentira porque jamás en la vida había tenido un miedo semejante, miedo por su propia vida y por la de John. Le resultaba casi insoportable pensar que John iba a dejar la hacienda. En su presencia se sentía siempre a gusto y jamás desamparada, frente a él no sentía ningún miedo. Las lágrimas ascendieron a sus ojos, y cuando se percató de la desmesura de su soledad se le escapó por la garganta un sollozo desamparado.

Ludwig le dio unas palmaditas en la espalda con sus grandes zarpas.

–Eso es completamente normal, sobre todo en los primeros meses. Y luego remite. Y cuantos más problemas se tienen al comienzo, más seguridad hay de que se trata de un chico. Qué bien que esté aquí Maria, que ya ha traído al mundo a tres robustos chicos y puede ayudarte en todo.

Fanny sollozó en voz alta. Ese idiota no tenía ni idea de lo nerviosa que le ponía la pose enérgica de Maria. Lo último que deseaba era estar rodeada durante los próximos nueve meses por Maria y sus hijos varones.

Se derrumbó y dejó que Ludwig la llevara sin resistencia hasta el sofá para depositarla sobre el tapizado verde.

John los contempló a los dos. Fanny miró a John con los ojos lacrimosos por encima del hombro de Ludwig. Este desfiguró la boca en una sonrisa que tenía un aspecto muy grotesco pues tenía los labios reventados y el ojo izquierdo hinchado. A pesar de todo, Fanny se sintió inmediatamente consolada. Volvería a verlo, de eso estaba completamente segura de repente.

–¡Qué noche! –gimió Fanny.

–Te miraré luego el brazo, pero ahora tengo que hablar con John sobre la granja.

John estaba moviéndose en dirección a Ludwig cuando volvió a entrar Maria en la sala de estar.

Se detuvo y señaló con las manos extendidas hacia la mesa, que producía el efecto de una decoración de teatro abandonada, con las velas llameantes, casi consumidas del todo, y las servilletas de tela tiradas descuidadamente.

–¡Qué lástima por todas estas cosas! ¿No vamos a terminar de cenar? –preguntó–. Sería un pecado que acabara en nada todo el trabajo que se ha tomado Charlotte para su preparación a pesar del brazo roto. La carne que está en la cocina tiene un olor irresistible. –Maria meneó con las manos aquel aroma imaginario, y lo respiró con tanta energía que su pecho colosal se alzó y descendió como un terremoto, y las fosas nasales se le agrandaron como los orificios de entrada de las balas.

Parecía una caricatura absurda. John, Ludwig y Fanny se miraron entre ellos sorprendidos, y entonces Fanny ya no pudo más. Todo aquello le resultaba excesivo, su último sollozo se convirtió en una risita, y luego en una carcajada. También John comenzó a reír, y, finalmente, también explotó Ludwig, y como Maria se quedó perpleja ante esa reacción, los tres se rieron aún más, y al cabo de un minuto se contagió también Maria, y ahí estaban todos partiéndose de la risa.

Fanny quiso parar porque percibía que era una locura reírse después de aquellos horribles sucesos, pero no lo consiguió. Era como si su cuerpo pretendiera liquidar con la risa todos los miedos de aquella noche.

Zach entró con ademán temeroso y preguntó si debía recoger la mesa ahora. Eso los llevó a recomponerse.

–No –dijo Ludwig jadeando todavía ligeramente por las carcajadas–, no, necesitamos comer algo urgentemente, el primero de todos mi hijo varón. –Dio unas palmaditas en el hombro de Fanny y la condujo a la mesa. Ludwig dio unas palmadas y ordenó a Zach que trajera por fin el cocido de kudú. A John lo mandó comer a la cocina y luego se sentaron de nuevo a la mesa.

Fanny siguió con la mirada a John y habría jurado que sería incapaz de tragar ni un pedacito de carne pensando en el despido de él, pero estaba tan hambrienta como los demás.

A pesar de haber reído juntos hacía unos instantes, ahora cenaron todos en silencio, inmerso cada uno en sus propios pensamientos.

Cinco meses después, Fanny estaba ya a punto de volverse loca. No se debía a su embarazo, todo lo contrario; estaba asombrada de lo mucho que amaba ya ahora a esa criatura por nacer. Siempre que se pasaba la mano por su cuerpo cada vez más voluminoso, los abalorios entraban en calor, exactamente la misma calidez que sentía ella al pensar en la criaturita. A veces le ocurría que las cuentas de vidrio se calentaban cuando se tocaba el vientre. Era un calor desagradable, como si quisieran avisar a Fanny. «No tenéis por qué avisarme –pensaba ella entonces–, porque voy a darle a esta criatura todo lo que yo nunca tuve, un padre y una madre y un montón de amor.» A veces se imaginaba que Charlotte podía verla, y le ponía triste que su única amiga verdadera no pudiera ser la madrina de su hijo.

Sin embargo, no eran esos pensamientos los que la estaban enloqueciendo. Físicamente se sentía bien. Su brazo se había recompuesto sin complicaciones y ya no le dolía, y sus fases de náuseas habían cesado a los cuatro meses. Desde entonces se sentía fuerte como una leona. De todas maneras, las leonas pueden recorrer la sabana solas; Fanny, en cambio, no estaba nunca sola. Maria y sus hijos seguían viviendo en la casa, y estaban alojados en su dormitorio, mientras Fanny dormía en una pobre cama improvisada en la sala de estar, y Ludwig en la camilla de su consulta. Él afirmaba que desde que estaba embarazada, roncaba de tal manera que él no podía pegar ojo, y como padre de familia primerizo tenía la necesidad especial de dormir bien. Pero Fanny albergaba la sospecha de que le resultaba inquietante su cuerpo cada vez más voluminoso y no deseaba su proximidad. Fuera lo que fuese, apenas tocaba a Fanny para darle un beso fugaz en la mejilla o para acariciarle la mano. Aparte de esto, la trataba como a un huevo crudo, se preocupaba conmovidamente por su bienestar y encargó a Maria que ayudara a Fanny en todo.

Por desgracia, Maria se tomó ese encargo con tanta seriedad que Fanny estaba a punto de desaparecer en el desierto y de no regresar jamás. Siempre que Fanny encontraba un momento para estar a solas consigo misma, aparecía Maria a «ver cómo estaba», lo cual significaba en realidad que deseaba conversar. Por desgracia, lo único que le interesaba a Maria eran los cotilleos de la corte en Berlín, que Fanny se inventaba en parte únicamente para que ella la dejara por fin en paz; sin embargo, tenía mucho miedo de que alguien llegara a Keetmanshoop y revelara que esas anécdotas eran puras mentiras. Y es que Fanny, por encima de todo, quería que su hijo creciera en el seno de una familia de verdad.

Además, a Maria le encantaba contarle a Fanny las terroríficas historias de sus partos. Por lo visto, sus tres hijos habían llegado al mundo gracias a la voluntad inquebrantable de Maria. Unas veces contaba que había estado a punto de desangrarse; otras, que la cabeza del gordo de Albert la había desgarrado entera; o cómo uno de los mellizos se había dado la vuelta y estaba en la posición equivocada. Luego volvía a alegrar a Fanny con las descripciones detalladas de la fiebre de la leche con la que estuvo a punto de morir después de haber superado la tortura del parto.

A veces, cuando a Fanny le resultaba especialmente penoso escuchar aquellas historias, no podía reprimirse de pensar, aunque, todo sea dicho, con mala conciencia, de lo agradable que sería su vida si Maria hubiera abandonado el mundo terrenal en uno de los partos.

Seguía resultándole inquietante a Fanny que Maria se hiciera siempre la simpática y no mostrara ya ese carácter gruñón y cruel que había exhibido en el barco. Además, le asombraba que Maria no moviera ni un dedo para preparar el nuevo hogar para su marido.

Sin embargo, siempre que ella quería hablar de este asunto con Ludwig, él hacía un movimiento negativo con la cabeza y decía que le parecía maravilloso que Maria la ayudara en ese trance difícil de su vida.

Cuando Ludwig se hallaba cerca, entonces Maria desplegaba todo su esplendor, le brillaban los ojos, se le ponía colorada la cara y hacía casi todo por complacerle. Llenaba entonces con más atenciones a Fanny y se quitaba a sus hijos de en medio. Fue Maria quien descubrió que a Ludwig le gustaba desayunar gachas de avena, que encontraba deliciosa la compota de manzana con un chorrito de vinagre y que adoraba que sus camisas estuvieran almidonadas como planchas.

Fanny tenía a veces la impresión de que Maria estaba enamorada de Ludwig. Sin embargo, Ludwig no tenía ojos para nadie más que para Fanny y el hijo varón que ella portaba en su vientre. Los dos juntos hacían que ella se sintiera como una leona enjaulada.

Le sorprendió lo muy acostumbrada que había estado en su vida para realizar sus tareas en solitario y tener tiempo para ensimismarse en sus pensamientos. Ahora, Maria había hecho posesión de ella y dejaba verter sus comentarios incesantemente sobre Fanny como por una regadera. Una regadera que jamás se vaciaba.

Fanny anhelaba hacerse en secreto con un caballo y cabalgar de noche hacia el árbol aloe, simplemente para estar allí sentada en las rocas, disfrutar del calor y del silencio e intercambiar pensamientos con su criatura por nacer. Estaba convencida de que el chiquitín podía entenderla.

Fanny volvió a soñar, y muchos de sus sueños la desasosegaban. A menudo, al despertar después de un sueño perturbador, pensaba en John y habría deseado saber qué interpretación le daba él a su sueño. Una vez intentó hablar con Ludwig sobre sus sueños, pero él se limitó a hacer un movimiento negativo con la mano y dijo que eso eran cosas de mujeres y que fuera a hablar mejor con Maria. Para que él tuviera claro que los sueños no eran de ninguna manera asunto exclusivo de mujeres, Fanny le recordó que incluso en la Biblia aparecían multitud de sueños importantes y proféticos. Ella esperaba que la Biblia significara algo para él, como hijo de misioneros. Se rio de todo corazón porque no creía en sueños, sino únicamente en lo que puede verse y tocarse.

Fanny se burló de él y le hizo pensar diciéndole que él creía también en el hijo que ella llevaba en su vientre sin poder verlo ni tocarlo. Pero él le replicó con gesto avinagrado que ese asunto no era para reírse y que el vientre de ella era una prueba tangible suficiente. Y a continuación, Fanny se percató, por un lado, de lo sagrados que eran para él sus descendientes masculinos y, por otro, de la poca predisposición de Ludwig para la broma porque era incapaz de reírse siquiera de sí mismo.

Fanny se acordó perfectamente de lo aliviada que se sintió cuando oyó hablar por primera vez de los sueños en la Biblia, porque en las Sagradas Escrituras se decía siempre que los sueños eran enviados por Dios, y en ninguna parte se mencionaba al diablo. A partir de ese instante, ya no tuvo ningún miedo de estar poseída por el diablo cuando se despertaba por las mañanas perturbada por sus visiones oníricas. No importaba lo que afirmara ya Seraphina, porque sus sueños venían de Dios y pretendían comunicarle algo importante, incluso las pesadillas.

Una vez, tan solo una única vez hizo caso a Ludwig y le contó a Maria uno de sus sueños

intensos. Ella era un árbol *omumborombonga* que estaba siendo talado por un hombre blanco. Sentía cada hachazo y gritaba de dolor hasta que el filo del hacha se disolvió en abalorios ante sus ojos, eran unas cuentas de vidrio como las de su pulsera. Esas perlas produjeron un sonido cantarín y susurrante, estuvieron flotando ingravidas por el aire, e hicieron que todo quedara inmobilizado, todo excepto Fanny, que se transformó lentamente de árbol en mujer serpiente a la que le crecieron unas alas blancas y que sabía volar como un dragón. Hinchida de una alegre ligereza voló por encima de una cadena montañosa hacia un desierto de arena amarilla, en donde a la sombra de un peñasco rojo parió a una criatura negra, una niña, sin sufrir dolor alguno. Era una niña que llevaba al cuello sus abalorios y que estaba siendo estrangulada por ellos.

Como no deseaba intranquilizarla, Fanny no le contó a Maria que solía tener ese sueño y que cada vez se despertaba bañada en sudor. Sin embargo, esa deferencia era del todo innecesaria porque para Maria se trataba únicamente de un sueño de embarazo, como el que tienen todas las mujeres, y en el que solo se expresa el miedo de Charlotte ante el parto y la responsabilidad que recaía para el resto de su vida. Incluso el color negro de la piel de la niña era para Maria solamente una prueba del miedo de Charlotte de que pudiera nacer con alguna malformación. El estrangulamiento de la niña con los abalorios era el pasaje favorito de Maria que ella atribuía al estrecho canal de parto que podía resultarle realmente peligroso a la criatura durante el nacimiento. Y entonces le siguió la narración con tintes espeluznantes sobre el parto de los mellizos, después de la cual Fanny volvió a sentir náuseas por primera vez desde hacía tiempo.

Maria se rio de su sensibilidad y le dijo que ya comprobaría Fanny que ella no había exagerado lo más mínimo. Por pura desesperación, a Fanny se le ocurrió dar clase a los chicos. Por un lado, así quedaba a salvo al menos durante ese tiempo de la cháchara de Maria y, por otro, había escuchado cómo aprendía Maria con los chicos y estaba alarmada del grado de ignorancia de esta en matemáticas, gramática y latín. Maria se entusiasmó con la propuesta de Fanny e incluso asistía a las clases, durante las cuales ella permanecía en silencio; sin embargo, una vez terminadas bombardeaba a Fanny con preguntas.

De vez en cuando, Fanny conseguía recluirse en el establo de los corderos, un lugar al que no le gustaba ir a Maria porque comenzaba a estornudar sin pausa.

Una vez allí, Fanny se sentaba sobre las caras pacas de paja que Ludwig encargaba en Sudáfrica, y escuchaba atentamente la respiración de los corderos y sus ternos balidos, les acariciaba el vientre y pensaba en su criatura por nacer.

En ocasiones la encontraba allí el nuevo administrador y la escoltaba sin clemencia de vuelta a casa. El nuevo administrador se llamaba Pierre y era un hombre flaco, lacónico, un hugonote que guardaba una fidelidad sumisa a Ludwig y que tenía tan poco sentido del humor como su patrono. Pierre procedía de una familia de viticultores que se estableció en 1686 al norte de Ciudad del Cabo y que se puso a cultivar la vid en ese lugar. Sin embargo, su padre, un jugador empedernido, lo perdió todo, y la ambición de Pierre fue ganar enseguida mucho dinero para volver a comprar las tierras de sus padres. Detestaba ser solamente administrador, y ese odio lo descargaba en los empleados y en las mujeres siempre que le venía en gana. Castigaba a los negros que no eran lo suficientemente rápidos trabajando, pero no mediante castigos corporales, sino retirándoles el alcohol y la comida. Cada vez que Fanny lo veía, echaba de menos a John. No, no solo en esos momentos, no, tuvo que confesarse Fanny. En realidad, John aparecía con muchísima frecuencia en sus pensamientos.

Cuando despertaba de uno de sus sueños, deseaba que su cabeza reposara en el regazo de él,

como aquella vez en el bosque de los árboles aloe. Cuando se encontraba en la veranda comiendo con los demás, se imaginaba que estaba sentada a su lado en silencio, junto a una fogata en alguna parte de la noche africana. Pensaba en él cuando cocinaba, se lavaba o hacía el pan, y también cuando Zach le enseñaba nuevas plantas para ponerla a prueba o cuando enseñaba a Grace y a Martha cómo se planchaba correctamente el tejido de encaje. Pero cuando más lo extrañaba era cuando se veía ahogada en el torrente de palabras de Maria.

Durante mucho tiempo no fue consciente de que pensaba constantemente en John, pero un buen día, Maria se detuvo en mitad de una frase y le preguntó con una sonrisa pícaro en quién o en qué estaba pensando en ese momento porque tenía cara de felicidad y de estar enamorada. A Fanny le salieron los colores. «En Ludwig», había mentido ella con diligencia, y se puso aún más colorada. Maria asintió toda comprensiva y dijo que Ludwig era un tío estupendo, un hombre de quien el emperador alemán podía estar orgulloso.

Fue en ese preciso momento cuando Fanny fue consciente de lo que estaba haciendo. En Ludwig no pensaba nunca, ni tampoco le echaba en falta en su cama. Una vez se preguntó qué ocurriría si Ludwig pensara continuamente en otra mujer, incluso si fuera inocentemente, como hacía ella.

Si se respondía con sinceridad, entonces no tenía más remedio que confesarse que le era indiferente. Absolutamente indiferente. Y eso no estaba bien, nada bien. Él debía significarle algo, al fin y al cabo era el padre de su hijo, y Fanny deseaba con todas sus fuerzas que su hijo experimentara el amor de un padre y de una madre.

A partir de aquel momento, trató de tener más presente al marido en sus pensamientos, amarlo y tener en cuenta las cualidades positivas de él: su orgullo, su ambición en lo referente a la hacienda, su formalidad y su generosidad, sobre todo en relación con Maria, su optimismo, que le había llevado a hacer planes para construir un edificio anexo a la casa para los muchos hijos que iba a engendrar.

A menudo pensaba en las palabras de Charlotte cuando afirmó que el amor no se origina sino en el transcurso del matrimonio. Una y otra vez se repetía para aclararse que ella era quien había engañado a Ludwig desde el principio. Así que su deber era amarlo, sobre todo ahora.

Fanny dio un gran sorbo a su infusión fría de menta que siempre le sentaba bien con el calor. No eran ni las once de la mañana, y el termómetro indicaba ya treinta grados, demasiado calor para octubre. Eso hacía presagiar un verano terrible, en eso estaban excepcionalmente de acuerdo tanto negros como blancos.

El cuerpo de Fanny se había transformado mucho. Todos sus delantales le quedaban tensos y realzaban su vientre, hecho que conmovía a Maria a pesar de sus tres partos. Constantemente se lamentaba de que una embarazada debía disimular su indecorosa figura. A Fanny le pareció muy ridículo su comentario.

—¿Quién me va a ver por aquí? No podemos decir que me encuentre deambulando por la Kurfürstendamm de Berlín, ¿no es así?

Pero no hubo manera de hacer cambiar de opinión a Maria, quien comenzó a coserle una bata feísima a Fanny, pues tal como Maria no se cansaba de asegurarle, aquella bola era tan solo el comienzo. Sin embargo, a Fanny la bata le recordaba la vestimenta de las monjas. Preferiría andar por ahí desnuda envuelta en un pellejo de animal que volver a vestir algo así. Maria no solo le cosió un delantal gigante, sino también camisitas y pantaloncitos, e insistió en que Fanny tejiera

calcetines chiquitines y gorritas que eran tan diminutas y amañecadas que Fanny era incapaz de imaginárselas para un bebé.

Fanny dio otro sorbo a su infusión de menta. Tenía la garganta bastante seca porque había estado introduciendo a Hans y Franz durante más de dos horas seguidas en los secretos de las tablas de multiplicar y a Albert lo había tenido ocupado con problemas que a Maria le parecieron demasiado complicados para su pobre niño.

Al dejar la taza en el platillo, Fanny oyó de pronto ruido de herraduras. Fanny, Maria y los chicos se miraron con cara de sorpresa porque las visitas se habían vuelto infrecuentes desde que Maria estaba hospedada en la casa. Y desde que podía distinguirse con claridad el embarazo de Fanny, Daphne dejó también de venir.

Fanny tenía miedo de que pudiera ser Hermann, quien ciertamente no había vuelto a aparecer desde aquella fatal noche, pero que seguramente andaba tramando alguna venganza. Trataba de perjudicar a Ludwig allí donde podía, y había conseguido que los tratantes de ganado de los alrededores no le compraran ganado a Ludwig. Sería típico de él venir cuando Ludwig no estaba. Fanny apretó los puños y se puso a mirar la nube de polvo que se acercaba.

Ludwig y Pierre habían partido hacia los *kraals* porque habían oído que en las granjas vecinas por la parte de oriente se habían producido algunos casos misteriosos de muertes de reses y todos los ganaderos andaban temerosos.

Cuando el jinete estuvo más cerca, Fanny reconoció quién era, y su tensión dio paso al alivio y a la alegría. Sin pensar que Maria y los chicos la estaban observando, salió al encuentro de John lo más rápido que se lo permitía su barriga.

John no estaba solo. Delante de él iba sentada a lomos del caballo la niña pequeña que él le había llevado hacía cinco meses con la grave inflamación en el pie. Kajumba saludaba a Fanny con la mano.

—¡John! —exclamó Fanny cuando él desmontó y sacó a la niña del caballo. No pudo reprimir su entusiasmo. Le habría gustado abrazarlo, pero eso era impensable siquiera. Después de todo, su venida aquí era ya una afrenta porque Ludwig había prohibido a John que volviera a poner un pie en sus tierras.

Fanny se volvió a mirar y se asustó al ver la mirada cargada de odio que Maria dirigió a John.

—John —volvió a repetir Fanny con una entonación mucho más fría—, mi esposo le tiene prohibido a usted pasarse por aquí.

—Lo sé, pero hay un buen motivo. Más al norte han estallado violentas luchas entre los herero y los nama. En ellas han asesinado a toda la familia directa de Kajumba, y el resto del clan cree que Kajumba tiene la culpa. Por ello quieren matar a la pequeña. Tuve que ponerla a salvo, eso lo entiende usted, ¿verdad?

«Sí —iba a decir Fanny—, por supuesto, si es muy niña todavía. Qué gran gesto de tu parte, John, qué maravilla.» Pero antes de que pudiera tornar aire, intervino Maria, quien, de pie en la veranda y con los pechos apretados contra la barandilla, estaba roja de indignación.

—¡No entendernos eso de ninguna de las maneras! ¿Qué va a hacer el señor Falkenhagen con una boca más para comer que no sirve para nada? Váyase al diablo y llévese a la pequeña.

Albert, Hans y Franz repitieron las palabras de su madre con entusiasmo.

—¡Idos al diablo! —les llegó a John y a Kajumba el eco desde la veranda.

John sonrió a Fanny como si únicamente estuvieran ellos dos en el mundo, y permaneció completamente tranquilo. Del bolsillo de su montura extrajo una carta y se la tendió a ella.

—Es una carta que he escrito para Ludwig. Por favor, señora Falkenhagen, sea usted tan amable de entregársela a su marido. Estoy seguro de que la pequeña podrá quedarse aquí. Entretanto, la hago a usted responsable. En calidad de salvadora de su vida tiene un cierto deber en relación con ella.

Sin apartar la mirada de John, Fanny se guardó la carta en el bolsillo del delantal que le quedaba por encima de la tensa barriga. Qué maravilloso era verlo, tenía que disfrutar de cada momento de esa visita.

—¡Charlotte! —graznó Maria—. Que se vayan, a tu marido no le hará gracia ver eso.

John puso la mano de la niña en la de Fanny y presionó entonces brevemente las manos de las dos mujeres con la suya. Fanny quedó como electrizada por ese roce, se le aceleró el pulso, y tomó aire.

—John —le rogó en voz baja—, John, quédese a comer, y cuéntenos algo sobre la pequeña y sobre los levantamientos armados. Se lo suplico, redímame al menos por una hora de esa mujer.

John negó con la cabeza.

—La pondría a usted innecesariamente en peligro. No puede ser. Lo siento. —La mirada de él se deslizó desde los ojos al vientre, y ella lo percibió como una caricia suave—. ¿Están bien usted y el niño?

Fanny asintió. Deseaba con tantas fuerzas que se quedara, que pensó simular un desmayo para obligarle a quedarse. Sin embargo, Ludwig haría a John responsable de ese desmayo, se preocuparía por su hijo por nacer y castigaría a John.

—Tengo que irme...

—¿Dónde trabaja usted ahora? —preguntó Fanny, quien, al pensar que desaparecería de su vida otros cinco meses o quizá más incluso, de pronto se sintió desanimada y sin fuerzas.

—Por aquí y por allá. Siempre allí donde me necesitan. Le daré a Zach algunas medicinas naturales de mi madre para usted, para que tenga un parto fácil.

Fanny se puso roja. Ludwig no hablaba con ella nunca sobre el parto; pero a John le parecía la cosa más natural del mundo.

—¿De su madre? Pensaba que me tenía por una mujer peligrosa.

—Eso sigue siendo así. Continuamente me advierte en contra de usted. Dice que usted es como Isimomo, una mujer dominada por los espíritus. Afirma que usted necesita ayuda.

—Pero ¡a mí no me lanzan piedras seres invisibles!

John negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no, pero ella dice que quizás haya espíritus encerrados en sus abalorios y la están atormentando a usted. La sublime Zahaboo siempre anda armando broncas, pero yerra muy pocas veces. Pese a la cantidad de advertencias, me ha prometido medicinas para usted.

John puso una sonrisa muy alegre, igual que si le hubiera comunicado que su madre la encontraba extraordinaria. Fanny no pudo menos que devolverle la sonrisa a pesar de haber quedado destemplada con lo que él había dicho acerca de los abalorios. Quizá fuera Zahaboo la persona correcta para hablar sobre sus sueños, o John.

De pronto algo pasó silbando por los aires directamente junto a la cabeza de Fanny, se estrelló contra la tierra seca y ahogó todas sus esperanzas en el remolino de polvo que se formó. A lo lejos oyó las exclamaciones entusiastas y el aplauso frenético de los chicos.

Fanny se volvió a mirar con gesto de consternación. Había estado completamente concentrada en John, y así se le había pasado por alto que Maria se les había acercado. Estaba detrás de ella y hacía oscilar un látigo con la mano.

–¡Fuera de aquí! –exclamó entre dientes.

Los chicos separaron las silabas de la exclamación como si estuvieran escandiendo un verso, y lo hacían dando palmas:

–¡Fue-ra-de-a-quí, fue-ra-de-a-quí, fue-ra-de-a-quí!

–¿Qué significa esto? –Fanny agarró a Maria del brazo para detenerla, pero Maria superaba a la embarazada en masa corporal y, sobre todo, en resolución. Empujó a Fanny con tal violencia lejos de sí que esta cayó de rodillas, profirió un chillido intenso, en el estado en que se hallaba no pudo detenerse y cayó entonces sobre su barriga. Gimió de dolor, todo empezó a darle vuelta ante sus ojos–. ¡La criatura –exclamó con un hilo de voz–, la criatura de Ludwig!

Maria se detuvo en mitad del golpe, dejó caer inmediatamente el látigo al suelo y se arrodilló al lado de Fanny.

–No pretendía eso, de verdad, lo siento. –Volvió a incorporarse con agilidad a pesar de su corpulencia y fulminó a John con la vista–. Usted es aquí el único culpable. Váyase de una vez por todas. Y llévese a esa mocosa ahora mismo.

–Disculpe usted, John, disculpe usted también Maria, si es que son capaces –dijo entre jadeos Fanny, quien tenía la sensación de no poder respirar. De pronto sintió su barriga tan dura como un bombo extremadamente tenso–. John, lo mejor es que se vaya, ya volveré a tranquilizar a esta furia.

John ignoró todo lo que decía Fanny. Empujó a un lado a Maria sin miramientos y se inclinó hacia Fanny. Pasó un brazo con cuidado por debajo de las corvas, le puso el otro en la espalda. A continuación, la alzó como si fuera una pluma, y la llevó hasta la veranda, donde los chicos estaban ahora paralizados con cara de terror mirando con angustia a Fanny.

A pesar de que el corazón de Fanny seguía latiendo con rapidez y con violencia y de que le silbaban alternativamente los oídos, se sentía increíblemente bien en los brazos de él. Era una sensación muy agradable, y ella notó cómo volvía a ablandarse su barriga, podía respirar mejor. Percibía las manos cálidas y tranquilizadoras de él en su piel a través de la tela, y le habría gustado mucho pegar su cara en el amplio pecho de él. Le costó un buen esfuerzo controlarse.

Con un cuidado infinito, pero demasiado rápido para la percepción de Fanny, la sentó en una de las sillas blancas de mimbre.

–¡Una infusión! –ordenó sin despegar la mirada de ella. –Los chicos llenaron inmediatamente una taza y se la tendieron.

Maria había llegado ahora también a la veranda, sudando y con la cara completamente roja.

–¡Ya basta! ¡Váyase! –exclamó alzando el látigo amenazadoramente.

–No me iré hasta que no me haya convencido de que a esta pobre embarazada no le ha sucedido ninguna desgracia por su culpa.

«John no tiene ni idea –pensó Fanny–, Maria es una desgracia constante para mí. Podría ser

ella y no él quien se montara al caballo y desapareciera de mi vida.» Sin embargo, se esforzó por esbozar una sonrisa.

–Estoy bien, de verdad, solo me he asustado un poco. John, debería usted marcharse, en efecto. Maria, mientras vivas en mi casa, te prohíbo hacer de nuevo una cosa tan abominable como esa. En esta hacienda no se violenta a ninguna persona, y mucho menos con un látigo. Jamás.

Maria murmuró algo que Fanny decidió entender como una aprobación. No tenía ganas de ponerse a discutir con ella ahora. Tomó otro sorbo de té y poco a poco fue tranquilizándose. La pequeña Kajumba seguía inmóvil como una piedra allí donde John había juntado la mano de Fanny con la de ella. Fanny hizo una seña a Kajumba para que se acercara y llamó a Grace para que se ocupara de la niña.

John saludó a Fanny con la cabeza, salió de la veranda y se subió a su montura. Solo entonces se sentó Maria en una de las demás sillas y profirió un suspiro exagerado.

–Tienes un marido maravilloso, ¿por qué no actúas como le gustaría a él? –preguntó Maria.

–Mi maravilloso marido os echaría inmediatamente a ti y a tus hijos si se entera de que, por tu culpa, he caído al suelo con su hijo por nacer.

–¿Se lo vas a contar? –preguntó Maria sin conseguir ocultar su temor.

Fanny negó con la cabeza.

–No, no lo haré si me ayudas en el asunto de la niña.

–No entiendo en absoluto cómo te implicas por una niña de la que no sabes siquiera si será una buena criada.

–Porque es una huérfana y porque es una persona, una persona como nosotras.

Maria se encogió de hombros.

–¡Una persona como nosotras! Las personas no somos iguales, ya en el Antiguo Testamento hay un montón de esclavos. Unos han nacido para mandar y otros para obedecer. Así de simples son las cosas. Y algunos no quieren entender dónde está su lugar en el mundo, pero se les puede ayudar a entenderlo con –echó mano del látigo que había dejado encima de la mesa, y lo osciló en el aire–... con esto.

Frunció el ceño y se quedó mirando a Fanny fijamente.

–Se te ha ensuciado por completo el delantal, déjame que te lo lave. Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Cuando Fanny se miró abajo, tuvo que darle la razón a Maria. Su delantal blanco estaba rojo y negro de tierra, y mostraba algunas manchas verdes allí donde había entrado en contacto con las hierbas. Dejó que Maria la ayudara a quitárselo y se lo tendió a continuación.

–Pero eso lo haremos el día que hagamos la colada, no vale la pena hacerla por una sola prenda.

–Se hará como quieras, tú eres aquí la jefa. –A pesar de que Maria intentaba dominarse, Fanny percibió perfectamente en su voz lo molesta que seguía estando. Desapareció en la cocina con el delantal, y sus hijos la siguieron.

A solas, por fin se encontraba a solas. Fanny se enjugó el sudor de la frente, bebió un poco de infusión de menta y siguió con la mirada la nube de polvo que iba dejando tras de sí John y que se iba volviendo cada vez más pequeña. ¡Qué agradable sería volver a ir montada a caballo, a su lado, como aquella vez en el camino de vuelta del bosque de los árboles aloe. ¿Hacia dónde cabalgarían? ¿Dónde vivía John ahora? ¿Volvía a trabajar de administrador, o se había buscado un empleo completamente distinto? Realmente sabía muy pocas cosas sobre él.

Un pequeño movimiento repentino por debajo de las costillas la devolvió de nuevo a la realidad. Se llevó la mano a la barriga. ¡Algo se había movido dentro!

Volvió a pasar otra vez. Se quedó mirándose la barriga con cara de incredulidad. ¿Era normal eso o una consecuencia inquietante por la escena anterior del látigo y por su mala caída?

–¡Maria! –Por primera vez desde su llegada, deseaba su presencia–. ¡Maria!

Otra vez esa sensación.

Maria llegó corriendo, Grace y Martha a remolque. Las tres la rodearon y se quedaron mirándola de arriba abajo.

–¿Qué sucede? ¿Contracciones prematuras?

Fanny se señaló la barriga.

–Ahí está pasando algo.

–¿Espasmos?

Fanny negó con la cabeza.

–Entonces no es nada malo. –Maria se acercó más, aliviada –. Estaría bien que pudiera poner mi mano sobre tu barriga desnuda –susurró con timidez. Fanny no se lo pensó ni un instante y se levantó el vestido. Martha y Grace se rieron y se pusieron a cuchichear.

–¡Fuera de aquí! –ordenó Maria, y puso su mano sobre la piel abovedada en una bola de proporciones considerables. Justo en ese momento, Fanny volvió a percibir esa sensación.

Maria puso una sonrisa pícaro.

–El pillín te está dando patadas. Todo está perfectamente.

–¿Que me está dando patadas? –Fanny estaba contenta pero no entendía–. ¿Por qué lo percibo ahora por primera vez?

–Porque es ahora el momento, la mayoría de las veces ocurre en torno al quinto mes. Quizá se ha despertado de su siestecita por la caída, y ahora está tan despejado que puede darte patadas con sus piecitos con todas sus energías. Las notarás con más intensidad con el paso del tiempo. Algunas veces tienen hipo, entonces te parecerá que tu barriga va dando saltitos. Mis mellizos lo hacían a partir del séptimo mes, alternativamente, y era un verdadero tormento para mí. –A esta explicación siguió una conferencia de media hora de duración, en la que Maria, sin tomar aliento, se lamentó de una horrible acidez de estómago y sobre asquerosos problemas de digestión.

Fanny cerró los oídos y se concentró en su hijo. Vivía, le había dado una patada. Ahora era una

presencia mucho más real que por la mañana. ¡Qué increíble que ese chiquitín tuviera ya pies que podían dar patadas! Estaba ilusionada pensando en la cara de Ludwig cuando se lo contara. Para él sería seguramente una prueba de la fortaleza de su hijo varón. No tenía la menor duda de que solo tendría hijos varones. Fanny no se atrevía a imaginar lo que pasaría si la criatura fuera una niña. Una vez se lo preguntó a Ludwig y a él se le puso la cara blanca de cólera y le ordenó que cerrara la boca.

No habían comido nada todavía debido a la agitación por la visita de John y al incidente con Maria. Se sentía muy floja y su hijo necesitaba alimento. Dejó plantada a Maria, que seguía lamentándose sobre sus problemas de digestión durante el embarazo, y se fue derecha a la cocina para cerciorarse de que estaba todo preparado para la sopa de bolas de maíz que estaba prevista para hoy.

Ya antes de llegar a la cocina oyó voces de un enfrentamiento verbal. Abrió la puerta con curiosidad. Desde que Martha había defendido a Grace contra Hermann, las dos eran como uña y carne, por eso tenía curiosidad Fanny por conocer el motivo de su discordia.

Se trataba de Kajumba. Martha había querido bañar a la pequeña, pero a Grace le parecía exagerado en esos momentos. Grace no quería asustar a la niña y en su opinión había que dejarle un tiempo para que se fuera habituando. Prefería darle miel y hablar con ella.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Fanny, y se aguantó la risa porque comprendió perfectamente que Kajumba había aprovechado la disputa de las dos para escaparse.

Martha y Grace se miraron la una a la otra y se encogieron de hombros.

—¿Y dónde están los chicos? —Fanny miró por la ventana y llamó a los niños, pero no obtuvo respuesta. Esto la desconcertó un poco porque normalmente los chicos se esforzaban por llamar la atención con su buena conducta.

¿Qué estaba sucediendo?

Fanny salió afuera y volvió a llamarlos. Los chicos no se alejaban nunca demasiado, eso se lo había inculcado bien Maria. Si no la oían es que debían de estar en el establo porque Hans adoraba los corderitos, pero Franz y Albert no se quedaban mucho rato con él porque a ellos les apeataba demasiado el establo.

Casi sin aliento se acercó al establo del que hoy no salía ningún balido ni ningún ruido. El silencio era tal que parecía que estuvieran muertos todos los corderos. A pasitos rápidos se llegó hasta la puerta, la abrió y miró dentro.

Lo que vio allí hizo que se le cortara la respiración.

—¡Parad! —gritó—, ¡parad eso ahora mismo!

Con la rapidez que le permitía su barriga se acercó a la pequeña Kajumba, a quien los chicos habían atado a un poste.

Hans y Franz se volvieron hacia ella con cara de miedo, pero Albert ignoró su orden e hizo restallar el látigo, con el que su madre había estado antes a punto de acertar a John, sobre la niña pequeña.

Fanny se plantó en un instante ante él, le dio un bofetón y deseó tener una porra con la que poder pegarle. Abrazó a la pequeña que tenía verdugones sanguinolentos por todo el cuerpo. A pesar de que manaba la sangre de las heridas, tenía los ojos completamente secos. Ni una sola lágrima goteaba por su rostro. Estaba allí como petrificada, como una estatua de madera.

–Todo va a ir bien –susurró Fanny con sus últimas fuerzas. John le había confiado esa chica para que la protegiera, no para ponerla en manos de sus verdugos. Esa niña no tenía ahora a nadie más, estaba completamente sola en el mundo, tan sola como siempre había estado Fanny. De pronto le temblaron las rodillas con tanta intensidad que se vio obligada a sentarse.

–¿Qué está pasando aquí? –vociferó Maria, que había entrado en el establo acompañada de Grace y de Martha. Las dos últimas profirieron un grito de horror y se precipitaron hacia Kajumba. La acariciaron, la apretaron contra sus cuerpos, pero Kajumba permaneció tesa como una tabla, como paralizada.

–¿Qué demonios le habéis hecho a la pequeña? –Maria dirigió la vista desde Kajumba a los chicos, desde los chicos a la niña, y gimió–. ¿Por qué le habéis hecho eso? –Maria se plantó delante de sus chicos con aire amenazador.

Hans y Franz comenzaron a gimotear y a decir que Albert les había dicho que así ayudarían a su madre a terminar lo que había comenzado, y que entonces estaría muy orgullosa de ellos y le escribiría al padre qué chicos más magníficos eran, y que entonces regresaría el padre por fin.

–¡Qué locura! ¿No veis que es una niña pequeña?

–¡Sí, pero es una niña mala! –dijo Albert como si estuviera en plena posesión de la verdad–. Eso lo dijiste tú, mamá, y que debíamos proteger a tío Ludwig de gente como ella.

«¿De gente como ella?» Fanny observó a la tierna niña maltratada y se sintió miserablemente. Maria y su prole de monstruos tenían que marcharse. Aquello ya era demasiado.

Volvió a incorporarse, se dirigió hacia Martha y Grace, que ahora gimoteaban en lugar de hacerlo la niña. Examinó las heridas que le habían infligido los chicos. Por suerte, Albert no tenía todavía tanta fuerza como Hermann, pero las heridas eran suficientemente espantosas para una niña pequeña que acababa de convertirse en huérfana de padre y madre.

–¡Mi hijo ha malinterpretado todo. Lo castigaré severamente! –aseguró Maria, y como prueba le propinó acto seguido a Albert un puñetazo en la cabeza.

Albert prorrumpió de inmediato en un gimoteo desgarrador, y sus hermanos hicieron otro tanto.

–No tienes por qué pegar a tu hijo. Simplemente quiero que os vayáis. Esta noche hablaré con Ludwig.

–¡No, no lo hagas! –le imploró Maria–. Lo arreglaré todo, te lo prometo.

Fanny negó con la cabeza; su decisión era firme. «¡Ah! –le decía una voz por el cogote–, esto te viene que ni pintado, por fin podrás librarte de Maria y seguir pareciendo una santa.»

–Tengo que vendar las heridas que tu hijo le ha ocasionado a la pequeña, ya hablaremos más tarde.

Fanny hizo una señal a Grace y a Martha, que tenían agarrada del brazo entre ellas a Kajumba, que seguía como paralizada, y siguieron a Fanny en dirección a la consulta.

Allí le quitaron las ropas con todo cuidado. Fanny desinfectó las heridas, y aunque no eran tan profundas como las que tuvo Martha, ella tuvo la desagradable sensación de haber vivido ya esa escena. Y también en esta ocasión tenía la impresión de ser ella la culpable.

Martha y Grace le hablaban a Kajumba, pero esta permaneció muda. Fanny le dio algo de quinina contra los dolores y la acostó en la camilla de la consulta de Ludwig.

Cuando llegó a la veranda, Maria había puesto la mesa y tenía preparada la sopa de bolas de maíz. No se veía a sus hijos por ninguna parte.

–Deberíamos comer algo antes de tomar decisiones precipitadas. Los chicos han recibido una buena tunda de azotes y hoy van a irse a la cama sin comer. –Maria repartió la sopa. Y aunque Fanny, por orgullo, habría preferido no probar ni bocado, percibió que se debía a su hijo y que por él tenía que ingerir algo. Así que fue tomando la sopa a cucharadas, en silencio.

Maria tenía la mirada fija en su plato y no pronunciaba palabra, pero Fanny pudo interpretar en sus ademanes que tenía que dominarse para mantener la boca cerrada. Los pechos de Maria ascendían y descendían, y una y otra vez se mordía los labios como si quisiera impedir que saliera algún sonido de ellos.

Cuando Fanny se había tomado ya dos platos de sopa, Maria carraspeo.

–Él se ha ido.

–¿Cómo dices?

–Mi marido. –Maria se dobló como si sufriera un dolor–. Se las ha pirado. Me ha dejado plantada. –Maria tenía lágrimas en los ojos.

Fanny estaba desconcertada.

–Se marchó con una chica ovambo de diecisiete años a Nueva Guinea, en donde un amigo de la sucursal de la compañía de Nueva Guinea con sede en Herbertshohe le prometió trabajo. Mi marido, a quien Dios me había confiado, quería emprender una nueva vida.

Maria sollozaba sobrecogida, y a pesar de que era evidente que estaba sufriendo de verdad, a Fanny le resultó difícil sentir compasión. Por su cabeza pasaron pensamientos maliciosos. Entendía perfectamente al marido de Maria. Su esposa no solo era gorda e insoportable, sino que estaba poseída por el pensamiento de que únicamente ella sabía lo que era verdadero y falso. Debió de significar una liberación para su marido.

«Deberías avergonzarte», pensó Fanny, y se imaginó que oía la voz amonestadora de Charlotte. Al fin y al cabo, el marido no había sido obligado a esposarse con Maria, y ella le había dado tres hijos, con grandes dolores, como entretanto sabía demasiado bien Fanny. ¿No tenía eso ya ningún valor? De pronto percibió los abalorios de su pulsera, como si quisieran exhortarla a sentir un poco más de compasión. ¿Acaso había sido su madre también una mujer como Maria, a quien su marido había dejado plantada con los niños? Por primera vez se le pasó por la mente a Fanny que quizá pudiera tener hermanos y hermanas.

Maria apenas podía recobrar el aliento por los sollozos continuados.

–En realidad quería ir a Samoa, por eso que dicen del paraíso de los mares del Sur y del amor libre. –Se sonó los mocos en un pañuelo que se sacó del corpiño–. Ahí tiene esos chicos maravillosos y va y los abandona. Tú también convendrías conmigo en que normalmente son unos muchachos excelentes, ¿no es así?

Sin embargo, Fanny solo veía a Albert en su recuerdo de cómo azotaba con el látigo a Kajumba, y no salió ningún sonido de sus labios.

–Quedé con tu marido que no te lo diría porque es algo demasiado humillante para mí y porque siempre mantengo la esperanza de que mi marido regrese, que se dé cuenta de lo que tiene aquí conmigo, que se consumiría por ver de nuevo sus tierras y a sus hijos.

Todo eso transcurrió con demasiada rapidez para Fanny. Así que Ludwig lo sabía y se lo había

mantenido oculto. Fanny percibió cómo ascendía por ella la indignación, cómo se ponía en ebullición su sangre. La de veces que le había preguntado cuándo regresaría por fin el marido de Maria, y todas las veces se había encogido él de hombros y le había dicho que ese no era asunto suyo.

–¿Comprendes ahora por qué me da asco ver a esas jovencitas hotentotas que no tienen otra cosa en la cabeza que seducir a nuestros buenos maridos y contaminar las razas, y solo para tener asegurado su porvenir? Yo quería protegeros a ti y a Ludwig de algo así, eso es todo. Y el pobre Albert, bueno, se enteró de mucho más de lo que era capaz de digerir. Te aseguro que no volverá a suceder una cosa así.

Fanny no sabía qué decir. Por la cabeza le zumbaban multitud de pensamientos. En la vida se habría imaginado que el marido de Maria la había abandonado. Y mucho menos aún habría supuesto que Ludwig se mantendría en silencio al respecto.

–¿Adónde ir con los chicos? ¿De qué vamos a vivir? Wilhelm se ha llevado todo el dinero y vendió en secreto nuestra casa. Me convertí en el hazmerreír de toda Windhuk y no sabía qué hacer. Por ese motivo me dirigí entonces a tu Ludwig. Es un hombre de honor como pocos.

Fanny pensó en el día de su llegada a Swakopmund, en el que tuvo mucho miedo de Maria. Pensó en la misión destruida y se preguntó dónde estaría en la actualidad si no se hubiera convertido en la esposa de Ludwig.

–Primero, tranquilízate–le dijo a Maria.

Esta suspiró y volvió a sonarse con fuerza en el pañuelo húmedo.

–Yo no quería venir a estas tierras, pero Wilhelm sí quería, y así es como he llegado hasta aquí, única y exclusivamente por amor a él. –Maria gimió ruidosamente y volvió a sollozar agitando todo su cuerpo, pero a Fanny no se le pasó por la cabeza posar su mano en la espalda de ella o abrazarla. Estaba como petrificada al saber que Ludwig podía mantenerle en secreto cosas importantes, como ella a él–. Admito –siguió contando Maria– que cuando murió mi madre me sentí casi feliz porque pude viajar a casa durante tres meses para ocuparme de mi padre. ¿Cómo podía figurarme que Wilhelm no sería capaz de mantener la pilila dentro de los calzoncillos siquiera doce ridículas semanas?

–¿Así que deseabas volver a casa? –preguntó Fanny completamente esperanzada.

–Sí, por supuesto. Y con toda seguridad volveré a casa. Ludwig me ha prometido que después del nacimiento de su hijo nos dará el dinero para el pasaje de vuelta. –Cuanto más hablaba Maria, mejor parecía sentirse. Entretanto parecía verdaderamente esperanzada–. En todo este tiempo me ha encargado que te vigile y que cuide de ti, y que procure que no se te vuelva a ocurrir ninguna otra idea loca como la de hace algunos meses.

Maria se dio cuenta de que se había ido de la lengua cuando vio el rostro desencajado de Fanny. Se apresuró a asegurarle que todo había sido por su bien, para que no estuviera sola durante el parto y se ocupara de la educación de los críos y para que Maria pudiera enseñarle todas las cosas importantes en el...

Fanny había dejado de prestar atención. Se levantó tan impetuosamente que la silla estuvo a punto de volcarse, y a pesar del calor comenzó a andar de un lado a otro de la veranda, con una mano se sujetaba el vientre. Maria iba detrás de ella.

–Por favor, solamente he intentado hacer lo correcto. Ludwig no quería que te enteraras de nuestro acuerdo, y yo tenía que pensar en mis chicos, tú también lo habrías hecho, créeme.

Maria se pegó tanto a ella que no pudo esquivarla y tuvo que detenerse por fuerza.

–Me das asco –dijo Fanny casi en un tono apagado–. Por eso estabas tan cambiada, tan amable. En el fondo sigues siendo la misma Maria que quiere mandar por encima de los demás. Eso lo has vuelto a demostrar hoy con toda claridad. Y Albert ya es exactamente igual que tú. Tengo que estar sola y pensar. ¡Déjame en paz! –Fanny prosiguió midiendo la veranda de un lado a otro para dominar su agitación.

–¿Tendría que haber ido mejor a un burdel, o cómo te imaginas tú esta situación? ¿Qué posibilidades tiene una mujer blanca como yo? ¿A quién podría dar clases? ¿Quién necesita una cocinera o un ama de llaves si puede tener a negras muy baratas por muy incompetentes que sean? –Maria dio un pisotón en el suelo, y estuvo a punto de soltar un gallo–. Así que no me digas qué debo hacer. ¡Y tú menos que nadie! ¡Nada te da derecho a ello! Y a Ludwig no le vas a decir ni una palabra de todo esto.

Estaban las dos, una enfrente de la otra, como dos gladiadoras, las dos con los puños cerrados.

–A ti no te incumbe lo que tenga que hablar yo con mi marido. ¡Por supuesto que le voy a informar sobre lo que ha sucedido hoy aquí!

–Entonces no me dejas ninguna otra opción. –La voz de Maria sonó lastimosa, pero sus ojos tenían un brillo triunfal–. No pensé que me viera obligada a hacer uso de este recurso, pero tú lo has querido así.

–¿De qué recurso hablas? –Fanny se quedó helada. Maria sabía que ella no era Charlotte. Maria se había acordado de la travesía en barco e iba a confesar a Ludwig que su esposa pertenecía a la nobleza igual que la mesa en la que acababan de comer. Su chiquitín le estaba dando patadas fuertes en el vientre, como si quisiera protestar contra toda aquella agitación. Las piernas de Fanny comenzaron a temblar de nuevo. Todo aquello era demasiado para ella, pero no quiso sentarse y tener que mirar a Maria desde una posición inferior.

Maria extrajo la carta de John del bolsillo de su delantal y la arrojó encima de la mesa.

–¡De esto!

Fanny miró la carta sin entender y luego miró a Maria.

–No entiendo.

Maria soltó una risa teatral.

–Lo sé todo sobre tu amante.

Fanny percibió que se le agolpaba la sangre en la cara, pero no habría sabido decir si de vergüenza o de indignación. John no era su amante, y nunca había pensado en él de esa manera. Sí, a ella le gustaba él, pero ¿qué tenía que ver eso con la carta?

–¿Acaso lees las cartas que van dirigidas a otras personas?

Maria se rio con risa burlona.

–Yo nunca haría eso. El secreto epistolar es algo sagrado para mí, pero esta letra...

De nuevo sintió una patadita por encima del ombligo y no pudo mantenerse de pie por más tiempo. Se dejó caer en una de las sillas.

–¡Por Dios, no tengo ni idea de lo que estás hablando!

–Eres buena. Realmente muy buena. No te mereces a Ludwig. Eso es jugar sucio. Fanny hizo un movimiento negativo con la cabeza.

–Maria, ¿qué es todo este circo?

Maria presionó los labios y puso los ojos en blanco.

–Dios santo, qué repugnantes me parecen esos juegucitos. Entonces te mostraré algunas cosas.
–Se fue a toda prisa de allí dejando sola a Fanny.

Fanny agarró la carta arrugada de encima de la mesa. Se había olvidado de ella por completo. Maria debió de sacarla del bolsillo del delantal cuando se lo entregó para la colada.

Contempló el sobre. «A Ludwig Falkenhagen, Keetmanshoop, de J. A. D. Madiba.» John Amandla Dumisani, recordó Fanny, y sintió un extraño malestar al fijarse en la letra. Le pareció familiar, y eso que ella nunca había recibido una carta de John.

En ese instante regresó Maria con un fajo de cartas atadas con una cinta de color rojo y que, como Fanny sabía perfectamente, yacía desde aquella terrible noche de hacía muchos meses en el fondo del baúl de la ropa de Charlotte. Le tendió el fajo a Fanny y se sentó enfrente de ella exhalando un jadeo triunfal.

–¿De dónde las has sacado? –preguntó Fanny para ocultar su confusión.

–Eso no importa nada, y no, antes de que me lo preguntes te diré que no las he leído, pero mira la letra. ¿Vas a negar que es la misma? ¿Y tienes la desvergüenza de amenazarme?

Fanny puso el fajo de cartas junto a la de John, y efectivamente, no había que ser ningún especialista para reconocer que era la misma letra. Unos trazos maravillosos, los arcos de las emes y de las enes, la inclinación, la distancia entre las letras, todo, sencillamente todos los rasgos.

–Pero esto es imposible. Charlotte, Charlotte... –murmuró Fanny olvidando por entero que Maria estaba sentada a su lado. Las cartas no las había escrito Ludwig, sino John. De pronto sintió ligero su cuerpo grávido, de una magnífica ligereza, quiso levantarse y ponerse a bailar, a abrazar los árboles. «Charlotte, no nos equivocamos, ¿ves?»

Suspiró profundamente. «John, John, John», pensó ella. Ahora todo tenía mucho más sentido. Una risa liberadora cubrió su cara.

Maria, perpleja, alzó la vista desde las cartas a Fanny.

–¿Y ahora qué sucede?

Fanny comenzó a tararear en voz baja, deseaba tanto que Charlotte estuviera aquí para poder hablar con ella. El hombre que les había hablado a ellas desde las cartas, ese hombre existía de verdad, pero no era Ludwig, sino John. Y él era quien verdaderamente se merecía una novia. ¡Él, John; no Ludwig!

–Maria, no habrías podido hacerme un regalo mejor. –En el mismo momento en el que decía esto Fanny, se percató lejanamente del alcance de la situación. Dejó de tararear. Su risa se extinguió.

Ludwig la había engañado a ella, igual que ella a él. Se lo imaginó encargándole formalmente a su administrador que despachara ese pesado asunto femenino de escribirse cartas. Su alegría desbordante se volatilizó. En su lugar emergieron otras imágenes, recuerdos de aquella noche terrible en la que ella le había pedido que le leyera en voz alta sus cartas románticas.

Ahora comprendía por fin por qué se había puesto tan furioso. Sin embargo, resultaba

inconcebible que hubiera violado a su esposa en lugar de contarle la verdad sobre las cartas de John. Fanny tenía un nudo en la garganta. Eran tantas las mentiras. ¿Cómo les iría ahora que iban a tener una criatura en común?

Cruzó las manos por encima de la barriga y contempló a Maria, que parecía patidifusa. Aunque le había mentido y había estado revolviendo entre sus cosas, Fanny le estaba profundamente agradecida. De todas formas, sabía también que se arrepentiría si le contaba la verdad a Maria. Con ello quedaría por completo a su merced, y eso era lo último que deseaba. No en vano, Maria le acababa de demostrar firmemente que carecía de escrúpulos para chantajearla o delatada.

Se le pasó por la cabeza un pensamiento malicioso. Si no le confesaba nada a Maria, tal vez esta se dirigiría a Ludwig a contarle sus sospechas acerca de las cartas, esperando, naturalmente, que él la recompensaría generosamente con esa información. Sin embargo, él detestaría a Maria por confrontarle con su propia mentira; de manera irónica, él detestaría a Maria aunque fueran ciertas sus sospechas, de eso estaba Fanny segura. Pero Maria había idealizado a Ludwig de tal manera que no podía ser consciente del alcance de su acción. Él la echaría de casa en pago por sus informaciones.

–No te lo sé explicar, lo siento de verdad –dijo Fanny tras un largo silencio.

–No me lo quieres confesar. Pensé que éramos amigas. ¿No tienes entonces miedo de que vaya con esto a hablar con Ludwig?

–Hazlo, no te cortes. –Fanny miró directamente a los ojos de color azul oscuro de Maria–. Ludwig te lo agradecerá –dijo ella agregando otra mentira más–. De todas formas, yo le voy a contar todo lo que ha ocurrido hoy aquí. Todo. –Fanny se acarició ostensivamente la barriga y miró a Maria con gesto desafiante.

–Como quieras. –Sonó como una declaración de guerra. Maria agarró las cartas y desapareció en la casa.

«Bien –pensó Fanny–, por fin reina la claridad entre nosotros. Por fin vuelvo a tener aire para respirar.»

Cuatro semanas después, a comienzos de diciembre, Maria se encontraba en el barco con rumbo a Alemania. No titubeó ni un segundo y, nada más regresar Ludwig, le puso al corriente sobre las cartas del supuesto amante de Fanny.

Él estalló en unos gritos de rabia tan fuertes que se le podía oír en toda la hacienda. Acusó a Maria de andar husmeando y le aseguró que no podía tolerar en su casa a una persona así. La insultó porque había abusado de su confianza, e hizo todos los trámites necesarios para que tres días después se pusiera de camino hacia Swakopmund desde donde embarcaría en el siguiente barco de la compañía Woermann con rumbo a Hamburgo.

Fanny se puso contenta cuando se marcharon Maria y sus hijos, y se repetía que cada una de ellas había obtenido lo que andaba buscando: Maria, su país, y Fanny, la libertad.

No obstante, estaba avergonzada porque lo había conseguido gracias a un ardid. Aparte de esto, Ludwig se mostraba ahora especialmente atento. Intentaba averiguar si Maria había hablado con ella acerca de las cartas, pero Fanny hizo como si no supiera hacia dónde apuntaba y le hizo creer que no tenía ni idea de que su marido había mandado a su administrador que escribiera esas cartas románticas dirigidas a su prometida. Al mismo tiempo aprovechó la mala conciencia de él para persuadirlo de que Kajumba se quedara con ellos. Le habría gustado muchísimo leer la carta de John a Ludwig, pero Ludwig, durante la conversación con Maria, la había quemado con gesto de rabia.

Tras la partida de Maria, Fanny se pasó al principio muchas horas sentada en la veranda disfrutando del silencio y contemplando aquella amplia llanura que en el tórrido calor azul del horizonte se fundía en una imagen temblorosa.

Cuando Ludwig estaba con Pierre en los pastos, entonces el silencio llegaba a ser fantasmal. Solo se escuchaba el zumbido de los mosquitos que se mezclaba con el murmullo de la brisa ligera.

Al cabo de algo más de una semana, Fanny se confesó que echaba de menos las clases con los chicos, y decidió dar clase a Kajumba y a los hijos de los criados. De todas maneras lo hacía a espaldas de Ludwig porque su marido andaba constantemente preocupado por su estado y además no habría permitido nunca que enseñara a leer y a contar a los mocosos cafre.

Ludwig desplegab cada noche sus planos de construcción para hablar con ella sobre la ampliación de la casa. Quería añadir cinco dormitorios, y soñaba con un baño. Retorciéndose el bigote rubio, inclinado sobre los planos y pensando en voz alta en cómo bautizar a su primogénito, si Wilhelm, Friedrich o quizá mejor Ferdinand, Fanny se ponía tan contenta con su buen humor que deseaba que fuera siempre una persona tan equilibrada. En esos momentos tenía algo del cachorro impetuoso al que no te queda otro remedio que tomarle cariño. Sin embargo, a la más mínima oportunidad se ponía hecho una furia y andaba por la granja alborotando como un perro rabioso.

Cuando supo por el padre de Daphne que no lo habían invitado a la comida de Navidad ofrecida a las personalidades de la ciudad de Keetmanshoop, se emborrachó por primera vez

desde la boda y devastó después el establo de los corderos. Desde entonces bebía cerveza todas las noches a pesar de que era un placer muy caro, y cuanto más bebía, más crueles eran los planes de venganza que forjaba contra Hermann. A duras penas, y solo con la ayuda de Zach y Pierre, Fanny conseguía llevarlo hasta la camilla de la consulta en la que él seguía durmiendo porque, según él, Fanny continuaba roncando ruidosamente. A Fanny, que finalmente había regresado a su dormitorio, le parecía bien. Por las noches tenía que levantarse constantemente a hacer sus necesidades y dormía muy inquieta porque cuanto más se acercaba el parto, más largas y extrañas eran sus pesadillas.

El hecho de que Ludwig durmiera en la consulta no molestaba a nadie porque cada vez venían menos blancos a visitarse a su consulta, a pesar de que él era el único médico blanco a lo largo y ancho de aquellas tierras. Fanny estaba segura de que también se debía eso a Hermann, y ella echaba de menos a los pacientes. A Ludwig no le molestaba esa situación porque así tenía más tiempo para ocuparse de lo que más le gustaba, la hacienda. Más le reconcomía no figurar en la flor y nata de la sociedad alemana de Keetmanshoop. Ponía todo su empeño en cambiar ese detalle. Invitaba regularmente a comerciantes e investigadores a comer a su casa, y hacía generosas donaciones para la construcción de un muelle en Swakopmund y para la sociedad de tiro recientemente inaugurada. Cuando no andaba de inspección por la hacienda con Pierre, se reunía entonces con presidentes de asociaciones, candidatos a la alcaldía y con militares.

La barriga de Fanny se volvió gigantesca a comienzos del noveno mes, lo cual entusiasmó a Ludwig porque lo consideró una prueba de que su primogénito se estaba desarrollando magníficamente. De todas maneras, su alegría no era tan desmedida como para querer ver o tocar la barriga desnuda.

La alegría de Fanny era más bien contenida porque tenía la sensación de tener que llevar delante una calabaza gigantesca. También sus pechos se habían hinchado adquiriendo el tamaño de melones, y con frecuencia tenía fuertes dolores de espalda que no la dejaban dormir. Entonces se levantaba, salía fuera de la casa, en mitad de la noche templada, arrastraba una silla de mimbre desde la veranda hasta su huerto, en donde estaba protegida de cualquier corriente. Allí disfrutaba de unas vistas magníficas del cielo.

A veces se pasaba media noche allí, recostaba la cabeza en el respaldo, y se quedaba mirando las estrellas y reflexionando sobre su último sueño, sobre cómo se comportaría Ludwig como padre y qué cosas cambiarían en su vida cuando el chiquitín naciera, un chiquitín que —y eso lo juró ella ante las estrellas destellantes—, tendría una familia, independientemente de lo que Ludwig hiciera. Pero en una familia había también abuelos, es decir, los padres de ella, y le daba vueltas constantemente a cómo proseguiría por fin su búsqueda. Aunque no tenía ni idea de cómo podía explicárselo a Ludwig, sentía en su interior que era importante descifrar por fin el rompecabezas de su origen. Para ello tenía que volver a ver sin falta a la madre de John, y preguntarle al juez otra vez acerca del herero muerto. Tenía que haber por fuerza una conexión entre ambos, y ella iba a encontrarla.

Esta noche soñó algo completamente distinto a lo normal. Soñó con Charlotte, que apareció en el dormitorio de Fanny con el hábito de las franciscanas y que la amonestó severamente para que se ocupara de que todo saliera bien. No manifestó lo que quería decir con «todo». En el sueño, Fanny preguntó a Charlotte por qué se había disfrazado de Seraphina, y acto seguido Charlotte rompió a llorar. Y las lágrimas parecían los abalorios de la pulsera de Fanny. Ipso facto se transformaron en pétalos de flores que se fueron flotando como mariposas. Entonces comenzó a

llover; caían gotas gruesas que aplastaban los pétalos hacia la tierra. Nada más tocar el suelo volvían a convertirse en los abalorios de Fanny que se juntaban como gotas de agua para formar un arroyo, un río, un lago, el mar. Y sobre el mar, por encima de las olas, giraba, como una peonza, la difunta Charlotte en su ataúd de muñecas.

Se despertó bañada en sudor y se fue dando tumbos hacia el exterior de la casa. Como era la estación de las lluvias, enseguida la rodearon los mosquitos. Sin embargo, desde que se había quedado embarazada no le picaban.

«Debería enterrar estas cuentas en algún lugar, profundamente –pensó–; mis sueños son casi siempre terroríficos. Tal vez tenga razón Zahaboo, y tengo espíritus dentro de mí, espíritus que me atacan desde estos abalorios. No sé por qué no los he enterrado ya hace tiempo. –Se acarició la barriga y susurró unas palabras a su hijo por nacer–: Te protegeré siempre, y tú nunca tendrás estos sueños como yo.»

Dos noches después tampoco podía dormir, y cuando quiso arrastrar una de las sillas de mimbre hacia el huerto, se quedó sorprendida: faltaban dos sillas.

«¿Ladrones? No –se contestó a sí misma–, eso sería ridículo, qué iban a hacer con dos sillas tan voluminosas?»

Descendió despacio los escalones de la veranda y se dirigió a su huerto. Allí estaban las sillas, exactamente en el lugar en el que ella solía estar.

Miró a su alrededor. ¿Quién podía haber hecho eso? ¿Zach? Entonces vio que en una de las sillas había alguien sentado. Un hombre.

–¡John!

Cuando la vio llegar, se levantó y salió a su encuentro, la acompañó a las sillas, la ayudó a sentarse y él hizo lo propio a su lado.

–¿Sabe usted qué día es hoy?

Fanny negó con la cabeza, todavía demasiado sorprendida por la presencia de él. No había vuelto a verlo desde el día que trajo a Kajumba. Se había prohibido tajantemente a sí misma pensar que había sido él quien escribió las cartas. Y a la vista de su barriga cada vez más amplia, lo había conseguido. Su criatura era más importante que ella misma.

–Hace exactamente un año que la vi a usted por primera vez.

A pesar del calor, a Fanny se le erizó todo el vello. Y se acordó de cómo la había salvado de las aguas y la había llevado a tierra firme y cómo había pensado que él era «su» prometido.

De pronto asomaron las lágrimas a sus ojos. Hasta el momento en que él la depositó en la playa, todo era aún posible, todo, hasta el momento en que le dijo a Ludwig que ella era Charlotte.

Y ahora estaba embarazada de Ludwig.

Fanny tragó saliva, se quitó las lágrimas parpadeando. Era ocioso e inútil pensar en lo que podría haber sido. Estaba casada con Ludwig y esperaba un hijo de él, a quien le daría todo lo que ella no había tenido nunca. Como si fuera un eco de sus pensamientos, el chiquitín le dio una patadita en el vientre.

–Tenía que verla a usted hoy porque tengo que... –John titubeó y prosiguió más rápidamente–. Aquí están las medicinas que la aliviarán de los dolores del parto. –Le tendió una raíz del grosor de un dedo–. Lo mejor es que la muerda en cuanto aparezcan las contracciones. Y este preparado –dijo agitando una bolsita–, tómeselo nada más haber nacido el niño, facilitará la expulsión de la

placenta. A continuación, prepárese una infusión con esto. –Le tendió un paquete de hojitas secas que se deshacían al tocarlas–. Estimulará la secreción de la leche e impedirá que se le inflamen los pechos.

Dio las gracias de que fuera de noche porque la sangre se le había agolpado en la cara. John hablaba con tanta calma del parto como si fuera la cosa más natural del mundo, mientras que su marido, que era médico, esquivaba continuamente las preguntas que ella le hacía. Todo lo que Fanny sabía acerca del parto eran las historias terroríficas de Maria y las menos horribles de Martha. Y ella no estaba segura de haberlo entendido todo correctamente. Nadie le había mencionado antes la placenta, por ejemplo. Mañana mismo buscaría en la consulta los libros que hablaban del parto, eso es lo que debería haber hecho hacía tiempo.

–Gracias por traerme estas medicinas.

–Bueno, la razón por la que estoy aquí... –John volvió a enmudecer y permaneció tanto tiempo callado que Fanny no lo aguantó más y tuvo que tomar ella la palabra.

–¿Cómo sabía que me siento siempre aquí por las noches? ¿Por sus antepasados?

–No. Porque la he observado.

El corazón de Fanny se puso a latir más rápido.

–¿Y por qué lo hacía?

–Porque me preocupa usted.

–Pero ¿por qué?

–¡Me lo han dicho mis antepasados! –Ella oyó la risa en su voz, pero percibió también que había algo muy importante en su corazón.

–¿Y qué es lo que dicen sus antepasados sobre mi niño?

–La he observado porque creo...

–¿Sí? –Fanny no se atrevía siquiera a respirar de lo tensa que estaba esperando a que John siguiera hablando por fin.

–Porque creo que está usted en peligro.

Fanny se quedó decepcionada, y al mismo tiempo se sentía como si él le hubiera propinado un puñetazo en la barriga.

–Lo dice usted por el parto, ¿no? –Respiró hondo y esperó que le afectaran sus siguientes palabras–. Mi marido es médico.

–Usted está enfadada conmigo. –John se inclinó hacia delante y agarró una de las manos que ella tenía sobre la barriga.

Fanny se irguió, pero cuando sus manos se tocaron le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, le entró calor y no deseó nada más que apretar su cuerpo contra el de él como aquel día en la playa de Swakopmund. Respiró más aceleradamente. «Estás embarazada y casada», se amonestó a sí misma, e intentó con sus últimas fuerzas desprender su mano de las de él. Pero él se la retuvo.

–Mi madre es la mejor maga de la lluvia en el sur de África, y hay algunas habilidades mágicas que me han sido transferidas a mi pierna africana.

Fanny recordó cómo le había hablado él de su pierna europea y de su pierna africana, y le pareció como si eso hubiera tenido lugar en otra vida.

–Tuve sueños, mis antepasados hablaban conmigo a través de las sombras de los árboles

omumborombonga y de las sombras de los peñascos, y por eso tuve que venir aquí de nuevo. Mi madre tuvo los mismos sueños. No quería que viniera aquí, pero yo no podía hacer otra cosa. Fanny, venga conmigo, aquí no está usted segura.

–¿Por qué? –preguntó liberando su mano de las de él.

–Porque –John se enderezó, suspiró, entonces se inclinó de nuevo hacia ella y le susurró al oído–, sencillamente porque...

–Porque ¿qué? –preguntó Fanny disgustada.

–Porque te amo desde el día en que te vi por primera vez. Por favor, vente conmigo. A Fanny se le puso la carne de gallina desde la nuca pasando por el omóplato hasta las caderas.

–¡Oh! –murmuró tratando de comprender lo que acababa de decirle. ¿Había dicho que la amaba? ¡Sí, la amaba! Tendría que haberse dado cuenta hacía mucho tiempo. Recordó cómo la miró él después de la tormenta, con las manos encima de su pierna, la noche del bosque de los árboles aloe. Cerró los ojos y por unos instantes se entregó a la idea de cómo sería quedarse dormida en los brazos de John bajo ese cielo nocturno, cómo la boca de él presionaría la suya, y solo ese pensamiento desató en ella un torrente de felicidad por todo su cuerpo, la excitó más que todo lo que había pensado hasta entonces.

Pero a continuación miró su barriga. Era imposible marcharse sencillamente así. Ni siquiera era responsable únicamente de sus acciones, sino que tenía la responsabilidad sobre su hijo, se merecía vivir en casa de su padre carnal, tener una familia. ¿Y qué era ella si se marchaba? Pues nada más que una puta a los ojos de la sociedad y de la Iglesia, y eso lo vería también su hijo en los ojos de los demás. No, era imposible. Su hijo debía ser feliz.

–John, no puedo.

Él se levantó y se colocó delante de la silla de Fanny, le pasó las manos por las axilas, la levantó y la acercó con cuidado hacia él.

–Lo aceptaré; en mi pueblo, las mujeres tienen derecho a tener voluntad propia, y solo ellas deciden sobre sus cuerpos, pero no voy a marcharme sin esto de aquí.

Puso sus manos con todo cuidado en la cara de ella y la atrajo hacia él. A continuación, estampó su boca en la de ella.

Toda la sangre se le agolpó en el bajo vientre cuando sus labios se tocaron, le comenzaron a temblar las piernas. Sentía los labios blandos, calientes, y el pulso en ellos era más acelerado que en el corazón de Fanny. Saboreó la sal del labio superior de él, mezclada con el dulce sabor a frambuesa de su lengua que se abría camino con determinación en su boca robándole toda resistencia. Suspiró levemente, abrió aún más la boca, quería apretarse a él, fundirse con él, pero las pataditas en su barriga la devolvieron a la cordura.

–¡No, no, no puede ser!

John cesó de inmediato y la soltó.

–Bien. Tú tomas la decisión. No volveré a preguntarte.

Fanny sabía que lo había herido.

–John, quiero que me entiendas, quiero explicártelo.

–No tienes que explicarme nada. Lo que verdaderamente cuenta no son las palabras, sino los hechos. Eso es lo que aprendes cuando creces en África.

–Y, sin embargo, fueron tus palabras, solo tus palabras, las que me condujeron a Ludwig. Sin

las cartas que escribiste por él, yo no estaría aquí.

Las manos de John acariciaron suavemente el pelo de Fanny, se deslizaron por la nuca de ella, la rodearon con cariño haciendo que Fanny se estremeciera.

–No debería haberlo hecho, pero adoraba escribir esas cartas, y una y otra vez me decía a mí mismo que las palabras son tan solo el comienzo.

–Eso fue un error –suspiró Fanny–. Tus palabras fueron la puerta de entrada a mi corazón, al de Charlotte... Tus palabras tendieron un puente entre dos continentes. –Tragó saliva–. Las palabras son mucho más poderosas de lo que hayas podido imaginar jamás.

–Olvida mis palabras, comencemos de nuevo en otro idioma, el de nuestros corazones. –John besó su cuello, luego sus manos.

Fanny se prohibió pensar siquiera un segundo al respecto, quería hacer las cosas mejor que su madre. Un nuevo comienzo con John... No, imposible.

Era demasiado tarde.

–¡Oh, John! –susurró ella.

–Chsss... –Él le puso un dedo suavemente sobre los labios–. Está bien, decidas lo que decidas estará bien. –Carraspeó, se inclinó hacia el ombligo de ella y comenzó a hablarle a la barriga–. Los viejos de la tribu zulú dicen: «Honra a tu hijo, y tu hijo te honrará a ti.»

Fanny volvió a hundirse en la silla, de pronto sintió frío, y dudaba de su sano juicio. ¿Era verdaderamente lo correcto dejar que John se marchara?

–No sé si volveremos a vernos, porque no quiero hacerte daño, pero en el caso de que desees hablar otra vez con mi madre, busca la rosa del desierto.

Fanny se quedó sorprendida con ese repentino cambio de tema.

–Tu madre cree que tengo algo que ver con un asesinato y que estoy habitada por espíritus.

–Entretanto está segura de que no eres tú la maldita, sino tus abalorios. Te ofrece liberarte de esos malditos abalorios. Puedes dármelos si quieres. Pero ahora tengo que irme. Mira, por allí está ya *Indonsakusa*, la estrella que trae el amanecer, y allí enfrente comienza a parpadear *Ikhwezt*:

«Júpiter y Venus –pensó Fanny–, Júpiter y Venus.» Se palpó la pulsera con una sensación de completa confusión. Imposible, jamás entregaría su pulsera, era lo único que la unía con su pasado. Lo mismo que ella nunca entregaría a su hijo, su hijo, que la unía con el futuro.

–Dile a tu madre que le estoy muy agradecida, pero para mí eso sería como si tuviera que separarme de mi pie izquierdo. ¡Ay, John!... –Fanny suspiró, no sabía cómo dominar el caos que poblaba su cabeza. «Que se vaya, que se quede.»

–Ya es hora de irme –dijo John encogiéndose de hombros–. Esperaba que juntos seríamos lo suficientemente valientes para hacer frente a Ludwig, pero ¿qué sé yo del corazón de una madre? Así que perdóname. –Se marchó de allí, con la cabeza alta y con orgullo.

–¡John! –exclamó ella. Él se volvió a mirar, la saludó con la mano y siguió caminando a buen paso.

–El corazón de una madre –susurró ella–, sí, el corazón de una madre debe ser más grande que el de una amante. Pero el mío tiene que crecer primero porque me duele... me está doliendo tanto... –Fanny se imaginó que ese niño se iba haciendo cada vez más grande en su barriga, más grande y más fuerte, como si pudiera aplastar el corazón de ella. Respiraba con dificultad e intentó

calmarse. Había hecho lo correcto.

Lo siguió con la vista hasta que su silueta se desvaneció con el horizonte y el cielo nocturno se desvaneció en un tono gris desolador.

Algunas horas más tarde, Ludwig la encontró sentada todavía allí y la despertó. Soñolienta, Fanny contempló a su marido, y sin querer comparó su boca con ese fino labio superior tapado siempre por el bigote rubio, con los labios que había sentido esta noche en su boca. Involuntariamente se tapó los labios con la mano, miró a Ludwig y se esforzó por entender lo que le decía. Él no estaba entusiasmado de que ella durmiera sentada en el exterior de la casa porque eso era perjudicial para el riego sanguíneo de su hijo varón, pero celebraba la idea en sí de que a su hijo se le administrara la mayor cantidad de aire fresco posible. A continuación, llamó a Pierre. Los dos iban a reparar un agujero en la cerca, por la que continuamente entraban a robarle las ovejas.

Fanny se levantó. Estaba mareada, y tuvo que esforzarse mucho para llegar hasta la veranda. Fue al llegar allí y ver las sillas restantes cuando comprendió que alguien debía de haber recogido la segunda silla. La bolsita con la medicina había desaparecido también.

Martha le llevó café flojo y le guiñó un ojo con simpatía.

—Esta mañana he estado ordenando un poco. —Tamborileó con los dedos en el bolsillo de su delantal—. La medicina para Missi está en el dormitorio.

Fanny le lanzó una mirada agradecida y se bebió el café. Decidió leer después del desayuno todo lo que pudiera encontrar sobre el parto. Ya no iba a tardar mucho más, de eso estaba segura.

Sin embargo, hoy se veía incapaz de hacer nada. Se quedó sentada con gesto apático, miró fijamente en dirección a la extensa llanura y se preguntó si volvería a ver a John algún día.

El 20 de febrero comenzó con intensos aguaceros que ya al cabo de dos horas fueron relevados por un sol radiante. La tierra comenzó a humear y en un instante se cubrió de una alfombra zumbante de mosquitos, escarabajos rastreros y gusanos hambrientos.

Fanny se sentía pesada, como un barril de mantequilla fundida, su piel estaba continuamente resbaladiza por el abundante sudor.

No consiguió compartir la alegría de Ludwig cuando lo vino a buscar un criado para que fuera a Seeheim, a casa de Jacob Jansen, un afrikáner que poseía la hacienda más extensa de los alrededores.

–Pero si Seeheim está a una jornada a caballo –protestó ella.

–El hombre necesita un médico competente, y si consigo sanarlo, entonces Hermann habrá perdido para siempre. Además, Seeheim no está realmente muy lejos.

–Así que todo es por Hermann. ¿Y qué sucede conmigo?

–Charlotte, cariño, según mis cálculos tardará todavía entre dos y cuatro semanas. El primogénito suele retrasarse antes que adelantarse. Así que no te preocupes y cuídate mucho. Estaré de regreso como muy tarde mañana a primera hora. Te prometo que regresaré inmediatamente. Los cauces secos de los ríos están en buen estado.

–¿Y si el tiempo se vuelve loco?

–No lo hará. Aquí en el sur la época de lluvias no es tan intensa como más al norte. ¡Además, lo hago solamente por nuestro hijo varón! Sería de provecho para él que su padre fuera un hombre importante en la región, ¿o no? De todas maneras, a veces desearía que Maria estuviera contigo. Aunque era una fisgona insoportable, trajo tres hijos varones sanos al mundo.

Fanny estaba cansada de escuchar sus excusas raídas y poco convincentes.

–Tengo la impresión de que no quieres estar presente cuando venga tu hijo varón al mundo.

Ludwig se puso colorado al instante. Entonces explotó:

–Siempre he detestado la ayuda médica en el parto, con todo ese griterío. Para mi gusto, eso deberían resolverlo las mujeres entre ellas. Cada vez que tengo que asistir a un parto, envío a todos los hombres fuera porque ¿cómo querría un hombre volver a juntarse con su mujer de nuevo después de haberla visto con sus entrañas abiertas y sangrantes?

Ahora también se puso colorada Fanny. No solo porque su marido era un miserable cobarde, sino también porque el pensamiento de que ese hombre la volviera a tocar y engendrara en ella un segundo niño le parecía después de aquella última noche tan inimaginable como un viaje a la luna.

–Ni siquiera entre los herero está el marido presente; construyen incluso una cabaña propia para el parto. Lo cual no es ninguna mala idea, dicho sea de paso, porque todo lo demás queda bien limpio.

Ludwig se pasó la mano por su camisa fuertemente almidonada y blanca como la nieve.

–Dejo a Pierre aquí para lo que pueda suceder. Y si realmente llega el momento, iré a por mí

inmediatamente.

«Si realmente llega el momento, seguramente no dejaré a Pierre que se me acerque», pensó Fanny. Ese administrador de malas pulgas estaba convencido también de que el parto era un asunto de mujeres en el que los hombres no pintaban nada.

–Está bien –transigió ella. No tenía sentido discutir con él, no cambiaba lo más mínimo la situación, sino que solo conseguía fatigarla aún más—. Entonces vete, anda, cuanto más rápido te vayas, antes estarás de vuelta aquí.

Ludwig asintió con la cabeza y mandó a Zach a por su caballo. Fanny lo siguió con la mirada, luego se dirigió a trancas y barrancas al dormitorio que entretanto se había convertido en su habitación, y contempló las camisitas y los pantaloncitos que había tejido ella misma y que Maria había cosido, y luego su barriga. Era apenas imaginable que ahí dentro se encontrara de verdad un ser humano entero que pronto llevaría puestas esas prendas de vestir.

A pesar de que se sentía deforme y pesada, no soportaba quedarse sentada sin hacer nada, y se dirigió entonces al huerto. Era su lugar sagrado, el lugar en el que repasaba una y otra vez todos los detalles de su conversación con John, y se preguntaba qué habría sucedido si se hubiera ido con él aquella noche.

Sin embargo, ahora brillaba allí inmisericorde el sol desde el cielo, con una intensidad tal que no podía permanecer ella allí, así que se dirigió donde los corderos y de allí hasta el gallinero.

Kajumba, que se había aclimatado muy bien a la granja, estaba justamente limpiando el gallinero. La experiencia traumática con los hijos de Maria parecía haberla dejado atrás, y en la clase resultó ser una chica inteligente, con una facultad de comprensión increíblemente rápida.

–Me parece que el niño quiere salir –dijo inesperadamente, y señaló a la barriga de Fanny como una profesional. Fanny se miró abajo y no pudo descubrir ninguna transformación.

–¿Cómo llegas a esa conclusión?

–En mi clan dicen que la luna llena regala los niños al sol. Esta noche hay luna llena. Y Martha ha dicho que si el vientre se baja, como lo tiene usted ahora, entonces ya no queda mucho para el momento. Entonces necesitamos mucha agua caliente, y yo seré quien la prepare. Se golpeó el pecho flaco con alegría, al tiempo que sus ojos brillaban como soles negros.

Fanny asintió aturdida y quiso sentarse ahora. O beber algo. O echarse y dormir, o leer, o... No pudo menos que echarse a reír. Era como una gallina que no sabía dónde poner su huevo.

Regó las plantas alicaídas por el calor, retiró las hojas secas de la mejorana y de la alheña que estaban ahora ya crecidas en verdaderos arbustos y se sentó a continuación a la sombra de la veranda. Sin embargo, no aguantó mucho rato, se levantó y se fue a la sala de estar a buscar algunos periódicos que había traído Ludwig. Después de echar una ojeada sobre un debate acalorado en el Reichstag sobre las aspiraciones coloniales de los alemanes, se aburrió y cedió al hormigueo de sus piernas.

Descendió los escalones de la veranda, indecisa sobre si debía dirigirse al establo de los corderos o a la despensa.

De pronto se derramó un aluvión de agua desde su cuerpo a la tierra. Fanny se detuvo, sorprendida, y se miró piernas abajo. Sabía que la bolsa amniótica reventaría, pero la dejó perpleja que hubiera habido tanta agua en su barriga.

Se le contrajo el vientre como en el período menstrual, solo que un poco peor. Debía echarse.

¡Maria había tenido a todos sus hijos en la cama, bajo la vigilancia de dos comadronas! Aquí no había comadrona ninguna ni tampoco un médico.

De nuevo otro espasmo, esta vez más intenso y prolongado, pero no tan terrible como le había contado Maria.

De pronto se imaginó Fanny unos grandes charcos de sangre. En el repertorio de las historias de Maria estaban los destinos de tres mujeres que habían fallecido durante el parto.

«Yo no voy a morir –pensó Fanny–. Mi hijo y yo vamos a vivir.» Otro espasmo.

–¡Martha! –exclamó Fanny, y se dirigió despatarrada hacia su dormitorio.

–¿Adónde quieres ir, Missi? –preguntó Martha, que había salido de la cocina a una velocidad desacostumbrada en ella.

–A mi cama, por supuesto.

–La cama no es buena–dijo Martha negando con la cabeza.

–¿No? –Fanny sabía que Martha había parido a dos hijos y que había ayudado en otros partos, así que tenía muchísimo más conocimiento que ella–. ¿Por qué no es buena mi cama?

–Tienes que sacar esos dolores bailando.

–¿Cómo dices? –Fanny miró a Martha confusa. Maria no le había contado nunca nada acerca de sacar los dolores bailando.

–Tienes que ir de un lado para otro. Cuando te visite el dolor, báilalo y todo irá mucho más rápido. En el siguiente espasmo pensó Fanny por primera vez: «Esto son los dolores del parto –e inmediatamente después–: ¡Oh, qué va a ser de mí!» Se le pasó por la cabeza la bolsa con las medicinas que John le había dado. Se arrastró como pudo hasta su habitación y extrajo la bolsa del baúl de los vestidos de Charlotte.

Le había dicho que mordiera la raíz en cuanto comenzaran las contracciones. Le temblaron las manos cuando intentó abrir la bolsa. En la siguiente contracción se le cayó de las manos porque tuvo que encorvarse para soportar el dolor.

Martha entró en la habitación y le levantó la bolsa.

–Ahora va en serio la cosa –constató Martha, y llamó a Grace y a Kajumba.

Martha abrió la bolsa, rompió un trozo de la raíz y se la dio a Fanny para que la masticara. Y cuando vino la siguiente contracción, ella mordió agradecida aquel tubérculo grueso, fibroso.

Martha regañó a Zach, que había venido con las dos mujeres, y lo mandó a paseo.

–Los hombres no son buenos para el parto. –Zach se encogió de hombros y se fue de allí. Martha llevó a Fanny hacia fuera pese a que era reacia a tal cosa.

–Tienes que caminar. Caminar sin interrupción. –Fanny se agarró del brazo de Martha en dirección al patio.

–Nosotras, las mujeres himba, nunca parimos a nuestros hijos dentro de los límites de la aldea, de lo contrario la gente dice: *u kwata otjongombo motjunda!*

–¿Y qué significa eso? –preguntó Fanny, que le estaba agradecida a Martha por la distracción.

–¡Pares dentro del *kraal* como una cabra! –Martha se echó a reír como si fuera un chiste bueno.

–¿Y adónde vais entonces cuando llega el momento?

–A un sitio que está a muchos metros de distancia de la aldea; allí se construye una cabaña protegida, y cuando nace la criatura, regresamos. Entonces debemos habitar debajo de la

sombrilla protectora hecha con ramas de mopane, directamente al lado de la casa principal. Allí se guardan todas las cosas importantes para nuestras ceremonias, y, por ese motivo, la madre y la criatura están bien protegidas de los malos espíritus. Y es que mientras la criatura conserva el cordón umbilical todavía no es del todo de este mundo. Entonces pueden ir a buscarla fácilmente los malos espíritus. Se enciende entonces un fuego especial que no se apaga hasta que se le desprende a la criatura el cordón umbilical. Durante todo ese tiempo, la madre debe vivir ahí con su criatura.

–¿Y dónde está el marido? –preguntó Fanny jadeando porque había sufrido una contracción especialmente intensa.

Martha dibujó una sonrisa amplia en su cara.

–El marido no puede tocar a la criatura hasta que ha sido presentada a los antepasados. Para ello se reúnen los parientes de la criatura en torno al *okuruwo*, la hoguera sagrada.

–¿Qué es eso de la hoguera sagrada? –siguió preguntando Fanny. Tenía miedo de que Martha se fuera de repente y la dejara allí sola con esos dolores.

–Nuestro fuego sagrado es la conexión entre nosotros, es decir, entre los vivos, y nuestros antepasados, y por eso no debe consumirse nunca. Eso ofendería a los antepasados. Está prendido frente a la cabaña principal y solo debe encenderse con los *ozondume*.

–¿Por qué no me habías contado antes nada de todo esto?

–Nunca me preguntaste. Además, los blancos no veis lo que nosotros vemos. Los sakumba dicen: «Yo te señalé la luna y tú no viste nada más que mi dedo.» Justo así sois vosotros.

Fanny mordió fuerte la raíz para aguantar el dolor en el vientre y en la espalda. Pensó en Maria y en Ludwig y supo lo que Martha quería decir con sus palabras.

–¿Y qué sucede con la criatura junto a la hoguera sagrada?

–El jefe de la aldea pronuncia en voz alta el nombre de la criatura y reza a los espíritus por su protección. A continuación, se sacrifica una vaca sagrada. La primera porción de la carne cocinada la degusta nuestro jefe junto a la hoguera sagrada, nosotros decimos que la «Saborea», y entonces es cuando podemos comer la carne y celebrar todos la fiesta.

Fanny se detuvo; respiraba con dificultad. Ya no eran espasmos, sino una contracción criminal en su vientre. Tuvo que inclinarse y apoyarse en Martha.

–¿Cuánto tiempo seguirá esto así?

Martha frunció los labios y sonrió.

–Eso no lo sabe nadie, pero creo que si ya ahora es así de intenso, quizá no dure hasta esta noche.

«Hasta esta noche –pensó Fanny–, eso debe de ser un chiste, tanto no voy a aguantar yo.» La siguiente contracción la atacó alevosamente en la espalda. Ella mordió fuertemente la raíz esperando que tuviera algún efecto.

–¿Por qué le has dicho a Kajumba que tenga preparada agua caliente? En la cabaña de parto no teníais eso para nada.

–Los blancos se tranquilizan siempre que tienen agua caliente y jabón. Los adoran como a pequeños dioses. El dolor fue aplacándose, y Fanny pudo sonreír. Sí, Martha tenía razón, el agua caliente tranquilizaría a Fanny de verdad.

–Tengo que echarme –dijo ella.

–Eso no es bueno, pero Pruébalo y verás lo malo que es.

Martha acompañó a Fanny a su dormitorio y la ayudó a echarse en la cama. En un primer momento fue un gran alivio, pero entonces llegó la siguiente gran oleada de dolores, y Fanny tuvo la sensación de que se ahogaba allí tendida. Con la ayuda de Martha volvió a incorporarse, respiró agitadamente e intentó consolarse pensando que al final de todo aquello estaría en sus brazos su maravilloso hijito.

–Martha, en tu primer hijo, ¿cuánto tiempo duró el parto?

Martha se encogió de hombros como si aquello no fuera importante.

–Un día y una noche; no quería salir. Tuve que tomar entonces una infusión de *tlorab* que hizo salir entonces al niño. Era un niño listo, no quería salir porque no quería separarse de mí.

Fanny se avergonzó de no haber preguntado antes a Martha por sus hijos, pero entonces tuvo que encorvarse de nuevo y respirar comedidamente para soportar el dolor. «Y así todo un día y toda una noche solo para que te quiten luego a tu hijo.» Se preguntó cómo pudo sobrevivir Martha eso una segunda vez. Fanny ya había llegado ahora al límite. «¿Por qué no se han extinguido ya los seres humanos si el parto es tan doloroso? –se preguntó–. ¿Quién querría parir un segundo hijo? Charlotte pensó–, Charlotte, esto no te habría gustado nada.»

Martha la sujetó fuerte y llamó a Grace. Las dos la rodearon a ambos lados y caminaron con ella por el patio, hacia los establos, siempre en círculo. Cada vez que a Fanny le asaltaba una contracción, la ayudaban y la sostenían en pie. Martha le cantaba algo, y Fanny trataba de imitarla, pero no lo conseguía.

Así fueron caminando hora tras hora y estaban tan absortas en su caminar y en sus cantos que se les pasó por alto cómo se estaban apelotonando las nubes en el cielo formando una masa grisácea.

Mientras estaban esperando de nuevo en medio del patio a que se fuera aplacando una contracción especialmente intensa, comenzaron a caer de pronto unas gotas del cielo.

Las tres miraron hacia arriba, perplejas, cada vez iban cayendo más y más gotas, hasta que el agua comenzó a caer a cántaros del cielo. En unos pocos segundos estuvieron las tres empapadas hasta los huesos. Fanny disfrutaba del frescor de la lluvia, y el murmullo de las gotas la distraía de sus dolores.

Se dirigieron a refugiarse a la veranda. Cuando llegaron a ella jadeando y se detuvieron, Grace hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Esta es una mala señal –dijo ella–, la lluvia durante el parto significa que tu hijo te hará llorar mucho.

Martha empujó a Grace a un lado.

–Esas son tonterías de los nama. Nosotros, los himba, decimos que los niños que nacen con la lluvia son los favoritos de Mukuru.

Todo eso le daba francamente lo mismo a Fanny porque después del primer alivio ella pensó en Ludwig. Si seguía lloviendo de esa manera, algunos de los cauces se volverían intransitables con toda seguridad. Contempló a Martha y a Grace. ¿Qué ocurriría si se producía algún contratiempo?

Ludwig se volvería loco si le sucediera algo a esa criatura. Tocó los abalorios que, pese a la lluvia, desprendían un calor increíble. «Tiene que haber algo que consiga hacer yo», pensó ella entonces. Pero no había completado siquiera su pensamiento cuando su vientre se contrajo como si

un enorme puño de hierro se lo quisiera aplastar, y cuando el espasmo cesó, tuvo la sensación de que le acuchillaban los intestinos con cuchillos largos. Se puso mala. Se sujetó a la baranda y respiró hondo.

La mano de los abalorios se extendió hacia la lluvia, entonces le pareció como si alguien tirara de ella hacia la lluvia que caía constantemente en ella haciéndola humear. Salió al patio y siguió caminando como una autómatas. Iba con la mano extendida, y así continuó incluso cuando todo en ella volvió a contraerse con fuerza y tuvo que tomar aire solo para recibir una puñalada en la espalda al espirar. Caminaba en torno a su mano todavía extendida, como si fuera el centro del universo, cada vez giraba más rápido en torno a esa mano, más y más rápido, hasta que finalmente también extendió el brazo derecho y ya no solamente su mano, sino todo su cuerpo se convertía en el centro en torno al cual giraba con tanta rapidez que las gotas salían disparadas de sus ropas mojadas, y cuanto más intenso era el dolor, más rápido se arremolinaba ella, la lluvia se convirtió en jirones de agua ante sus ojos, sus pasos se convirtieron en un ritmo, y ella oía a Martha y a Grace dar palmadas y cantar sin interrupción como la lluvia que le caía encima, hasta que una bestia negra se abalanzó sobre ella y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, yacía boca arriba en el barro del patio; Martha y Grace estaban a su lado. Seguía lloviendo, pero Fanny sudaba y sentía ese ladrillo monstruoso en su vientre que ella debía expulsar y que a pesar de su tamaño, a pesar de sus aristas, se abría paso hacia delante sin cesar. Percibió la necesidad de empujar, afuera, afuera, eso tenía que salir por fin afuera. Mejor morir que tener que aguantar un solo minuto más esa tortura enloquecedora.

Martha presionaba con las dos manos y con todo el peso de su cuerpo sobre el vientre de ella; tenía a Grace detrás de su cabeza agarrando las corvas de Fanny, y le separaba los muslos con tal fuerza que Fanny pensó que iban a desgarrarse en cualquier momento. Y aunque ella lo que realmente quería era morir, volvió a presionar una última vez con todas sus fuerzas para echar ese ladrillo de su cuerpo. Algo en ella se tensó insoportablemente, luego sus entrañas se rindieron e hicieron sitio para su hijo. Su hijo.

Tan solo un instante después oyó Fanny un suave gemido a través de la lluvia, infinitamente tierno. Grace le había soltado las piernas y corrió a mirar de frente.

–Vive –exclamó.

Pero Martha siguió presionando sobre el vientre de Fanny.

–Aún tiene que salir la placenta, vamos, presiona otra vez, lo más fuerte que puedas.

–No puedo más, quiero ver a mi hijo –susurró Fanny.

–¡Vamos, vamos! –ordenó Martha implacable, y Fanny no tenía fuerzas para resistirse. Por fin estaba Martha satisfecha, llamó a Kajumba, que vino corriendo con agua caliente y unas tijeras.

–Vamos, hazlo de una vez, Martha, córtalo ya, quiero verlo. –Fanny trató de incorporarse, pero se mareó enseguida. Su cabeza se hundió de nuevo en el barro, que se mezcló con su cabello proporcionándole una sensación agradable de frescor. Ludwig y Maria se habrían quedado horrorizados si hubieran visto esto. «Pariendo como una gata sarnosa en la suciedad del patio», habría dicho Maria, de eso estaba segura Fanny.

–¡Vamos, dame al niño de una vez!

–¿El niño? –Martha sonrió mostrando los dientes e intercambió miradas con Grace.

–¿Qué sucede? ¿Le pasa algo al niño?

–No, pero es una niña, guapísima.

–¿Una niña? –Eso era imposible. ¿Todo ese dolor por una niña? Ludwig se quedaría absolutamente decepcionado. Fanny extendió los brazos para que le dieran por fin a su pequeña. Grace y Martha se miraron fijamente, luego se encogieron de hombros y le pusieron a la pequeña en sus brazos.

–¡No! –exclamó Fanny mirando a las dos–. ¡No! ¡Esta no es mi hija! ¡Vosotras, brujas, me la habéis cambiado, me habéis dado esas raíces para embriagarme, y ahora me habéis endilgado la criatura falsa!

En ese momento lloriqueó la pequeña y abrió sus enormes ojazos de color azul claro, tan claro como los de Ludwig. Fanny contuvo la respiración y entonces comenzó a sollozar. Sintió cómo en su pecho se le reblandecía todo. Esa era su hija, y ella la protegería, la amaría y la defendería contra todo el mundo.

Trató de guarecer de la lluvia a la pequeña y la examinó con más detalle. Era tan guapa, su naricita diminuta, esa boca rosada tan ondulada, su cabello negro rizado. Tenía la piel todavía pringosa, pero era inmaculada, tan inmaculadamente morena y oscura como el chocolate colonial de la casa Stollwerck.

Horas más tarde yacía Fanny en su cama, completamente exhausta y al mismo tiempo totalmente despierta. Martha y Grace la habían lavado y le habían preparado una sopa. Además, le prepararon una infusión con las hojas de la bolsa de John.

Los pensamientos se le amontonaban a Fanny mientras mantenía en brazos a su maravillosa hija.

Estaba embrujada. Había soñado que tendría una hija de color, y ahí estaba en efecto, y Fanny contemplaba esa pequeña maravilla a la luz de las velas.

¿Por qué no se parecía su hija a Ludwig, por qué no era blanca su piel? Había besado a John cuando ya estaba embarazada, y además siempre le había sido fiel a Ludwig.

Continuamente pensaba en lo que haría Ludwig al encontrar una hija negra en lugar de su hijo varón blanco. Lo que deseaba ahora era que cayeran ingentes masas de agua del cielo y que hicieran intransitables los cauces de los ríos para que su marido tuviera que mantenerse lejos el mayor tiempo posible.

Su hija gimoteaba durmiendo.

–No permitiré que te suceda ningún daño –susurró Fanny–, ni tampoco te abandonaré nunca.

Tenía que hablar con Ludwig, pedirle el divorcio, hacérselo fácil, escribir una carta al juez para que anulara el matrimonio. Le mendigaría a Ludwig algo de dinero para la travesía a Alemania, y si se negaba, entonces ella podría decirle que le pediría al juez que fuera contando por Windhuk qué tipo de persona infame era él. Ludwig supondría que ella querría regresar a Berlín, porque para no complicar las cosas ella no le iba a contar que era la niña expósita Franziska Reutberg. Tomaría el dinero e intentaría salir adelante trabajando de maestra.

Kajumba llevó a Fanny una infusión recién hecha y le dirigió una mirada de preocupación.

–¿Qué sucede?

–Zach dice que Pierre tuvo que jurarle a Ludwig sobre la Biblia que partiría inmediatamente cuando comenzaran las contracciones, y se ha ido.

Fanny se quedó despejada del todo y al instante. Se incorporó con cuidado e intentó dar algunos pasos con la pequeña en brazos, pero los dolores en su regazo eran tan intensos que apenas podía dar un paso tras otro. Volvió a echarse en la cama y presionó a su hija contra su pecho.

–¿Cuánto hace que ha dejado de llover?

–Desde la puesta del sol.

–¿Y cuánto hace de eso?

Kajumba se encogió de hombros y se dirigió a la ventana.

–Ya veo *Indonsakusa*, pero *Ikhwezi* no lo distingo por ninguna parte.

«*Indonsakusa*, el astro del crepúsculo», pensó Fanny. John, él la ayudaría. Contempló a su hija. De pronto la atravesó como una espada la certeza de que John se sentiría igual de engañado

que Ludwig. No le quedaría otro remedio que suponer que ella había encontrado a otro negro que le había gustado más que él. Una risa amarga sobrevino a sus labios.

Ni Ludwig ni John podían aceptar a la niña. Realmente debía de estar embrujada Fanny, porque ¿cómo demonios era posible que su hija no tuviera el color de piel de ella ni de Ludwig? Y nadie se creería que le había sido siempre fiel a Ludwig, nadie. Incluso Martha y Grace se habían dirigido una mirada reveladora cuando vieron a la pequeña por primera vez. La desesperación fluía por su cuerpo y la hacía mucho más miserable que el dolor que acababa de sufrir. Contra el dolor podías luchar, pero frente a la desesperación te quedas siempre a su merced.

–¡Oh, ahora veo ya *Ikhwezi!* –dijo Kajumba desde la ventana interrumpiendo las reflexiones de Fanny.

Si ya podía verse Venus eso significaba que estaba a punto de rayar el alba con el nuevo día. Ojalá supiera el tiempo que le quedaba hasta que regresara Ludwig.

Trató de levantarse de nuevo; esta vez consiguió dar solamente dos pasos, y se habría caído al suelo si Kajumba no se hubiera apresurado a sostenerla en pie.

–Tiene que descansar, eso es lo que ha dicho Martha.

Fanny volvió a echarse en la cama y aspiró el aroma de su hija. Martha tenía razón, tenía que descansar y dormir, era incapaz de hacer nada. Sin embargo, su alma estaba despierta y revolucionada; exhausto y cansado estaba únicamente su cuerpo. Contempló a su hija, tenía que fortalecerse, de otra manera no estaría a la altura de las exigencias de Ludwig. Se tocó los abalorios por pura costumbre. Quizá tenía razón John, y esas cuentas de vidrio tenían la culpa, toda la culpa de su maldita vida. Aquel diminuto fardo pegado a su pecho balbucía durmiendo. Fanny miró involuntariamente a su hija e hizo un movimiento negativo con la cabeza reprobando su propia ignorancia. ¿Cómo podía estar maldita la criatura más bonita que había visto jamás en la vida? Tonterías. Estaba sobreexcitada y debía dormir por fin.

Fanny cerró los ojos, estrechó a su hija con más firmeza contra ella y se concentró en la dificultosa respiración de la pequeña.

Debió de quedarse realmente dormida porque se despertó sobresaltada al escuchar cómo golpeaban contra la puerta con violencia. Era de día, y hacía calor.

–¡Quítate de en medio, miserable hotentota, qué licencias te permites! –Fanny oyó el alboroto y a Martha, que primero protestaba y luego se puso a chillar. La puerta se abrió de golpe, y Ludwig entró atropelladamente con su traje blanco empapado de sudor y salpicado de arriba abajo de manchas de barro.

–¿Qué es lo que pasa? Muéstrame ahora mismo a mi hijo. He cabalgado como un poseso para estar a tu lado, y cuando llego, las mujeres no me dejan acercarme a ti. ¿Es que el niño está enfermo? ¿Tiene alguna malformación?

Se encontraba ahora directamente enfrente de Fanny junto a la cama, vio el fardo en su brazo y se lo arrancó de un tirón hacia arriba.

–Pero ¿qué es esto? ¿Dónde está mi hijo? A Ludwig le salieron todos los colores en la cara. Se quedó mirando fijamente a Fanny con los ojos abiertos como platos.

–Es tu hija. –Se esforzó por conseguir un tono firme y seguro en su voz, aunque en realidad estaba temblando de miedo.

–Tú... ¿cómo te atreves? –Ludwig lanzó el fardo de vuelta a la cama, de donde fue rodando

hasta el suelo. Se precipitó sobre Fanny, que gritó horrorizada queriendo levantar a la niña. Él le pegó en la cara, le tiró del pelo y la levantó así de la cama, la arrojó al suelo y la molió a patadas y puñetazos—. Pero ¿cómo te atreves? ¡Bruja! ¡Putas, miserable puta de mierda, vete ahora mismo de mi casa, aquí no hay sitio para furcias adúlteras y profanadoras de la raza! —Reforzaba cada una de sus palabras con un puñetazo inexorable, o le daba una patada en el cuerpo con sus pesadas botas de piel.

Fanny se arrastró por el suelo buscando a su hija, pero Ludwig tiró de ella de nuevo hacia él arrancándole un mechón de pelos. Fanny sentía dolor, pero había algo más en su cuerpo que la movía a no retorcerse, sino a escapar de Ludwig para buscar a su hija, su hija, tenía que protegerla de él. ¿Dónde estaba? ¿Dónde, dónde, dónde? ¿Por qué no lloraba, por qué no se le oía siquiera un gimoteo? ¿Había matado Ludwig a su hija?

Kajumba entró con la intención de parar a Ludwig, pero él se limitó a girarse y a propinarle un puñetazo tan fuerte en la cara que fue a parar al suelo inconsciente. Fanny, cegada por las lágrimas, aprovechó ese momento para buscar a su hija. Vio cómo manaba la sangre de la nariz de Kajumba, pero no podía ayudarla, primero tenía que poner a salvo a su niña.

—Te voy a matar, no vas a escapar de esta, puta. Y la primera en morir será tu niña. Ludwig alzó a Fanny del suelo, la tiró contra la cama, se puso de rodillas a buscar él mismo el fardo.

Fanny aprovechó la ocasión y trató de golpearle en la cara con los pies descalzos, pero no era una buena idea porque tenía muy poquitas fuerzas; él la agarró del pie con una risa burlona y se lo mordió como un perro rabioso. Ese dolor fue completamente diferente de todos los dolores que había sufrido. Fanny comenzó a gritar desesperadamente. Tenía que detenerlo, iba a matarlas a las dos. Recorrió la habitación con la vista, pero allí solo estaba la palangana de porcelana. Daba lo mismo, tenía que hacerse con ella. Salvajes corrientes como rayos atravesaron el cuerpo de Fanny. Él no debía resultar vencedor. Apenas podía respirar porque su pecho se elevaba y descendía a toda velocidad, jadeaba más que respiraba. Ludwig escupió porque tenía sangre del pie de ella en la boca, volvió a escupir otra vez con desprecio y se limpió a continuación la boca con una mano, momento en el cual soltó a Fanny. Ella se volvió con rapidez, agarró la palangana y se la estampó en la cara con el resto de sus fuerzas; vio cómo ponía sus ojos azules como platos cuando la jarra se estrelló contra su cabeza. A continuación, se precipitó al suelo como un árbol talado.

Fanny, a quien le goteaba en los ojos la sangre de las heridas de su cabeza, se arrodilló y tanteó en el suelo como una ciega por detrás de la cama. Ahí estaba, su hija había ido rodando hasta muy cerquita de la pared, la agarró, le quitó la sábana en la que estaba envuelta para ver si sangraba o si tenía alguna herida. La examinó atentamente con la respiración cortada. Su hija parpadeó y comenzó a llorar. Bien. Aliviada, Fanny estrechó de nuevo a su hija contra su pecho.

Tiró de la sábana de la cama, se rodeó a sí misma y a su hija con ella, y salió a trancas y barrancas del dormitorio. Ordenó a Zach que aprestara un coche con caballos y le preparara un buen fardo con comida y bebida.

Martha y Grace comenzaron a llorar cuando la vieron, pero para eso no había tiempo ahora; Fanny percibió que pronto le abandonarían las fuerzas. Notó los hilos de sangre colándose entre sus piernas, y el pie le dolía lo indecible, pero tenía que irse de allí con su hija.

Martha le entregó el talego con la medicina de John, Grace le tendió una calabaza de agua, pero justo cuando Zach iba a traerle el *biltong*, apareció de pronto Pierre. Quiso saber dónde estaba Ludwig y lo que pasaba por allí. Zach le aseguró que Ludwig se había desplomado en el

establo de los corderos, y fue con el administrador hasta allí, le hizo entrar y a continuación cerró la puerta y echó el cerrojo. Luego corrió de nuevo donde los demás.

–¡No puede irse así! –Negaba con la cabeza mientras jadeaba–. ¿Adónde quiere ir así?

–No sé –tartamudeó Fanny–, solo sé que lejos de aquí, tengo que irme de aquí.

–Yo también me voy. –Martha hizo el ademán de subirse al coche.

–Yo también –dijo Grace.

–Y yo –se adhirió Zach.

Fanny negó con la cabeza con gesto decidido.

–No puede ser, si os vais, os pondréis en peligro. Ludwig os encontrará con toda seguridad, y su venganza será terrible. Tenéis que quedaros aquí.

–Pero así morirás –dijo Martha–. Necesitas ayuda.

–Podéis hacer mucho más por mí si lográis hacer que Ludwig y Pierre desistan de seguirme. Procurad que mi ventaja sea lo más grande posible. Cuanto más tiempo gane yo, mejor. ¡Deseadme suerte! Y decidle a mi marido que le devolveré el coche y los caballos.

–¡No puede viajar usted así! –Kajumba, llena de manchas de sangre, corrió a toda prisa hacia Fanny y le tendió un hatillo con prendas para bebé así como una falda y una blusa.

Fanny se miró, tan solo llevaba puesto un camisón, que estaba completamente manchado de sangre. Tenía un aspecto horrible, pero no disponía ahora de tiempo para arreglarse.

–¡Tíralo al coche! Necesito un arma, pero mi revólver está en el dormitorio. Zach, ¿se te ocurre alguna idea?

–Pierre dejó su fusil en la cocina cuando se sentó a comer. –Fanny le hizo una señal con la cabeza, y Zach salió disparado de allí. Con un arma se sentiría más segura. Aliviada, Fanny envolvió a su hija con la sábana y la acostó en el coche. Entonces regresó Zach y colocó el arma a su lado en el pescante. Martha llegó detrás corriendo y arrojó una manta más al interior del coche.

–¡Gracias! –exclamó Fanny sin volverse a mirar. Aporreó a los caballos para que se pusieran en marcha–. ¡Fuera de aquí, lejos de aquí!

«Ojalá pudiera hacer camino lo más rápidamente posible –pensó Fanny, y fijó la mirada en el cielo en donde el viento arrastraba nubes blancas como si tuvieran un objetivo–. A pie habría ido aún más rápida que con estos rocines raquíticos.» Daba igual lo fuerte que los azotara Fanny con la fusta, porque los caballos seguían trotando tranquilamente a sus anchas.

«No puedes ir a pie en tu estado, y por eso no irías más rápida de ninguna de las maneras», le contradecía su sano juicio, que intentaba sosegarla.

«Todo saldrá bien –se decía Fanny una y otra vez–, todo saldrá bien aunque esté dolorida y aunque Ludwig pueda aparecer por aquí en cualquier momento. Al fin y al cabo sigo con vida.» Ya no se desangraba por el regazo, sino allí donde le habían reventado la piel los golpes de Ludwig, pero seguía con vida, y su hija vivía también. Encima de los ojos, en las orejas y en el pie sentía un dolor especialmente intenso que era comparable a la picadura de escorpión que había sufrido en el viaje a Keetmanshoop.

Sin embargo, ella pasó por alto todos esos dolores, se concentró en no respirar demasiado hondo para no sentir el dolor en las costillas, y en llevar la conducción del coche de caballos, pues montada en un solo caballo, Ludwig la habría alcanzado sin duda rápidamente. Solo esperaba que Martha y los demás consiguieran mantener a Ludwig encerrado medio día. Y con un poco de suerte, podría caer una lluvia intensa que borrara sus huellas y que dificultara mucho más su persecución. En su búsqueda, él tenía que orientarse por rastros, porque le era imposible saber adónde se dirigía ella.

Al principio no supo hacia dónde dirigirse, y se puso en marcha a toda prisa sin un destino fijo, lo único importante era irse de allí, marcharse lo más lejos posible de la granja, pero entonces su hija comenzó a llorar con llanto lastimero, y entonces fue consciente de que necesitaba un sitio fijo al que dirigirse. Con grandes dolores estrechó a su hija contra su pecho y esperó tener suficiente leche para amamantar y saciar a su niña. Hasta ese momento solo había pensado febrilmente adónde ir. Durante un buen rato no se le ocurrió otro destino que el desierto. Nadie la supondría allí, pero ¿cómo sobrevivir en el desierto con su hija? Entonces cayó en la cuenta de lo que John le había dicho, que buscara la rosa del desierto si deseaba encontrarse con la madre de él. Sin embargo, Fanny no tenía ni idea en dónde debía comenzar su búsqueda. En realidad ni siquiera sabía qué aspecto tenía una rosa del desierto, pero pensar en la madre de John le hizo concebir una idea.

Una vez que su hija estuvo bien satisfecha y contenta, y se quedó dormida de nuevo, ella la colocó en su sitio, y arreó a los caballos, esta vez en dirección al norte, hacia el bosque de los árboles aloe. Pernoctaría en el círculo de piedras, allí estaría a salvo, eso lo sabía en lo más profundo de sí misma.

Y si había entendido correctamente a John, aquel era un lugar en el que su madre se alojaba algunas veces cuando había luna llena. Si Zahaboo era en verdad una maga, entonces tenía que explicarle qué ocurría con sus abalorios, y tenía que ayudarla por fuerza a salvar a su hija. Su madre sabía lo que era tener un hijo que, tal como lo había expresado John, se movía entre dos

piernas diferentes, una europea y la otra, africana.

Con esa meta a la vista se sintió mejor, y regresó a ella la esperanza, pero cuanto más avanzaba, mayores eran sus mareos. No llevaba consigo ningún sombrero, y el sol quemaba inmisericorde, ni siquiera las nubes mitigaban la intensidad de sus rayos. «Tengo que hacer algo – pensó Fanny–, no puedo permitirme ahora ninguna insolación.» Ni corta ni perezosa se arrancó un pedazo del dobladillo de la falda que le había dado Kajumba, y se la lio a la cabeza. Eso fue más difícil de lo que se había imaginado porque tenía la cabeza muy sensible por las muchas heridas y, además, las manos le temblaban mucho. Se concedió un trago de la calabaza de agua y echó un vistazo a su hija. Contempló el paisaje con preocupación. La lluvia de la noche había hecho crecer la altura de la hierba, y todo tenía un aspecto muy diferente que en invierno.

Fanny se volvía a mirar sin descanso una y otra vez, pero se obligaba entonces a mirar al frente hacia la extensa llanura, y se percató de que eso la sosegaba. La hierba brillaba al sol con destellos de color plateado y se mecía al viento como una gigantesca alfombra mágica. Se relajó un poco y respiró hondo, pero ya tenía ahí otra vez el dolor horadándole las costillas como un cuchillo. Con un gemido suave echó un vistazo a su hija y luego miró si tenía detrás a sus perseguidores. Nada, hasta ahora no había nadie a la vista, ni siquiera una nube de polvo anunciadora de desgracias.

Algo más confiada, volvió a dirigir la vista al frente. Ojalá pudiera acordarse con más detalle de cómo era el camino hacia el bosque de los árboles aloe. Esperaba que su intuición la guiara correctamente. Por unos instantes cerró los ojos y dejó a los caballos a su aire. Un momento nada más, un ratito de relajación. Se sentía tan bien que tuvo que obligarse a abrir los ojos de nuevo. Agarró las riendas con tanta fuerza que el cuero se le clavó en la mano, y comenzó a rezar avemarías en voz baja para no quedarse dormida.

Sin embargo, el suave murmullo del viento en la hierba y el ligero zumbido de los mosquitos se mezclaban con el traqueteo monótono del coche y con el trote uniforme de los caballos hasta convertirse en una nana dulce que la fue arrullando poco a poco y que finalmente acabó por cerrarle los ojos.

Mucho más tarde se despertó sobresaltada, y fue consciente entonces, con horror, de que se había quedado como un tronco. Los caballos habían continuado trotando simplemente sin que ella los dirigiera.

Sobrecogida por el pánico se volvió a mirar. Estaba segura de tener a Ludwig ya pisándole los talones. No había nadie a lo largo y ancho de aquellas tierras, solo su hija, que dormía en su sitio.

Las nubes blancas de antes se habían apelotonado hasta formar montañas de color gris oscuro que producían un efecto airado, como si fueran a reventar el mundo con sus rayos y como si quisieran sumergirlo en el diluvio universal.

Ella había deseado que lloviera, pero mucho más tarde, cuando hubiera alcanzado su objetivo. Pero no ahora, de ninguna manera. El coche no tenía cubierta, y ponerse con su hija a resguardo de la lluvia debajo del coche le pareció demasiado arriesgado porque podían verse transportadas por la riada si la lluvia llegaba a ser muy intensa.

Una manada de antílopes saltadores se les cruzó en el camino, pero Fanny no quiso detener los caballos. Solo quería proseguir, continuar adelante, y arreó a los animales con todas sus fuerzas. «Dios mío –pensó–, Dios mío, hasta ahora solo me has puesto piedras en el camino, qué digo

piedras, peñascos enteros, montañas, qué sé yo, cómo voy a rezar si es que tengo que rezar. No te ha importado mucho todo lo que me ha sucedido hasta el momento, pero ahora tengo una hija, y eso significa que tengo que cuidar mejor de mí, como nunca.»

«Mi hija.» Fanny se interrumpió. Esa hija suya necesitaba un nombre. Charlotte, por supuesto, Charlotte, Lottchen. Y ya se buscaría un segundo nombre, uno que se correspondiera con su segunda pierna, su pierna africana.

Relampagueó por encima de Fanny, y ella se sobresaltó, y el dolor volvió a atormentarla en todo el cuerpo.

Al mismo tiempo, un pensamiento se iba abriendo paso por su mente. Era un pensamiento tan increíble que se quedó sin respiración. Ella le había sido siempre fiel a Ludwig, y era del todo seguro que los padres de él habían sido blancos.

Pero nadie tenía ni idea de cómo eran los padres de ella... ¿Qué pasaba si los padres de ella no eran blancos? Y es que si un blanco y una mujer negra podían tener un hijo que fuera negro, entonces también podían tener quizás un hijo que fuera blanco, blanco como Fanny, blanquita toda excepto esa melena rizada, sospechosamente negra. Hizo un movimiento negativo con la cabeza, pero lo dejó estar inmediatamente por los dolores punzantes que sintió.

Volvió a relampaguear.

«¿Podía ser eso posible? –siguió cavilando Fanny–. ¿Era ese el motivo por el cual se había sentido al instante como en casa en esas tierras?»

–Lottchen –susurró ella–, tengo que averiguar por fin algo más sobre tus abuelos. Pero primero tenemos que ponernos a salvo.

Esta vez, el rayo vino acompañado de un trueno que sonó aún lejano.

Allí atrás había algo. Una colina se elevaba de la llanura. Fanny se levantó esperanzada para poder divisar mejor. ¿No eran esas las rocas junto a las que se hallaban los árboles aloe?

Debía apresurarse, pero los caballos no eran caballos de carreras, sino tozudos rocines de labranza a los que no había manera de ordenar que aceleraran su trote.

El viento soplaba tan fuerte que la manta del coche se fue volando por los aires como una gigantesca ave de colores.

Fanny la siguió con la vista, incapaz de moverse. Entonces algo se puso en marcha dentro de ella, tenía que impedir que le sucediera algo a su hija, a su Lottchen. Mientras trepaba hacia ella, el viento tormentoso tiraba del pañuelo que llevaba a la cabeza y de la falda de su camisón con tal fuerza que decidió envolverse junto con la pequeña en la sábana. Regresó a gatas de nuevo al pescante, pero el viento era entretanto tan intenso que incluso los caballos tenían dificultades para avanzar. Justo cuando Fanny estaba a punto de desesperarse por completo, miró en dirección al cielo y se dio cuenta de que el viento no solo la azotaba a ella, sino que impulsaba también las montañas de nubes y las alejaba de ella.

No obstante, no confió en el viento, pues podía cambiar en cualquier momento. Continuamente iluminaban el horizonte los relámpagos de una blancura incandescente, pero solo de tanto en tanto oía algún trueno. El viento se llevaba sin piedad todo lo que no estuviera bien clavado y remachado en tierra, volaban por los aires la arena, piedrecitas, pequeños matorrales espinosos, incluso ramas. Fanny estaba contenta de que su hija estuviera a salvo pegada firmemente a su pecho.

Le pareció una eternidad hasta que llegó por fin a los extraños árboles aloe y a las rocas. Aliviada, volvió la vista atrás una última vez.

A lo lejos se arremolinaban unas nubes de polvo, y no se trataba solamente de las masas de arena arrastradas por el viento, no, allí había alguien moviéndose por la llanura en dirección a ellas.

Ludwig.

Se estaba acercando a gran velocidad. ¿Cómo era posible? Incluso sin coche, un caballo no podía ser tan rápido. Tenía que cerciorarse. Detuvo los caballos en el primer montón de rocas, se levantó, se tambaleó agobiada por el dolor. Apretó los dientes, se bajó del coche y se alejó de él cojeando. Cada paso que daba era tan penoso que habría desistido si no hubiera estado allí su hija. Tenía que subirse a los peñascos y mirar si era realmente Ludwig. Pero ¿quién iba a ser si no? Se le pasó por la cabeza que podía ser Hermann. Hermann, quien se alegraría extraordinariamente de encontrarla en esa terrible situación.

Los peñascos se componían de piedra roja y blanda, y ofrecían suficientes puntos de apoyo para avanzar por ellos, pero ella lo hacía muy despacio. Los dolores la obligaban a detenerse cada dos por tres, el viento tiraba de ella constantemente, y su hija bamboleaba pesadamente en su vientre. El sudor le caía en la cara a chorros a pesar del viento.

Cuando llegó por fin arriba, tuvo que entornar los ojos para ver qué se movía en el horizonte en dirección a ella. Se quedó atónita cuando reconoció en aquellos movimientos extrañamente bamboleantes a un grupo de jirafas. Aliviada, se echó a reír. Su risa pasó a ser un sollozo, y como si hubiera contagiado a su hija, esta comenzó a gimotear. Sollozando todavía, Fanny busco un sitio protegido del viento y algo cómodo en la roca caliente, se recostó y dio el pecho a su hija. Apenas era capaz de sujetar a la pequeña, todo su cuerpo temblaba mientras le resbalaban las lágrimas por la cara.

Intentó dominarse. Las lágrimas no cambiaban un ápice su desesperante situación, lo mejor era reflexionar en esos momentos. Fanny recuperó la compostura, miró a su hijita, que en ese instante soltó el pezón y dirigió la cara hacia Fanny.

Tenía sus ojos azules completamente abiertos y parecían contemplarla; sobre su diminuta boquita de color rosa brillaba una gotita de leche a la luz del crepúsculo, y entonces, súbitamente, la boca de su hija se contrajo como si fuera a sonreír.

Fanny sonrió empleando todas sus fuerzas, luego se echó a llorar desconsoladamente como nunca antes había llorado en toda su vida; ni siquiera en las horas más frías en el convento se había sentido en una situación tan desesperada como ahora. Por aquel entonces había llorado únicamente por autocompasión, pero ahora lo importante ya no era ella solamente, sino ese diminuto ser que era su hija y que la necesitaba con apremio.

Fanny se hallaba en el límite final y lo sabía. Ya no iría a ninguna parte. Se quedaría ahí sentada, no volvería a levantarse nunca más, iba a morir. Fanny cerró los ojos. «Estoy preparada», pensó. Su pulsera de abalorios se calentó tanto que abrió de nuevo los ojos y miró a su hija.

Había que poner un punto final a esa locura. Era imposible morir, entonces su hija estaría exactamente igual de sola que ella misma. Contempló las cuentas de vidrio y pensó en ponérselas a su hija para el caso de que la encontraran viva junto al cadáver de su madre. «¡Basta, Fanny, basta ya. No vas a morir y dejar a tu hija así como te dejaron a ti delante del convento por aquel

entonces. Compite, baja hasta el coche y prepara un campamento para pasar la noche entre los peñascos. ¡Vamos, anda!»

Sí, eso es lo que iba a hacer, ahora mismo, primero tenía que dormir solo un poquito, daba lo mismo lo calientes que se pusieran los abalorios. Solo un instante de nada... Sus ojos se cerraron, su cabeza se golpeó con dureza contra la roca, pero Fanny ya no sentía nada porque se había desmayado.

Un llanto estridente hizo que Fanny volviera en sí. El viento había cesado sin que hubiera caído ni una sola gota de agua del cielo. Sobre ella destellaban las estrellas.

Desorientada, miró a su alrededor en la oscuridad. Aquellos desesperados lamentos procedían de su vientre. Y hasta que no palpó con las manos ahí, no le vino todo a la cabeza, y se avergonzó de haberse olvidado por completo de la existencia de su niña.

Quiso sacar a la pequeña de la sábana y abrazarla, pero el cuerpo de Fanny se había vuelto tan rígido que apenas podía levantar los brazos, y en cada inspiración sentía una intensa punzada en la espalda. Por ese motivo tardó una eternidad en conseguir estrechar a la pequeña contra ella. La mecía un poco, pero su hija no hacía sino chillar aún más. Hambre, lo más seguro era que tuviera hambre. Fanny le ofreció el pecho, pero su hija tampoco quería mamar, y en su lugar se puso a gritar con más furia. Fanny volvió a intentarlo, pero sin éxito.

«Pero ¿qué tiene la pequeña, por todos los cielos?»

De pronto recordó Fanny a Ludwig arrojando a la cama el diminuto fardo con la recién nacida. ¿Podía ser que le hubiera sucedido algo a su hija en esa acción y que ahora tuviera heridas internas? Pensar que la niña pudiera tener los mismos dolores que ella, o incluso peores, puso el corazón de Fanny a latir a toda velocidad. Un odio puro recorrió su cuerpo como una oleada de energía. Ludwig se las pagaría, le haría sufrir más de lo que él podría haberse imaginado en sus sueños más atrevidos. Estrechó a su hija contra ella.

–Chsss, pequeña Lottchen, lo conseguiremos, tenemos que ser fuertes. –¿Qué tonterías estaba diciendo! Fanny no tenía ni idea de cómo sobrevivirían ese día, porque para llegar hasta la calabaza de agua, tendría que descender primero por los peñascos, y Fanny, ni siquiera con la fe más optimista, podía imaginar que pudiera levantarse de allí jamás.

Como no sabía qué hacer, comenzó a cantar una canción. No se le ocurrió otra que «A ti, oh Dios, te alabamos», a pesar de que su hija recién nacida lloraba desconsoladamente y de que Dios estaba tan lejos y se mostraba tan indiferente como las estrellas que destellaban sobre su cabeza, claras y resplandecientes como diamantes.

–En ti depositamos nuestras esperanzas; no permitas que nos perdamos... –Fanny había llegado a la undécima estrofa, y fue entonces cuando percibió unos ruidos diferentes al llanto ahora más suave de su hija. Eran unos sonidos suaves. Crujidos y sonidos de algo arrastrándose.

Fanny contuvo la respiración para poder oír mejor. Era imposible que esos ruidos fueran de personas. De haber sido así habría tenido que oír de lejos el ruido de los carros de bueyes o el trote de los caballos.

Si no eran personas, ¿qué eran entonces?

Animales. Las ratas y los zorros se movían casi sin hacer ruido. Y las hienas. Fanny comenzó a temblar, podía oler el aroma dulce y metálico de la sangre que seguía manando de ella. De nuevo esos ruidos, más cercanos ahora. Fanny apretó firmemente a su hija contra ella. –Por favor, estate calladita, por Dios, estate calladita –dijo en un susurro, y se concentró en pensar qué podía hacer.

El fusil que le había traído Zach estaba en el coche. «Genial, muy inteligente de tu parte», pensó Fanny, e intentó levantarse. Sin embargo, sus temblores eran tan fuertes que ni siquiera consiguió ponerse de rodillas. Su hija había dejado por fin de llorar. Fanny era toda oídos en la noche.

Otra vez esos sonidos, como de algo arrastrándose extrañamente.

Las hienas solían cazar en la llanura, eso se lo había contado John la noche en la que se rompió la rueda del carro. Y cuando ella le propuso regresar a las rocas, él se había limitado a reírse y a decir que ahí tampoco se tomarían la molestia.

La solución era hacer fuego, el fuego las mantendría alejadas, pero también se había dejado los fósforos en el coche cuando presa de la preocupación se subió al peñasco para divisar tan solo a las inofensivas jirafas. Estas tierras no te perdonaban ni una si te equivocabas al actuar o si actuabas a tontas y a locas.

No le quedaba otra opción, tenían que dirigirse al coche.

De pronto retrocedió ante ellas como un muro amarillo. Fanny se estremeció y se pegó con tanta violencia con la pequeña contra la roca que la punzada de dolor de la espalda le alcanzó hasta el pecho.

–*Lala khale* –dijo una oscura voz claramente femenina–, *Lala kahle, kulungile*. –El muro amarillo se agachó hacia Fanny. Cientos de brazaletes dorados brillaron a la luz de las estrellas y tintinearono suavemente; a continuación, Fanny vio los gigantescos pendientes de la mujer, también dorados.

–Zahaboo –tartamudeó, y quiso entonces explicarle todo, pedirle ayuda, impedir que se fuera, pero de su garganta apenas salía nada más que un jadeo ronco. Los ojos le escocían.

Fanny alzó a su hija y la mantuvo frente a Zahaboo, como una ofrenda sacrificial. En ese mismo instante fue consciente de que había cometido un error, pues Zahaboo seguramente sabía que esa niña no podía ser hija de John. ¿Y por qué iba a estar interesada entonces en ella? –Por favor –pudo pronunciar finalmente Fanny–, ayúdame, por favor.

Zahaboo tomó a la niña en brazos, murmuró algo apenas audible y que Fanny no entendió, a continuación, envolvió a la niña con la faja que llevaba cosida a su largo vestido camisero, la aseguró contra su pecho y se fue.

–¡No! –gritó Fanny con sus últimas fuerzas–. No, no me refería a esto.

Sin embargo, el muro amarillo se alejó de ella con rapidez y sigilo. Fanny volvió a intentar levantarse, pero le resultó imposible. Cerró los ojos. «Si muero ahora –pensó–, entonces mi hija tampoco sabrá nunca quién fue su madre a pesar de haberlo intentado todo para protegerla de ese destino.» Se palpó los abalorios, y entonces se le cerraron los ojos.

Alguien la tocó suavemente en un hombro.

–*Amanzi*; agua –susurró Zahaboo, y le tendió a Fanny la calabaza de agua. La ayudó y se la sostuvo. La garganta de Fanny estaba tan seca y su lengua tan hinchada que apenas pudo tragar las primeras gotas, pero luego comenzó a correr el agua caliente por su garganta, y bebió con tanta rapidez que se quedó sin aliento.

Zahaboo le retiró la calabaza y le habló en un tono apremiante.

–¡Tiene que irse de aquí. Y yo la ayudaré y le daré medicinas!

Zahaboo le tendió una raíz, le indicó que la masticara, y Fanny obedeció sin rechistar. Por su

mente desfilaban pensamientos confusos. ¿Qué le había contado John aquella noche sobre la chica hermosa, Isimomo, poseída por los espíritus y a quien Zahaboo había dado de comer sesos de leopardo? ¿Podía ser que Zahaboo necesitara a su hija para algún ritual y que esa raíz que estaba mascando la matara? «Para ya», se ordenó a sí misma. John le había contado que su madre era una curandera y no una mujer que ejerciera la magia negra.

La raíz tenía un sabor asquerosamente amargo, pero Fanny siguió mascándola a pesar de todo.

–¿Dónde está mi hija? –preguntó.

La madre de John ignoraba a Fanny o simplemente no la entendía. En lugar de responderle la apremiaba para que volviera a beber.

A continuación, le quitó la calabaza, se la puso al hombro, se acercó a Fanny y le hizo señas para que se levantara. Al ver que Fanny no tenía suficientes fuerzas, le pasó los brazos por las axilas y tiró de ella hacia arriba sin esfuerzo. Luego se llevó el brazo de Fanny al cuello, le hizo una señal con la cabeza y comenzó a descender con ella por los peñascos. El pie izquierdo de Fanny estaba tan hinchado que apenas podía pisar con él.

Colgaba pesadamente de la anciana, que jadeaba y gemía por el peso de Fanny. Sin embargo, Zahaboo no se detuvo hasta llegar a la base de los peñascos, en donde ayudó a Fanny a subirse a trancas y barrancas al carro para que se echara en él.

A pesar de estar tan exhausta, Fanny, que apenas podía seguir manteniendo los ojos abiertos, miró en todas direcciones para ver si divisaba a su hija, pero no pudo verla en ningún lado.

–¿Y mi hija? ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con ella? –Zahaboo hizo un movimiento negativo con la cabeza y le señaló la luna llena con el dedo, que había aparecido por encima de los árboles aloe como un pomelo gigantesco.

¿Qué quería decirle con ese gesto? La luna llena se extendía ante los ojos de Fanny y volvió a contraerse como un ser con respiración. ¿Dónde estaba su Lottchen? Intentó gritar, pero apenas brotaban de su boca algunos balbuceos.

–Chsss –hizo Zahaboo intentando con suavidad que se acostara, pero Fanny no cedía y volvió a preguntar:

–¿Dónde está mi hija?

Por su mente desfilaban como un zumbido todas las cosas que había oído en los cursos preparatorios de la misión para el África, los malignos rituales paganos en los que se asesinaba a niños, una actividad diabólica a la luz de la luna.

Volvió a mirar la luna llena, que se iba haciendo cada vez más grande, tiñéndose desde el color amarillo al naranja y que finalmente acabó precipitándose sobre ella.

Fanny se despertó porque le habían echado algo encima del cuerpo. Abrió los ojos, pero el sol la deslumbró con tanta fuerza que volvió a cerrarlos. Aquel peso sobre su barriga se movía y comenzó a gimotear. ¡Su hija! Fanny se incorporó con grandes esfuerzos y pese a los dolores, y atrajo a la pequeña hacia ella; luego miró a ver si veía a Zahaboo por allí.

Se sentía como atontada, como si tuviera fiebre, y se llevó la mano a los ojos para poder ver mejor. Se encontraba en el coche con el que había escapado, pero ya no estaban en el bosque de los árboles aloe, sino en un territorio desconocido, muy árido. El coche estaba parado junto al tronco de un árbol sin hojas, y Zahaboo estaba tendiendo en ese momento un pañuelo desde el tronco del árbol al coche para amarrarlo.

–¿Adónde me llevas? –preguntó Fanny, a pesar de que le era completamente indiferente.

Zahaboo no interrumpió su trabajo, sino que murmuró algunas palabras para sus adentros al tiempo que hacía un movimiento negativo con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo.

–Y voy a poner a la madre a salvo, por Dumisani.

Fanny no entendió lo que Zahaboo quería decirle, y como su hija rompió a llorar con intensidad creciente, se recostó y tan solo deseó dormir y no despertar nunca más.

Zahaboo la zarandó y a través de gestos le dio a entender que debía dar de mamar a su hija. Fanny cerró los ojos cansada y se dio la vuelta. Acto seguido se subió Zahaboo al coche, incorporó a Fanny para que estuviera sentada y ella se sentó detrás de ella para servirle de apoyo, rodeó a Fanny con los brazos y le llevó la pequeña hasta el pecho; acompañaba sus acciones murmurando rítmicamente palabras en zulú, que tenían una sonoridad potente, como un conjuro. «*Umama ubisi: umama ubisi*» Mecía suavemente a Fanny de un lado a otro, y aunque esta se ponía rígida porque sentía dolores y porque se defendía contra ese roce, al cabo de un rato se sintió arrullada por el movimiento y por el canto monótono. Finalmente consiguió dar el pecho a su hija. La pequeña mamaba con ansia, se atragantó, se puso a llorar de inmediato con rabia, Zahaboo la colocó con suavidad sobre el hombro de Fanny hasta que consiguió eructar, y luego la volvió a colocar al lado del pecho para que continuara mamando. Y durante todo ese tiempo estuvo cantando Zahaboo las palabras «*umama ubisi*».

Fanny se entendía cada vez menos a sí misma. Ayer, al mirar a su hija, sintió el deseo de defenderla como una leona, pero hoy se la habría vendido de inmediato a Zahaboo únicamente para poder dormir en paz.

Cuando Lottchen quedó saciada, Zahaboo llevó a Fanny y a la niña bajo un toldo provisional. Sobre la base arenosa ella había extendido una piel de vaca y exhortó a Fanny a que durmiera encima. Se echó y se quedó dormida al instante.

Muy poco después volvió a despertarla Zahaboo, que le tendió a la niña, que estaba llorando. Fanny se sentía un poco mejor y esta vez consiguió ponerle el pecho a la niña sin ayuda, pero le pareció doloroso y molesto, y deseó estar a solas. Al mismo tiempo se avergonzó. Durante el

embarazo se había acariciado la barriga imaginando cómo calmaría el hambre de su hijo con alegría, cómo lo tendría en brazos recién bañado y barboteando alegremente y cómo su sola visión la colmaría de toda la felicidad de la Tierra.

Y ahora no sentía nada semejante. Estaba cansada por el dolor y se sentía pegajosa por el calor y la suciedad. Brotaron las lágrimas en sus ojos y cayeron goteando sobre su hija. Involuntariamente estrechó aún más a la pequeña contra su cuerpo. Debía poner un punto final a esa autocompasión, porque si no era capaz de amar a su hija, entonces a esta le alcanzaría el mismo destino que a ella. Eso le pareció como un triunfo de Ludwig, y eso no debía ser así, de ninguna de las maneras.

Pensar en Ludwig puso algo en marcha en su interior, hizo que su corazón latiera más rápido. Él se las pagaría. «Mi venganza será más cruel que todo lo que viviste en ese internado», se juró a sí misma.

Para ello tenía que estar sana, a continuación, necesitaba un plan y, sobre todo, dinero.

Zahaboo le tendió la bota de agua y una calabaza llena de *omeire* y le retiró a la pequeña ya saciada. «Tengo que encontrar un nombre que encaje contigo mejor que el de Charlotte –pensó Fanny–, de alguna manera eres demasiado pequeña y demasiado negra para que te llames Charlotte.»

Zahaboo se levantó con la pequeña y la meció entre sus brazos de un lado a otro mientras le tarareaba canciones desconocidas, lo cual parecía gustar a la hija de Fanny, porque finalmente se tranquilizó y se quedó dormida.

Fanny bebía alternativamente agua y *omeire*. Sus ojos recayeron en el camisón manchado de sangre y suciedad, el mismo con el que había salido de casa huyendo de Ludwig. «Pero incluso si tuviera agua –pensó Fanny–, estaría demasiado cansada como para lavar.»

Zahaboo acostó a Lotte junto a Fanny encima del pellejo y se puso a examinar entonces el pie de Fanny. Al hacerlo hacía gestos negativos con su imponente cabeza y susurraba para sus adentros. Fue entonces cuando se percató Fanny de que su pie estaba envuelto con jirones de tela. Por debajo se divisaban un ungüento y hojas.

Zahaboo abanicó el pie de Fanny con una cola de ñu, la olió y siguió abanicándolo. Después extrajo unas hojas de una bolsita que llevaba colgada del cuello, las masticó y se las colocó sobre la mordedura. Fanny, fascinada, la miraba hacer y meditaba qué hojas podían ser aquellas. Cuando la masa pastosa tocaba su pie hinchado, ella tenía una sensación de frescor y de relajación. Suspiró involuntariamente y de pronto se sintió mucho mejor, y quiso incorporarse y contemplar con más precisión el paisaje. Estaba segura de que no había estado nunca en ese lugar.

–¿Dónde estamos? –preguntó a Zahaboo.

La madre de John la miró con gesto inquisidor desde sus ojos negros, grandes como canicas. Fanny señaló la tierra con la mano extendida y repitió:

–¿Dónde?

–Y usted va conmigo al desierto. –Zahaboo señaló con el dedo hacia el oeste. –¿John? –preguntó Fanny esperanzada. Zahaboo negó enérgicamente con la cabeza, lo cual hizo que sonaran todos los brazaletes y pendientes que llevaba puestos.

–Y *inkosana* trabajar, y usted no debe verlo.

–¿Dónde trabaja John?

Zahaboo se plantó delante de Fanny con su vestido camisero de color amarillo claro y se la quedó mirando tan fijamente que ella se estremeció sin querer.

–Y yo solo hablo poco alemán. Y solo porque Dumisani dice ayudar a *umama*. –Zahaboo hizo un gesto negativo con la cabeza y gimió como si su hijo le hubiera cargado con un peso terrible. Señaló con el dedo la pulsera de abalorios en el brazo izquierdo de Fanny.

»Maldiciones de brujas. –Se llevó un dedo al pecho–. *Inyanga*. –Entonces hizo como si se clavara una espada imaginaria en el pecho y añadió–: *Bulala umthakathi umubi*:

Al pronunciar estas palabras no dejó de señalar una y otra vez la pulsera y extendió la mano hacia ella. Fanny no poseía la fuerza para resistirse. Además, no creía que los abalorios pudieran ayudarla ahora. Se quitó la pulsera y se la tendió a Zahaboo.

Esta la agarró y se alejó algunos pasos. Comenzó a tararear en voz baja al tiempo que oscilaba suavemente de un lado a otro. Su vestido ondeaba también como flotando en el aire. Fanny le dirigió una mirada ausente; sin embargo, Zahaboo estaba colocada de manera que solo podía verle la espalda.

Al cabo de un rato se dio la vuelta y se acuclilló junto a Fanny. Se quitó un collar que llevaba oculto bajo el vestido, y se lo tendió a Fanny. Era una cinta de cuero de la que colgaban tres de los abalorios mágicos de Fanny.

Fanny se quedó mirando fijamente aquellos abalorios y supo en ese momento que había algo que no cuadraba con ella, pues tiempo atrás habría atosigado a Zahaboo inmediatamente con todo tipo de preguntas. Sin embargo, hoy todo le resultaba indiferente. Zahaboo le puso los abalorios debajo de la nariz y suspiró.

–*Indaba ende*, y usted hombre muerto.

Fanny se encogió de hombros, solo deseaba una cosa: volver a dormir otra vez. Se recostó, rendida, pero Zahaboo le zarandó la cabeza con tanta intensidad que los pendientes le oscilaron de un lado a otro.

–¡Y usted hablar ahora! –dijo levantando de nuevo a Fanny –. Vamos al desierto porque a usted el enemigo viene –dijo señalando a oriente.

Ya podía Ludwig alcanzarla o matarla, a ella le daba lo mismo.

Fanny se dejó caer hacia atrás y se quedó mirando al cielo, tan azul como los ojos de Ludwig, azul como los ojos de su hija. Tanteó buscando a la pequeña, se la colocó sobre su vientre y la contempló. Al dormir se le fruncía la naricita, y la boquita se le contraía como si estuviera soñando algo bonito. ¿Qué le estaba sucediendo que se mostraba tan apática? ¿Estaba tan cambiada que no era capaz de sentir cariño maternal siquiera? ¿Le había sucedido algo similar a su madre? ¿Fue ese el motivo por el que la dejó abandonada?

La pequeña se llevó el pulgar a la boca y comenzó a chupárselo. Los ojos de Fanny se llenaron de lágrimas.

Zahaboo retiró a Lottchen del cuerpo de Fanny, la acostó en el coche y quitó la tela que hacía de sombrilla. Fanny quedó deslumbrada de repente y ella la animó a que se sentara en el coche. Entonces, Zahaboo desató los caballos y profirió unas exclamaciones similares a las que Fanny conocía de los campesinos de las montañas de Baviera.

A Fanny le pareció que los caballos corrían más que cuando los condujo ella. Zahaboo andaba hurgando en una de las bolsas que llevaba en torno a la cintura, pero que quedaban tapadas por

una especie de capa de tela que le caía del hombro como una toga romana. Finalmente extrajo unas hojas negras, se las tendió a Fanny y la exhortó a que las masticara. Tenían un sabor sorprendentemente dulce, y al cabo de un rato, Fanny se sintió reanimada y llena de energía, y le resultó más fácil sentarse erguida. Con cada paso que daban los caballos, el territorio se iba volviendo más seco, cada vez había menos plantas.

Zahaboo apremiaba a los caballos para que se dieran prisa y parecía saber exactamente adónde se dirigía. Sin embargo, cuanto más avanzaban, más árido se iba volviendo el paisaje. ¿Adónde pretendía ir la madre de John?

Viajaban por una estepa amplísima, cuyos matorrales bajos estaban cubiertos por una capa fina de arena, de modo que únicamente se destacaban las puntas más externas.

A jornadas de distancia, en el horizonte, se elevaban unas montañas de color gris oscuro. No había un solo árbol a lo ancho y largo de aquel territorio, de vez en cuando sobresalía súbitamente de la arena el esqueleto de un arbusto. La lluvia torrencial bajo la cual había parido Fanny a su hija parecía no haber llegado a aquella zona.

Si las estaban persiguiendo, entonces podía divisárseles mucho mejor en aquel desierto, porque, con excepción de ellas, nadie más creaba esos remolinos de polvo al avanzar, no había siquiera animales. Hacía ya horas que no se habían encontrado con ninguno.

Zahaboo pasó por alto las preguntas de Fanny y ordenaba avanzar insistentemente a los caballos con sus gritos cantarines, con lo cual a Fanny le pareció que volaban a pesar de su habitual indolencia.

De pronto se dilataron los ojos de Zahaboo, y su rostro serio se relajó. Al parecer había divisado algo. Fanny se colocó una mano por encima de los ojos en forma de visera y se puso a buscar con la vista, pero no distinguió nada a pesar de las ganas que puso.

No fue sino al cabo de un buen rato cuando también Fanny divisó una concentración de rocas y unos arbustos llamativamente verdes. Desde el centro de aquel oasis verde de piedras brillaba algo. Y aquel era con toda seguridad el objetivo que perseguía Zahaboo, solo que Fanny no pudo sonsacarle qué pretendía hacer allí.

Mientras Fanny daba de mamar a su hija, que se había despertado llorando, se puso a pensar adónde dirigirse y dónde obtener dinero. Si se adentraba cada vez más con Zahaboo en el desierto, ¿cómo encontraría la manera de salir de allí?

Cuanto más se acercaban al pequeño montón de rocas, con más claridad pudo reconocer Fanny lo que brillaba allí. Era una planta con unos tallos gruesos y carnosos, y unas flores grandes y de cinco puntas que por el exterior eran de un color rosa intenso y por dentro blancas, y que, en mitad del desierto producían una sensación extraña, como si estuvieran en un lugar equivocado.

Zahaboo detuvo los caballos y saltó del coche. Hizo señas a Fanny para que fuera con ella. Fanny acostó a Lottchen y se bajó despacio, luego fue cojeando hasta donde se encontraba Zahaboo, parada frente a la planta como si fuera una reliquia sagrada.

—*Imbali!* —dijo Zahaboo señalando con el dedo las flores—. Y es una planta sagrada, y raras veces está aquí. Yo la conozco por las tierras de mis antepasados. Es *ouzuwo*, la rosa del desierto.

Fanny se encontraba sin saber qué hacer frente a aquellas esplendorosas flores.

—¿Es una planta medicinal? —preguntó.

Zahaboo meneó la cabeza y chascó luego la lengua.

–Y con *ouzuwo* se hacen flechas envenenadas.

Zahaboo se inclinó hacia la planta y la olió, luego exhortó a Fanny a hacer lo mismo.

Fanny hizo lo que le pidió, a pesar de que al agacharse se dispararon los dolores como cuchilladas en su espalda.

–¡Ohh! –Sorprendida por aquel aroma insospechadamente intenso, volvió a enderezarse profiriendo varios gemidos.

Zahaboo estaba frente a Fanny con un porte mayestático en su vestido de color amarillo claro que llegaba hasta la tierra, y la observaba expectante, casi como al acecho. Se llevó un dedo a la nariz y preguntó a Fanny si había olido algo.

–Por supuesto –dijo Fanny–, esta *ouzuwo* tiene un aroma muy fuerte a miel, melones y vainilla.

–Miel –repitió Zahaboo meditabunda. Al parecer no conocía la palabra.

Fanny trazó con su dedo índice pequeños círculos en el aire y reprodujo el sonido del zumbido de las alas de las abejas. Luego hizo como si comiera la pegajosa miel.

En el rostro de Zahaboo se extendió una amplia sonrisa.

–*Uju!*

–Y *tsama* –añadió Fanny esperando que Zahaboo supiera que se estaba refiriendo a los melones.

Zahaboo hizo una seña a Fanny con la cabeza tan favorable que le pareció que hubiera aprobado un examen de vital importancia con brillantez.

Zahaboo se puso a dar vueltas alrededor de la planta brincando primero sobre un pie y luego sobre el otro, y comenzó a cantar una canción suave.

–*Leliyafu, leliyafu.* –Daba palmadas y exhortaba a Fanny a adherirse.

Fanny se sentía todavía débil, pero Zahaboo no transigió. Agarró las manos de Fanny y las hacía golpear con las suyas una y otra vez. Fanny se quedó desconcertada al darse cuenta de que cada vez que sus palmas se tocaban, unos rayos cálidos atravesaban su cuerpo. Miró con asombro a Zahaboo, que la soltó, le hizo una seña con la cabeza y luego se puso a danzar cada vez más rápidamente en torno a la rosa del desierto.

Fanny no aguantaba más de pie, se sentó en la arena e intentó seguir el ritmo de Zahaboo con palmadas. Mientras lo hacía contenía la respiración con la expectación de que fuera a suceder algo extraordinario.

Contempló el cielo y no se habría extrañado si en mitad del día hubiera caído una estrella o que se hubiera ensombrecido el sol. Nada, por encima de ella todo estaba azul. Un azul claro, como los ojos de su hija. Dirigió la vista al coche, todo parecía tranquilo. Sin embargo, Fanny se sentía nerviosa y activa, habían desaparecido los dolores. Al mirar de nuevo la rosa del desierto, le pareció que las flores giraran en torno a sí mismas como peonzas. Intentó concentrarse en las flores, pero solo veía rayas de color rosa y blanco que se movían en círculo y que se iban haciendo cada vez más grandes.

Volvió a dirigir la mirada a Zahaboo, que seguía danzando en torno a la planta y dando palmas. «Esto se debe seguramente al calor –pensó Fanny–, solo al calor y al sol y esas hojas que me ha dado Zahaboo.»

Trató de levantarse y esperó a que se desatara el dolor familiar en el pie; pero este no se produjo. De pronto sintió el apremio de adherirse a Zahaboo y ponerse a danzar también, pero al

cabo de algunos pasos notó que le seguían faltando las fuerzas. Se dirigió dando tropiezos al coche y se sentó al lado de su hija. Y aunque no tenía ni la más remota idea de qué significaba todo aquello, percibió que no tenía por qué tener ningún miedo.

Un trote de caballos muy lejano despertó a Fanny a la mañana siguiente. Cuando fue consciente del peligro que podía significar ese trote de caballos, se incorporó bruscamente, se frotó los ojos y miró a su alrededor con inquietud.

A alguna distancia resplandecían las flores de la rosa del desierto. A su lado yacía Lottchen, que dormía con el pulgar metido en la boca.

Por el horizonte se acercaba un jinete. Fanny se volvió a mirar a Zahaboo con gesto de pánico, pero no la divisaba por ninguna parte. Se encaramó en el coche y se puso de puntillas. En esa posición le tambaleaban las piernas a pesar de que ya podía volver a cargar peso sobre el pie herido.

El jinete se fue haciendo continuamente más grande; eso significaba que se estaba acercando a ellas. Súbitamente tuvo la certeza de que no podía tratarse de Ludwig porque no se atrevería jamás a adentrarse en el desierto él solo. Siempre se ponía histérico cuando oía hablar de los locos que atravesaban el desierto en solitario para encontrar el legendario paraíso de los hotentotes con sus tesoros, y que luego perecían miserablemente, o bien por los dardos envenenados de los bosquimanos o bien por la sed. Él no se arriesgaría jamás de esa manera, sino que se llevaría consigo a un guía y a un montón de criados.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué ha desaparecido Zahaboo?» Fanny echó mano por instinto de su pulsera de abalorios, pero ya no estaba ahí.

Contempló desconcertada su brazo izquierdo, que ahora le parecía espantosamente desnudo. ¿Se había desprendido realmente de la única posesión que había dado un sentido a su vida hasta ese momento, del vínculo que la unía con su pasado y que debía conducirla al futuro? Se obligó a permanecer tranquila porque, tal como ahora tenía claro, todas las cosas habían cambiado.

Se agachó hacia Lottchen y la tomó en sus brazos.

Qué tonterías se le ocurrían, no estaba desnuda, era más rica que nunca, su hija era mucho más vital e importante de lo que pudiera serlo nunca una pulsera de abalorios. Y ella se cuidaría de que su hija no tuviera que aferrarse a unas cuentas de vidrio, brillantes pero muertas, para soportar la vida.

–Yo estaré para ti a tu lado –prometió Fanny–, estaré aquí a tu lado y juntas lo lograremos. – Estampó un beso en la frente de Lottchen–. Mi pequeño lucero del alba, mi *Ikhwezi*.

Acostó de nuevo a su hija, y fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba puesta la vestimenta de color amarillo pálido de Zahaboo y no ya su camión ensangrentado y sucio. ¿Había dormido tan profundamente que alguien había podido vestirla sin que se despertara?

Entonces recordó la danza y las palmadas de Zahaboo después de que ella oliera la rosa del desierto y de que le hubiera contado el aroma que había percibido ella. Ojalá pudiera tener una explicación para todo aquello.

Dirigió la vista a las flores de color rosado y blanco y luego de nuevo al jinete que se acercaba a galope tendido. Por fin reconoció Fanny quién cabalgaba como un poseso hacia ella, y se alegró

con desmesura.

Era John. ¿Venía por ella o por su madre? ¿Y cómo sabía dónde la encontraría? Ella se respondió a sí misma esa pregunta con una sonrisa: su pierna zulú se lo había chivado. Además, conocía la rosa del desierto.

Le comenzaron a temblar las piernas, se sentó al lado de su hija y se preguntó cómo explicar a John el color de la piel de Lottchen. Luego se reprendió a sí misma por su ingenuidad: era extremadamente improbable que siguiera interesándose por ella, por no hablar de su hija, no en vano lo había rechazado con mucha claridad durante aquella madrugada.

No obstante, en lo más hondo de ella seguía habiendo un poco de esperanza porque Zahaboo le había dicho que su hijo la había enviado a Fanny. Pero puede que ella hubiera malentendido a la madre de John la terrible noche de su huida.

Ahora podía ver la cara de John, que la miraba fijamente con gesto de rabia y para nada como un hombre con intenciones románticas. Sus últimas esperanzas quedaban fundidas.

Al llegar hasta ella refrenó su caballo y se dirigió al trote hasta el coche en el que estaba sentada Fanny.

–No traigo buenas noticias. Ludwig va a por ti. Está pagando a un montón de sicarios para que te devuelvan a casa y maten a la criatura. Son tíos malvados que alquilan su contundencia a quien pueda pagarla. ¡Tienes que irte de aquí inmediatamente, lo mejor es que te vayas del África del Sudoeste Alemana ahora mismo!

–Pero ¿adónde voy a ir?

–¡*Akwenzeki*; eso es imposible, Amandla Dumisani! –resonó por detrás de Fanny la voz de Zahaboo.

Fanny se dio la vuelta y apenas podía dar crédito a sus ojos. ¿De dónde venía Zahaboo y qué significaba su extraña vestimenta? Se había cubierto de pellejos y de collares y llevaba una curiosa gorra. Parecía como si estuviera en pie de guerra.

Zahaboo avanzó hacia su hijo, no lo tocó pero le hizo una reverencia suprema con la cabeza. Se desató una intensa discusión entre los dos, en el transcurso de la cual se despertó Lottchen y comenzó a gritar.

Fanny se apresuró a tomar en brazos a su hija y le dio el pecho. Mientras daba de mamar a la niña, John y Zahaboo siguieron discutiendo enérgicamente, y Fanny se sumergió en desesperantes y turbulentos pensamientos.

Ludwig quería matar a su hija y había contratado a sicarios. Con buenos rastreadores seguramente la encontrarían, así que tenían que ser más rápidos. Más rápidos y más listos. Si conseguía escapar de sus perseguidores y llegar hasta Windhuk, entonces tenía que hablar con el juez. Él le proporcionaría asilo, Fanny podía contar con ello con toda seguridad. Y ella haría todo lo posible para anular su matrimonio o para divorciarse. Pero ¿cómo iba a llegar sin dinero hasta Windhuk, y cómo podían ser ellos, con un bebé y en coche de caballos, más rápidos que los sicarios?

Le cambió el pecho a Lottchen y trató de tranquilizarse. Sin embargo, el intercambio de palabras entre John y su madre y pensar en la huida y en los perseguidores no hicieron sino acelerar aún más su corazón. Sintió el impulso de irse corriendo simplemente de allí.

Fanny acostó en su hombro a Lottchen, que había vuelto a quedarse dormida, se bajó del coche

y se puso a dar vueltas cojeando alrededor del coche, como si eso fuera una solución. A cada dos pasos miraba al horizonte, pero no divisaba a nadie, ni siquiera una nube de polvo. Sin embargo, lo mejor sería partir de inmediato en lugar de andar a gritos como John y Zahaboo en esos momentos.

–Fanny. –John le puso una mano en el hombro libre y la obligó así a detenerse.

–Franziska Reutberg –completó Fanny con voz cansina pero decidida. Nada de mentiras–. Me llamo Franziska y soy la maestra que debíais llevar a la misión de Okahandja. Me hice pasar por Charlotte. Ella murió en la travesía al África del Sudoeste, no yo.

–Franziska, vale. –John no quería seguir la conversación–. Tenemos que irnos rápidamente, ahora mismo. Mi madre insiste en que su obligación es ayudarte porque de lo contrario serás infeliz el resto de tu vida y tu hija morirá dentro de tres años.

–¿Qué significa esto? –Fanny se quedó horrorizada. ¡Su hija acababa de nacer!

–Tienes que ir con Zahaboo al desierto, a un sitio que solo ella conoce, y realizar allí un ritual mágico que te libere a ti y a tus abalorios de la maldición de un maligno practicante de la magia negra. –John se mordió los labios como si quisiera decir algo más pero tuviera que reprimirse por fuerza.

–¿Y los sicarios de Ludwig?

–Se están acercando cada vez más, pero mi madre está convencida de que solo así podrás quedar liberada de la maldición y tendrás suficientes fuerzas para salvarte a ti y a tu hija.

Fanny recordó los terribles pero también hermosos sueños que había tenido en toda su vida.

–¿Por qué no podemos enterrar simplemente la pulsera aquí y ahora para siempre en la arena?

–Porque Zahaboo sabe que tú también eres una mujer mágica.

–¿Que soy qué? –Desconcertada, Fanny dirigió la vista de John a Zahaboo, que, en su magnífico atuendo estaba de pie junto a la brillante rosa del desierto y la observaba.

–Ayer oliste el aroma de la rosa del desierto, cosa que solo les es posible a las mujeres dotadas con un don mágico. Para todas las demás personas, incluido yo mismo, la rosa del desierto no tiene ningún olor. Por ese motivo no basta con enterrar tu pulsera de abalorios. No. Necesitas realizar ese ritual para pacificar tu pasado y tu futuro para siempre, y para encauzar tus fuerzas por canales blancos. –Se encogió de hombros–. Puedo imaginarme que algo así suene muy misterioso para una europea. –Sus oscuros ojos castaño-verdosos la perforaron–. Pero también creo que una mujer como tú puede entenderlo bien.

Fanny sintió un escalofrío en la espalda, y no habría sabido decir si se debía a la expresión de preocupación que detectó en los ojos de él o a eso que había dicho él: «una mujer como tú...». ¿Podía ser que ella siguiera amándolo a pesar de todo?

Él estaba completamente equivocado en lo que se refería a las palabras de su madre. No las encontraba fuera de lugar porque le ofrecían a Fanny por fin una explicación sobre aspectos misteriosos de su vida que ella no había entendido, como los presentimientos, los sueños, los abalorios o aquel cántico suyo cuando la tormenta. Y en cada fibra de su cuerpo percibía que tenía que hacer aquello para lo que la había elegido Zahaboo.

–Iré con tu madre.

–¿Y los sicarios de Ludwig? –preguntó entonces John.

–Tengo la impresión de haber estado escapándome toda la vida de algo. Por ello seguiré a tu

madre y tomaré las riendas de mi vida.

John inclinó la cabeza a un lado, levantó la barbilla, apretó los labios de su boca de hermosas ondulaciones hasta convertirla en una línea recta y luego profirió un suspiro muy hondo.

–Quiero advertirte de algo que ya te he dicho alguna vez: siempre hay lío allí donde quiera que aparezca mi madre, a pesar de ser la maga más grande y poderosa de todo el sur de África. Vais a ir vosotras solas. Completamente solas, tienes que dejar incluso a tu hija aquí.

–¿Que mi hija tiene que quedarse aquí? Pero ¡si me necesita!

–Mi madre tiene una infusión para ella que hará que duerma plácidamente hasta tu vuelta.

John puso una mano sobre la cabecita de Lottchen y la acarició, luego deslizó la mano al hombro de Fanny presionándolo con cariño.

–Y yo vigilaré personalmente que no le suceda ningún mal, te lo prometo. Y es que los hombres tampoco somos bienvenidos en ese ritual.

–¿Cuánto durará? –El tiempo que los antepasados necesiten para hablar contigo.

Fanny permaneció unos instantes en silencio, luego se encomendó a su destino. Cualquier cosa era mejor que continuar viviendo así. Y John, en esas circunstancias, podía proteger mejor a su hija que ella misma. No tenía otra opción.

–Por favor, ten cuidado con Lottchen.

Alzó a la pequeña y se la entregó, de modo que era la primera vez que pudo verle la carita negra. Fanny se quedó estudiando atentamente la expresión de su rostro.

Él se quedó mirando fijamente a Lottchen, luego a Fanny y de nuevo a Lottchen.

–¿Esta es la hija de Ludwig? ¿Tu hija y de Ludwig?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Cómo es posible?

Fanny se encogió de hombros.

–También ese es un motivo por el que tengo que preguntar a los antepasados con tu madre.

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza.

–No tenía ni idea de por qué había mandado matar Ludwig a su hija, pero ahora lo entiendo.

Fanny se sintió como si John le hubiera clavado una navaja en el corazón. ¿Que entendía a Ludwig? ¿Deseaba también él la muerte a Lottchen?

Extendió los brazos para recuperar a su hija, pero John no se la entregó. Él frunció el ceño.

–Te equivocas si crees que pienso como él. ¡Yo sería incapaz de tocarle un solo pelo a esta maravillosa flor del desierto! –Balanceó a Lottchen torpemente de un lado a otro-. ¡Jamás!

Las lágrimas asomaron a los ojos de Fanny, pero antes de que ella pudiera decir algo, se precipitó hacia ellos Zahaboo. Ahora llevaba consigo un cuerno grande y una imponente cola negra, además de todos sus collares. Hizo una señal a Fanny con gesto de impaciencia para que fuera con ella de una vez. Tintinearón los collares en su pecho y susurraron suavemente las plumas en su gorra.

Mirarla infundía temor, y a Fanny le entró ahora un poco de miedo. Pasó la vista de John a Lottchen y de nuevo a Zahaboo.

¿Era realmente necesario entregarse a Zahaboo de esa manera y dejar atrás a su hija? ¿Qué sabía ella acaso de la curandera y de su hijo? ¿Era tan importante ocuparse del pasado, no debía

limitarse a mirar simplemente hacia delante? «¡Tonterías! –se reprendió a sí misma–, ¡confía en tus sentimientos.»

–¿Qué significan las prendas que lleva tu madre? –preguntó a John para demorar un instante más su separación de Lottchen.

–Su capa está hecha con pellejos de antílopes duikers y de ovejas negras. Proceden de animales que han sido sacrificados con éxito a los antepasados. La gorra que lleva en la cabeza es de piel de jineta y le confiere la fuerza del viento. La larga pluma blanca procede de un bucorvus y es el símbolo de los magos de la lluvia. Las dos plumas cortas de pavo a derecha e izquierda representan sus artes como maga de los rayos. La media luna confeccionada con piel de cebra y que bambolea en su cinturón es el distintivo de las curanderas, de las *inyanga*.

John señaló con el dedo el brazo de Fanny.

–Tú no necesitas un distintivo así, lo obtuviste como un regalo de tus antepasados. Fanny contempló perpleja la diminuta media luna en la cara interior de su brazo derecho. John asintió con la cabeza.

–¡Tonterías, yo no soy ninguna *inyanga*!. –le contradijo Fanny.

–Solo porque no lo supieras hasta ahora no significa que no sea verdad. Yo te lo vi ya cuando te llevé en brazos por las aguas hasta la playa.

Fanny recordaba perfectamente aquella agradable sensación de que él la salvara. Suspiró. Ojalá hubiera sabido en aquel entonces lo que sabía hoy.

John había continuado hablando y ella trató de concentrarse nuevamente en el aquí y ahora.

–El collar blanco de Zahaboo está compuesto con los anillos de una mamba y con conchas que muestran su vinculación con el mar y con la serpiente de cuatro cabezas de la que salió la noche. Los dos collares de cápsulas negras de semillas señalan sus artes en el campo de la fecundidad. En la mano derecha sostiene un cuerno de órix blanco, recamado con abalorios de color azul claro, amarillo, negro, blanco y rojo. Y lo que lleva en la mano derecha es una cola de ñu en la que están fijados unos abalorios de color blanco y rojo, y además lleva unos frutos de brillo claro que los misioneros llaman «lágrimas de Job». Con la cola de ñu se preserva uno de los rayos. Es importante si vais a hablar con los antepasados, te protegerá de todo lo malo.

Zahaboo hacía señales impacientes con la cola. John le dirigió algunas palabras en zulú y acto seguido su madre comenzó a reírse a carcajadas que la hicieron jadear. Entonces caminó moviendo la cabeza hasta la rosa del desierto y se sentó de espaldas a ellos frente a la planta.

–¿Qué le has dicho?

John reprimió una sonrisa.

–Que intentaré embrujarte antes de que lo haga ella para poder poner por fin dos colas de vaca en los postes del *kraal* de mi clan.

Aunque Fanny no entendió lo que quería decir exactamente, el tono repentinamente tan delicado de su voz le llegó hasta lo más profundo de ella.

–¿Qué significa eso? –quiso saber.

–De ese modo damos a entender en nuestro clan que deseamos casarnos. –John se rio ahora como si se sintiera liberado; la miró con gesto inquisitivo.

Fanny no estaba segura de si le había entendido correctamente. ¿Era una propuesta de matrimonio?

–Pero, John, estoy casada.

–Tú ya sabes –dijo sonriendo de nuevo con sorna– que nosotros, los cafres hotentotes, somos todos polígamos. Fanny no tuvo ahora más remedio que sonreír también.

–¿Las mujeres también? –preguntó ella. Los sentimientos de él no habían cambiado, su matrimonio con Ludwig no significaba nada para él, y Lottchen no le resultaba ningún obstáculo.

–Vamos, cuéntame, ¿también las mujeres son polígamas? –repitió.

John negó con la cabeza.

–No, y si he de ser sincero, tampoco quiero muchas mujeres. Muchas mujeres significa muchas broncas. A mí me bastaría con una. –Ahora la miró directamente a los ojos, haciendo que cesara todo pensamiento claro que ella había tenido hasta ese instante. Se sumergió remolineando en las profundidades de los ojos castaño-verdosos de él.

Zahaboo volvió a levantarse y la apremió a apresurarse.

–Luego continuamos hablando –susurró John–. Zahaboo tiene razón, no tenemos tiempo, en realidad deberíamos partir inmediatamente y ponernos a salvo de los sicarios. Pero si mi madre afirma que eso es bueno para todos nosotros, si eso te ayuda a poner todo en su sitio con *unkulunkulu*, es decir, con Dios, entonces me lo creo. Estaré vigilando a Lottchen todo este rato, le daré la infusión, y en el caso de que volviera a despertarse, le daré agua con *omeire* y le contaré historietas imposibles, te lo prometo.

Fanny no sabía qué decir, por eso se limitó a asentir con la cabeza en silencio, besó a su hija en la frente y corrió hacia Zahaboo, llena de miedo y henchida de curiosidad sobre lo que iba a suceder ahora.

Fanny no tenía ya noción del tiempo. Llevaban viajando dos días y una noche con el coche de caballos a través de la arena pedregosa. Luego abandonaron el coche y siguieron a pie otro día más recorriendo innumerables dunas movedizas con forma de media luna. Era un misterio para Fanny cómo parecía saber la madre de John con tanta exactitud hacia dónde tenían que dirigirse. Zahaboo la espoleaba continuamente a avanzar. Solo había pausas cuando Fanny caía rendida en la arena y se negaba a continuar porque el pie le escocía insoportablemente y su cuerpo, debilitado por el parto y por la paliza de Ludwig, simplemente no podía más. Solo entonces le permitía Zahaboo beber *amasi* de una calabaza, que tenía un sabor parecido al *omeire* de los herero. Esa leche ligeramente cuajada refrescaba a Fanny cada vez, de modo que después podía continuar cojeando por detrás de Zahaboo.

Cuando el cielo de ese día comenzó a teñirse de un rojo brillante, Zahaboo se detuvo finalmente. Habían escalado una pequeña elevación del terreno desde la cual podía divisarse una gran extensión de tierra llana a sus pies. Solo en el límite más externo quedaba limitada la llanura por unas montañas negras, cuyas cumbres se alineaban como los abalorios de un collar.

Zahaboo miró a su alrededor, asintió con la cabeza con gesto de satisfacción y meneó por los aires la destellante cola de ñu. Luego pronunció unas palabras que Fanny no entendió, y finalmente la exhortó a que dibujara con las manos un círculo en torno a sí misma.

Fanny estaba muy cansada y no deseaba otra cosa que poder echarse, pero Zahaboo poseía algo electrizante en su persona, así que se agachó y comenzó a mover una mano en la arena. «Qué camino más largo desde el convento en Reutberg hasta aquí», pensó.

La mano de Fanny se topó con una piedra que tenía el tacto liso del cristal. La extrajo de la arena y se la quedó mirando fascinada. No se trataba de ningún guijarro ni de un trozo de roca. Esa piedra era transparente como un cristal de roca y tenía una forma octogonal perfecta. A pesar de que Fanny no había visto nunca algo así, le recordó las piedras con las que estaban adornados algunos cálices sagrados de la eucaristía pertenecientes al convento. Eso tenía que ser por fuerza una piedra preciosa.

Zahaboo la miró con gesto inquisidor, y cuando Fanny le mostró la piedra, asintió con la cabeza visiblemente alegre.

–Las lágrimas del sol –dijo– son la señal de que hemos encontrado el lugar correcto.

–¿Lágrimas del sol? –repitió Fanny, que no estaba del todo segura de haber entendido bien.

Zahaboo volvió a asentir.

–Y él, *ilanga*, el sol, llora cada noche algunas lágrimas amargas, *unyembezi*: porque tiene que ponerse y tiene miedo de no regresar ya nunca más. Y es que el sol ama muchísimo estas tierras. – Zahaboo señaló con la cola de ñu hacia la llanura que se extendía ante ellas–. Y no vemos sus lágrimas hasta la noche, cuando ya se ha ido. –Zahaboo exhortó a Fanny con un ademán impaciente a que terminara de trazar el círculo.

Fanny mantuvo la piedra firmemente en la mano izquierda, movió la mano derecha por la arena

y encontró otras tres piedras, una con la misma forma octogonal perfecta y dos piedras en forma de cubo, transparentes y lisas. Cada piedra que Fanny le mostraba, arrancaba un resoplido aprobador en Zahaboo.

Mientras Fanny trazaba el círculo, el sol se sumergió en un cielo manchado que parecía como si hubieran volcado en él, al buen tuntún, algunos tinteros de tinta negra y roja.

Cuando acabó, Fanny se metió las piedras en uno de los bolsillos que estaban cosidos en el vestido amarillo pálido de Zahaboo.

Zahaboo examinó el cielo con atención allí donde la noche comenzaba a apagar todos los colores con el negro. La curandera extrajo de una bolsa un bastón con muescas, que tenía el grosor de un pulgar y la longitud de un antebrazo, y otro bastón más delgado y más corto, además de unos tallos secos de plantas. Entonces se arrodilló, se puso el bastón más delgado entre las palmas extendidas de las manos y comenzó a darle vueltas, clavado en una de las muescas del bastón grande. Al cabo de un rato exhortó a Fanny a que se le uniera y a que soplara el polvo caliente de la perforación sobre la planta seca para encender la hoguera sagrada.

Mientras Zahaboo giraba el bastoncito iba tarareando en voz baja, y ya al cabo de algunos minutos ascendieron las primeras llamas vacilantes. Cuando las plantas secas prendieron, arrojó además algunas velas bosquimanas al fuego para que prendiera con más fuerza y salieran llamas altas.

Zahaboo entregó a Fanny la pulsera de abalorios y se la puso encima. A continuación, le tendió una rama ardiente y la exhortó a que recorriera el círculo sin cesar hasta que la rama se hubiera apagado. Mientras giraba en torno al fuego debía mirar únicamente a la hoguera y al cielo. Señaló hacia arriba y repitió una y otra vez *inyanga, inyanga*. Fanny recordó las palabras de John: *inyanga* eran los curanderos, y la media luna era el distintivo de su gremio.

Mientras Fanny caminaba por la arena con la rama prendida mirando únicamente a la hoguera y al cielo, se fue haciendo cada vez más de noche. El vestido amarillo de Zahaboo iba rozando la arena. Ese sonido suave de arrastre le recordó a Fanny el sueño que había tenido en el barco después de la muerte de Charlotte, en el que el dobladillo de los vestidos de las danzantes iba borrando la escritura en la playa de arena y convirtiéndola en sangre. Sintió un escalofrío en la espalda, pero siguió caminando a pesar de todo. Zahaboo cantaba ahora más fuerte y tocaba además un tambor.

Cuando la rama acabó de quemarse, desaparecieron todos los pensamientos de Fanny. Su cabeza estaba absolutamente vacía, y se sentía un poco mareada. Se detuvo tambaleante y miró a Zahaboo con aire inquisitivo.

Zahaboo extendió sus brazos y exhortó a Fanny a apartar la mirada de la hoguera y a mirar a la luna y luego al valle.

La media luna había salido ante un cielo muy nuboso sumergiendo la extensa llanura con su luz mortecina. Fanny abrió los ojos por completo, sorprendida. La arena de color gris rosado que de día tenía un aspecto poco llamativo se había transformado en un mar de brillos oscuros con luces que centelleaban misteriosamente, como si las estrellas hubieran caído del cielo. Pero Fanny sabía que no eran estrellas, sino innumerables lágrimas del sol que permanecían ocultas en la arena. Aquel panorama le creó un nudo en la garganta y se vio obligada a tragar saliva.

A un grito de Zahaboo, Fanny volvió a darse la vuelta hacia la hoguera y vio que la madre de John se había salido del círculo. Le puso a Fanny el collar de los anillos de una mamba, meneó la

cola de ñu alrededor de ella, luego le tendió una pequeña calabaza pintada con muchos colores, le indicó que bebiera de ella y que caminara de nuevo en torno a la hoguera. Ordenó a Fanny que le entregara la pulsera, y antes de que pudiera realizar cualquier objeción, Zahaboo comenzó a arrojar los abalorios a la hoguera, uno tras otro. Cada vez que caía una cuenta al fuego se producía una llamarada, como una serpiente maligna de fuego. Muda y con ojos como platos contemplaba Fanny cómo se extinguían los abalorios que la habían acompañado toda su vida hasta ese momento. Se maravilló de que aquello no la afectara como habría supuesto.

En mitad de la ceremonia, Zahaboo comenzó a cantar alto. Fanny oyó de pronto un intenso revoloteo y tuvo la impresión de que la miraban fijamente innumerables ojos de aves. Sin embargo, mientras Zahaboo continuaba cantando, las aves desaparecieron y Fanny percibió un ruido lejano de truenos, como si se avecinara una tormenta. Dirigió una mirada tensa a Zahaboo y se concentró en el sonido de su voz. En la mano de la mujer sabia solo quedaban dos abalorios. De nuevo sonó un zumbido intenso, y las llamas se avivaron. Ahora solo quedaba una. Sin titubear, Zahaboo arrojó también a la hoguera esa pieza de conexión con el pasado de Fanny. Y apenas se habían tragado las llamas esa última cuenta de vidrio, un rayo cruzó la noche hasta el centro de la hoguera, las llamas se recrudecieron con intensidad, y todo alrededor de Fanny estalló en unas llamas de color verde plateado.

«¿Dónde estoy?», se preguntó Fanny. El entorno le parecía extrañamente familiar. Cuando contempló el espeso bosque con más detalle, reconoció las prodigiosas hayas, y fue consciente de que debía de estar en Grainet, el lugar en el que ella había iniciado su búsqueda de los abalorios. No lo reconoció enseguida porque el bosque de hayas era mucho más espeso y había muchas menos casas. En realidad, no eran casas, sino un montón de miserables cabañas de madera. El olor amargo a cenizas se le metió en la nariz, y el aire cargado de humo la hizo toser. Hasta que no vio la sencilla vestimenta de la mujer de la cabaña no se dio cuenta Fanny de que no solo estaba en otro lugar, sino que debía de haber viajado también a otra época.

«Soy Josefa Aschenbrennerin, la propietaria del rosario que encontré en el convento –pensó Fanny desconcertada–. Soy esa mujer del rostro desgastado, siento la falda desgarrada con el delantal sucio en mi cuerpo flaco... y al mismo tiempo la miro como si fuera una persona completamente extraña a mí.»

Hacía un calor sofocante en la extraña cabaña donde la había enviado Zahaboo. El suelo era de arcilla pisada, y las paredes eran de madera, solo el gigantesco horno en el centro estaba construido con tierra refractaria y despedía un calor infernal. Por todas partes había extraños aperos que a Fanny le resultaron súbitamente tan familiares como si hubiera operado con ellos todos los días, y eso que no había visto antes ninguno de esos objetos.

Había allí un tubo largo, el tubo soplador, cuya mitad era de hierro y la otra mitad de madera. El extremo de hierro se sumergía en el cristal fundido y se le daba vueltas hasta que se quedaba fijada a él la cantidad suficiente de vidrio sobre la que se inyectaba aire soplando por el otro extremo de madera hasta formar una bola. Encima de una mesa había diferentes instrumentos con los que podía manejarse y cortarse el cristal. Las pinzas, compuestas por dos extremos con forma de cuchillas, estaban unidas por una abrazadera de ballesta. Debajo de la mesa había moldes redondos y cuadrados de arcilla y grandes cajas de madera con cristales rotos. Fanny contempló perpleja el entorno: había ido a parar a una cabaña de soplado de vidrio.

Al otro lado de la cabaña, Josefa tenía en ese momento las manos en la cara y una expresión de horror en el rostro. Fanny se quedó sin aliento cuando reconoció la pequeña media luna en la cara interior del antebrazo derecho de la mujer.

Josefa tenía la misma señal que ella. ¡Eso no era ninguna casualidad!

Pero entonces, la mirada de Fanny se dirigió desde el lunar en el brazo al suelo delante de Josefa. Allí yacía un hombre gordo muerto al que habían golpeado la cabeza con una palanca. Era Lorenz Koller, el propietario de la cabaña. Y Josefa lo había matado...

«Así, muerto, parece un tipo cualquiera», pensó Josefa tratando de tranquilizarse. Se enjugó el sudor de la frente con un extremo del delantal desgarrado. Además de ella había otras dos mujeres allí. Dirigió la vista desde Koller a la mujer que respiraba pesadamente sobre el cuerpo de él y de quien Fanny sabía que la llamaban Walburga, y a continuación miró a Gretel, la hermana pequeña de Josefa, cuyo rostro estaba mojado de sangre y de lágrimas.

–¿Y ahora qué? –preguntó Josefa–. ¿Qué hacemos ahora con él?

–Quitémoslo de encima. –Walburga pisoteó con impaciencia el suelo de arcilla de la cabaña–. Tenemos que darnos prisa.

–¡Satanás se ha apoderado de nosotras! –sollozó Gretel–. ¡Señor, apiádate de nosotras!

–¡Calla! –Walburga negó con la cabeza con tanta intensidad que se le soltó definitivamente la coleta ya muy deshecha por la pelea y que a Josefa le recordó con un escalofrío a una antigua divinidad cuyos cabellos eran serpientes. «Medusa», pensó, «Una igual que Jakob, su marido, para el que había acarreado piedras para la construcción de los pozos de la colonia»–. El único que ha tenido tratos con Satanás es este miserable de aquí. Alegrémonos de que ahora esté muerto. ¡Ya no anda por ahí haciendo el tonto!

Josefa sabía que Walburga tenía razón, los dos atizadores y el fundidor estarían de regreso como máximo en media hora de su pausa por la merienda.

Josefa se agachó al lado de Lorenz, lo agarró de los brazos, lo levantó, pero no se movió ni un ápice en aquel áspero suelo de arcilla. No se desanimó y volvió a tomar impulso, al fin y al cabo estaba acostumbrada al trabajo duro. «No voy a pagar además la muerte de este –pensó–. Tiene que desaparecer para siempre, tal como ha dicho Walburga. Si nos cuelgan, ¿quién se ocupará de nuestras familias?» Se acuclilló más y le agarró de nuevo los brazos sebosos, pero solo consiguió que se le balanceara el barrigón. ¿Cómo era posible que un hombre tan bajito pudiera pesar tanto?

Walburga se ríe en voz baja y se acuclilló tan cerca de Josefa que ascendió a su nariz el sudor de ella a pesar del humo y del mal olor reinante.

–En un principio pensé –le dijo Walburga entre susurros– que podíamos hundirlo en la ciénaga de ahí fuera, pero nos queda demasiado lejos. Y este cerdo pesa lo suyo. Y la pequeña no tiene apenas fuerzas.

Gretel seguía temblando de pie al lado del difunto y susurraba un padrenuestro tras otro.

–¡Para con eso ahora, Gretel! –le recriminó Walburga en un tono tan malicioso que Josefa no pudo menos que volver a pensar en las serpientes–. Dile que se vaya de aquí. Lo que tengo planeado no le incumbe para nada.

Josefa se levantó y rodeó a su hermana con el brazo.

–Gretel, corre a casa lo más rápido que puedas, tienes que echarle una ojeada a la sopa de pescado que se está cociendo en el fogón. –Agarró a Gretel de los brazos y sacudió a la chica flaca de doce años–. ¿Me oyes bien?

Gretel asintió. Josefa puso la mano debajo de la barbilla de su hermana y la obligó así a mirarla. Los ojos oscuros de Gretel, del color de las moras, se inundaron de lágrimas. Josefa acarició la mejilla huesuda de su hermana y le enjugó las lágrimas, luego le colocó la cofia lo mejor que pudo y la empujó hacia la puerta.

–Estás a salvo –dijo en un tono penetrante–. Ahora ya no puede hacerte nada más. Ahora, vete.

Cuando Gretel se fue, Walburga le explicó qué había pensado.

–No, eso es, eso es... –Josefa se estremeció solo con pensar en ese plan terrorífico.

–Lo he pensado con detenimiento, ahí dentro se descompondrá enseguida, y nos habremos librado de él. Jamás conseguiremos llevarlo a otra parte, no es muy alto, vale, pero está simplemente muy gordo. Hagámoslo rápido, el fundidor regresará de un momento a otro y no debe notar nada raro. Mientras Walburga trataba de convencer a Josefa, ya se había hecho con la

carretilla con la que los atizadores acarreaban la leña para el horno.

–¡Vamos, vamos! –Los ojos de Walburga resplandecían de satisfacción como si se tratara de planear una sorpresa de Navidad. Volcó la carretilla en el suelo junto a Koller y comenzó a mover hacia ella las gordas piernas de él.

–Vamos, no te hagas de rogar, lo has matado tú, no yo. Si quieres acabar en el patíbulo, pues muy bien, así sea. Walburga se incorporó, se limpió las manos en el delantal lleno de manchas y se encogió de hombros.

–No, no quiero eso.

Josefa se arrodilló e intentó rodar el cuerpo de Koller hacia la carretilla. Al no conseguirlo ella sola, Walburga se arrodilló a su lado. Aquella mujer metida en carnes chasqueó la lengua.

–El diablo se hará inmediatamente con su alma, un bocado tan succulento no se le pasará por alto, te lo digo yo.

Las dos juntas consiguieron volcar aquel cuerpo flácido en un lateral de la carretilla. Notablemente más complicado fue volver a levantar la carretilla. El sudor les caía a chorro por la cara. «¡Ramera, asesina, depravada!», golpeaban esas palabras la frente de Josefa como un martillo. Se detuvo y susurró:

–¿No deberíamos procurarle un entierro cristiano?

Walburga se paró delante de Josefa jadeando intensamente y le dirigió una mirada fulminante cargada de ira.

–¿A este violador, a este tacaño de mierda quieres darle un pedazo de tierra santa? Para nada. Ese se va a cocer de una u otra manera en el infierno. ¡Vamos!

–Pero ¿qué le vamos a decir a Clemens cuando regrese de Venecia?

–Nada, le decimos que no sabemos dónde se ha metido su padre, y le proponemos que mande una misa santa por Lorenz. ¡Vamos, tenemos que apresurarnos!

Josefa cedió. Sabía que si no comenzaban de inmediato sería entonces demasiado tarde, en cualquier momento podían regresar los trabajadores.

Empujaron la carretilla de madera hasta el crisol más grande que todavía no estaba lleno de frita de vidrio, pero cuyo contenido llevaba ya mucho rato fundido y estaba prácticamente a punto de la depuración. Abrieron la portezuela, y sintieron la bofetada de calor impresionante. Walburga controlaba la altura de la frita de vidrio en el crisol; entonces se le contrajo la cara en una mueca sonriente.

–Todavía cabe, y creo que la temperatura es también la correcta.

Agarró la cadenilla con la que Koller sujetaba su reloj de bolsillo, y la arrojó en la masa candente de la frita de vidrio. Sonó un silbo suave, y ella se inclinó de nuevo sobre el crisol.

–No se ve nada, como si no hubiera existido nunca.

Hizo una señal a Josefa con la cabeza, y entonces tiraron las dos del hombre en la carretilla y lo volcaron en el crisol. Con una mezcla horrible de chapoteo y de chasquido, Lorenz Koller se sumergió en el crisol más grande de su cabaña.

De pronto, la frita de vidrio comenzó a cantar. A Josefa se le pusieron los pelos de punta, y supo que oiría esos sonidos incesantemente una y otra vez a lo largo de su vida, ese sonido fino, prolongado y zumbante que también Fanny conocía de sus sueños.

Josefa y Walburga cerraron la portezuela, devolvieron la carretilla a su sitio y salieron de la cabaña.

Fanny quiso seguir a las mujeres, pero tuvo que quedarse allí y ver cómo los fundidores regresaban de su merienda y se disponían a quitar las impurezas del vidrio que se originaban continuamente.

Las exclamaciones fueron fuertes, cuando Reinhold, el fundidor que manipulaba el crisol más grande, descubrió intensas y misteriosas impurezas para las que no tenía explicación ninguna. Además, la frita de vidrio había adquirido una tonalidad que no había visto jamás en la vida.

Se puso a discutir con los demás fundidores porque pensó que alguno de ellos se la había jugado porque Koller andaba queriendo despedirlo. Poco antes de que se saltaran a la yugular, regresó Walburga y, santiguándose sin cesar, contó a los fundidores que había visto al diablo del vidrio en persona que salía de la cabaña con gran alboroto. Eso no sorprendió a ninguno de los trabajadores del soplado del vidrio, porque a todos les parecía más que probable que Koller anduviera en tratos con Lucifer.

La pelea se acabó y los fundidores acordaron que el vidrio se había echado a perder y que, en todo caso, únicamente podrían hacer gargantillas.

Las gargantillas eran las cuentas de vidrio para los rosarios. Eso lo sabía Fanny desde su viaje a Grainet. Luego vio cómo los vidrieros entre incesantes rezos, santiguadas y movimientos negativos con la cabeza trabajaban la fritada de vidrio hasta convertirla en cuentas y las depositaban a continuación en un horno de recocido a una temperatura de cuatrocientos grados, para que se fueran enfriando durante la noche y quedaran protegidas de resquebrajaduras.

Con absoluta perplejidad, Fanny se dio cuenta de que la noche duraba para ella lo que un pestaño. Observó cómo Walburga, Gretel y Josefa se dirigieron al anochecer a hurtadillas hasta el horno de recocido. Enviaron por delante a Gretel para distraer a los atizadores que seguían trabajando duro, y echaron un vistazo a las cuentas de vidrio.

Fanny las reconoció de inmediato. Eran sus abalorios, que despedían un brillo maravilloso que oscilaba entre los colores del arcoíris y de la puesta de sol combinado con un destello mate de nácar.

—¡Quién iba a pensar que de un monstruo como ese fuera a salir algo tan hermoso! —susurró Walburga.

Fanny, que seguía siendo Josefa y que al mismo tiempo contemplaba la escena desde fuera, se dio cuenta de que los ojos de Josefa se dilataban. Sabía que la joven mujer se había pasado la noche en blanco escuchando sin interrupción cómo resonaba ese sonido chapoteante y chascante en su mente. Ahora, de la horrible injusticia que había cometido con Koller, se había originado algo perfecto.

—Dios ha querido mostrarnos así que hemos hecho bien, pues solo Él puede realizar milagros semejantes —susurró Walburga, y dirigió a Josefa una mirada implorante—. Ganaremos una fortuna con estas hermosas cuentas de vidrio, todo el dinero que Koller ha escatimado a nuestros maridos con malas artes.

—Pero eso no sería justo —objetó Josefa.

La cara de Walburga se deformó en una mueca maliciosa, pero solamente Fanny fue testigo de ello. Josefa pasó por alto esa terrible transformación porque seguía con la mirada puesta en las cuentas de vidrio. Fanny sintió un escalofrío por la espalda y tuvo más miedo que el día anterior,

cuando contempló con horror cómo se habían deshecho del cadáver.

–Tienes razón, Josefa –dijo Walburga sonriendo a Josefa en un tono alentador–. Tendríamos que hacer desaparecer esos abalorios. Todos creerán que ha sido de nuevo el diablo del cristal que ha venido a recuperar lo que es suyo. Sal tú y distrae a los demás muchachos. Ya me encargo yo de todo.

Fanny quería advertir a Josefa, quiso gritarle: «No puedes confiar en ella, te está engañando», pero no salió un solo sonido de su boca. En lugar de eso, todo lo que rodeaba a Fanny se convirtió de pronto en negra noche, y se encontró encerrada dentro de una caja oscura.

¿Se encontraba en un ataúd? No, no podía ser eso porque estaba de pie, y no olía a tierra, sino a lana húmeda y a incienso, un olor que ella conocía demasiado bien. Después de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y de que ella se sosegara un poco, fue consciente del lugar en el que se encontraba.

Era un confesionario. De nuevo volvía a estar al lado de Josefa, y era al mismo tiempo Josefa, que estaba sentada encorvada en el confesionario como un roble partido por el rayo. Su cabello había adquirido una coloración grisácea, a pesar de que Fanny sabía que tan solo habían transcurrido tres años.

–Señor, perdóname por haber pecado. Cargo con tantas cosas terribles en mi alma que no sé por dónde comenzar.

–Hija mía –se escuchó la voz empalagosa de un joven sacerdote a través de la celosía–. Dios te acogerá en su seno, ahora infórmale.

Josefa se puso a hablar de corrido como si temiera que pudiera sucederle algo entretanto, ni siquiera se detenía a tomar aliento. Confesó cómo había matado a Koller porque era una mala persona y pensaba que no solo había maltratado a sus maridos y les había pagado miserablemente, sino que la había tomado con la hermana pequeña de ella y la había violado, igual que a Walburga. Sin embargo, esto solo había sido una mentira de Walburga que finalmente condujo a que ella le asestara el golpe mortal. Demasiado tarde comprendió que el marido de Walburga era el hermano de Koller, quien dirigiría la actividad de la cabaña cuando Koller ya no estuviera, al menos mientras Clemens, el hijo de Koller, no regresara de Venecia.

Contó cómo se hicieron con aquellas magníficas cuentas de vidrio y que Walburga no las enterró tal como habían acordado, sino que las vendió, y que ahora venían gentes de todas partes a Grainet tras el misterio de esos abalorios. Entonces se puso a sollozar un buen rato antes de poder continuar hablando. El sacerdote joven golpeó varias veces en la celosía y la exhortó a guardar un poco la compostura a la vista de la presencia de Dios.

Josefa se sonó los mocos e intentó enderezar la espalda curvada. Entonces, con un hilo de voz y parándose continuamente, contó que Walburga desde entonces había parido cada año una niña maravillosa a la que luego tenía que dar sepultura. También a ella se le habían muerto ya dos hijos, pero que ahora había tenido a su hija Resina, y quería salvarla a toda costa.

Fanny pudo ver cómo el sacerdote joven hojeaba desorientado en su Biblia sin dejar de besar una y otra vez su rosario. Resultaba del todo palmario que su ministerio no lo había preparado para semejantes confesiones criminales. Finalmente tomó una decisión.

–Bien, hija mía, lo primero que tienes que hacer es recuperar todos esos abalorios, hacer que se conviertan sin excepción en cuentas de vidrio de un rosario y transferírselo a la santa madre Iglesia. Si el buen Dios, nuestro Señor, tiene a bien que de esa injusticia se origine algo bello, eso

será primera y únicamente a través de nuestra santa Iglesia. Haz un viaje de peregrinación hasta el convento de las franciscanas en Reutberg, donde el sagrado Niño Jesús de Reutberg seguramente protegerá a tu hija de todo mal, y dónales el rosario con esas cuentas. Antes, reza trescientos sesenta y cinco avemarías. En las próximas siete noches ven a nuestra iglesia y ora toda la noche por nuestro Señor y por el perdón de todos tus pecados. Entonces veremos si consigues apartar de ti esa maldición diabólica.

Josefa rezó los avemarías con un fervor que Fanny jamás habría podido reunir. Fanny deseó que Resina sobreviviera. Había estado escuchando y sufriendo en las propias carnes de Josefa, y no fue hasta ese instante que se apercibió de lo que acababa de oír: el convento de Reutberg, ¡su convento!

Un golpe de viento penetró en el confesionario, abrió las portezuelas haciéndolas tabletear, envolvió a Fanny y la elevó. De manera involuntaria, ella extendió los brazos y planeó por los aires como un águila, como ya había experimentado con frecuencia en sus sueños. Primero a un ritmo muy sosegado, luego cada vez más rápido hasta que comenzó a ralentizarse y luego se precipitó al suelo.

Cuando volvió en sí se encontraba en los preparativos para una boda. Necesitó algunos minutos para orientarse y reconocer qué es lo que estaba viendo.

Se trataba de Josefa, cuya tendencia a encorvarse había degenerado en una joroba. Con las manos nudosas y temblorosas se esforzaba por peinar a su hija Rosina para la boda y le estaba trenzando el pelo en un peinado campesino. A pesar de que le resultaba visiblemente pesada esa actividad, tenía puesta una sonrisa de un extremo al otro de la cara.

Resina era delgada y rubia, y sus ojos brillaban en una tonalidad oscura, del color de las moras, igual que los de la hermana de Josefa. Llevaba puesto un traje festivo con un corpiño negro y una blusa blanca de bordado anglosajón, una falda oscura con un delantal de color verde claro y una magnífica gargantilla plateada en torno al cuello.

Josefa trataba de hablar con su hija mientras le hacía las trenzas, pero cada vez que comenzaba a hablar la interrumpían. Cuando entró el novio, que parecía una versión del difunto Koller pero mucho más delgado y joven, Fanny se formó una idea de lo que quería comunicarle Josefa a su hija.

Ese tenía que ser por fuerza Clemens, el hijo del asesinado. Fanny notó cómo se le hacía un nudo en la garganta, pero al mismo tiempo sintió también que Josefa contemplaba aquella boda como un castigo justo, como la posibilidad de subsanar en Clemens algo de su pesada carga.

Después de la ceremonia hubo una gran fiesta junto al arroyo, algo más arriba de donde estaba la cabaña del soplado del vidrio. Los habitantes de la aldea festejaban en largas mesas de madera decoradas con guirnaldas y hojas de abedul. A un lado de las mesas había un barril de cerveza; en el lado del arroyo se estaban asando dos lechones. Las carcajadas alegres y las expresiones de disfrute de los invitados solo eran superadas por los dos músicos, un flautista y un violinista.

Cuando los lechones estuvieron crujientes, Josefa se dispuso, despacio y con grandes dolores, a trinchar la carne, con lo cual no se apercibió de la aparición de Walburga. Esta iba vestida de negro profundo y estaba afectada por una fea erupción cutánea. Todo aquel que se le acercaba, retrocedía un poco como si ella tuviera una enfermedad contagiosa. Finalmente llegó hasta donde estaba Rosina.

Walburga la felicitó por la boda, le deseó muchos hijos y con una risa sardónica le regaló un collar con los abalorios que cargaban con la maldición. Resina se lo puso al cuello llena de alegría. Dio un beso a Walburga y, como tía de Clemens, la invitó también a que se quedara con ellos, pero ella rechazó la invitación alegando que no era lo debido ya que después de haber perdido a sus hijas, dijo, también había perdido a su marido. Rosina volvió a darle las gracias y Walburga, discreta y silenciosamente, desapareció en la oscuridad como una sombra al sol.

«Así que Josefa no consiguió destruir todos los abalorios», pensó Fanny, y sintió curiosidad por saber qué sucedería entonces. ¿Tendría Rosina también pesadillas por culpa de las cuentas de vidrio?

En ese instante llegó Josefa con un plato de carne para su yerno, que estaba sentado junto a Resina en el centro de la mesa. Cuando Josefa vio los abalorios en el cuello de Resina, se puso blanca como el yeso, le quitó el collar como si se lo hubiera puesto ella y lo arrojó a continuación al suelo.

Resina se levantó como un muelle, se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por el hombro.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó.

—Estas cuentas, ¿de dónde las has sacado? —Josefa apenas podía hablar, y Resina tuvo que inclinarse más hacia ella—. Prométeme que nunca, repito, nunca, nunca, las llevarás puestas, porque matarán a tus hijos y traerán todas las desgracias de la tierra, igual que le ha sucedido a Walburga.

—¡Qué tonterías! —intervino Clemens—. Tu madre está hoy un poco agitada por la boda. Quítale las cuentas para tranquilizarla, y déjame que me ocupe yo de ellas.

Josefa iba a decir algo, pero ya no lo consiguió. Inspiró todavía una vez hondo y con desesperación y a continuación cerró los ojos para siempre.

Resina zarandeo a su madre y le gritó que por favor despertara, por favor, y sus gritos se fueron haciendo cada vez más fuertes y más fuertes hasta que los músicos y finalmente todas las conversaciones enmudecieron y tan solo podían oírse los crujidos de la hoguera y los zumbidos de la grasa de los lechones que caía goteando sobre las brasas.

A Rosina le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Clemens, prométeme que vas a tirar esos abalorios, ya ves lo que nos han hecho, fue la última voluntad de mi madre. Clemens rodeó con el brazo a su esposa y se lo prometió por lo más sagrado. Sin embargo, Fanny sabía que mentía.

Esta vez no se sorprendió ya tanto de que de nuevo una ráfaga de viento se la llevara dando remolinos por los aires. Voló por muchas tierras hasta aterrizar en una ciudad costera, en Venecia, en la isla de Murano, en un callejón próximo al canal de San Donato.

Clemens, entretanto calvo y mucho más gordo que su padre, se encontraba ante un crisol incandescente y extraía unas cuentas de la fritada de vidrio. El sudor le corría por la frente y goteaba sobre su jubón negro. Constantemente se lamía los labios y murmuraba unas oraciones en voz baja.

Encima de la mesa yacía el collar que le había quitado a Rosina; al lado, en una caja de madera forrada de terciopelo negro, había innumerables abalorios, cada uno de ellos bellísimo en su tipo. Había abalorios *millefiori*, abalorios de cristal chevron, abalorios con líneas de plata y

de oro, abalorios con forma cónica, semicircular, cubos, octógonos, abalorios opalescentes y con forma de granos de granada.

Sin embargo, Fanny tenía claro que todos aquellos abalorios no satisfacían a Clemens, su deseo era producir cuentas de vidrio con aquel destello singular.

A Fanny se le pusieron los pelos de punta al pensar que aquel misterioso destello se había originado exclusivamente gracias al cadáver del padre de Clemens. Deseó poder consolarlo, explicárselo todo, gritarle que dejara aquello y que donara aquellas cuentas de vidrio a una iglesia, pero de su garganta no salía ningún sonido. Había entendido que solo podía contemplar todo aquello, pero no tenía autorización para cambiar absolutamente nada.

De repente se movieron los abalorios, primero tintineando suavemente unas cuentas con otras, luego más fuerte. Clemens se volvió a mirar, examinó la cajita y a continuación se volvió de nuevo a su fritada de vidrio encogiéndose de hombros.

Así que no pudo ver cómo la cadena de los abalorios se levantaba de la mesa y se ponía a girar cada vez con mayor velocidad hasta generar un torbellino. Este se convirtió en un potente chorro de aire que se tragó a Fanny para llevarla consigo y escupirla de nuevo en otras tierras.

También aquí hacía calor, pero no como el calor del horno del crisol. Todo el país era un horno a pesar de que el sol estaba a punto de ponerse.

Olía a polvo, y la continua y ligera brisa delató a Fanny que se encontraba en el África del Sudoeste Alemana. Sin embargo, el paisaje aquí era completamente diferente al del sur del país, en donde había vivido con Ludwig. Se iban alternando las suaves colinas con valles de árboles y arbustos verdes, todo le parecía agradable, y había agua. A unos cincuenta metros de distancia de la roca roja sobre la que se hallaba ella, los animales correteaban en torno a un abrevadero. Ñus, cebras, antílopes órices y babuinos se disputaban los mejores puestos, y entre ellos revoloteaban innumerables aves de colores, que Fanny no había visto todavía en su gran mayoría.

Al inclinarse un poco hacia delante, vio en diagonal a ella y en penumbra a dos personas, una al lado de la otra, que estaban abrazadas. Uno de los brazos era blanco y pertenecía a una mujer tierna. En la cara interior del brazo reconoció Fanny una pequeña mancha con forma de media luna. El otro brazo era musculoso y negro.

A Fanny se le salía el corazón del pecho. Eran sus padres, no estaba segura de tal cosa únicamente por la marca, sino porque, como ya le ocurriera con Josefa, ella era espectadora y al mismo tiempo era esa mujer.

Fanny se deslizó por el borde de la roca y apoyó la espalda contra el tronco de un árbol pelado para poder observarlos mejor. Contempló con curiosidad a los dos. A pesar del calor reinante, su madre estaba embutida en una blusa muy ceñida en el talle y de mangas largas, y la falda le caía en muchos volantes alrededor de los tobillos. En comparación, el hombre negro de anchos hombros, con la camisa y el pantalón arremangados, daba la impresión de ser un vagabundo.

–Luise –susurró el hombre, y su voz tenía una sonoridad suave y rotunda–, tengo que regresar, no puedo volverme cristiano. Mi pueblo me necesita. Tenemos que defendernos de los nama, nos están robando las tierras y las vacas. Ayer mismo asaltaron a mi padre, que está ya muy mayor.

–Iré contigo donde quiera que vayas. –Cuando Fanny oyó la voz joven y clara de su madre, tuvo claro que Luise, como mucho, debía de tener unos dieciséis años.

El hombre alto negó con la cabeza. Tenía el pelo formando innumerables trenzas minúsculas desde el cráneo hasta los hombros, con los cabos adornados de abalorios. Las cuentan tintineaban ligeramente, y su sonrisa era tan amplia que los dientes se le iluminaban en la penumbra.

–No creo que sea una buena idea. Todo lo que he aprendido con tu padre en la escuela de la misión me dice que no serías feliz con nosotros. Estoy contento de haber aprendido a leer y a escribir y de poder revisar los contratos de los blancos, pero no puedo creer en un Dios que clava en la cruz a su hijo para redimirnos del pecado. –Acarició la mano de Luise, como para consolarla.

–Me da lo mismo en lo que creas porque te amo. –Luise agarró la mano de él y se la llevó a su mejilla–. Y por ello quiero aprender y comprender muchas más cosas sobre el mundo de tus antepasados y de los *omumborombonga*.

–Luise, eso es imposible. –Le retiró la mano y se puso en pie de un salto–. De la misma manera que no entiendo por qué se dice que todos somos pecadores, tú tampoco entenderás jamás lo que significa vivir con un *mukuru*. Digan lo que digan los misioneros blancos, por mucho que el tronco de un árbol esté en el agua, nunca se convertirá en un cocodrilo.

–Saherero, estoy embarazada. –La voz de Luise era ahora más bien un susurro–. Tengo que ser tu esposa. Fanny respiró hondo. Luise era todavía una niña, demasiado joven para ser madre.

Saherero se acuclilló a su lado.

–Eso es imposible –dijo Saherero–, y tú lo sabes también.

–Dijiste que me amabas.

–Eso es verdad.

–Entonces cástate conmigo. ¿Qué va a ser si no de mí y de la criatura?

El corazón de Fanny se contrajo al escuchar la súplica en la voz de su madre.

–Un casamiento contigo expondría a mi clan al ridículo, y no creo que eso les gustara a mis antepasados. ¡La avispa posee su fuerza por el avispero! –La atrajo hacia él, se dejó caer hacia atrás y la estrechó firmemente.

–No tenemos por qué casarnos cristianamente.

Fanny podía percibir el sollozo reprimido de su madre y se preguntó por qué Saherero no parecía notar las energías que le estaba costando a su madre esa conversación.

–Incluso si se diera ese caso, no puedes ser mi esposa principal.

–¿Por qué no? –Luise se apartó de él, lo miró con sus grandes ojos brillantes y se mordió el labio inferior.

–Porque ya tengo una esposa y porque eres blanca.

–¿Que ya tienes una esposa? –La voz de Luise se quebró, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ella intentó quitárselas parpadeando–. ¿Y qué sucede con nuestro hijo? –preguntó con voz apagada. Se llevó una mano a la boca para evitar que se le escaparan palabras de las que podría luego arrepentirse.

–Si encaja con nosotros, puedo quedármelo.

Fanny respiró hondo al ser consciente de lo que su padre quería decir con esas palabras. Si el color de la piel encajaba, entonces... ¿Fue ese el motivo por el que su madre no la quiso con ella? «Yo no entregaré a mi hija –pensó ella–, yo no, bajo ningún concepto.»

–¿Y si nuestro hijo se parece a mí o a un bastardo?

–Soy un *mukuru*, eso no funcionaría. El ser humano tiene ciertamente dos piernas, pero solo puede caminar por una senda. Y mi senda como sacerdote máximo está ya marcada y clara.

«El ser humano solo puede caminar por una senda», repitió Fanny para sus adentros, y se incorporó de repente. ¿Qué cosas se le ocurrían a su padre? ¿Cómo podía estar hablándole así a su madre? Avanzó hasta el borde de la roca.

–¡Las cosas no funcionan así! –gritó ella–. ¡También un *mukuru* tiene que saber lo que hace! – Pero sus palabras no llegaron a los dos de la conversación. Era como si ella no estuviera allí. Y entonces se percató de que ni siquiera había nacido en ese momento.

Luise se enjugó las lágrimas de los ojos y respiró hondo.

–¿Y si mi hijo y yo trajéramos trescientas vacas al *mukuru*?

–Bien, eso estaría muy bien, pero la criatura tendría que encajar, sin embargo, en nuestra hoguera sagrada.

–Estoy segura de que nuestra criatura será tan negra como su padre.

Fanny oscilaba entre la risa y el llanto, se movía de un lado a otro de la roca. Su madre había errado a fondo, exactamente igual que ella misma.

Luise carraspeó y se soltó del abrazo de Saherero.

–Regresaré con nuestra criatura y con trescientas vacas. ¿Me tomarás entonces por esposa?

–Sí, entonces te tendré libre la cabaña a mi izquierda.

–Te lo agradezco. –Luise respiró hondo mientras seguían deslizándose algunas lágrimas por su mejilla, que Saherero vio y le enjugó con un gesto negativo de la cabeza.

–*Ondangi osengi*. Mi padre me enseñó que decir «gracias» es lo mismo que maldecir. Nosotros damos sin esperar las gracias.

–Yo no espero ningún agradecimiento, pero quiero –Luise carraspeó y su tono se hizo más firme– que sellemos nuestro acuerdo.

«Una buena idea –pensó Fanny–, eso es razonable», le pareció a ella.

–¿No te fías de mí?

–Sí, claro, pero todos nos olvidamos tan rápidamente de las cosas, y yo no sé cuánto tiempo necesitaré para reunir trescientas vacas.

Luise extrajo un rosario del bolsillo de su delantal.

Fanny profirió un fuerte suspiro. El rosario, además de la cruz de plata, se componía de gruesos abalorios rojos con forma de granos de granada, pero las restantes cuarenta cuentas eran las del brillo funesto, los malditos abalorios que seguían existiendo en el mundo.

Luise contempló el rosario, hizo un esfuerzo y lo desgarró.

–¡No! –exclamó Fanny–. ¡No lo hagas, no hagas eso, no! –Gritó todo lo fuerte que pudo, pero su madre no la oía. Luise entregó a Saherero diez cuentas de su rosario, y a continuación le pidió diez abalorios que llevaba al cuello en una cinta de cuero. Eran abalorios amarillos, con modelos oscuros, siete de los cuales habían conformado la pulsera de Fanny.

Saherero titubeó un buen rato.

–Las perlas *bodom* son sagradas. Estas once de aquí son de mi hermano por parte de mi madre. Tuve que prometerle que no me desharía de ellas y que al morir me enterraran con tres de ellas. Solo los reyes y los magos pueden llevarlas. No, no solo les está permitido, sino que tienen que llevarlas por obligación para protegerse de los espíritus celosos. Sin embargo, yo voy a demostrarte lo fuerte que es mi amor hacia ti, y por ello voy a darte todas menos tres. Espero que te protejan tan bien como han hecho conmigo. –Besó cada una de las perlas antes de entregárselas.

–Esas estrellitas brillan siempre –murmuró en un tono insistente– al ponerse el gran sol. Que te protejan esas estrellitas.

Finalmente ensartó las diez cuentas de vidrio malditas junto a los restantes tres abalorios. Luego besó a Luise apasionadamente en la boca. Durante un rato largo no dejaron de besarse, de arrimarse cariñosamente el uno al otro y de fusionar sus cuerpos.

Turbada y conmovida, Fanny dirigió la vista desde sus padres al abrevadero, donde una manada de jóvenes facóqueros estaba echando de allí a los demás animales despiadadamente.

En ninguna de las tramas que se había imaginado ella en el convento durante muchísimas noches aparecía su madre tan joven ni tampoco su padre era un herero. Y jamás se habría imaginado que sentiría compasión por su madre. Sin embargo, estaba realmente claro que Saherero no la amaba tanto como Luise a él. Y eso, Fanny lo tenía muy claro, se debía con toda seguridad a las malditas cuentas de vidrio.

Las rocas por debajo de Fanny comenzaron a oscilar. Fuera de sí por el miedo, ella se dirigió a trancas y barrancas hasta el tronco del árbol y se sujetó a él con todas sus fuerzas. Sin embargo, sintió que se movía de un lado para otro y de repente también de arriba abajo. Le entró un mareo y cerró los ojos.

Cuando Fanny volvió a abrirlos, estaba abrazando el mástil de un barco y era de día. Alrededor de ella deambulaban por la cubierta algunas damas de prendas muy ceñidas, largos vestidos blancos de encaje y grandes sombreros de paja, pero nadie parecía poder verla.

Directamente frente a ella, en dos tumbonas de madera, estaban echadas Luise y su madre. Luise estaba tan pálida que le brillaban por toda la piel las venas azules. Su madre le estaba hablando sin cesar, pero Luise no le daba respuestas. A pesar del embarazo seguía llevando puesto el corsé, y no podía verse ningún abultamiento en su barriga.

–Hijita, es por tu propio bien. ¿Qué vas a hacer con un bastardo a tu edad? Tú tienes toda una vida por delante. Tienes a tu criatura, se la entregamos a las monjas, y luego regresamos y te buscamos como marido a un buen misionero. Deberías dar las gracias a Dios y a tus padres por haber encontrado esta solución para ti, en lugar de estar aquí sentada con esa cara de pocos amigos. ¡Ay!, me siento un poco indisputada. Cariño, hazme el favor de traerme una taza de té.

Luise se levantó, y Fanny vio a su madre por primera vez a la luz del día. Luise estaba ciertamente pálida y tenía unas grandes ojeras negras, pero era tremendamente guapa, con los pómulos altos y claros y una naricita estrecha. Había un brillo verde y dorado en sus ojos, como una pradera alpina llena de florecitas amarillas. «No me parezco a ella lo más mínimo», pensó Fanny, y no pudo menos que pensar en Lottchen.

Siguió a Luise a la bodega del barco, que era claramente más primitivo que el que la había llevado al África del Sudoeste Alemana.

Al cabo de un rato perdió de vista a Luise, se maravilló de que la escalera fuera tan larga, porque no parecía querer acabar nunca.

Ella bajaba y bajaba. «Hace rato que debería haber llegado ya al Hades con Orfeo», pensó Fanny, y continuó descendiendo.

No se topó con Orfeo, desde luego, pero el lugar al que fue a parar tenía algo de submundo. Y es que al final de la escalera la estaba esperando, en una noche de invierno, el convento de Reutberg.

El frío penetró, mordiente, a través de las prendas de Fanny hasta los huesos. Un carruaje se detuvo frente al portón. «Mi madre», supo Fanny de inmediato. Por fin me enteraré de lo que sintió en el momento de abandonarme.

Su madre se bajó del carruaje envuelta en un abrigo oscuro de lana. Fanny pudo reconocer perfectamente la cara blanca de Luise en aquella oscuridad. En el brazo sujetaba un fardo. «Esa soy yo», pensó Fanny, y se le hizo un nudo en la garganta.

La expresión del rostro de Luise, sin lágrimas, sin lamentos, no se alteró cuando, sin titubear, depositó el fardo en el suelo frente al portón, y luego se apresuró a regresar al carruaje.

Fanny apenas podía tragar saliva. ¿Fue así de simple? ¿Ella no había significado nada para su madre, ni siquiera para que le diera un beso de despedida? ¿O ya lo había hecho en el carruaje y ahora lo que quería era alejarse de allí después de haber tomado una decisión tan difícil?

Sin embargo, poco antes de llegar al carruaje, Luise se volvió a mirar abruptamente atrás. Respiraba intensamente, cosa que Fanny podía divisar con claridad por las muchas nubecitas blancas que expelía con el aliento.

Luise regresó al lugar donde había dejado a su hija; en su rostro seguía sin detectarse ningún sentimiento reconocible. Rebuscó por debajo del abrigo, toqueteó una cadena y la extrajo. En aquel frío, su cuerpo parecía echar humo.

Luise puso la pulsera de abalorios en torno al cuello de su hija. Fanny esperó con tensión a que le acariciara la mejilla, esperó también a que a la vista de su bebé prorrumpiera en un breve sollozo, pero no sucedió nada de eso. Su madre volvió a envolver bien a su hija y volvió a depositarla sobre la tierra congelada frente al portón del convento. A continuación, corrió hasta el carruaje en donde dio la orden de partir.

A Fanny le temblaron las comisuras de la boca, pero no quería llorar. Apenas habían iniciado el trote los caballos, Luise exigió que se detuvieran. El cochero masculló enojado alguna frase sobre la volubilidad de las mujeres y detuvo los caballos. Luise se bajó de un salto del carruaje y regresó corriendo donde su hija.

El corazón de Fanny comenzó a latir con más fuerza, ahora su madre la acariciaría una última vez, le daría un beso, le diría que no tenía otra salida que esa, le confesaría algún secreto o le pediría perdón, una acción significativa.

Sin embargo, su madre no la tocó, ni siquiera la miró una última vez, no, se limitó a dar unos aldabonazos fuertes en el portón que resonaron ruidosamente en la noche, luego se dirigió a toda prisa al carruaje y exigió que la llevaran a casa a toda velocidad.

Fanny se retorció consternada, como si le hubieran propinado una patada en el estómago. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía ser posible eso? Se juró a sí misma no dejar jamás en la estacada a Lottchen, no ¡por un hombre, no por el color de su piel, por ningún motivo del mundo, jamás.

Una hoja del portón se abrió y salió afuera sor Lioba. Miró a un lado y a otro con extrañeza, y no se fijó en la criatura hasta que esta comenzó a llorar. Levantó el fardo, hizo un movimiento negativo con la cabeza y estrechó al bebé contra ella, como si se tratara de un regalo de Dios.

Fanny reprimió un sollozo. Quería regresar donde su hija, quería dejar de mirar aquella escena, tenía que correr, tenía que hacer algo para escapar de ese dolor en su pecho, para poder volver a pensar con claridad.

En sus oídos resonaban una y otra vez las oraciones que había pronunciado todos los días en el convento. Y entre ellas oía la aguda voz de Seraphina, que en voz alta y clara decía «amén», «amén, amén».

Comenzó a nevar, pero eso no molestaba a Fanny, corría como si en ello le fuera la vida, quería marcharse de allí, marcharse de allí. Sin embargo, por mucho que corriera ella sabía que su viaje no había llegado todavía a su fin.

Zahaboo no le permitió regresar todavía. Fanny pasó por innumerables barrios portuarios, en donde se sucedía una mugrienta tasca tras otra, y una y otra vez descubría a través de los huecos de las ventanas en los muros a su madre, que trabajaba como camarera para ganar dinero.

«Las trescientas vacas, se lo tomó realmente en serio», pensó Fanny, y recordó el fardo tirado frente al convento.

Siguió a su madre por innumerables pensiones de mala muerte, en las que guardaba el dinero ganado en un baúl de viaje debajo de la cama, y la acompañaba luego en su búsqueda de un mecenas que le pagara el pasaje al África del Sudoeste Alemana.

Luise seguía llevando las cuentas del rosario destrozado junto con las perlas *bodom* que le había dado Saherero y que ella besaba cada noche como una reliquia.

«¡Tira las otras cuentas! –quería gritarle Fanny–, tíralas», pero entonces su madre se encontraba ya en el África del Sudoeste Alemana.

Aquí tuvo que enterarse Luise de que todavía no le llegaba el dinero para las trescientas vacas, por eso pidió trabajo como ama de llaves en la casa de Pete Random en Keetmanshoop, cuya mujer acababa de fallecer víctima de la malaria. Luise le sacaba una cabeza de altura a aquel hombre bajito con una barba larga, razón por la cual no sintió temor de que pudiera molestarla. Por la casa grande que poseía lo consideraba un tratante de ganado respetable y rico y le confió que en cuanto reuniera el dinero suficiente quería comprar vacas para la misión de su padre y llevarlas allí. Él le prometió ayuda y le aseguró que él era el hombre adecuado para protegerla de todos los canallas que corrían por esas tierras. Y Luise le creyó.

Todo había sucedido de una manera tan vertiginosa que Fanny no se había dado cuenta de que aquel edificio en el que vivía ahora su madre le resultaba familiar. Esa gran veranda cubierta con las columnas, los dos árboles espina de camello a derecha e izquierda, la consulta adicional, el establo de los corderos, el gallinero, allí donde ella había estado viviendo con Ludwig hasta hacía unos pocos días. De pronto volvió a recordar lo que Ludwig le había contado sobre el anterior propietario: lo habían asesinado.

Pete Random preguntó a Luise cuánto dinero tenía ya reunido, y afirmó que por esa suma iban a darle a él las vacas. Tomó el dinero de ella, se dirigió a Mariental, a casa de un comerciante de ganado, y regresó efectivamente con las trescientas vacas. Sin embargo, ya había estampado en ellas su marca de fuego.

Cuando Luise protestó, él la sacó de la casa con su fusil, le arrojó una maleta con ropa y le aconsejó que no volviera a poner un pie en sus tierras porque de lo contrario la mataría de un disparo. Además, nadie creería su historia porque nadie sabía que ella tuviera tanto dinero.

Fanny cerró los ojos. También su madre había tenido que huir de esa casa. «Zahaboo, ya es suficiente –pensó–. De verdad, es suficiente ya. Quiero regresar con mi hija, pon fin a esta maldición. Procura simplemente que no pueda alcanzarle nada de esa maldición a Lottchen.»

Cuando Fanny volvió a abrir los ojos henchida de esperanza, su mirada seguía clavada en la

veranda de la granja, pero en los árboles a derecha e izquierda, en donde hacía un momento había flores, ahora colgaban ya frutos.

Pete Random estaba comiendo gachas, salchichitas y huevos revueltos en la veranda y de tanto en tanto arrojaba un trocito de salchicha a su galgo. Las orejas del animal se movían continuamente, luego el perro se ponía a correr de un lado a otro de la terraza hasta que su dueño lo llamaba enfadado.

–¡*King Size*, tranquilízate, siéntate! ¿Qué tendrá ahora este chucho? –Pete se inclinó bastante hacia delante y pescó uno de los periódicos viejos del aparador. Al hacerlo, Fanny vio el revólver que llevaba metido en la pretina del pantalón.

Tomó un sorbo más de té, eructó y hojeó las necrológicas, que leía primero siempre con gran satisfacción. Él vivía mientras los del periódico estaban ya muertos.

El ruido al pasar las hojas era el único sonido que Fanny podía escuchar. Aunque era un día cálido y soleado, no gorjeaba ningún pájaro, ni mugía ninguna vaca, ni maullaba ningún gato, ni cacareaba ninguna gallina, ni gritaba ningún babuino, ni se oía a los criados haciendo ruido con la vajilla.

Solo el viento soplaba suavemente.

A Fanny le habría gustado salir corriendo de allí otra vez, pero le resultaba imposible, sus piernas estaban paralizadas, estaba allí como si hubiera echado raíces.

De pronto oyó un cuchicheo. Entonces se percató de la presencia de Saherero y de su madre, que se habían acercado a hurtadillas hasta la veranda. Saherero llevaba un fusil en las manos.

Fanny pudo ver ahora por fin a su padre a la luz del sol. Su cara era claramente alargada, la nariz, suavemente achatada, acababa en una punta muy amplia y arrojaba una sombra sobre los labios carnosos de color ciruela. Dio un beso a Luise y le dijo entre susurros:

–El miedo al peligro es más terrible que el peligro mismo. Todo va a salir bien. Esas vacas son tuyas, y hemos venido a por ellas. Si ves que eso es una injusticia y una maldad y no haces nada en su contra, entonces te conviertes en víctima, pero tú no eres ninguna víctima y te vas a convertir en mi esposa.

Al pronunciar esta última frase sonrió a Luise, luego le hizo una señal con la cabeza para que Luise permaneciera en su escondite, y se dispuso a subir con ligereza a la veranda.

Fanny se maravilló de que el perro no ladrara, al contrario, cuanto más se acercaba Saherero, más tranquilo se volvía. Cuando Saherero alcanzó el último escalón de la veranda, el perro colocó la cabeza entre las patas y aulló una vez más bajito antes de comenzar a roncar. Solo entonces siguió avanzando Saherero a hurtadillas.

Fanny contuvo la respiración y se quedó mirando completamente horrorizada en dirección a la veranda. Era más que obvio que todos los criados habían puesto pies en polvorosa, Pete y Saherero estaban solos. Una malvada premonición se apoderó de ella.

Saherero cargó el fusil, lo apuntó hacia Pete y se colocó directamente frente a él.

–¡Ahora nos vas a llevar hasta las vacas y nos vas a devolver las que son nuestras!

Pete levantó la vista, dejó el periódico en la mesa y se rió despectivamente, como si hubiera oído un chiste malo.

–Estoy tomando el té. Esta es una actividad sagrada para nosotros, los ingleses, incluso un negrata como tú tendría que haber aprendido estas cosas entretanto. –Se vertió té de la tetera en la

taza.

–Mis sagrados antepasados te aconsejan también algo a ti. Dicen que un hombre con barba no debería soplar fuego. –Saherero movió ostensiblemente el dedo índice en su fusil.

Pete volvió a reírse, entonces le lanzó a Saherero el té caliente en la cara y echó mano de su revólver en la pretina del pantalón.

Apuntó a Saherero y le descerrajó dos disparos en el pecho. La sangre manaba de las heridas de Saherero y salpicaba la veranda. En ese mismo instante chillaron todas las aves de los alrededores, se oyó el zumbido amenazador de los mosquitos, mugieron los bueyes y balaron las ovejas.

Saherero se llevó la mano al corazón, contempló con asombro la sangre en sus manos y a continuación se desplomó sobre la terraza, el fusil cayó a su lado con estrépito. El charco alrededor de él se fue haciendo cada vez más y más grande.

Las lágrimas fluían de los ojos de Fanny, todo en su interior exigía que corriera hacia su padre a salvarlo o por lo menos a forzarlo a pronunciar unas palabras de despedida, pero tenía las piernas como paralizadas.

–Por favor, Zahaboo, por favor, por favor... –susurró Fanny–. ¿Para qué disponemos de facultades mágicas si no podemos utilizarlas?

Entonces su madre salió precipitadamente de su escondite, se subió de prisa a la veranda, agarró el fusil de Saherero y apuntó sin titubear hacia Pete, que seguía manteniendo el revólver en la mano.

–Me habría asombrado también que el negrata ese hubiera venido solo. Luise, esto es ridículo, tira ese fusil al suelo, no me gusta disparar a blancos, y en absoluto a mujeres blancas.

Luise no pronunció ninguna palabra y apretó el gatillo. Sonó un disparo. Pete seguía con el gesto risueño en la cara, luego se encorvó, dio algunos tumbos y se desplomó junto a su perro, que seguía durmiendo.

Luise dejó caer el fusil al suelo como si se hubiera quemado, y se agachó al lado de Saherero, que seguía respirando. Ella recostó la cabeza de él en su regazo y le acarició suavemente la frente.

–Queridísimo, queridísimo –susurró ella–, no te puedes morir, tienes que pensar en tu clan, en tus mujeres y en tus hijos.

–Llévame de vuelta a mi gente. –Manó sangre de la boca de Saherero y goteó sobre el vestido de Luise.

–¡Chsss, queridísimo mío! Todo, lo haré todo, pero ahora debes callarte y ponerte bueno. Sin embargo, Saherero siguió hablando.

–Vigila que me entierren como a un *mukuru*, y sacrifica dos vacas por mis antepasados.

–¡Lo haré, pero por favor, no puedes morirte, no ahora que por fin podemos estar juntos!

Saherero jadeaba por el esfuerzo.

–No debería haberte entregado nunca mis perlas protectoras. He enfadado a mis antepasados. Tienes que expiar por esa acción, te lo ruego.

–Te lo prometo, pero ahora no hables más. Tranquilízate. ¡Chsss...!

Luise meció a su querido como a un niño y permaneció en esa posición incluso después de que Saherero hubiera dejado de respirar hacía mucho rato. Permaneció todo el día así hasta que un

rojo sangriento cubrió el cielo y anunció el descenso del sol en la oscuridad.

Fanny estaba cansada de todo lo que había visto y experimentado. Muchas cosas la confundían, y, sin embargo, todo se juntaba para formar una imagen clara. Pensó en las palabras del juez en Windhuk, en los recuerdos que él tenía de su esposa y que había compartido con ella, Fanny Luise. La mujer del juez había sido su madre. A él lo habían enviado a Keetmanshoop para aclarar el asesinato de Pete Random, y se había encargado de ella. Por eso Fanny le había recordado tanto a su Luise. Todo encajaba y tenía de pronto un sentido. Fanny había encontrado las respuestas que llevaba buscando toda la vida.

Y, sin embargo, se quedó con un gran peso en el corazón porque ahora sabía también que ya no conocería nunca a sus padres y que no tenía ni hermanos, ni hermanas, ni tíos, ni tías.

Fanny no deseaba ahora nada con más ansias que dormir por fin. Cayó agotada en la arena. Su cabeza topó con algo duro, extendió las manos porque estaba demasiado cansada como para erguirse, y esperó encontrar otra lágrima del sol. Sin embargo, era una gran bola de cristal transparente, con una perla *bodom* en el centro, que despedía unos destellos muy dorados y nítidos, como si estuviera iluminada por dentro. Al contemplarla se fue haciendo cada vez más y más grande y daba vueltas en torno a sí misma; deslumbró a Fanny, de modo que se vio obligada a cerrar los ojos y tapárselos con las manos. Entonces cayó por fin en un sueño profundo.

Cuando Fanny volvió a abrir los ojos, el sol la dejó deslumbrada por completo. Parpadeó y miró con cuidado a su alrededor. ¿Seguía estando todavía en su viaje en el tiempo?

Entonces oyó el llanto suave de su hija y supo que estaba de vuelta en el aquí y en el ahora. Estaba sorprendida de que después de todo lo que había vivido se sintiera descansada y fresca.

Fanny miró a ver si veía a John, pues si su hija estaba aquí, la tenía que haber traído él por fuerza. Descubrió el coche de caballos que había tomado ella en su huida.

Zahaboo se colocó entre Fanny y el sol y arrojó una sombra sobre ella. Con una sonrisa le entregó a Lotte, que estaba lloriqueando fuerte. Fanny la estrechó contra ella y la besó en la cara con tanta intensidad como si hubiera reencontrado a Lottchen inesperadamente al cabo de mucho tiempo.

Luego dirigió a Zahaboo una mirada inquisitiva. ¿Había visto Zahaboo lo mismo que ella, o había estado Fanny completamente sola mientras Zahaboo había permanecido todo el tiempo junto a la hoguera?

Su hija impidió que continuara cavilando porque a pesar de los besos de su madre estaba gritando ahora debido al hambre.

A Fanny le pareció como si viera a Lottchen realmente por primera vez. Incluso ahora que berreaba con todas sus fuerzas, era un ser tierno y diminuto. Su hija con los ojos de color azul claro, la nieta de Saherero y Luise. «Siempre estaré aquí para ti –juró–, nunca te dejaré en la estacada.»

Pegó su mejilla a la de Lottchen y sintió lo caliente y enfurecida que estaba su hija. Fanny se subió el vestido. Justo en el momento en el que daba el pecho a su hija, oyó a lo lejos ruido de herraduras y relinchos. Intercambió una mirada con Zahaboo.

–Y John Amandla está de vuelta –dijo Zahaboo tendiendo a Fanny una pesada bola del tamaño de un puño. Era la bola transparente de cristal con la gran perla *bodom* en el centro que Fanny había visto al final de su viaje en el tiempo, poco antes de quedarse dormida.

–Y esto es ahora tu poder –dijo Zahaboo–. En ella se han unido a través del fuego todas las fuerzas de tus antepasados. Utilízala con cabeza.

Así pues, en eso se habían convertido los abalorios mágicos, en una bola de cristal, similar a las que había visto Fanny alguna vez en la feria.

Mientras daba de mamar a Lottchen, contempló la bola y por primera vez desde hacía mucho tiempo se sintió perfectamente tranquila y feliz. Una y otra vez se le iban los pensamientos hacia lo que había visto. Estaba contenta de saber por fin lo que había sucedido, pero le habría gustado conocer más detalles sobre su madre. ¿Por qué había amado con tanta intensidad a Saherero, qué había encontrado en él para dejarlo todo absolutamente?

Su mirada recayó en la hoguera todavía ardiendo lentamente sin llama, y descubrió numerosos huesos dentro. Ofrendas. ¿Cuándo los había arrojado Zahaboo a la hoguera? Fanny no habría sabido decir cuánto había durado su viaje en el tiempo en realidad? ¿Una noche, dos días, tres

noches?

Un galope intenso la arrancó de sus pensamientos. John les gritó ya desde lejos:

–Tenemos a los sicarios de Ludwig ya muy cerca. Estos últimos días pude tomarles el pelo una y otra vez porque el rastreador no es tan bueno como quizás haya pensado Ludwig. Pero ahora ya los tenemos pisándonos los talones. Ya he divisado su nube de polvo.

–¿Qué vamos a hacer entonces? –preguntó Fanny a quien había retornado de golpe el desasosiego—. ¿Adónde podemos ir? John saltó de su montura, agarró las riendas e intercambió algunas frases en zulú con su madre. Como cada vez que Fanny los veía juntos, parecían estar discutiendo. Zahaboo hacía gestos negativos con la cabeza y no cedía.

John se mordió los labios con gesto de enfado.

–Mi madre cree que aquí es donde mejor está. No puede imaginarse que esos sicarios sean capaces de todo y que no vayan a darse por vencidos.

–Pero ¿adónde vamos a ir si no? No veo a lo largo y ancho de aquí ningún lugar para esconderse.

–No, la única opción que tenemos consiste en atraer a esos tipos al desierto y esperar que se extravíen.

–Si son sicarios, ¿no podemos ofrecerles lo que les han ofrecido a ellos y pagamos así nuestro rescate? –Fanny pensaba en las piedras que había encontrado en el desierto. Seguramente eran piedras preciosas de mucho valor.

John negó con la cabeza.

–Son bellacos, jugadores, hombres que matan por placer. Si se enteran de que tenemos dinero, nos lo quitarán y luego nos matarán a pesar de todo. A ti quizá te lleven a rastras hasta Ludwig, si les ha ofrecido suficiente dinero como recompensa.

Nunca, Fanny no regresaría jamás donde Ludwig. Pensó en Martha, en Grace y en Zach. «Si conseguimos escapar a los sicarios, haré todo lo posible por ayudarlos.»

–¿Así qué? ¿Qué podemos hacer? –preguntó ella.

–Como ya se ha dicho, solo hay una posibilidad: tenemos que atraer a los sicarios más adentro en el desierto, atravesar el desierto del Namib hasta el río Tsauchab, y desde allí hacia oriente. Solo así tenemos alguna posibilidad. Vamos a preparar el coche de caballos, durante los próximos días podremos viajar todavía con él, pero cerca ya de Sesriem tendremos que dejarlo atrás.

–¿Iremos a pie? –Fanny se acordó de la penosa caminata con Zahaboo y se preguntó si ella y su hija resistirían otro recorrido de ese tipo.

–Solo así podremos ascender y descender por las dunas. Nuestros perseguidores tienen caballos, pero también se verán obligados a dejarlos atrás.

–No tenemos suficiente agua... –Fanny se miró el pie y se preguntó si la herida de la mordedura estaba realmente bien curada como para una marcha prolongada por el desierto.

–Mi madre y yo conocemos todas las aguadas. Pero vamos, tenemos que darnos prisa, ¿o quieres que te conduzcan de nuevo ante Ludwig?

–¡No! No quiero volver a verlo nunca más y quiero olvidarme para siempre de ese matrimonio.

John levantó una ceja, pero no dijo nada y comenzó a reunir las pocas cosas que estaban junto al fuego extinto y a llevarlas al coche de caballos. Eran algunas calabazas llenas de *amasi*,

calabazas de agua y un saco de Zahaboo.

Fanny y Zahaboo se sentaron con Lottchen en el coche, Zahaboo profirió sus gritos de arreo, y los caballos se pusieron a trotar. John los acompañaba montado en su caballo y al mismo tiempo acuciaba a aquellos animales de tiro. Fanny constató aliviada lo rápido que avanzaban; a ese ritmo conseguirían con toda seguridad escapar de sus perseguidores. Esos hombres no podían saber tanto sobre el desierto como John y su madre porque no habían nacido ni se habían criado allí.

Los ánimos de Fanny se hundían con cada día, con cada hora que pasaba en aquel periplo. En los últimos ocho días, el sol había teñido prácticamente de blanco el vestido de color amarillo pálido, tenía fuertemente enrojecida la piel de la cara y de las manos, con ampollas. Los labios se le habían agrietado porque se pasaba la lengua continuamente por ellos para humedecerlos, lo cual empeoraba todo aún más. No había vuelto a bañarse desde el comienzo de su huida. Se sentía todavía horriblemente pegajosa desde el parto, y temía que pudiera enfermar como consecuencia de la falta de higiene.

Cada fibra de su cuerpo suspiraba por agua, y era un misterio para ella de dónde le venía todavía leche para su hija que, a pesar de las circunstancias, parecía encontrarse bien. Lloraba mucho menos que al comienzo de la huida y dormía mucho.

Durante una semana entera habían conseguido despistar a sus perseguidores, y les habían tomado la delantera, pero en los últimos días les habían recortado esa ventaja, al principio imperceptiblemente, luego con mayor claridad, y ahora los tenían pegados a los talones, justamente ahora que habían alcanzado por fin el cauce del río Tsauchab. El Tsauchab estaba absolutamente seco, y también la última aguada la habían encontrado sequísima.

Por ese motivo, Zahaboo insistió en realizar con Fanny un ritual de magia para atraer la lluvia. John discutió vivamente con su madre al respecto, pero ella le recordó que sin agua estaban perdidos, incluso si conseguían deshacerse de sus perseguidores.

A John le costó dar su brazo a torcer porque estaba convencido de que era más inteligente agrandar la ventaja respecto de sus perseguidores primero y ocuparse del problema del agua después, pero su madre permaneció inflexible.

Él ya no era la persona equilibrada de siempre, y Fanny podía contemplar cómo padecía los estragos del calor. Su rostro producía un efecto escuálido, y también él, pese a su piel de color castaño claro, tenía ampollas por todas partes y zonas enrojecidas e inflamadas. Solo Zahaboo parecía completamente inalterable y reposada, como si esa caminata por el desierto fuera un paseo y no la huida ante una amenaza de muerte.

Después de que John diera finalmente su aprobación, Fanny ascendió con Zahaboo una de aquellas gigantescas dunas de color rojo dorado y con forma de estrella. Esa subida consumió las últimas fuerzas de Fanny.

Cuando finalmente llegaron arriba sin aliento y con todo el cuerpo temblándoles, Fanny tragó saliva con dificultad ante el panorama infinito de todas aquellas dunas de arena de brillo cobrizo. Estaban rodeados, atrapados en un mar de arena roja. Pero no solo esto. También divisó desde allá arriba a los perseguidores que venían avanzando desde atrás, y el cauce reseco del Tsauchab frente a ellas, que en la época de lluvias debía llevar al menos algo de agua. Serpenteaba por entre las dunas cobrizas del desierto, escamoso y seco como la piel de la muda de una serpiente. De tanto en tanto aparecía un árbol en el cauce, lo cual le parecía a Fanny algo tan irreal como las manchas de color de un pintor enloquecido.

Zahaboo no habló mucho y solo le dio a entender mediante gestos lo que debía hacer. En primer lugar, Fanny tenía que encender de nuevo una hoguera; a continuación, tenía que sacar del saco de Zahaboo y arrojar a la arena los *amathambo*, unos dados mágicos confeccionados a partir de huesos, trozos de concha y abalorios, o simplemente pedazos de roca. Después tenía que cerrar los ojos y arrojar también la bola grande de cristal.

Zahaboo no quedaba contenta y obligó a Fanny a repetir continuamente los lanzamientos, lo que no hacía sino poner a Fanny cada vez más nerviosa porque sabía que John las estaba esperando y que los perseguidores estaban cada vez más cerca.

Le pareció estar tirando una eternidad entera los dados y la bola de cristal, hasta que Zahaboo asintió por fin satisfecha y entonces se puso a hablar a los espíritus.

En el momento en que de la calabaza surgieron unos sonidos cantarines, Zahaboo tocó todos los dados con su pluma de cuerno blanco y con la cola de ñu.

A continuación, exhortó a Fanny a que caminara detrás de ella con su bola de cristal alrededor de la hoguera, y Fanny se sintió ridícula porque el cielo continuaba despejado y azul y no había manera de divisar una sola nube en él. Tenía más miedo de los perseguidores que confianza en las artes mágicas para hacer llover de Zahaboo. Aunque Zahaboo la había enviado a un fantástico viaje en el tiempo, a Fanny le parecía imposible hacer llover a través de la magia.

Sin embargo, Zahaboo le dirigió una sonrisa como si supiera exactamente qué estaba pasando por la cabeza de Fanny en esos momentos, luego se puso a cantar y a bailar alrededor de la hoguera, cada vez más y más rápido y durante mucho rato, hasta que cayó desplomada.

Fanny quiso ponerse en pie de un salto y ayudarla, pero las piernas no se le movieron ni un milímetro. Fanny no pudo levantarse de nuevo hasta que Zahaboo abrió los ojos.

Zahaboo tenía puesta la mirada hacia oriente, extendió los brazos y dijo:

–*Imvula enzima*, y lluvia fuerte caerá del cielo.

A continuación descendieron, pero para el ritual habían pasado ya varias horas, unas horas que los perseguidores habían ganado a su favor.

Ahora se encontraban ya en el cauce del río Tsauchab.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Fanny, y como después de aquel esfuerzo ella se encontraba todavía más reseca que antes, la lengua se le quedaba pegada al paladar. Tenía arena por todas partes, entre los dientes, en las orejas, en cada arruga de la piel. Estaba cansada, muy cansada, y cada vez que contemplaba a John se sentía aún peor. El cutis de él estaba terso sobre las mejillas enflaquecidas, y la barba brillaba blanca sobre la piel morena. Nunca le dirigía ni una sola palabra cariñosa. En lugar de eso las hacía avanzar todo el día; en las horas del mediodía y de la noche caían todos en un sueño inquieto, sin imágenes oníricas, del que despertaban todavía exhaustos.

–Ya no nos queda agua. –Su voz sonó como si estuviera borracha, por lo pesada y gruesa que tenía Fanny la lengua debido a la sed–. Sigue sin llover, y ya casi hasta puedo oler a los sicarios. Señaló con un dedo acusador el río muerto, luego miró al cielo, que seguía teniendo una tonalidad azul y una claridad crueles. No se veía ninguna nube, tan solo la gruesa polvareda de sus perseguidores que se les estaban acercando implacablemente.

–Tenemos que luchar. –John miró a su madre con rabia, luego a Fanny y a Lottchen–. Tenemos que apostarnos detrás del carruaje. Fanny, usa tú el fusil de Ludwig, yo tengo el mío, y vamos a

esperar la mejor suerte. Los he subestimado, estaba convencido de que no iban bien pertrechados y que no conseguirían mantenerse tanto tiempo a través del desierto.

Zahaboo insistió en levantar una barricada en la otra orilla del cauce del río porque allí eran claramente más elevadas sus posibilidades de salir airosos, afirmaba ella. Además, había un árbol espina de camello allí al que podían atarse los caballos.

–¿Nos dispararán así sin más de verdad? –preguntó Fanny, que no era capaz de imaginarse esa situación–. ¿No podemos hablar con ellos, negociar?

–Lo dudo. Seguramente estarán muy furiosos por no haber podido dar con nosotros mucho antes. No hablarán, ¿para qué iban a hacerlo? Primero me matarán a mí, luego os violarán a las dos, matarán a la pequeña y a mi madre y a ti te llevarán ante Ludwig. Y en ese viaje se desahogarán contigo con frecuencia. ¡Por eso tenemos que derrotarlos! –John se mordió los labios resecos y reventados.

–¿Cómo sabes tú que va a ser así? –«Seguro que está exagerando, por qué iban a ser tan crueles, es imposible que Ludwig les haya pagado para eso», pensó.

John titubeó y esquivó la mirada de ella. Entonces hizo de tripas corazón y se esforzó por hablar.

–Hermann dirige a esos sicarios.

–¡Hermann! –Fanny estrechó a su hija contra ella desencajada por el espanto–. Ese me odia, se vengará de mí. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Habría renunciado a todas las pausas y habría caminado más rápidamente.

–Quería que pudieras dormir al menos. Vamos, ayúdame, tenemos que volcar el carruaje para poder utilizarlo de escudo protector.

Fanny entregó a Lottchen a Zahaboo, desenjaezó los caballos, los ató al único árbol que había a lo ancho y largo de aquel secarral inmenso, y se apostó junto a John para volcar el coche. Emplearon todas sus fuerzas, pero necesitaron tres intentos hasta que finalmente cedió produciendo un intenso estampido. Y todo ese tiempo estuvieron oyendo el sonido del trote de herraduras de caballos que se iban acercando imparables.

Cuando los sicarios estuvieron al alcance de la vista, Fanny reconoció a Hermann, que cabalgaba a la cabeza, junto con tres hombres más. Producían una impresión de menor desgaste por ese largo viaje por el desierto que Fanny y sus compañeros de fatigas, lo cual se debía sin duda a que llevaban consigo tres caballos de carga con agua, armas y munición. De todas maneras, Hermann no había conseguido mantener en forma su bigote estilo emperador Guillermo, de modo que solo una mata flácida de pelo rubio tapaba sus labios de pez, y este detalle, aunque fuera ridículo e insignificante, deparó una chispa de esperanza a Fanny.

Los sicarios cabalgaban por el cauce seco del río en dirección a ellos y se detuvieron a unos veinte metros de su carruaje volcado.

–¡Estáis en una ratonera! –exclamó Hermann con júbilo–. Señorísima –su voz goteaba las babas de una satisfacción maliciosa–, ya no tiene sentido, salid todos. Estoy encantado de volver a ver por fin a la puta que se hizo pasar por Charlotte von Gehring. Y ya me he imaginado la escena con todos los detalles sobre lo que vamos a hacer con ella para celebrarlo. Porque, a decir verdad, ¡queremos conocerla como es debido! –Hermann soltó una carcajada sonora, y sus hombres le corearon expresando su conformidad.

Fanny percibió cómo su cuerpo iba reuniendo sus restantes fuerzas dispersas. Jamás se entregaría a ese repugnante hijo de perra. Prefería morir antes que eso, pero ahí estaba Lottchen también, así que tenía que ser prudente.

–Tenemos munición para dar y regalar, pero no queremos malgastarla, y además no somos monstruos. Así que entregaos ahora mismo y no tendrá que morir nadie.

«¡Qué mentiroso ese Hermann!» Fanny se acordó de lo que les había hecho a Martha y a Grace, y su odio creció a la vista de sus ridículas mentiras.

–Te voy a hacer una oferta, furcia. Nos entregas al padre de tu mocosa ahora mismo, y dejaré a tu hija con vida.

–Franziska –susurró John–, si pudiera salvaros sacrificando mi vida, estaría dispuesto a hacerlo. Pero es que se trata simplemente de una trampa, harán exactamente lo que ya te he dicho. Yo soy su oponente más fuerte, con vosotras lo tienen más fácil.

–Lo sé –dijo Fanny–, conozco a Hermann, por eso vamos a luchar. Ganaremos o moriremos juntos.

Fanny hizo de tripas corazón, respiró hondo, apuntó con el fusil y disparó un tiro sin advertir a Hermann. «No matarás –pensó ella–, pero ¿qué voy a hacer si no, morir voluntariamente?»

Su disparo rozó la oreja izquierda de Hermann. Estupefacto, Hermann se llevó una mano a la cabeza y cuando vio la sangre, vociferó con rabia:

–¡Al ataque!

Sus hombres saltaron de las monturas y buscaron dónde ponerse a cubierto, lo cual era una tarea difícil porque no podían hacer otra cosa que esconderse tras los caballos. Y si los sacrificaban, no podrían volver a salir de aquel infierno de arena.

La bala de John falló también su objetivo y fue a parar a una de las grandes calabazas de agua a lomos de uno de los caballos de carga. De inmediato salió el chorro de agua por el agujero. A la vista de aquella agua clara que se perdía absurdamente en la arena, Fanny tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no salir corriendo a beber.

–¿Cuántas balas te quedan? –preguntó John.

–Una, ¿y a ti?

–Solo dos.

Fanny se enfadó de no haber apuntado con más cuidado, tendría que haber herido ya mortalmente a Hermann.

Lottchen gimoteaba; Fanny se volvió a mirarla y se tranquilizó al ver a su hija en brazos de Zahaboo, que estaba susurrándole unas frases en voz baja. ¿Cuánto tiempo podrían resistir así? Tenían que poner enseguida un punto final a esa situación, pero ¿cómo hacerlo sin apenas munición? «Estamos perdidos», susurró una voz en la cabeza de Fanny, pero ella se negó a prestarle oídos.

Una lluvia de balas se estrelló contra el carruaje y acribilló su escudo protector. Fanny disparó con toda su rabia y acertó en el caballo detrás del cual estaba atrincherado Hermann.

–¡Maldita sea! –Lo sintió por el caballo, el disparo tendría que haber acertado en Hermann. Ya no le quedaba ninguna bala. John apuntó y acertó en el antebrazo de un sicario que había osado acercarse por el cauce del río. Dejó caer el fusil retorciéndose de dolor y corrió hacia uno de los caballos para ponerse a cubierto. Eso llenó a Fanny de una gran satisfacción. Pero ahora les

quedaba tan solo una bala. En cuanto los sicarios se apercebieran de que ya no les quedaba munición, se precipitarían sobre ellos y entonces todo habría acabado.

–Con la última –cuchicheó John– voy a liquidar a Hermann, los demás no sabrán qué hacer sin él, ni siquiera se encontrarán la lanza cuando vayan a mear en la oscuridad.

Fanny no había oído nunca hablar así a John, pero no le molestó, al contrario, esperó que estuviera en lo cierto.

Zahaboo rozó el hombro de Fanny.

–Ahora, no –dijo Fanny retirándole la mano.

–Yo voy a hacer que salga Hermann, y tú le disparas –dijo Fanny a John sin esperar respuesta.

–¡Hermann! –vociferó con la garganta reseca–. ¡Desistid! No tenéis dónde ponerlos a cubierto, ¿o queréis que os matemos a todos los caballos? ¿Cómo vais a regresar entonces, eh?

–Tenemos agua y armas, pero lo que más nos ponen son las titis, y vais a sangrar peor que por esta herida –dijo tocándose la oreja y girando la mano ensangrentada por los aires.

–¡Ese cerdo! –John dio un puñetazo duro contra el carruaje–. Voy a matarlo, solo tenemos esa vía.

En ese momento, Zahaboo volvió a poner con insistencia su mano sobre el hombro de Fanny y luego sobre el de John.

–¡Oíd! –dijo ella mientras acariciaba con una sonrisa la espalda de Lottchen.

Fanny se concentró, y también ella lo oyó. Era el estruendo de un trueno lejano. Una breve mirada al cielo le hizo ver que no podía tratarse de ninguna tormenta porque no había nubes en el cielo, ni siquiera una.

John se quedó petrificado; luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Zahaboo tiene razón, tenemos que irnos de aquí, y ahora mismo, ¡vamos, vamos, vamos! –Tiró de Fanny y tomó a Lottchen en brazos quitándosela a Zahaboo.

–Si salimos de este parapeto, nos van a acribillar a balazos.

–Ahora ya no, créeme. ¡Ocúpate de nuestros caballos!

Los truenos se volvieron más estruendosos al tiempo que se oía aproximarse un zumbido intenso, cosa que no pasó desapercibida a los sicarios.

No venía de arriba, reconoció Fanny mientras desataba a toda prisa los caballos. Ese zumbido pasó a sonar de pronto como un borboteo, y venía de abajo, de la parte de oriente. Se volvió a mirar y entonces vio aquella gigantesca riada marrón que venía hacia ellos rodando estrepitosamente por el cauce del río a una velocidad de vértigo.

Corrió todo lo rápido que pudo, corrió por su vida. John la adelantó con Lottchen en brazos, le agarró la mano que tenía libre y tiró de ella hacia delante.

–¡Más rápido, vamos, más rápido! –ordenaba sin resuello–. ¡Por favor, Franziska, corre! Adelantaron a Zahaboo, a quien Fanny agarró con la otra mano, y así siguieron avanzando los tres, de la mano, sin parar. Oyeron los gritos de los sicarios, los relinchos de los caballos y luego tan solo el estruendo del agua.

Finalmente se detuvo John entre jadeos.

–¡Lo hemos conseguido! El río no parece que vaya a desbordarse, al menos por el momento.

Los tres se volvieron a mirar. En donde hacía solo unos pocos minutos había habido un cauce

seco de un río, fluía ahora una corriente de color marrón grisácea a una gran velocidad. No se divisaba nada de los hombres ni de sus caballos. Sin hablar caminaron los tres de vuelta hasta la orilla.

–¿Cómo es posible? –preguntó Fanny–. No llueve. ¿De dónde viene toda esta agua?

–Es época de lluvias –dijo John con una sonrisa–. Debe de haber llovido muy fuerte en otra parte, y entonces se llenan en segundos los cauces secos con esas aguas.

Fanny miró a Zahaboo, que estaba dirigiéndole una sonrisa triunfal, pero no dijo palabra.

–En otro tiempo, el Tsauchab llegaba todavía al Atlántico, como el Kuiseb. Casi parece que va a conseguirlo esta vez... –John se frotó las manos y por primera vez en muchos días parecía feliz.

–Así que no vamos a morirnos de sed. –Fanny sintió una necesidad incontrolable de arrojarse al agua y dejarse llevar simplemente por ella, beber por fin hasta saciarse y luego lavarse. Se volvió a mirar el carruaje, pero no pudo verlo por ninguna parte. La riada debió de llevárselo por delante.

Zahaboo había colgado algunas bolsas y las calabazas con *amasi* en lo alto del árbol, y ahora estaba recogiendo con calma y colocándoselas en bandolera.

Luego profirió algunas de sus exclamaciones arrieras y se puso a buscar con la vista a los caballos, como si fueran a proseguir camino de inmediato.

–¿No podemos quedarnos aquí, beber agua y dormir ahora que ya no debemos tener miedo de nuestros perseguidores? –«Me da lo mismo la respuesta», pensó Fanny, «yo de aquí no me muevo ni un paso».

John negó con la cabeza.

–No, no sabemos si el Tsauchab acabará desbordándose o no. Este no es un lugar seguro, tenemos que seguir un tramo más hasta Sossusvlei. Allí, el río desemboca en un lago rodeado de grandes dunas. Solo allí estaremos a salvo.

Fanny iba a replicar, pero entonces pensó en la monstruosa riada que acababa de presenciar y supo que John estaba en lo cierto. Rechinando los dientes se tragó todas las protestas y siguió caminando a trancas y barrancas.

Ya era de noche cuando llegaron a Sossusvlei. El camino a orillas del río resultó ser mucho menos fatigoso de lo que Fanny se había temido; no obstante, se puso contenta cuando finalmente alcanzaron el lago a la luz flameante del atardecer, que destellaba hacia ellos entre las dunas como si fuera algo irreal, un espejismo.

Algunos árboles espina de camello bordeaban la otra orilla del lago; allí fue donde instalaron el campamento.

Zahaboo explicó a su hijo que tenía algo que hacer todavía, algo para lo que debía estar ella a solas. Metió un poco de agua en un odre. Primero bebió ella, luego repitió la operación y se lo tendió a Fanny. Le aconsejó que se esperara a que la arena se hubiera acabado de depositar en el fondo, porque el agua estaba mezclada con la arena del desierto que había ido acarreado el río por el cauce. Luego saludó con la cabeza a todos y se fue de allí.

–Va a subirse al Umama para hablar desde allí con los antepasados y darles las gracias por el agua –explicó John, y le señaló con el dedo una duna especialmente elevada de color rosado y cobrizo.

–¿De dónde saca tu madre esa energía? –preguntó Fanny, que no habría podido caminar ni un solo metro más. Le temblaban las piernas, y el estómago se le contraía constantemente como si no pudiera creerse que ella no le hubiera dado todavía nada de comer. Se dejó caer en la arena, y John se sentó a su lado con Lottchen en brazos.

–Carga con una vida dura a sus espaldas, y no olvida –dijo John con una sonrisa– que ella es una *inyanga*, y que pueden alimentarse de la luz de la luna.

–¿Por qué ha sido dura su vida?

–Nació en el este de Sudáfrica como princesa zulú, pero su tribu la expulsó porque creían que se había entregado a la magia negra. Entonces conoció a mi padre, que se enamoró de ella y se mudaron los dos desde Sudáfrica hasta el África del Sudoeste Alemana, en donde ella no fue aceptada ni por otros blancos ni por los herero, ni por los nama. Pero los dos se amaban tanto que asumieron su situación. Su granja fue haciéndose cada vez más y más grande y mi padre, cada vez más y más acomodado. –John mostró los dientes en una sonrisa burlona–. Y eso fastidiaba a los vecinos alemanes, a quienes les habría gustado que Dios castigara aquella unión pecaminosa con enfermedades y miseria. Sin embargo, cuando murió mi padre tuvimos que dejar la hacienda porque sus parientes blancos impugnaron su testamento y se la quedaron toda para ellos. A nosotros no nos dejaron nada.

Por eso, mi madre se mudó más al norte, a la tribu de los ovaherero, en donde, de una manera completamente inesperada, volvió a enamorarse de Kahitjene, el hermano pequeño de Saherero. Pero entonces asesinaron a Saherero porque había estado con una blanca.

Saherero y una blanca. Tenía que estar refiriéndose a Luise. John no podía saber que estaba hablando de su madre.

–No hicieron responsable a su verdadero asesino por la muerte de Saherero, sino que se le

atribuyó a las artes mágicas de mi madre, y de esta forma tuvo que abandonar de nuevo un *kraal* para salvar su vida.

Fanny dirigió la vista a Zahaboo, que seguía ascendiendo la empinada duna sin pausa, erguida y con la cabeza bien alta, invulnerable y majestuosa como una diosa en el camino al Olimpo. Fanny tenía ahora clarísimo que Zahaboo le había visto los abalorios a Saherero, el hermano de su amadísimo y padre de Fanny. Qué sencillo sonaba eso y a la vez qué confuso.

Lottchen se despertó y gimoteaba por el hambre. Fanny dio el pecho a su hija y acarició su tierna cabecita. ¡Qué milagro que ese diminuto ser hubiera resistido todas aquellas fatigas. De todas maneras, tenía que ir a un médico en Windhuk para asegurarse de que la brutalidad de Ludwig no había dejado secuelas en Lottchen.

El sol desapareció definitivamente, y el rojo dorado de las dunas se convirtió en un rosa pálido. Se volvió a mirar a John y se dio cuenta de que él la había estado observando.

–¿Y tú, dónde estuviste metido todos esos años? –preguntó ella.

–Al cumplir los diez años me mandaron al internado, en donde conocí a Ludwig. La vida allí fue una conmoción para mí porque mis padres no me habían pegado ni maltratado nunca. Sin embargo, tuve la suerte de que sabía luchar a pesar de todo.

–Ludwig me contó que tú le protegiste de los demás. ¿Por qué?

–Era un pobre diablo, los demás lo zurraban cada dos por tres, se le meaban encima y le quitaban la comida. Yo era incapaz de presenciar aquello. El internado nos convirtió a todos en monstruos.

–¿Por qué hacían eso?

John se encogió de hombros.

–Muchos no sabían hablar correctamente el alemán o el inglés, pero Ludwig, además, tartamudeaba y padecía bastante del pecho. Sus padres eran misioneros y le habían prohibido hacer todas las cosas que suelen hacer los chicos. No se había peleado nunca, no sabía escalar ni correr sin tropezar. Y tenía grandes dificultades al escribir y al leer. Ludwig solo sabía hacer una cosa bien: recitaba la Biblia de memoria, razón por la cual los demás lo apodaban el «Jesustorpe».

Fanny necesitó algunos instantes para digerir aquello. Así que el hombre que la había apalizado tan brutalmente había sido un marginado en el internado. ¡Qué triste y qué mezquino! No era de extrañar que Ludwig soñara con tener hijos varones fuertes y rubios ni que venerara a hombres como Hermann.

–Si lo protegiste, ¿por qué no os hicisteis entonces buenos amigos? Si a mí, en el convento, alguien me hubiera protegido ante Seraphina, entonces esa persona se habría granjeado mi amistad eterna.

John juntó los labios resecos.

–Las cosas no eran tan simples. Ludwig detestaba necesitar de mí, y a la vez se sentía seguro en mi compañía. Con el paso del tiempo se fue endureciendo también él y sabía defenderse él solo. Después del internado lo perdí de vista. No volvimos a vernos hasta que él acabó sus estudios y regresó soñando con tener una hacienda. No tenía a nadie en quien confiar. Otros administradores se habrían dado cuenta enseguida de que apenas tenía conocimientos sobre la cría de ganado y él no quería exponerse al ridículo, así que me contrató a pesar de su odio subliminal.

Yo representaba el mal menor porque yo conocía ya su peor parte, y si él me pagaba entonces me tenía bajo control. Su mayor temor era que yo pudiera contarle a alguien lo que le habían hecho en el internado, a él, al «Jesustorpe». Siempre tenía miedo de que no se le tomara en serio.

Eso explicaba muchas de las cosas de la conducta de Ludwig que Fanny no había entendido nunca.

–¿Por eso se buscó una esposa a través de un anuncio, una con algún defecto que tuviera que casarse en algún lugar salvaje por culpa de un escándalo público? ¿Alguna mujer de la nobleza sobre la que podía sentirse superior a pesar de todo?

John asintió con la cabeza.

–Por esas cartas me pagó bien, y al cabo de poco tiempo yo disfrutaba al escribirlas. Al principio pensaba que aquello era un engaño, pero luego, pensar en qué podía escribir a esa mujer se convirtió en la actividad culminante de cada uno de mis días. Comencé a fantasear, me imaginé que me casaría con esa mujer.

John se aproximó más a Fanny y la obligó a mirarlo a los ojos.

–Fue una absoluta locura, pero cuando aquel día te saqué de las aguas en Swakopmund y te llevé en brazos hasta la playa, supe que eras la mujer a quien había estado escribiendo, que tú eras mi mujer.

–Pero... yo no era Charlotte von Gehring, es decir, no era la mujer a quien escribías las cartas.

–Mi madre lo supo de inmediato cuando te vio por primera vez en el bosque de los árboles aloe. Descubrió la señal inyanga en tu brazo y luego los abalorios del hermano de Saherero, y por ello me advirtió en tu contra. Pero a mí me dio lo mismo, porque tú eras exactamente la mujer que yo me había imaginado mientras escribía las cartas, delicada y tierna, y, sin embargo, fuerte, guapísima pero no vanidosa, una persona inteligente y con mucha risa.

Sus palabras recorrían el cuerpo de ella como una música haciendo que bamboleara todo en ella. Él estaba tan próximo a ella que a pesar del calor podía sentir la calidez de su cuerpo.

Fanny pensó de pronto en Charlotte. Jamás se le habría ocurrido a ninguna amiga que Fanny se casara con el prometido de ella, si John no hubiera escrito aquellas cartas maravillosas.

Fanny suspiró y miró al cielo, que tenía una tonalidad gris oscura en esos momentos. Comenzaban a destellar las primeras estrellas y a reflejarse en el lago oscuro.

Ninguno de los dos pronunciaba una palabra, pero Fanny estaba segura de que él tenía en mente el cuerpo de ella igual que ella era consciente del cuerpo de él, y deseó que John la besara por fin.

¿No debía tomar un baño antes? Ella misma podía oler lo sudada y sucia que estaba.

–¿Es peligroso bañarse en el lago? –preguntó Fanny.

–Muy peligroso, hay tiburones –dijo John con una sonrisa y unos ojos fulgentes–, tiburoncitos muy pequeñitos...

Fanny no tuvo más remedio que echarse a reír.

–Así que no hay animalitos aficionados a morder, ¿verdad?

John se encogió de hombros.

–Quizás haya algunos gusanitos que perforan la piel, pero para ser sincero, me resultan completamente indiferentes. –Puso a Lottchen en brazos de Fanny, se desnudó rapidísimamente, arrojó sus cosas formando una pila y se fue corriendo al lago como un niño pequeño loco de

alegría salpicando la arena con los pies.

Fanny le siguió con la vista, luego se quitó el vestido tieso de suciedad y de sudor seco, y sacó a Lottchen de sus jirones de tela en los que estaba envuelta. «En realidad tendríamos que lavar todo esto», pensó, pero ya no se secaría y ella sabía lo increíblemente frías que habían sido las últimas noches en el desierto. Así que tendrían que volver a ponerse esas ropas después del baño a pesar de todo, y no se comprarían ropas nuevas hasta llegar a Windhuk. Entonces fue perfectamente consciente de una cosa: no necesitaban solo prendas de vestir, sino de todo, y no tenían dinero.

Pero estaban las lágrimas del sol. Se agachó hasta el montón de ropa y las buscó en los bolsillos del vestido. Esperaba no haberlas perdido en la carrera alocada para escapar de la riada.

Entonces sus dedos se toparon con la superficie fría y lisa de las piedras. Aliviada, volvió a poner el vestido en el montón de ropa y se miró abajo a la luz escasa del anochecer. Había adelgazado increíblemente, solo los pechos seguían siendo abundantes por amamantar a Lottchen, el vientre había retrocedido por completo, y los cardenales de los golpes de Ludwig habían adquirido una tonalidad amarilla y apenas se distinguían.

Tenía las manos y los brazos de color rojo y llenos de escamas, y no quería ni imaginar el aspecto de su cara.

Tomó firmemente en brazos a Lottchen y caminó descalza por la arena todavía caliente hacia el lago en el que ahora se reflejaban innumerables estrellas. «Y aunque haya miles de gusanitos – pensó Fanny–, me da lo mismo, ya es hora de lavarse.»

–Lottchen, tu primer baño –dijo a su hija–, ¡te va a encantar!

John fue a su encuentro nadando.

–No es muy profundo, lo mejor es que entréis por ahí al lado, aquí hay unos arbustos espinosos en el fondo. –Salió del agua y tomó a Lottchen en brazos, que gimoteó en señal de protesta. Se adentró con ella en el lago y la fue mojando con cuidado–. Te bautizo con el nombre de *Ikwezi*, el lucero del alba... Este nombre encaja contigo perfectamente.

Fanny pudo oír cómo el lloriqueo de Lottchen se convertía en un barboteo de felicidad. Contempló a los dos con una sonrisa ancha en el rostro.

Ella acababa de ver a John solo por detrás, y había sido tan rápido que no le había dado tiempo realmente a percibir su cuerpo, pero ahora lo tenía de frente, con Lottchen en brazos. Y lo que vio hizo que hormigueara todo en ella. Se aproximó a él, pero también deseaba contemplarlo, saciarse de mirarlo.

La cara enflaquecida de él la había engañado, su cuerpo no consistía únicamente en piel y huesos. Sobre el bíceps de bóveda intensa del brazo derecho de él estaba acurrucada la diminuta hija de ella, pegada contra su pecho liso. Cada vez que mecía de un lado a otro a la pequeña, se dibujaban las gruesas líneas de sus músculos bajo la piel, y a Fanny le recordaban las teclas de un piano que se movían arriba y abajo como por una mano mágica, y desataban en ella el urgente deseo de tocarlas, de interpretar una canción con ellas. Desgraciadamente, el agua tapaba a John de talle para abajo.

Sus miradas se encontraron, y ella fue consciente de pronto de que él la estaba mirando fijamente igual que ella a él. La piel de ella brillaba justamente en esa hora del crepúsculo. ¿Qué pasaría si él no la encontraba bella? Involuntariamente echó los hombros hacia atrás de modo que

destacaran sus pechos, y se soltó el pelo, que cayó por su espalda hasta la cintura. Al agitarlo resbalaba la arena abajo. Al agua, tenía que ir por fin al agua, y llegar hasta él.

Sus ojos se encontraron, él fue a su encuentro, y con cada paso que daba él saliendo del agua, le iba gustando cada vez más. Cuando estuvo frente a ella, le tendió la mano, que ella se apresuró a agarrar con gusto, él tiró de ella con ímpetu hacia él sin soltar a Lottchen, y estrechó a Fanny contra él. Ella respiró hondo, él estaba mojado y frío, pero ella sabía perfectamente que esos escalofríos que recorrían su cuerpo no se debían a eso. Ella se pegó más a él, y entonces sus labios ásperos y reseco se encontraron en un beso que fue completamente diferente del beso aquel en el huerto.

John exploraba su boca sin trabas y con furia, y suspiró ligeramente. Fanny replicó a su beso con pasión, y entonces se soltó de él y corrió hacia el agua; de pronto había sentido miedo de eso que corría a toda velocidad por su cuerpo y que no había sentido jamás con Ludwig.

John se rio suavemente y se precipitó tras ella.

El agua se le pegaba a la piel, la refrescaba y la volvía de una ligereza magnífica. Se sumergió y se peinó el cabello con las manos esperando que se soltara toda la arena y todo el polvo, luego se frotaba la piel a pesar de la falta de jabón y se sumergía una y otra vez.

John se detuvo a alguna distancia y la miró con cara de satisfacción, contento también por el entusiasmo de ella. Fanny vio de pronto que él no podía sumergirse con la pequeña en brazos. Se acercó a él y le quitó a Lottchen, que estaba despierta y con los ojos completamente abiertos contemplando todo a su alrededor.

Fanny sumergió también a su hija con chapuzones y volteretas en el agua que le hacían proferir unos sonidos de alegría como no se los había oído Fanny nunca.

Entonces regresó John, las abrazó a las dos y comenzó a susurrar.

—Pase lo que pase, Fanny, sea quien sea el padre de Lottchen, da lo mismo si nos casamos y dónde vamos a vivir, lo importante es que los tres somos una familia, como la luna y el sol e *Ikwezi*; el lucero de la mañana. Señaló al destellante cielo nocturno, y Fanny siguió con la vista la dirección de su brazo. Aquí arriba, en mitad del desierto, las estrellas le parecieron estar más cerca que nunca. De pronto brillaron varias estrellas fugaces atravesando el cielo y volviéndose a apagar.

«Sí —pensó Fanny—, sí.»

Y le pareció entonces oír la risa jovial de Charlotte, pero vio que se trataba de su hija, que había hecho un gorgorito de alegría.

—Somos una familia —repitió John, y su voz adquirió entonces la sonoridad de un salmo que penetraba profundamente en el pecho de Fanny—. Lo prometo aquí bajo estas estrellas que no son otra cosa que las luces de mis antepasados, de nuestros antepasados. Fanny dirigió la mirada desde las estrellas a los ojos brillantes de John y suspiró henchida de una plácida certeza. Él estaba en lo cierto. Ella no tenía que buscar más, había encontrado por fin a su familia.

Seis semanas más tarde, Fanny visitaba al juez Ehrenfels en Windhuk para anular su matrimonio.

El viaje a lo largo del Tsauchab lleno de agua le pareció un paseo después de todo lo que habían sufrido antes, pues siempre tenían suficiente para beber.

Por todas partes brotaban del suelo pequeños arbustos verdes, cuyos brotes tiernos y de hojas diminutas había comido Fanny con deleite. Además aparecieron de pronto ranas y peces en el agua, y por todas partes zumbaban los saltamontes, que, tostados, eran un bocado delicioso.

Ya no caminaban cada día hasta la extenuación absoluta, sino hasta que se cansaban. Y sin tener que temer a unos perseguidores, Fanny podía dormir bien. Cuando soñaba, lo hacía solo con Charlotte, que conversaba entre risas con el Niño Jesús de Reutberg, que estaba con vida.

Sin embargo, lo mejor de esa última parte de su viaje fue que ella y John estaban continuamente juntos. Siempre que se le pasaba a Fanny por la cabeza que estaba casada con Ludwig, ella se decía a sí misma que Ludwig había dilapidado todo derecho a considerarse su marido.

Solo la despedida de Zahaboo fue un trago amargo en esas semanas felices. Todavía lejos de Windhuk, Zahaboo se detuvo súbitamente y les comunicó que su sitio estaba en el desierto y que a partir de allí iban a proseguir el viaje sin ella John, Fanny y su hija.

Con ello dejó completamente desconcertada a Fanny. Cuando quiso saber cómo iba a aprender entonces más cosas sobre sus facultades mágicas sin su ayuda, Zahaboo le dirigió una breve sonrisa burlona, se quitó siete de sus brazaletes y se los tendió a Fanny.

—Tú, como mi John, tienes dos piernas diferentes, y por ello tienes que encontrar tu propia senda. Mi senda no puede ser la tuya. Pero mis antepasados y yo queremos decirte algo para esa senda tuya: sé cuidadosa con tu poder, no lo utilices nunca para causar daño a otros. Y te piden una cosa más. Suceda lo que suceda, dirige tu cara siempre hacia el sol, solo así caerán las sombras por detrás de ti. —Hizo una reverencia a John y a Fanny con la cabeza y se dio la vuelta en dirección al desierto sin decir ninguna palabra más, ni siquiera a su hijo.

Fanny se puso los brazaletes sin pensárselo un instante y observó a John, que miraba a su madre alejarse con aire melancólico. A ella le habría gustado saber qué estaba ocurriendo en ese momento en su interior. Entonces, él retiró la mirada de su madre, sonrió amorosamente a Fanny y suspiró hondo.

—Volveremos a verla, pero cuándo y dónde lo decidirá Zahaboo. He aprendido a aceptarlo sin enrabarme, pero tardé mucho tiempo. Así que dirijamos nuestros rostros al sol. —Entonces rodeó con el brazo a Fanny y Lottchen y los tres siguieron su camino.

Llegaron a Windhuk en un estado de completo desaseo, y el juez Ehrenfels se quedó visiblemente estupefacto al encontrarse ante su puerta a Fanny con John y una niña negra, vestidos con harapos y apestando.

Solo *Bismarck*, el gordo perro carlino, se acordó inmediatamente de Fanny y se puso a dar saltos de entusiasmo alrededor de ella.

Cuando Fanny reveló al juez que ella era la hija de su Luise y que tenía que hablar urgentemente con él, este meneó la cabeza con gesto de incredulidad, pero les pidió no obstante que entraran en la casa.

Después de que los tres se hubieran bañado abundantemente y, sobre todo, después de vestirse con ropas nuevas, volvió a brillar el buen humor de Ehrenfels. Cuando cenaron juntos en la veranda a la luz de las velas, Fanny lo encontró de nuevo tan alegre como en los días previos a la boda de ella.

Fanny llevaba un viejo vestido de seda de su madre y se sentía ciertamente fresca y limpia, pero también encajada en una cinturita de avispa y un cuello cerrado hasta el cuello. Los brazaletes dorados de Zahaboo desentonaban en aquellas mangas estrechas en las muñecas y anchas en los hombros, con veinte botoncitos. Fanny había decidido, sin embargo, llevar puestos siempre los brazaletes. Echaba de menos sus abalorios, y la bola de cristal era demasiado pesada como para llevarla continuamente encima.

En el espejo de la casa del juez se vio la cara por primera vez en mucho tiempo, y se sorprendió de la transformación que había sufrido. La piel se le había puesto muy morena y en la frente, en la base de la nariz y en las comisuras de la boca tenía muchas pequeñas líneas. Además, había cambiado la expresión de sus ojos. Buscó una palabra para nombrarla. Mientras se miraba fijamente al espejo, pensó si a Charlotte también le habría llamado la atención, y si ella tendría un término para designar esa expresión en su rostro. Cuando poco a poco fue intuyendo de qué se trataba, no pudo menos que echarse a reír. No era de extrañar que no conociera ese término porque no lo había contemplado nunca antes en sus ojos. Era la pura felicidad, nada más que la felicidad, el brillo que tenía frente a ella.

—La fábrica de rumores está echando humo a todo tren —explicó el juez después de que se acabaran las últimas migas del pastel de calabaza con puré de mango—. Te tienen por una ramera peligrosa que ha asesinado a cuatro hombres en el desierto; otras veces te consideran una puta de negros descarriada, dependiendo de quién cuente la historia. Y antes de que sigamos hablando, quiero oír de ti toda la verdad. —Le hizo una señal con la mano, y ella se acordó de la conversación que habían mantenido con Ludwig—. Y esta vez, la verdad de verdad —añadió antes de recostarse en el asiento y de encender la pipa. A Fanny le habría gustado más preguntarle detalles sobre su madre, pero se dio cuenta de que si no revelaba su historia, él no contaría nada.

Cuando acabó su relato horas más tarde, John se había quedado dormido, pero el juez seguía todavía muy despierto. Nadie decía nada, solo se oía el viento que acariciaba la casa con suavidad, y los ronquidos del perro, que se había quedado frito sobre las rodillas del juez.

—Fue una persona muy desdichada, mi Luise. Tu madre. —Suspiró hondo—. Yo deseaba ayudarla, pero ella adoraba su dolor, era como si se castigara a sí misma y lo encontrara correcto.

—¿Por qué se casó usted con ella?

—Tutéame de una vez también; soy, por muy extraño que me suene, tu padrastro.

A Fanny le resultó difícil plegarse al deseo del juez, porque era un hombre que infundía respeto. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que él le daba mucha importancia a esa cuestión, le hizo el favor.

—Bien, de acuerdo, ¿por qué te casaste con mi madre? —volvió a preguntar.

–Me enamoré de inmediato de ella. Fue aquel día, cuando Luise me confesó el asesinato de Pete Random; por eso no tuve el coraje de detenerla.

–¿Se refería usted...? ¿Te referías a eso cuando me dijiste que habías mentido ya muchas veces en tu vida, tú y también tu esposa?

El juez asintió con la cabeza.

–Si hubiera sabido que eras su hija... Bueno, Luise era entonces una persona muy sensible y estaba muy desesperada. Yo deseaba ayudarla y le pregunté si quería ser mi esposa, porque en ese caso no tenía que declarar oficialmente en su contra. Y ella me dio su sí, pero únicamente porque estaba muy cansada, podría decirse que cansada de la vida.

–¿La amaste?

–Con desmesura. –Una polilla sobrevoló la llama de una vela, se chamuscó ipso facto y llenó la habitación con el olor amargo de la ceniza.

Fanny miró el rostro orondo y gordo de su padrastro y trató de adivinar cómo había transcurrido el matrimonio entre los dos.

–Sin embargo, ella... ella no podía amarme, solo lo amaba a él, a Saherero... –El juez suspiró–. Siempre se disculpaba por ello. «¿Sabes?», decía ella, «no importa el tiempo que ese tronco de árbol esté en el agua porque nunca se convertirá en un cocodrilo». Por supuesto, yo conservé siempre mis esperanzas, día a día, año tras año, yo pensaba que algún día... Pero entonces la mató una cobra escupidora.

El corazón de Fanny se contrajo dolorosamente. Su madre había abandonado a su hija por el amor de su vida, había reunido el dinero para una manada de vacas y eso para no haber podido ser siquiera la esposa principal de Saherero. Entonces asistió al asesinato de él, ella misma se convirtió en asesina, y finalmente se casó con un hombre al que no podía amar, y murió demasiado joven por la mordedura de una serpiente venenosa.

Fanny pensó en la bola de cristal que estaba arriba, en su habitación, junto a Lottchen, y puso sus esperanzas en que la maldición de los abalorios estuviera conjurada de verdad para siempre.

–Franziska, seguramente tienes claro que no podéis quedaros aquí mucho tiempo. Es demasiado peligroso. Ludwig sigue estando fuera de sí, en toda Windhuk no se habla de otra cosa. No, lo digo mal, en toda África del Sudoeste Alemana no se habla más que de ti, del bastardo y de los sicarios desaparecidos.

Fanny no dijo nada durante un buen rato. Finalmente, el juez vació la pipa a golpes, lo cual despertó al perro.

–Voy a anular tu matrimonio con Ludwig. Por suerte, tus papeles eran falsos. –Puso una sonrisa burlona de oreja a oreja–. Nos la diste con queso a todos, así que lo más correcto es liberar a Ludwig de esas cadenas. Eso puede que lo tranquilice un poco. –Ehrenfels asintió con la cabeza como corroborando su propia propuesta–. Y hasta que todo vuelva a su cauce, podéis iros a Samoa; se rumorea que en breve será también oficialmente una colonia alemana.

–¿Samoa? ¿Dónde queda eso?

–En los mares del Sur, dicen que es un lugar paradisíaco. –El juez volvió a llenarse la pipa–. Pero yo, personalmente, ya no creo en paraísos, como mucho creo en una copa de vino y en una pipa como Dios manda –dijo con una sonrisa algo amarga–. Sea como sea, tengo un amigo en la isla que me debe todavía un favor. Propongo que os vayáis allí hasta que todo haya retornado a la

normalidad. Además de adulterio y secuestro infantil, se os acusa a ti y a John del asesinato de cuatro hombres.

Fanny sabía que Ehrenfels tenía razón. John y ella debían cambiar de aires por algún tiempo, y ella esperaba que las cuatro lágrimas del sol fueran suficientes para pagar los gastos de ese viaje.

–Te lo agradezco, y pienso que John te dará también la razón porque nadie conoce a Ludwig mejor que él. Viajaremos lo más pronto posible hacia Samoa, aunque no hayamos cometido ningún delito punible.

Fanny respiró hondo para confirmar que ellos no eran asesinos, pero al mismo tiempo se confesó a sí misma que le habría gustado matar a Hermann, y recordó la nula compasión que sintió por los hombres que la riada arrastró consigo. Por ello, renunció a comentar esos detalles, espiró el aire, se relajó y se puso contenta de no tener que mentir a Ehrenfels.

–Nadie los ha asesinado –explicó ella–, todos fueron simplemente víctimas del desierto.

–Entonces todos se preguntarán con razón cómo pudisteis escapar del desierto vosotros, que ibais peor equipados que los sicarios.

–Magia –susurró Fanny. Se inclinó hacia John y le besó el pelo; a continuación, se irguió de nuevo y sonrió–. La magia y las lágrimas del sol, y...

–¿Las lágrimas del sol? –la interrumpió Ehrenfels con un tono de escepticismo total–. ¿Magia?

–Sí. –Fanny le dirigió un gesto de confirmación con la cabeza e hizo sonar ligeramente los brazaletes de Zahaboo–. Sí, fue la magia. –Volvió a sonreír y pensó en Zahaboo–. La magia y el aroma de la rosa del desierto nos guiaron.

El perro saltó del regazo del juez y se fue corriendo de allí.

–Magia, qué tontería... –El juez hizo un gesto negativo con la cabeza y apuró el resto del vino de su copa.

Fanny sacudió a John con suavidad hasta despertarlo, le besó, esta vez en la boca, y subió abrazada a él las escaleras hasta su habitación, en donde Lottchen hacía ya un buen rato que dormía como un tronco.

En lugar de un epílogo

El aroma de la rosa del desierto es una novela, una historia que he inventado yo. Pero tal vez a ustedes les sucede algo parecido a lo que me pasa a mí cuando termino de leer un libro, y querrían saber también cómo llegó la autora a la idea de la trama o bien cómo se originó su novela.

Hace algunos años, paseando en un caluroso día de verano por el mercadillo más bonito de Múnich, que se encontraba bajo unos magníficos castaños cerca de una iglesia construida con ladrillos, encontré un tesoro: un libro grueso bellamente ilustrado sobre abalorios. En el caso de que estén también interesados, aquí tienen el título: *Alle Perlen dieser Welt. Eine Kulturgeschichte des Perlenschmucks von Lois Sherr Dubin* [Todos los abalorios de este mundo. Una historia cultural del adorno con perlas y abalorios, de Lois Sherr Dubin].

Hace mucho tiempo que me fascinan los abalorios y este libro me abrió las puertas a todo un universo de abalorios y cuentas de vidrio de rosarios, con números, datos e imágenes.

Entonces estuve segura de que en mi próxima novela, esas pequeñas joyas iban a desempeñar un papel importante. Sin embargo, me resultó muy complicado establecer un país y una época; había demasiadas opciones entre las cuales escoger. Están por ejemplo las misteriosas perlas *dZi*; o perlas ágata, que son de color negro o también castaño, y que forman parte central de muchas historias rodeadas de misterio en el Tíbet. O las perlas *ojime* de tallado artístico, que en Japón se trabajaban también con marfil y metal; se las ensartaba en cordeles de cuero de bolsos, de modo que se podían cerrar deslizando los abalorios hacia abajo. Y están, además, las perlas mágicas que se pueden encontrar en todo el mundo con sus correspondientes variedades.

Me resultaba imposible decantarme por una de esas innumerables posibilidades hasta que di con la tesis doctoral de *Ulf Vierke, Die Spur der Glasperlen* [La huella de los abalorios], en la cual se explica de una forma impresionante que en la actualidad se siguen encontrando en África abalorios procedentes del Bosque bávaro.

Durante un tiempo, el Bosque bávaro y el Bosque de Bohemia pertenecían, coloquialmente hablando, casi a las metrópolis de los abalorios del mundo, eran comparables, por ejemplo, a Venecia. Exploré la ruta del soplado de vidrio en el Bosque bávaro, encontré mucha ayuda en el Museo del Vidrio de Frauenau (¡que merece mucho la pena ir a ver en compañía de niños!), y entonces tuve muy claro que quería explicar la historia de mujeres relacionadas con el comercio del vidrio y hacer un puente entre varias generaciones que llevase del Bosque bávaro hasta África.

Pero eso fue antes de que yo me dirigiera a Namibia con fines de investigación, y me enamorase profundamente de África.

Christin Zingelmann contribuyó decisivamente al éxito de ese viaje y se lo quiero agradecer de todo corazón aquí. Ayudó en la planificación y estableció contactos que resultaron muy productivos para mi investigación sobre el terreno.

Muchas cosas se juntaron en ese viaje: el impresionante cielo nocturno en el desierto namibio, a lo que se sumó mi suerte de haber llegado tras una increíble época de lluvias a un país cubierto

por una hierba plateada y por una alfombra de magia, y, no en última instancia, por un collar de abalorios que encontré inesperadamente.

Todas estas cosas me reforzaron en la decisión de que la historia de la pulsera de abalorios de Fanny tenía que ser el foco principal y que toda la novela tenía que desarrollarse en África.

Los primeros europeos, los portugueses, que andaban buscando una vía marítima a las Indias, desembarcaron ya en el año 1486 en la costa de Namibia. Sin embargo, en el desierto de Namibia, que se encuentra detrás de la bien denominada Costa de los Esqueletos, una zona hostil a la vida y muy seca, impidió toda expansión de los europeos en ese momento. No fue sino unos trescientos años después cuando llegaron los primeros inmigrantes a Namibia, procedentes de Sudáfrica, al sur de Namibia.

Por ello, mi novela tiene lugar en el sur, porque esta parte del país en aquella época, es decir, en torno al año 1893, se encontraba significativamente más poblada que el norte, que, con la caldera de Etosha y su singular fauna, es el objetivo de la mayoría de los turistas que van a Namibia.

Tras los misioneros ingleses llegaron en 1840 también a estas tierras los misioneros de la Compañía Misionera renana; y a ellos les siguieron cada vez más comerciantes y aventureros de Europa.

Namibia es un país inseguro y duro, cuyo clima está marcado por dos desiertos: el desierto del Namib, el más antiguo del planeta, y el desierto de Kalahari, en la frontera con Botsuana. Entre las tribus nómadas de los nama y las tribus de los herero que llegaron aquí posteriormente, se producían constantes refriegas por los territorios de pasto y de caza, sobre todo durante los largos períodos de sequía.

En 1884, por las presiones de los comerciantes alemanes establecidos aquí, se declaró a Namibia «Zona protegida del Imperio alemán» y recibió el nombre de África del Sudoeste Alemana.

Las tropas coloniales enviadas al principio en pequeños contingentes desde Alemania tenían el cometido de servir de mediadoras entre las tribus enfrentadas, pero desde todas las partes hubo resistencia contra el nuevo poder colonial. En 1894 se llegó ciertamente al primer tratado de paz con los nama, pero una y otra vez estallaban levantamientos contra los alemanes, de modo que las tropas coloniales fueron reforzadas.

En enero de 1904 se alzaron finalmente los herero a las órdenes de Samuel Maharero contra la potencia colonial. A la vista del propósito cruel de los alemanes, con el objetivo declarado de la aniquilación de todos los herero, los nama se adhirieron a la resistencia en octubre sin estar aliados a los herero. Los alemanes mataron aproximadamente a 85.000 herero así como a unos 10.000 nama. Esa expedición de exterminio es considerada en la actualidad el primer genocidio del siglo XX.

Sin embargo, *El aroma de la rosa del desierto* se desarrolla en un tiempo anterior relativamente pacífico en el que había muy pocos colonos alemanes y, sobre todo, pocas mujeres alemanas en el África del Sudoeste Alemana.

A todas las lectoras que estén interesadas en obtener más información sobre este tema les recomiendo especialmente: *Frauen in den deutschen Kolonien* [Las mujeres en las colonias alemanas], de Marianne Bechhaus–Gerst y Mechthild Leutner (ed.). Hubo también muchas mujeres

alemanas que fijaron por escrito sus impresiones en el África del Sudoeste Alemana, como por ejemplo Margarethe von Eckenbrechers en su libro *Was Afrika mir gab und nahm* [Lo que África me dio y me quitó] o Ilse Liepsch en *Durst und Dornen* [Sed y espinas].

Sin embargo, esas memorias de mujeres sobre el África del Sudoeste Alemana muestran muy claramente, además de los problemas cotidianos en África, el racismo cotidiano que impregnó la autocomprensión de las mujeres alemanas en las colonias y que nos resulta insoportable en la actualidad. Se enviaba a mujeres alemanas a las colonias principalmente para «preservar al hombre alemán de la continua polución racial e impedir así matrimonios mixtos e hijos mestizos».

Namibia era y es un Estado plurinacional con una rica diversidad cultural. En el norte viven los ovambo; en el nordeste, las tribus kavango; al este de la Franja de Caprivi habitan los subía y los fwe; en el este central, los herero; en el oeste, los himba; en el Kalahari, los san; en el centro y en el sur, los nama y los damara, así como algunos pequeños grupos más, como por ejemplo, los tswana o los baster de Rehoboth.

En cambio, los zulúes se establecieron principalmente en el sur de África. Sus rituales mágicos, así como los cuentos de los nama en torno a malignos caníbales, despertaron en mí el mayor de los intereses. Me resultó extraordinariamente emocionante poder consultar el material de investigación de la etnóloga Katesa Schlosser. Su libro, *Zauberei im Zululand. Manuskripte des Blitz-Zauberers Laduma Madela* [Magia en las tierras de los zulúes. Manuscritos del mago del rayo Ladurna Madela], que está provisto en parte con fotos y dibujos originales, fue de una gran ayuda para mí.

«Las lágrimas del sol» que Fanny encuentra durante el ritual en las estribaciones del desierto de Namibia son diamantes en bruto. Esos diamantes no fueron descubiertos por los alemanes hasta 1908, pero, como es natural, estaban escondidos en la arena del desierto desde hacía siglos. Esta zona pelada y seca, recorrida por dunas movedizas y que yo exploré detalladamente en mi viaje, es en la actualidad la zona de diamantes de acceso prohibido donde se siguen extrayendo diamantes.

La rosa del desierto aparece con muy poca frecuencia en Namibia; se las encuentra principalmente en el sudeste, próximo ya a Sudáfrica. La rosa del desierto sigue siendo inodora para las personas «corrientes». No obstante, hay criadores en todo el mundo que intentan obtener una variedad olorosa. Sin embargo, yo espero que el aroma de la rosa del desierto siga siendo durante mucho tiempo algo muy especial, algo mágico...

Glosario

ABALORIOS DE CRISTAL DE BOHEMIA: Abalorios, casi todos de color azul pero no siempre, biselados en los extremos para el agujero. Se produjeron en el siglo XIX en la región de Gablonz y se comercializaron en todo el mundo. Se los puede encontrar todavía en mercados de África.

ABALORIOS MILLEFIORI (italiano): *mille* = mil; *fiori* = flores. También denominados «abalorios mosaico». Parece que estuvieran adornados por completo con flores. Se trata de uno de los inventos más famosos de los productores venecianos de abalorios.

AGUA BORICADA: Se utilizaba antiguamente como desinfectante para las heridas.

AKWENZEKI (zulú): Eso no sucederá; es imposible.

AMANDLA (zulú): Fuerza, potencia.

AMANZI (zulú): Agua.

AMASI (zulú): Leche cuajada.

AMATHAMBO (zulú): Dados mágicos que pueden estar formados a partir de huesos, pedazos de conchas o fragmentos de piedras. Los hechiceros zulú realizan sus predicciones con ellos.

BILTONG: Carne secada al aire y cortada en tiras; del neerlandés *bil* = parte trasera, y *tong* = «tiras» o «lengua».

BULALA UMTHAKATHI UMUBI (zulú): ¡Asesino, bruja, eres malo!

CALABAZA: Un recipiente para el almacenamiento y transporte de líquidos. La calabaza se fabrica a partir de una calabaza vinatera seca y ahuecada.

DUMISANI (zulú): Alabadísimo.

GEELDIKKOP: Enfermedad del ganado ovino.

HERERO: Una tribu nómada que emigró a mediados de siglo XVI desde el África Central a Namibia. Son criadores de ganado y se les cuenta entre los pueblos que hablan bantú.

HIMBA: Los himba se cuentan entre los herero, pero no poseen rebaños, sino que viven como cazadores.

IKHWEZI (zulú): Lucero de la mañana, Venus.

IMBALI (zulú): Flor o brote.

IMVULA ENZIMA (zulú): Lluvia intensa.

INDABA ENDE (zulú): Una larga historia.

INKOSANA (zulú): Primogénito.

INYANGA YEMILOZI (zulú): Mujer mágica.

ISIPHUKUPHUKU (zulú): Idiota.

KAJUMBA (bantú): Bonito.

KALOMEL (griego): De un negro bonito, se utilizaba en polvo para la nariz y la faringe contra las inflamaciones, y también como laxante, como estimulante de la función biliar, contra la cólera

nostras y los padecimientos del bazo, del hígado y de los pulmones, y contra la sífilis.

KRAAL (o *KRAL*) (afrikáans): Designa una delimitación de forma circular para el ganado o para una colonia de seres humanos, hecha la mayoría de las veces de madera, pero también con ramas y barro.

LALA KAHLE, KULUNGILE (zulú): Buenas noches, todo está bien.

LELIYAFU (zulú): ¡Fuera esas nubes!

MUKURU. Sacerdote supremo; pero también primer antepasado de los herero que surgió del *omumborombonga*.

NAMA: Las potencias coloniales designaban despectivamente a los nama como «hotentotes». Viven en Sudáfrica y en Namibia, y se cuentan entre los khoi khoi. La mayoría de los 100.000 nama de la actualidad viven en Namibia. Hablan joisán, un idioma con sonidos de chasquidos iniciales y otros sonidos.

OHONGWE (herero): Lucero de la mañana.

OMEIRE (herero): Leche cuajada.

OMUMBOROMBONGA: En la mitología de los herero, este árbol surgió del primer antepasado de los mukuru herero con su esposa Kamungarunga. Las demás cosas del mundo tienen otro origen. Cuando los herero hablan de Dios, lo llaman «mukuru» y piensan en un ser humano que encabeza la serie de los antepasados. Sin embargo, cada clan posee un *mukuru* del clan especial.

ONDANGI OSENGIRO (herero): «Dar las gracias es maldecir»; proverbio de los herero.

OPODELDOK (griego): Savia. Según Paracelsus. Una mezcla de jabón, alcanfor, romero y esencia de tomillo que se utilizaba, entre otras cosas, como remedio en forma de unguento contra el reumatismo y la gota.

OUZUWO (herero): Rosa del desierto. Esta palabra significa «veneno» porque las raíces de la rosa del desierto son extremadamente tóxicas y se utilizaron también para los dardos y flechas venenosas.

PAD (afrikáans): Camino, senda, carretera.

PERLAS BODOM: Antiguos abalorios, originariamente procedentes de Ghana, que se fundían a partir de polvo de vidrio. Por fuera son amarillas, con un núcleo oscuro. Se pintaban apenas pero con delicadeza, a menudo con motivos en forma de cruz. Son abalorios grandes (*bodom* significa «grande») que estaban reservados a los reyes, a quienes se atribuían poderes místicos y medicinales. Las perlas *bodom* son muy raras y extremadamente caras en la actualidad.

PERLAS CHEVRON: Abalorios alargados con un patrón estrellado que son fabricados desde el año 1480 por productores venecianos de abalorios en Murano.

PONTOK: Cabaña de los indígenas, fabricada con ramas y barro o con ramas y pieles de animales.

RIVIER: Cauce seco de un río en Namibia que se llena de agua durante el período de lluvias y que pueden convertirse en corrientes torrenciales. Durante la época seca, el agua se filtra bajo la tierra.

TLORAB: Es un término nama en realidad; se escribe «orab», la «t» representa el chasquido inicial con el que se pronuncia la palabra. Se trata de una planta con flores (*Antizoma angustifolia*), que trepa con largas ramas serpenteantes a árboles y arbustos. Cuando un bebé no

se decide a nacer, los damara dan a las parturientas una infusión de raíces de *orab* para beber. En otras tribus nómadas, las embarazadas toman esa infusión a partir del cuarto mes para tener un parto sencillo.

UBUNYANGA (zulú): Curandera.

UJU (zulú): Miel.

UMAMA UBISI (zulú): Madre, leche.

UMTHAKATHI (zulú): Hechicera practicante de la magia negra.

UNKULUNKULU (zulú): Dios.

UNYEMBEZI (zulú): Lágrima(s).

ZIPUTHISA INJAKAZI EMHLOPHE (zulú): ¡Permanece lejos de la bruja blanca!

Table of Contents

EL AROMA

El aroma de la Rosa del Desierto

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[En lugar de un epílogo](#)

[Glosario](#)